

JORGE AMADO

**LOS
VIEJOS
MARINEROS**



relatos

Lectulandia

En 1961 Jorge Amado publicó *Los viejos marineros*, un libro corto compuesto de dos historias que meterán al lector en un mundo caluroso, festivo, liviano y al mismo tiempo complejo: el de Bahía.

El escritor brasileño comienza su libro con la historia del velorio de Quincas Berro Dagua, un abogado que ya viejo, con carrera hecha y con hija crecida, decide mandarlo todo al carajo, convirtiéndose en el rey de los vagabundos de Bahía. Quincas, que no se había embarcado en su vida, dijo que quería morir como los marineros, tragado por el mar. El cuento, bastante cómico, muestra la diferencia de clases, la guerra entre los amigos recientes de Quincas (los vagabundos, terriblemente abatidos por la muerte de su compañero) y la familia, gente para la que su muerte significaba el descanso del “qué dirán” al que su padre los sometía después de su conversión a la vagabundería. Una joya de cuento.

La segunda historia tiene también como escenario *Bahía* y cuenta la vida real y ficticia (uno pasa las hojas tratando de dilucidar cuál es cuál) del comandante Vasco Moscoso Arago, hombre de pinta y estirpe que llega a un pueblo aledaño despertando todo tipo de chismes y sospechas.

Amado fue quizás el único escritor que logró crear atmósferas similares a aquellas a las de García Marquez. Más que nada, el brasileño siempre deja en sus páginas su preocupación por las diferencias del país que amaba; ponía al mismo nivel la importancia de la sensatez y la insensatez, la importancia de las tradiciones y la flaqueza de sus significados. Los libros de Amado siempre dejarán al lector con el corazón contento y consciente de la sabrosa ridiculez que es el ser humano.

Lectulandia

Jorge Amado

Los viejos marineros

ePub r1.0
mandius 2.07.16

Título original: *Os velhos marinheiros*

Jorge Amado, 1961

Traducción: Basilio Losada

Editor digital: mandius

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Zelia, con su marinería y su caña de pescar.

Para Joelson, tranquilo hermano de literatos.

*A la memoria de Carlos Pena Filho, maestro de la poesía y de la vida,
Berrito Dagua en la mesa del bar, comandante de fina palidez en la mesa
de póquer, hoy navegando en mar ignoto con sus alas de ángel, estas
historias que le prometí contar.*

LA MUERTE Y LA MUERTE DE QUINCAS BERRO DAGUA

(A morte e a morte de Quincas Berro D'água, 1959)

*Para Lais y Rui Antunes,
en cuya casa pemambucana y fraternal,
crecieron, al calor de la amistad,
Quincas y su gente.*

Que cada cual cuide de su entierro;
el imposible no existe.

(Última frase de
Quincas Berro Dagua,
según Quiteria,
que estaba a su lado).

Hasta hoy sigue habiendo cierta confusión en torno a la muerte de Quincas Berro Dagua. Dudas por explicar, detalles absurdos, contradicciones en la declaración de los testigos, lagunas diversas. No hay claridad sobre la hora, lugar y frase última. La familia, apoyada por vecinos y conocidos, se mantiene intransigente en la versión de la tranquila muerte matinal, sin testigos, sin aparato, sin frase, muerte acontecida casi veinte horas antes de aquella otra, tan propalada y comentada, en la agonía de la noche, cuando la luna se deshizo sobre el mar y ocurrieron misterios en la orla del muelle de Bahía. Muerte presenciada, sin embargo, por testigos idóneos, largamente comentada en las laderas y barrancas oscuras, repetida la frase final de boca en boca; muerte que representó, en opinión de aquella gente, más que una simple despedida del mundo, un testimonio profético, mensaje de profundo contenido (como escribiría un joven autor de nuestro tiempo).

Tantos testigos idóneos, entre ellos Mestre Manuel y Quiteria do Olho Arregalado, mujer de palabra, y, a pesar de todo, hay quien niega toda autenticidad no sólo a la admirada frase sino a todos los acontecimientos de aquella noche memorable, cuando, en hora dudosa y en condiciones discutibles, Quincas Berro Dagua se hundió en el mar de Bahía y emprendió su viaje, para nunca más volver. Así es el mundo, poblado de escépticos y negativistas, amarrados, como bueyes en yugo, al orden y a la ley, a los procedimientos habituales, al papel sellado. Exhiben ellos, victoriosamente, el certificado de defunción firmado por el médico casi al mediodía, y con este simple papel —sólo porque tiene letra impresa y sellos— intentan apagar horas intensamente vividas por Quincas Berro Dagua hasta su partida, por libre y espontánea voluntad, como declaró en tono bueno y alto, a los amigos y demás personas presentes.

La familia del muerto —su respetable hija y su circunspecto yerno, funcionario público de prometedor carrera; tía Marocas y su hermano menor, comerciante con modesto crédito en un Banco—, afirma que toda la historia no pasa de ser una enorme patraña, invención de borrachos inveterados, sinvergüenzas al margen de la ley y de la sociedad, de bellacos cuyo paisaje debieran ser las rejas de la cárcel y no la libertad de las calles, el puerto de Bahía, las playas de arena blanca, la noche inmensa. Con flagrante injusticia atribuyen a esos amigos de Quincas toda la responsabilidad de la malhadada existencia por él vivida en sus últimos años, cuando se convirtió en la tristeza y la vergüenza de la familia, hasta el punto de que no era pronunciado su nombre, y sus hechos no eran comentados en la presencia inocente de los niños, para quienes el abuelo Joaquim, de añorado recuerdo, había muerto mucho antes, decentemente, rodeado de la estima y del respeto de todos.

Esto nos lleva a comprobar que hubo una primera muerte, si no física al menos moral, fechada años antes, sumando un total de tres, haciendo de Quincas un recordman de la muerte, un campeón de fallecimientos, y dándonos derecho a pensar

si habrán sido los acontecimientos posteriores —a partir del certificado de defunción y hasta su hundimiento en el mar—, una farsa montada por él, con la intención una vez más de mortificar a los parientes, de amargarles la existencia, exponiéndolos a la vergüenza y a las murmuraciones de la calle. No era él en verdad hombre de respeto y conveniencias, a pesar del respeto dedicado por sus compinches de juego a jugador de tan envidiada suerte, a bebedor de tan largos y conversados aguardientes.

No sé si ese misterio de la muerte (o de las sucesivas muertes) de Quincas Berro Dagua, podrá ser completamente descifrado. Pero lo intentaré como él mismo aconsejaba, pues lo importante es intentar aun lo imposible.

II

Los sinvergüenzas que contaban, por calles y laderas, frente al Mercado y en la Feira de Agua dos Meninos, los momentos finales de Quincas (hasta se compuso un folleto con versos de pie quebrado, obra del repentista Cuica de Santo Amero, vendido largamente), andaban maltratando la memoria del muerto, según la familia. Y la memoria de un muerto es, como se sabe, cosa sagrada, no para andar en boca poco limpia de beodos, jugadores y contrabandistas de marihuana, ni para servir de rima pobre a cantores populares a la entrada del Elevador Lacerda, por donde pasa tanta gente bien, incluso colegas de Leonardo Barreto, el humillado yerno de Quincas. Cuando un hombre muere, se reintegra a su respetabilidad más auténtica, aunque se haya pasado la vida haciendo locuras. La muerte apaga, con mano de ausencia, las manchas del pasado, y la memoria del muerto fulge como un diamante. Ésa era la tesis de la familia, aplaudida por vecinos y amigos. Según ellos, Quincas Berro Dagua, al morir, volvía a ser aquel antiguo y respetable Joaquim Soares da Cunha, de buena familia, ejemplar funcionario de la Dirección General de Rentas del Estado, hombre de paso medido, bien afeitado, chaqueta de alpaca negra, cartera bajo el brazo, oído con respeto por los vecinos, opinando sobre el tiempo y la política, jamás visto en un cafetín, hombre de aguardientes comedidos y caseros. En realidad, en un esfuerzo digno de todo aplauso, la familia había conseguido que brillara así sin mancha la memoria de Quincas, decretándolo muerto, desde hacía algunos años, para la sociedad. De él hablaban en pasado, cuando, obligados por las circunstancias, a él se referían. Desgraciadamente, sin embargo, a veces algún vecino, un colega cualquiera de Leonardo o amiga charlatana de Vanda (la hija avergonzada), tropezaba con Quincas o sabía de él por medio de terceros. Era como si un muerto se alzara en su tumba para manchar su propia memoria: tendido, borracho, al sol, ya avanzada la mañana, en las inmediaciones de la rampa del Mercado, o, sucio y andrajoso, inclinado sobre una baraja grasienta en el atrio de la Iglesia del Pilar, o cantando con voz ronca por la Ladeira de Sao Miguel, abrazado a negras y mulatas de mala vida. ¡Un horror!

Cuando aquella mañana, al fin, llegó un santero establecido en la Ladeira do Tabuao a la pequeña pero bien dispuesta casa de la familia Barreto para comunicar, afligido, al yerno Leonardo, que Quincas la había palmado definitivamente, muerto en su cuchitril miserable, del pecho de los esposos se elevó al unísono un suspiro de alivio. De ahora en adelante la memoria del honesto y respetable funcionario de la Dirección General de Rentas del Estado, ya no sería mancillada y arrastrada en el lodo por los actos inconsecuentes del vagabundo en que se había transformado en los últimos años de su vida. Había llegado la hora del merecido descanso. Ya podrían hablar libremente de Joaquim Soares da Cunha, loar su conducta de funcionario, señalar a los niños sus virtudes como ejemplo, enseñarles a amar la memoria del abuelo, sin temor a una perturbación cualquiera.

El santero, viejo magro de pelo crespo y cano, hasta se extendía en detalles: una negra, vendedora de puré de mandioca y otros avíos, tenía un importante asunto que tratar con Quincas aquella mañana. Le había prometido éste procurarle ciertas hierbas difíciles de hallar, imprescindibles para las obligaciones del candomblé. La negra había llegado en busca de sus hierbas, tenía prisa, pues era la época sagrada de las fiestas de Xangó. Como siempre, la puerta del cuarto, en lo alto de la empinada escalera, se encontraba abierta. Hacía mucho que Quincas había perdido la llave centenaria. Constaba además que la había vendido a unos turistas, en día magro de desgracia en el juego, añadiéndole una historia con fechas y detalles que la ascendía a llave bendita de iglesia. La negra llamó. No logró respuesta. Pensó que estaría aún dormido. Empujó la puerta. Quincas sonreía tumbado en su camastro —las sábanas negras de mugre, una rasgada colcha sobre las piernas— con su habitual sonrisa acogedora. Ella ni se dio cuenta de nada. Le preguntó por las prometidas hierbas, y él siguió sonriendo sin responder. El dedo gordo del pie derecho asomaba por un agujero del calcetín, los zapatos rotos estaban en el suelo. La negra, íntima y acostumbrada a las bromas de Quincas, se sentó en la cama y le dijo que tenía prisa. Se sorprendió al ver que no extendía su mano libertina, viciada de pellizcos y apalpadas. Volvió a mirar el dedo gordo del pie derecho y notó algo raro. Tocó el cuerpo de Quincas. Se levantó alarmada y tomó su mano fría. Bajó las escaleras corriendo, y se extendió la noticia.

Hija y yerno oían molestos aquellos detalles de negra y hierbas, meteduras de mano y candomblés. Movían la cabeza como dando prisa al santero, hombre tranquilo, amigo de narrar una historia con todos los detalles. Sólo él sabía de los parientes de Quincas, revelados en noche de gran borrachera. Por eso había venido. Adoptaba una expresión compungida para presentar «su sentido pésame».

Era la hora de salir para la oficina. Leonardo dijo a la esposa:

—Ve para allá. Voy a dar una vuelta por la oficina e iré también. Firmaré la entrada y se lo diré al jefe...

Mandaron entrar al santero, le ofrecieron una silla en la sala. Vanda fue a cambiarse de ropa. El santero seguía contándole a Leonardo cosas de Quincas. Todos

le querían en el Tabuao. ¿Por qué se había lanzado él —hombre de buena familia, hombre de posibles, como el santero podía comprobar al tener el placer de trabar conocimiento con su hija y su yerno—, a aquella vida de vagabundo? ¿Algún disgusto? Seguro. Tal vez la esposa lo cargara de cuernos. A veces pasaba, y con frecuencia. Y el santero se ponía los dedos como indicadores en la cabeza, en una interrogación licenciosa: ¿había acertado?

—¡Doña Otacilia, mi suegra, era una santa mujer!

El santero se rascó el mentón; ¿por qué entonces?

Pero Leonardo no respondió y fue a atender a Vanda que lo llamaba desde el cuarto.

—Hay que avisar...

—¿Avisar? ¿A quién? ¿Para qué?

—A tía Marocas y a tío Eduardo... A los vecinos. Invitar al entierro...

—¿Para qué invitar a los vecinos? Luego la gente se pone a hablar... Va a armarse un chismorreo de todos los diablos...

—Pero tía Marocas...

—Hablaré con ella y con Eduardo... Después, cuando salga de la oficina. Arréglate rápido, no sea que este condenado que nos trajo la noticia salga por ahí a contárselo a todos...

—Quién lo iba a decir... Morir así... sin nadie a su lado...

—¿Y quién tiene la culpa sino él? Él mismo, el muy loco...

En la sala, el santero admiraba un coloreado retrato de Quincas, antiguo, de unos quince años atrás, señor bien puesto, cuello alto, corbata negra, bigotes en punta, pelo lustroso y mejillas rosadas. A su lado, en moldura idéntica, la mirada acusadora, la boca dura, doña Otacilia, con un vestido de encaje negro. El santero estudió aquella fisonomía hosca:

—No tiene cara de coronar al marido... Pero debía de ser un hueso... Santa mujer... No lo creo...

III

Unas pocas personas, gente de la Ladeira, velaban el cadáver cuando Vanda llegó. El santero informó en voz baja:

—Es la hija. Tenía hija, yerno, hermanos. Gente distinguida. El yerno es funcionario, vive en Itapagipe. En una casa de primera...

Se apartaban para que pasara ella, esperando verla lanzarse sobre el cadáver, abrazarlo envuelta en lágrimas, sollozar quizá. En el camastro, Quincas Berro Dagua, los calzones viejos y remendados, la camisa despedazada, un enorme y grasiento chaleco, sonreía como si aquello le divirtiera. Vanda se quedó inmóvil, mirando el rostro sin afeitar, las manos sucias, el dedo del pie asomado por el calcetín

agujereado. Ya no tenía lágrimas para llorar ni sollozos para llenar el cuarto. Lágrimas y sollozos habían sido desperdiciados en los primeros tiempos de locura de Quincas, cuando ella hizo reiteradas tentativas para devolverlo a la casa abandonada. Ahora sólo miraba, con el rostro rojo de vergüenza.

Era un muerto poco presentable, cadáver de vagabundo fallecido al azar, sin decencia en su muerte, sin respeto, riéndose cínicamente, riéndose de ella, seguro que también de Leonardo, de toda la familia. Cadáver para el depósito, para que al fin se lo llevara el coche fúnebre de la policía y acabara sirviendo a los alumnos de la Facultad de Medicina en las clases prácticas. Cadáver para ser enterrado finalmente en una fosa común, sin cruz ni nombre. Era el cadáver de Quincas Berro Dagua, bebedor, libertino y jugador, sin familia, sin hogar, sin flores y sin rezos. No era Joaquim Soares da Cunha, correcto funcionario de la Dirección General de Rentas, jubilado tras veinticinco años de buenos y leales servicios, esposo modélico, a quien todos saludaban quitándose el sombrero y dándole la mano. ¿Cómo puede un hombre, a los cincuenta años, abandonar la familia, la casa, las costumbres de toda una vida, los amigos antiguos, para echarse a vagabundear por las calles, beber en las tabernas, frecuentar ramerías, vivir sucio y barbudo, morar en infame cuchitril, dormir en un catre miserable? Vanda no le encontraba explicación válida. Muchas veces, por la noche, tras la muerte de Otacilia —ni en aquella solemne ocasión se dignó Quincas volver por casa de los suyos—, había discutido el asunto con su marido. Locura no era, o al menos locura de manicomio: los médicos se habían mostrado unánimes. ¿Cómo explicárselo, entonces?

Ahora, sin embargo, todo aquello había terminado, aquella pesadilla de años, aquella mancha a la dignidad de la familia. Vanda había heredado de la madre cierto sentido práctico, la capacidad de tomar y ejecutar rápidamente decisiones. Mientras miraba al muerto, desagradable caricatura de quien había sido su padre, iba decidiendo lo que convenía. Primero llamar al médico para que certificara la defunción. Después, vestir decentemente al cadáver, llevárselo a casa, enterrarlo al lado de Otacilia; un entierro no muy caro, pues andaban difíciles los tiempos, pero tampoco quedar mal ante la vecindad, ante los conocidos y colegas de Leonardo. Tía Marocas y Eduardo ayudarían. Y pensando en eso, los ojos clavados en el rostro sonriente de Quincas, Vanda pensó en qué iba a ser de la jubilación del padre. ¿Seguirían recibéndola, o les darían sólo la ayuda del Montepío? Tal vez lo supiera Leonardo...

Volvióse hacia los curiosos que la observaban en silencio. Gentuza del Tabuao, la ralea en cuya compañía Quincas se complacía. ¿Qué hacían allí? ¿No comprendían que Quincas Berro Dagua había exhalado el último suspiro? ¿Que había sido sólo una invención del diablo, un mal sueño, una pesadilla? De nuevo volvería a ser Joaquim Soares da Cunha, y estaría ahora entre los suyos, al calor de un hogar honrado, reintegrado a su respetabilidad. Le había llegado al fin la hora del retorno, y esta vez no podría Quincas reírse a la cara de su hija y de su yerno, mandarlos al diablo, darles

un irónico adiós y largarse silbando. Estaba tendido en el camastro, inerte. Quincas Berro Dagua, había terminado.

Vanda alzó la cabeza, paseó su mirada victoriosa por los presentes, ordenó con la misma voz de Otacilia:

—¿Desean algo? En caso contrario, pueden ir saliendo...

Luego se volvió hacia el santero:

—¿Podría llamar a un médico, por favor? Para certificar la defunción...

El santero asintió con la cabeza. Estaba impresionado. Los otros se iban marchando lentamente. Vanda se quedó sola con el cadáver. Quincas Berro Dagua sonreía, y el dedo grande del pie izquierdo parecía crecer en el agujero del calcetín.

IV

Buscó asiento. Lo único que había, fuera del camastro, era un bidón de queroseno vacío. Vanda lo enderezó, sopló para quitarle el polvo. Se sentó. ¿Cuánto iba a tardar el médico? ¿Y Leonardo? Imaginó al marido en la oficina, explicándole al jefe la inesperada muerte de su suegro. El jefe de Leonardo había conocido a Joaquim en los buenos tiempos de la Dirección General de Rentas. Y, ¿quién no lo conocía entonces?, ¿quién no lo había apreciado?, ¿quién hubiera podido en aquel tiempo imaginar su destino? Serían momentos difíciles para Leonardo. Tendría que explicarle al jefe las locuras del viejo, buscar explicaciones. Lo peor sería si la noticia pasaba de mesa en mesa, provocando risitas maldicientes, comentarios groseros, chistes de mal gusto. Era una cruz aquel padre. Había hecho de sus vidas un calvario. Pero ahora había llegado el final. Había que tener aún un poco de paciencia. Vanda miró hacia el muerto con el rabillo del ojo. Allá estaba, sonriendo, como si todo aquello fuera infinitamente divertido.

Es pecado guardar rencor a un muerto, y mucho más si ese muerto es el padre de uno. Vanda se contuvo: era persona religiosa, frecuentaba la iglesia de Bonfim. Un poco espiritista también, creía en la reencarnación. Por lo demás, ahora poco importaba la sonrisa de Quincas. Ahora mandaba ella, al fin, y dentro de poco él volvería a ser el tímido Joaquim Soares da Cunha, irreprochable ciudadano.

El santero llegó con el médico, muchacho joven, buen tipo que aún se tomaba el trabajo de dárselas de profesional competente.

El santero indicó al muerto; el médico saludó a Vanda, y abrió el maletín de cuero brillante. Vanda se levantó, apartando el bidón de queroseno.

—¿De qué murió?

—Lo encontraron así, tal como está —respondió el santero.

—¿Tenía alguna enfermedad?

—No sé, señor. Lo conozco desde hace diez años y siempre estuvo sano como un buey. A no ser que el doctor...

—¿Qué?

—... llame enfermedad al aguardiente. Tiraba por ahí... le gustaba el trago...

Vanda carraspeó, reprobadora. El médico se dirigió a ella:

—¿Era empleado suyo?

Hubo un silencio breve y pesado. La voz llegó de lejos:

—Era mi padre.

Médico joven, aún sin experiencia de la vida. Observó a Vanda, su vestido de fiesta, su limpieza, los zapatos de tacón. Vio la pobreza desmedida del muerto, el cuarto de miseria sin fin.

—¿Y vivía aquí?

—Hicimos lo posible para que volviera a casa. Era...

—¿Loco?

Vanda abrió los brazos. Estaba a punto de llorar. El médico no insistió. Se sentó al borde del camastro y empezó su examen. Incluyó la cabeza y dijo:

—¿Está riendo, eh? Cara de granuja...

Vanda cerró los ojos, se apretó las manos. El rostro rojo de vergüenza.

V

El consejo de familia no duró mucho. Discutieron en torno a la mesa de un restaurante de la Baixa do Sapateiro. Por la calle, animada, pasaba una multitud alegre y presurosa. Enfrente, un cine. El cadáver había quedado entregado a los cuidados de una empresa funeraria, propiedad de un amigo de tío Eduardo Veinte por ciento de rebaja.

—El cajón ése resultó caro. Y ya no digamos si el acompañamiento fuera grande y necesitáramos autos. Hoy ni siquiera puede uno morirse.

Allí al lado habían comprado ropa nueva, negra la tela (no era gran cosa, pero, como decía Eduardo, hasta era demasiado buena para servir de pasto a los gusanos), un par de zapatos también negros, camisa blanca, corbata, calcetines. Calzoncillos, no eran necesarios. Eduardo iba anotando en un cuadernito cada gasto. Maestro en Economía, su tienda prosperaba.

En las manos hábiles de los especialistas de la funeraria, Quincas Berro Dagua iba volviendo a ser Joaquim Soares da Cunha, mientras los parientes comían una fritada de pescado en el restaurante y discutían las cosas del entierro. Prácticamente, discusión sólo la hubo sobre un detalle: de dónde iba a salir el ataúd.

Vanda quería llevarse el cadáver a casa, hacer el velatorio, en la sala, ofreciendo café, licor, pastas a los presentes, durante la noche. Llamar al padre Roque para los responsos. El entierro sería por la mañana temprano, para que pudiera asistir mucha gente: colegas de la oficina, viejos conocidos o amigos de la familia. Leonardo se opuso. ¿Para qué llevarse el muerto a casa? ¿Para qué invitar a vecinos y amigos,

molestar a la gente? Sólo para que todos anduvieran recordando luego las locuras del difunto su vida inconfesable de los últimos años, para avergonzar a la familia ante todo el mundo. Como había ocurrido aquella mañana en la oficina. No se habló de otra cosa. Cada uno sabía una historia de Berro Dagua y las contaban entre carcajadas. Él mismo, Leonardo, nunca hubiera creído que su suegro las hiciera tantas y tan gordas. Las había de espanto... Había que contar además con que muchas de aquellas gentes ya creían a Quincas muerto y enterrado, o viviendo en el interior. ¿Y los niños? Veneraban la memoria de un abuelo ejemplar, descansando en santa paz con Dios, y de repente llegarían los padres con el cadáver del vagabundo bajo el brazo, metiéndoselo en las narices. Sin hablar del hartón de trabajo que les iba a dar, de los gastos, como si no bastara ya con el entierro, el traje nuevo, el par de zapatos. Él, Leonardo, tenía mientras tanto que andar echando medias suelas a los suyos, para ahorrar. Ahora, con aquel gastazo, ¿cuándo iba a poder comprarse unos nuevos?

Tía Marocas, gordísima, adorando la fritada del restaurante, era de la misma opinión:

—Lo mejor es decir que murió en el interior, que llegó un telegrama. Después invitamos a la gente a los funerales. Que vaya quien quiera; la gente no está obligada a acompañarlo.

Vanda levantó el tenedor:

—Bien, pero así y todo, es mi padre. No quiero que le en fierren como un vagabundo. Y tú, Leonardo, ¿qué opinarías si fuese tu padre?

Tío Eduardo no era sentimental:

—¿Y qué era, sino un vagabundo? Y de los peores de Bahía. Ni siendo mi hermano lo puedo negar...

Tía Marocas soltó un eructo, harto el papo, y el corazón también.

—Pobre don Joaquim... Era bueno. Incapaz de hacer mal a nadie. Le gustaba esa vida, y cada uno tiene su destino. Desde niño era así. ¿Te acuerdas, Eduardo? Una vez, de pequeño, quiso marcharse con un circo. Una buena zurra le costó —dio una palmadita en el muslo de Vanda, como disculpándose—. Y tu madre, querida, era un poco mandona. Un día llegó y me dijo que quería ser libre como un pájaro. La verdad es que tenía gracia.

Nadie se la vio. Vanda frunció el entrecejo. Insistía.

—No lo estoy defendiendo. Mucho nos hizo sufrir a mí y a mi madre, que era mujer de bien. Y a Leonardo. Pero ni aún así quiero que lo entierren como a un perro sin amo. ¿Qué diría la gente cuando se enterara? Antes de empezar con sus locuras era persona considerada. Hay que enterrarlo como debe de ser.

Leonardo la miró, suplicante. Sabía que no servía de nada discutir con Vanda: siempre ella acababa por imponer su voluntad y sus deseos. También ocurría lo mismo en tiempos de Joaquim y Otacilia. Hasta que un día Joaquim se lió la manta a la cabeza y los dejó plantados. ¿Qué remedio, sino cargar con el cadáver, llevarlo a casa, avisar a amigos y conocidos, llamar a la gente por teléfono, pasar la noche en

blanco oyendo contar cosas de Quincas, las risas en sordina, los guiños, todo, hasta la salida del entierro? Aquel suegro le había amargado la existencia, le había dado los mayores disgustos. Leonardo había vivido durante años con el temor de enterarse de «otra de las suyas», de abrir el diario y tropezarse con la noticia de su detención por vagabundaje, como ya había ocurrido una vez. No quería acordarse de aquel día en que, a instancias de Vanda, anduvo buscándole por la policía, de una comisaría a otra, hasta encontrar a Quincas en los sótanos de la Central, en calzoncillos y descalzo, jugando tranquilamente con rateros y timadores. Y después de todo eso, cuando creía que al fin iba a poder respirar, aún tenía que aguantar aquel cadáver todo un día y una noche en casa...

Pero Eduardo tampoco estaba de acuerdo, y era la suya una opinión de peso, ya que el comerciante había aceptado compartir los gastos del entierro:

—Todo eso está muy bien, Vanda. Que lo entierren como un cristiano. Con cura, ropa nueva, corona de flores. No es que lo mereciera, pero al fin y al cabo es tu padre y mi hermano. Está bien, de acuerdo, pero de ahí a meter el difunto en casa...

—¿Por qué? —repitió Leonardo como un eco.

—... fastidiar a medio mundo, tener que alquilar seis u ocho autos para el acompañamiento... ¿Sabes cuánto cuesta cada uno? ¿Y el transporte del cadáver desde el Tabuao a Itapagipe? Una fortuna. ¿Por qué no sale el entierro de aquí mismo? Vamos nosotros como acompañamiento. Basta un automóvil. Después, si se empeñan ustedes, invitamos a la gente a la misa de funeral.

—Di que murió en el interior —tía Marocas no abandonaba su propuesta.

—Bien. ¿Por qué no?

—¿Y quién vela el cuerpo?

—Nosotros mismos. ¿Para qué más?

Vanda acabó por ceder. En verdad —pensó— la idea de llevarse el cadáver a casa era una exageración. Sólo iba a dar trabajo, gastos, preocupaciones. Lo mejor sería enterrar a Quincas lo más discretamente posible comunicar después el óbito a los amigos e invitarlos al funeral.

Así quedó acordado. Pidieron los postres. Un altavoz atronaba, allí al lado, cantando las excelencias del plan de ventas de una inmobiliaria.

VI

Tío Eduardo se volvió al almacén. No podía abandonarlo, con aquellos empleados, unos sinvergüenzas. Tía Marocas prometió volver más tarde al velatorio. Tenía que pasar por casa, pues había dejado todo revuelto con la prisa al enterarse de la noticia. Leonardo, por consejo de Vanda, aprovechó la tarde libre de oficina para ir a la inmobiliaria para ultimar un negocio de compra a plazos de un terreno. Un día. Dios mediante, tendrían su propia casa.

Habían establecido una especie de turnos de vela:

Vanda y Marocas por la tarde, Leonardo y tío Eduardo por la noche. La Ladeira do Tabuao no era lugar por donde una señora pudiera ser vista por la noche, ladera de mala fama, poblada de malhechores y mujeres de la vida. A la mañana siguiente se reuniría toda la familia para el entierro.

Así fue como Vanda, por la tarde, se encontró a solas con el cadáver de su padre. Los ruidos de una vida pobre e intensa desarrollándose por la ladera, llegaban apenas al tercer piso de la casucha donde el muerto reposaba tras el ajeteo del cambio de ropa.

Los empleados de la funeraria habían hecho bien su trabajo. Eran competentes y entrenados. Como dijo el santero, que pasó un momento para ver cómo iban las cosas, «no parecía el mismo muerto». Peinado, afeitado, vestido de negro, camisa blanca y corbata, zapatos brillantes, era realmente Joaquim Soares da Cunha quien descansaba en el ataúd (un ataúd regio comprobó Vanda satisfecha), de asas doradas, con relieves en los bordes. Habían improvisado con tablas y alzaderos de madera una especie de mesa, y en ella se ostentaba el ataúd, noble y severo. Dos velas enormes —cirios de altar mayor, pensó orgullosa Vanda— lanzaban una llama débil, pues la luz de Bahía entraba por la ventana y llenaba el cuarto de claridad. Tanta luz del sol, tanta alegre claridad, parecieron a Vanda una desconsideración para con la muerte, apagaba el brillo augusto de las velas, las hacía inútiles. Por un momento pensó en apagarlas: medida de economía. Pero, como seguro que la funeraria iba a cobrar lo mismo, así gastaran dos velas o diez, decidió cerrar la ventana y dejar en penumbra el cuarto. Las llamas benditas saltaban como lenguas de fuego. Vanda se sentó en una silla (préstamo del santero); se sentía satisfecha. No con la simple satisfacción del deber filial cumplido, sino algo más profundo.

Un suspiro de satisfacción le brotó del pecho. Se ahuecó los cabellos castaños con un movimiento de la mano. Era como si al fin hubiera domado a Quincas, como si le hubiera puesto otra vez las riendas, aquellas riendas que un día había arrancado él de las manos fuertes de Otacilia, riéndosele en sus propias narices. La sombra de una sonrisa afloró en los labios de Vanda, que serían bellos y deseables si no fuera por cierta rígida dureza que los marcaba. Se sentía vengada de todo cuanto Quincas hiciera sufrir a la familia, sobre todo a ella misma y a Otacilia, aquella humillación de años y años. Diez años pasó Joaquim en esa vida absurda. «Rey de los vagabundos de Bahía», le llamaban en las columnas de sucesos los periódicos; tipo callejero citado en crónicas de literatos ávidos de pintoresquismo; diez años avergonzando a la familia, salpicándola con el barro de aquella inconfesable celebridad. El «esponja mayor de Salvador», el bebedor empedernido, el «filósofo andrajoso de la rampa del Mercado», el «senador de los bailongos», Quincas Berro Dagua, el «vagabundo por excelencia». Así le llamaban los diarios, donde a veces aparecía su sórdido rostro fotografiado. ¡Dios mío, cuánto ha de sufrir una hija en el mundo cuando el destino le reserva la cruz de un padre sin conciencia de sus deberes!

Pero ahora se sentía contenta: mirando al cadáver, en su ataúd casi lujoso, vestido de negro, con las manos cruzadas sobre el pecho, en una actitud de devota compunción. Se elevaban las llamas de las velas arrancando destellos de los zapatos nuevos. Todo decente; menos la habitación, claro. Un consuelo para quien tanto había tenido que sufrir y padecer... Vanda pensó que Otacilia se sentiría feliz en el distante círculo del universo donde ahora se hallaba. Porque al fin se imponía su voluntad, la hija devota había hecho revivir a aquel Joaquim Soares da Cunha, a aquel tímido, bueno y obediente esposo y padre: bastaba levantar la voz y cerrar los ojos para tenerlo ante ella sobrio y conciliador. Allí estaba, cruzadas las manos sobre el pecho. Había desaparecido para siempre el vagabundo, el «rey de las verbenas callejeras», el «patriarca de la zona del bajo meretricio».

Una pena que estuviera muerto y no pudiera verse en el espejo, que no pudiera comprobar la victoria de la hija, de la digna familia ultrajada.

Quería Vanda, en aquella hora de íntima satisfacción, de absoluta victoria, ser generosa y buena. Olvidar los últimos diez años, como si los expertos de la funeraria los hubieran purificado con el mismo trapo enjabonado con que arrancaron la suciedad del cuerpo de Quincas, para recordar sólo la infancia, la adolescencia, el noviazgo y el casamiento, y la figura mansa de Joaquim Soares da Cunha medio escondido en su silla de lona leyendo los periódicos, estremeciéndose cuando la voz de Otacilia lo llamaba, reprensiva:

—¡Quincas!

Así lo amaba. Sentía ternura por él, añoranza de aquel padre. Con un poco de esfuerzo sería capaz hasta de conmoverse, de sentirse huérfana infeliz y desolada.

Aumentaba el calor del cuarto. Cerrada la ventana, no encontraba la brisa marinera lugar por donde entrar. Tampoco Vanda la quería: mar, puerto y brisa, las laderas monte arriba, los ruidos de la calle, formaban parte de aquella finida existencia de infame desvarío. Allí deberían estar sólo ella, el padre muerto, el recordado Joaquim Soares da Cunha y los recuerdos más queridos por él dejados. Vanda iba arrancando del fondo de la memoria escenas olvidadas. El padre llevándola al tióvivo de la Ribeira, en las fiestas de Bonfim. Nunca lo había visto tan alegre; aquel hombretón transformado en montura para la chiquilla, riendo a carcajadas, él, que tan raramente sonreía. Recordaba también el homenaje que le habían rendido amigos y colegas cuando fue ascendido a la Dirección. La casa llena de gente. Vanda era aún una chicuela, pero empezaba a sentir amores. Quien aquel día reventaba de satisfacción era Otacilia, en la sala, en medio del grupo, con discursos, cerveza y una estilográfica ofrecida al funcionario. Ella parecía la homenajeadada. Joaquim oía los discursos, se apretaba las manos, recibía el regalo sin mostrar entusiasmo. Como si todo aquello le fastidiara y no tuviera valor para decirlo.

Recordaba también la fisonomía del padre cuando ella le comunicó la próxima visita de Leonardo, que al fin había decidido pedir su mano. Movi6 la cabeza murmurando:

—¡Pobre hombre...!

Vanda no admitía críticas al novio:

—¿Pobre? ¿Por qué? Es de buena familia, tiene un buen empleo, no es hombre de juergas y borracheras...

—Ya lo sé, ya lo sé... Pensaba en otra cosa.

Era curioso. No se acordaba de muchos pormenores ligados a su padre. Como si él no hubiera participado activamente en la vida de la casa. Podría pasar horas y horas recordando a Otacilia, escenas, hechos, frases, acontecimientos en los que la madre había participado. Pero la verdad es que Joaquim sólo empezó a contar en sus vidas cuando, aquel día absurdo, después de llamar «burro» a Leonardo, se las quedó mirando, a ella y a Otacilia, y les espetó inesperadamente:

—¡Víboras!

Y con la mayor tranquilidad del mundo, como si estuviera realizando el acto más trivial, se fue hacia la puerta y no volvió.

En eso, sin embargo, no quería pensar Vanda. De nuevo volvió a la infancia. Era allí donde encontraba más precisa la imagen de Joaquim. Por ejemplo, cuando ella, niña de cinco años, de pelo en tirabuzones y lágrima fácil, tuvo aquel alarmante febrón. Joaquim no salía del cuarto, sentado junto al lecho de la enfermita, cogiéndole las manos, dándole las medicinas. Era un buen padre y un buen esposo. Con este último recuerdo, Vanda se sintió suficientemente conmovida y —si hubiera más gente en el velorio— hasta capaz de llorar un poco, como es obligación de una buena hija.

Con rostro melancólico miró el cadáver. Zapatos lustrosos en los que brillaba la luz de las velas, pantalones de corte perfecto, chaqueta negra bien asentada, las manos cruzadas sobre el pecho. Posó los ojos en el rostro barbado. Y se quedó estupefacta. Por primera vez.

Vio la sonrisa. Sonrisa cínica, inmoral, como si lo estuviera pasando en grande. La sonrisa no había cambiado, nada habían logrado contra ella los especialistas de la funeraria. También ella, Vanda, se había olvidado de pedirles que le pusieran un rostro más acorde, más ajustado a la solemnidad de la muerte. Y Quincas Berro Dagua seguía sonriendo, y ante aquella sonrisa de mofa y gozo, ¿de qué servían los zapatos nuevos —nuevos de trinque, cuando el pobre Leonardo tenía que mandar que pusieran, por segunda vez, medias suelas a los suyos—, de qué servía la ropa negra, la camisa blanca, la barba afeitada, el pelo sujeto con fijador, las manos puestas en oración? Porque Quincas se reía de todo aquello, con una risa que se iba dilatando, ampliándose, y poco después resonaba en la pocilga inmunda. Reía con los labios y con los ojos, con los ojos clavados en el montón de ropa sucia y remendada olvidada en un rincón por los hombres de la funeraria. La sonrisa de Quincas Berro Dagua.

Y Vanda oyó, marcadas las sílabas con nitidez insultante, entre el silencio fúnebre:

—¡Víbora!

Se asustó, sus ojos relampaguearon como los de Otacilia, pero su rostro se puso pálido. Era la palabra que él usaba cuando, al inicio de su locura, ella y Otacilia intentaban reducirlo de nuevo al confort de la casa, a los hábitos establecidos, a la pérdida decencia. Ni ahora, muerto y estirado en un ataúd, con velas a los pies, vestido con buenas ropas, se entregaba. Se reía con la boca y con los ojos, y nada raro tenía que empezara a silbar. Y aún más, uno de los pulgares —el de la mano izquierda— no estaba debidamente cruzado sobre el otro, sino que se elevaba en el aire, anárquico, insultante:

—¡Víbora! —dijo de nuevo. Y silbó, quedamente.

Vanda se estremeció en su silla, se pasó la mano por el rostro —¿me estaré volviendo loca?—, sintió que le faltaba el aire. El calor se iba haciendo insoportable, tenía náuseas.

Una respiración sofocada en la escalera: tía Marocas, con los rodetes de grasa bailándole, entraba en el cuarto. Vio a la sobrina descompuesta en la silla, lívida, los ojos clavados en la boca del muerto.

—Estás deshecha, pequeña. También, con el calor que hace en este cuartucho...

Se amplió la sonrisa canalla de Quincas al ver la masa monumental de su hermana. Vanda quiso taparse los oídos. Sabía, por experiencia anterior, con qué palabras acostumbraba él a definir a Marocas, ¿pero de qué sirven las manos en las orejas para contener la voz de un muerto? Y oyó:

—¡Saco de pedos!

Marocas, más descansada de la subida, sin mirar siquiera al cadáver, abrió de par en par la ventana:

—¿Le han echado perfume? Hay un olor que atonta.

Por la ventana abierta entró el barullo de la calle, múltiple y alegre, la brisa del mar apagó las velas y vino a besar la faz de Quincas. La claridad se extendió sobre él, azul y festiva. Victoriosa la sonrisa de los labios, Quincas se arrellanó en el ataúd.

VII

Ya a aquella hora la noticia de la muerte inesperada de Quincas Berro Dagua circulaba por las calles de Bahía. Es bien verdad que los pequeños comerciantes del Mercado no cerraron sus puertas en señal de duelo. En compensación, inmediatamente, aumentaron los precios de las chucherías, de los bolsos de paja, de las esculturas de barro que vendían a los turistas. Así homenajeaban al muerto. Hubo en las proximidades del Mercado reuniones precipitadas que parecían comicios-relámpago, gente que iba de un lado al otro; la noticia en el aire, subiendo por el Elevador Lacerda, viajando en los tranvías de Calçada, en los autobuses de Feira de Santana. Se deshizo en lágrimas la graciosa Negra Paula, ante su tenderete de bollos de tapioca. No vendría Berro Dagua aquella tarde a echarle piropos retorcidos,

exquisitos, a espiarle los senos opulentos, a proponerle indecencias, haciéndola reír.

En los pesqueros de velas arriadas, los hombres del reino de lemanjá, los bronceados marineros, no escondían su decepcionada sorpresa: ¿Cómo era posible que muriera en un cuarto de Tabuao? ¿Cómo al «viejo marinero» se le había ocurrido ir a echar el alma en una cama? ¿No había dicho tantas veces, en tono solemne, con voz y tono capaces de convencer al más incrédulo, que jamás moriría en tierra, que no había más que un sepulcro digno de un tunante como él: el mar bañado en luna, las aguas sin fin?

Cuando se encontraba, invitado de honor, en la popa de un patache, ante una sensacional calderada de pescado, las ollas de barro lanzando su vaho, oloroso, la botella de aguardiente pasando de mano en mano, había siempre un instante, cuando empezaban a puntear las guitarras, en que se despertaban sus instintos marineros. Se ponía en pie, balanceando el cuerpo —el aguardiente le daba aquel vacilante equilibrio de los hombres de mar— y declaraba su condición de «viejo marinero». Viejo sin barco y sin mar, desmoralizado en tierra, pero no por culpa suya. Porque había nacido para el mar, para izar vela y dominar el timón de los veleros, para tomar las ondas en noche de temporal. Su destino fue truncado. Hubiera podido llegar a capitán de navío, vestido de azul, pipa en boca. Ni siquiera así dejaba de ser marinero, para eso había nacido de su madre Madalena, nieta de comandante de barco. Era hombre de mar por su bisabuelo, y si ahora le entregaran el mando de aquel patache, capaz sería de llevarlo mar afuera, no hacia Maragogipe o la Cachoeira, allí al lado, y sí hacia las distantes costas de África, a pesar de no haber navegado jamás. Lo llevaba en la sangre. Nada precisaba aprender de navegación: había nacido sabiéndolo todo. Si alguien entre los asistentes tenía dudas, que se presentara... Empinaba la botella y echaba unos largos tragos. Los patrones de los pesqueros no lo dudaban, bien podía ser verdad. En el muelle y en las playas, los chiquillos nacían sabiendo las cosas del mar: no hay que buscar explicación a estos misterios. Entonces Quincas Berro Dagua hacía su solemne juramento: reservaba para el mar las honras de su hora postrera, de su momento final. No lo sujetarían a seis palmos de tierra. ¡Eso no! Exigiría, cuando la hora llegase, la libertad del mar, los viajes que no hizo en vida, las más osadas travesías, las hazañas sin ejemplo. Mestre Manuel, sin nervios y sin edad, el más valiente de los patrones, sacudía la cabeza, aprobador. Los otros, a quienes la vida había enseñado a no dudar de nada, asentían también mientras echaban otro trago de aguardiente. Rasgueaban las guitarras, cantaban la magia de las noches de mar, la seducción fatal de Janaina. El «viejo marinero» cantaba más alto que nadie.

¿Cómo fue entonces a morir al fondo de un cuartucho del Tabuao? Era increíble. Los patrones de los veleros escuchaban la noticia sin darle total crédito. Quincas Berro Dagua era amigo de jugarretas. Más de una vez había embromado a medio mundo.

Los jugadores de tute, de ronda, de siete y medio, suspendían las emocionantes

partidas, desentendiéndose de las ganancias, estupefactos. ¿No era Berro Dagua su jefe indiscutido? Caía sobre ellos la sombra de la tarde como un luto cerrado. En los bares, en los tabernuchos, en el mostrador de tiendas y cafés, dondequiera que se bebiera aguardiente, imperaba la tristeza y las consumiciones iban a cuenta de la pérdida irremediable. ¿Quién bebía mejor que él, jamás borracho por completo, tanto más lúcido y brillante cuanto más aguardiente embarcaba, capaz como nadie de adivinar la marca, la procedencia de los más diversos aguardientes, conocedor como nadie de todos los matices de color, de gusto y de perfume? ¿Cuántos años hacía que no catava el agua? Desde el día en que pasó a ser llamado Berro Dagua.

No es que sea un hecho memorable o una emocionante historia, pero vale la pena contar el caso, pues fue a partir de ese instante cuando el apodo *Berro Dagua* se incorporó de manera definitiva al nombre de Quincas. Había entrado en la tienda de López, simpático español, en la parte de afuera del Mercado. Parroquiano habitual, se había ganado el derecho de servirse sin ayuda de empleados. En el mostrador vio una botella de limpio aguardiente, transparente, perfecto. Llenó un vaso, escupió para limpiar la boca y lo apuró de un trago. Un grito inhumano turbó la placidez de la mañana en el Mercado, haciendo vacilar al propio Elevador Lacerda en sus profundos fundamentos. El grito de un animal herido de muerte, de un hombre traicionado:

—¡Aguuuuuuuua!

¡Inmundo, asqueroso español maldito! Corría gente de todas partes. Sin duda asesinaban a alguien. Los parroquianos reían a carcajadas. El «berro de agua» de Quincas se extendió como anécdota del Mercado a Pelourinho, del Largo das Sete Portas al Dique, de Calçada a Itopoá. Quincas Berro Dagua fue desde entonces, y Quiteria do Olho Arregalado, en los momentos de mayor ternura, le llamaba «Berrito» entre sus dientes mordedores.

También en aquellas casas pobres, de las mujeres más baratas, donde vagabundos y malhechores, matuteros y pescadores desembarcados, encontraban un hogar, una familia, y el amor en las horas perdidas de la noche, tras el triste mercado del sexo, cuando las fatigadas mujeres ansiaban un poco de ternura, la noticia de la muerte de Quincas Berro Dagua provocó la desolación e hizo correr las lágrimas más tristes. Las mujeres lloraban como si hubiesen perdido un pariente próximo, y se sentían de pronto desamparadas en su miseria. Algunas unieron sus ahorros y resolvieron comprar para el muerto las más bellas flores de Bahía. En cuanto a Quiteria do Olho Arregalado, rodeada de la lacrimosa dedicación de las compañeras de la casa, sus gritos saltaban la Ladeira de Sao Miguel, morían en el Largo do Pelourinho, gritos de cortar el corazón. Sólo encontró consuelo en la bebida, exaltando, entre tragos y sollozos, la memoria de aquel inolvidable amante, el más tierno y loco amante, el más alegre y el más sabio.

Recordaban hechos, detalles y frases capaces de dar la justa medida de Quincas. Fue él quien cuidó, durante más de veinte días, al hijo de Benedita, cuando, teniendo éste tres meses, tuvo su madre que internarse en un hospital. Sólo le faltaba dar de

mamar a la criatura. Todo lo demás lo hizo: cambiarle los pañales, limpiarle el culito, bañarlo, darle el biberón.

¿No se había arrojado, aún pocos días antes, viejo y borracho, como un campeón sin miedo, en defensa de Clara Boa, cuando dos jóvenes calaveras, hijos de puta de las mejores familias, quisieron zurrarla en medio de una juerga en el burdel de Viviana? Y, ¿qué huésped más agradable en la gran mesa del comedor, a la hora del mediodía...? ¿Quién sabía historias más alegres, quién consolaba mejor las penas amorosas, quién era como un padre o como un hermano mayor? A media tarde, Quiteria do Olho Arregalado rodó de la silla y la llevaron a la cama. Allí se quedó dormida con sus recuerdos. Varias mujeres decidieron no buscar ni recibir a ningún hombre aquella noche: estaban de luto. Como si fuese jueves o viernes santo.

VIII

Al caer la tarde, cuando se encendían las luces de la ciudad y los hombres abandonaban el trabajo, los cuatro amigos más íntimos de Quincas Berro Dagua — Curió, Negro Pastinha, Cabo Martin y Pe-de-Vento— bajaban por la Ladeira do Tabuao camino del cuarto del muerto. Hay que decir, en honor a la verdad, que aún no estaban borrachos. Eso sí, habían tomado sus tragos en la conmoción de la noticia, pero el picor de los ojos se debía a las lágrimas vertidas, al dolor desmedido, y lo mismo puede decirse de su voz ronca y del paso vacilante. ¿Cómo mantenerse completamente lúcido cuando muere un amigo de tantos años, el mejor compañero, el más completo vagabundo de Bahía? Lo de la botella que Cabo Martin llevaba escondida bajo la camisa, jamás llegó a probarse.

A aquella hora del crepúsculo, misterioso comienzo de la noche, el muerto parecía un poco fatigado. Vanda se daba cuenta. No era para menos: había pasado la tarde riendo, diciendo palabrotas, haciéndole muecas de burla. Ni siquiera cuando llegaron Leonardo y tío Eduardo, hacia las cinco, ni siquiera entonces descansó Quincas. Insultaba a Leonardo: «¡Tarugo!»; se reía de Eduardo. Pero cuando cayeron sobre la ciudad las sombras del crepúsculo, Quincas se inquietó. Como si esperara algo que tardaba en llegar. Vanda, para olvidar y confortarle, hablaba animadamente con su marido y los tíos, evitando mirar al muerto. Su deseo era volver a casa, descansar, tomar una pastilla que la ayudara a dormirse. ¿Por qué los ojos de Quincas miraban a veces a la ventana y otras a la puerta?

La noticia no les llegó a los cuatro amigos al mismo tiempo. El primero en saberla fue Curió. Empleaba éste sus múltiples talentos haciendo propaganda de una tienda de la Baixa do Sapateiro. Vestido con un viejo levitón mugriento, la cara pintada, se apostaba —por un salario mísero— a la puerta del establecimiento alabando la baratura y las virtudes de la mercancía, paraba a los transeúntes con sus bromas, los invitaba a entrar, casi los arrastraba a la fuerza. De vez en cuando

apretaba la sed —empleo aquél como hecho adrede para secar garganta y pecho— y se largaba un momento a una taberna próxima donde echaba un trago para templar la voz. En una de esas idas y venidas le llegó la noticia, brutal como un golpazo en el pecho, y le dejó sin habla. Volvió cabizbajo, entró en la tienda y avisó al sirio que no contara más con él aquella tarde. Curió era aún mozo, y alegrías y tristezas lo afectaban profundamente. No podía soportar solo el choque terrible. Precisaba la compañía de los otros íntimos, de la pandilla habitual.

El corro junto a la rampa de los pataches, en la feria nocturna de Agua dos Meninos los sábados, en las Sete Portas, en las exhibiciones de lucha capoeira en la Estrada da Liberdade, era casi siempre numeroso: marineros, pequeños comerciantes del Mercado, papanatas, luchadores de capoeira, truhanes de todo tipo, participaban en las largas conversaciones, contaban sus aventuras, las movidas partidas de baraja, la pesca bajo la luna, las juergas en el barrio. Numerosos amigos y admiradores poseía Quincas Berro Dagua, pero aquellos cuatro eran los inseparables. Se habían encontrado durante años todos los días, habían pasado juntos todas las noches, con dinero o sin dinero, hartos de bien comer o muertos de hambre, compartiendo la bebida, juntos en la alegría o en la tristeza. Sólo ahora se daba cuenta Curió de cuan unidos estaban. La muerte de Quincas le parecía una amputación, como si le hubieran arrancado un brazo, una pierna, como si le hubieran saltado un ojo. Aquel ojo del corazón del que hablaba la *madre-de-santo* Senhora, dueña de toda sabiduría. Juntos, pensó Curió, debían llegar hasta el cuerpo de Quincas Berro Dagua.

Salió en busca de Negro Pastinha, a aquella hora sin duda en Largo das Sete Portas ayudando a los jugadores conocidos a desplumar pardillos, ganándose así unos cobres para el aguardiente de la noche. Negro Pastinha medía casi dos metros. Cuando hinchaba el pecho parecía un monumento, tan grande y fuerte era. Nadie podía con el negro cuando se ponía furioso. Cosa, por otra parte, y felizmente, difícil de acontecer, pues Negro Pastinha era de naturaleza alegre y bonachón.

Lo encontró en el Largo das Sete Portas, como había calculado. Y allí estaba, sentado en la acera del pequeño Mercado, hundido en lágrimas, agarrado a una botella casi vacía. A su lado, solidarios en el dolor y el aguardiente, vagabundos diversos hacían coro a sus lamentaciones y suspiros. Ya sabía la noticia, pensó Curió al ver la escena. Negro Pastinha echó un trago, secó una lágrima, gritó desesperado:

—Murió el padre de todos...

—... padre de todos... —gemían los otros.

Circulaba la botella consoladora, crecían las lágrimas en los ojos del negro, crecía su acerbo sufrir:

—Murió el hombre bueno...

—... hombre bueno...

De vez en cuando se incorporaba al corro un nuevo elemento, a veces sin saber lo que pasaba. Negro Pastinha le tendía la botella y soltaba su grito de apuñalado:

—Era bueno...

—... era bueno... —repetían los otros, menos el novato, a la espera de una explicación de tan tristes lamentos y aguardiente gratis.

—¡Habla también, desgraciado! —Negro Pastinha, sin levantarse, alzaba el brazo poderoso y sacudía un pescozón al recién llegado, con un brillo en los ojos—. ¿O es que crees que era un canalla?

Alguien se apresuraba a explicar antes de que las cosas fueran a peor:

—Fue Quincas Berro Dagua; murió.

—¿Quincas...? Era bueno... —decía el nuevo miembro del coro, convicto y aterrorizado.

—¡Otra botella! —reclamaba entre sollozos Negro Pastinha.

Un muchacho se levantaba ágilmente y se dirigía a la tasca vecina.

—Pastinha quiere otra botella.

La muerte de Quincas aumentaba, allá por donde pasaba la noticia, el consumo de aguardiente. Curió observaba desde lejos la escena. La noticia había ido más de prisa que él. También lo vio el negro y soltó un aullido espantoso, alzó los brazos al cielo y se levantó.

—Curió, hermanito, murió el padre de todos...

—... el padre de todos... —repitió el coro.

—¡Callar la boca, carajo! ¡Dejadme abrazar a mi hermano Curió...!

Cumplían los ritos de gentileza del pueblo de Bahía, el más pobre y el más civilizado. Se hallaron las bocas. Los faldones de la levita de Curió se alzaron al viento. Por su cara pintarrajeada empezaron a correr las lágrimas. Por tres veces se abrazaron él y Negro Pastinha, confundándose sus sollozos. Curió cogió la nueva botella, buscando consuelo en ella. Negro Pastinha estaba inconsolable.

—Se acabó la luz de la noche...

—... la luz de la noche...

Curió propuso:

—Vamos a buscar a los otros para ir a verle.

Cabo Martin podía estar en tres o cuatro lugares. O durmiendo con Carmela, cansado aún de la noche de la víspera; o conversando en la rampa do Mercado, o jugando en la Feira de Agua dos Meninos. Sólo a esas tres ocupaciones se dedicaba Martin desde que se había dado de baja en el Ejército, unos quince años antes: al amor, a la conversación, al juego. Jamás tuvo otro oficio conocido, las mujeres y los necios le daban lo bastante para ir viviendo. Trabajar después de haber llevado el glorioso uniforme le parecía a Martin una evidente humillación. Su altivez de mulato bien plantado y la agilidad de sus manos en la baraja hacía que todos lo respetaran. Sin hablar de su habilidad con la guitarra.

Estaba ejercitando sus habilidades con la baraja en la Feira de Agua dos Meninos. Haciéndolo tan sencillamente, contribuía a la alegría espiritual de algunos chóferes de autobuses y camiones, colaboraba a la educación de dos mulatillos que iniciaban su aprendizaje práctico de la vida y ayudaba a unos cuantos feriantes a gastar las

ganancias obtenidas con las ventas del día. Realizaba así una obra de las más loables. No se explicaba en consecuencia que uno de los feriantes no mostrara mucho entusiasmo ante sus habilidades al bancar y mascullara entre dientes que «tanta suerte apestaba a mangancia». Cabo Martin alzó hacia el apresurado criticón sus ojos de azul inocencia, y le ofreció la baraja para que diera él si le apetecía y tenía la necesaria competencia para el caso. En cuanto a él. Cabo Martin, prefería jugar contra la banca, quebrarla en una sentada, reducir al banquero a la más negra miseria. Y no admitía insinuaciones sobre su honestidad. Como antiguo militar, era particularmente sensible a cualquier comentario que supusiera dudas sobre su honradez. Tan sensible era, que una provocación más y se vería obligado a partirla la cara a alguien. Creció el entusiasmo entre los mulatillos; los camioneros se frotaron las manos animados. Nada más agradable que una buena pelea, tan gratuita e inesperada. En ese momento, cuando todo podía ocurrir, surgieron Curió y Negro Pastinha cargando con la noticia trágica y la botella de aguardiente con un resto de dos dedos en el fondo. Desde lejos le gritaron al cabo:

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

Cabo Martin los miró con ojo competente, deteniéndose en unos cálculos precisos sobre el contenido de la botella. Comentó para el corro:

—Algo importante ha pasado para que se hayan bebido ya una botella. O Negro Pastinha ganó en el juego, o Curió se ha enamorado.

Porque Curió era un romántico incurable y se enamoraba constantemente, víctima de pasiones fulminantes. Cada noviazgo era debidamente celebrado, con alegría al iniciarse, con tristeza y filosofía al terminar, poco tiempo después.

—Alguien murió... —dijo un camionero.

Cabo Martin escuchó atento.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

Venían los dos inclinados bajo el peso de la noticia. De Sete Portas a Agua dos Meninos, pasando por la Rampa dos Saveiros y por casa de Carmela, habían ido dando la triste noticia a mucha gente. ¿Por qué todos, en cuanto se enteraban de la muerte de Quincas, corrían a destapar una botella? No era culpa de ellos, en pleno arranque de dolor y luto, si había tanta gente por el camino, si tenía Quincas tantos conocidos y amigos. Aquel día se empezó a beber en Bahía mucho antes de la hora habitual. No era para menos. No todos los días muere un Quincas Berro Dagua.

Cabo Martin olvidó la discusión y observó cada vez más curioso, baraja en mano. Estaban llorando, no había duda. La voz de Negro Pastinha llegaba quebrada:

—Murió el padre de todos...

—¿Jesucristo o el Gobernador? —preguntó uno de los mulatillos, dándosela de chistoso. La mano del negro lo agarró, lo levantó en el aire y lo tiró al suelo.

Todos comprendieron que se trataba de algo serio. Curió alzó la botella y dijo:

—¡Ha muerto Berro Dagua!

Cayó la baraja de manos de Martin. El feriante malicioso vio confirmadas sus

sospechas: ases y damas, cartas del banquero, se vieron en cantidad extendidas por el suelo. Pero también hasta él había llegado el nombre de Quincas, y decidió no discutir. Cabo Martin requisó la botella de Curió y acabó de vaciarla; luego la arrojó con desprecio. Miró largamente la feria, los camiones y autobuses de la calle, las lanchas en el mar, la gente yendo y viniendo. Tuvo la sensación de sufrir un vacío súbito. No oía ni siquiera los pájaros de las jaulas vecinas, en la barraca de un feriante.

No era hombre de llorar; un militar no llora, ni aun después de haber colgado el uniforme. Pero sus ojos parecieron disminuir, se quebró su voz, perdió toda fanfarronada. Era casi una voz de chiquillo preguntando:

—¿Cómo es posible?

Se unió a los otros tras recoger la baraja. Había que encontrar a Pe-de-Vento. Ése no tenía lugar seguro, a no ser los jueves y domingos por la tarde, cuando invariablemente iba al corro de la capoeira de Valdemar, en la Estrada da Liberdade. Cazaba ratas y sapos para venderlos a los laboratorios de investigaciones médicas, lo que hacía de Pe-de-Vento una figura admirada y daba a su opinión especial acatamiento. ¿No era él también un poco científico, no conversaba con doctores, no sabía palabras difíciles?

Sólo tras mucho caminar y varios tragos dieron con él, envuelto en su enorme chaqueta, como si sintiera frío, gruñendo para sí. Se había enterado de la noticia por otros caminos y andaba también buscando a los amigos. Al encontrarlos echó mano al bolsillo. Para sacar un pañuelo con que secarse las lágrimas, pensó Curió. Pero de las profundidades del bolso, Pe-de-Vento extrajo una pequeña rana verde como una pulida esmeralda.

—La tenía guardada para Quincas. Nunca encontré otra tan bonita.

IX

Cuando aparecieron en la puerta del cuarto, Pe-de-Vento extendió la mano, en cuya palma abierta estaba la rana de ojos saltones. Se quedaron en la puerta, parados, apelonándose. Negro Pastinha avanzaba la cabezota por encima de los otros. Pe-de-Vento, avergonzado, se guardó el animal en el bolsillo.

La familia suspendió la animada charla, y cuatro pares de ojos hostiles se clavaron en el grupo cohibido. ¡Lo que faltaba!, pensó Vanda. Cabo Martin, que en materia de educación sólo cedía ante el propio Quincas, se quitó el mugriento sombrero y cumplimentó a los presentes.

—Buenas tardes, damas y caballeros. Nosotros... queríamos verle...

Dio un paso adentro. Los otros le acompañaron. La familia se apartó y ellos rodearon el ataúd. Curió llegó a pensar que era una burla: aquel muerto no era Quincas Berro Dagua. Sólo lo reconoció por la sonrisa. Estaban sorprendidos los

cuatro: nunca hubieran podido imaginar un Quincas tan limpio y elegante, tan bien vestido. Perdieron su seguridad en un instante. Se disolvió como por encanto la borrachera. La presencia de la familia —sobre todo de las mujeres— los dejaba amedrentados y tímidos, sin saber qué hacer, dónde poner las manos, cómo comportarse ante el muerto.

Curió miró a los otros, ridículo con su rostro pintado de bermellón y su levitón deshilachado, pidiéndoles que salieran de allí lo antes posible. Cabo Martin vacilaba como un general en vísperas de batalla al observar el poderío del enemigo; Pe-de-Vento llegó a dar un paso hacia la puerta. Sólo Negro Pastinha, siempre tras los otros, la cabezota alargada para ver mejor, no vaciló ni un segundo. Quincas le sonreía. El negro sonrió también. No habría fuerza humana capaz de arrancarlo de allí, de junto a compadre Quincas. Cogió a Pe-de-Vento del brazo y respondió con una mirada a la petición de Curió. Cabo Martin comprendió: un militar no abandona el campo de batalla. Se apartaron los cuatro del ataúd, hacia el fondo del cuarto.

Ahora estaban todos allí, en silencio, a un lado la familia de Joaquim Soares da Cunha, hija, yerno y hermanos; al otro lado los amigos de Quincas Berro Dagua. Pe-de-Vento metió la mano en el bolsillo, acarició la rana amedrentada. ¡Cómo le gustaría enseñársela a Quincas! Como si ejecutaran un movimiento de ballet, al apartarse del ataúd los amigos se aproximaron los parientes. Vanda lanzó una mirada de desprecio y de reproche al padre: hasta después de muerto prefería la compañía de aquellos desherrapados.

Por ellos había estado esperando Quincas. Su inquietud al caer la tarde se debía sólo a la demora, al retraso de los vagabundos. Cuando Vanda empezaba a creer vencido a su padre, dispuesto finalmente a entregarse, a silenciar los labios de sucias palabras, derrotado por la resistencia silenciosa y llena de dignidad opuesta por ella a todas sus provocaciones, de nuevo resplandecía la sonrisa en el rostro muerto, ahora más que nunca era otra vez Quincas Berro Dagua el cadáver que tenía ante sí. Si no fuera por el recuerdo ultrajado de Otacilia, ella hubiera abandonado ya la lucha, lanzaría por el Tabuao ese cuerpo indigno, restituiría aquel ataúd, apenas usado, a la empresa funeraria, vendería las ropas nuevas por mitad de precio a un trapero cualquiera. El silencio se iba haciendo insoportable.

Leonardo se volvió hacia su esposa y su tía.

—Creo que ya va siendo hora de que se vayan. Pronto se hará de noche...

Minutos antes, lo que Vanda más hubiera deseado era irse a descansar. Apretó los dientes. No era mujer para dejarse vencer. Respondió:

—Dentro de un rato.

Negro Pastinha se sentó en el suelo, apoyó la cabeza en la pared. Pe-de-Vento le dio con el pie: no estaba bien desperezarse así, ante la familia del muerto. Curió quería irse; Cabo Martin miraba, reprensivo, al negro. Pastinha empujó con la mano el pie incómodo del amigo. Su voz sollozó:

—¡Era el padre de todos! Padre Quincas...

Fue como un puñetazo en el pecho de Vanda, una bofetada para Leonardo, un escupitajo para Eduardo. Sólo tía Marocas rió, sacudiendo las mantecas, sentada en la silla única y disputada.

—¡Qué graciosos!

Negro Pastinha pasó del llanto a la risa, encantado con Marocas. Más espantosas aún que sus sollozos eran las carcajadas del negro. Fue un ciclón en el cuarto, y Vanda oía otra risa bajo la risa de Negro Pastinha: Quincas se estaba divirtiendo una enormidad.

—¿Qué falta de respeto es esa? —su voz seca rompió aquel principio de cordialidad.

Ante la reprimenda, se levantó tía Marocas. Dio unos pasos por el cuarto, siempre acompañada por la simpatía de Negro Pastinha, que la miraba de pies a cabeza encontrándola mujer de su gusto, un poco vieja, es verdad, pero grande y gorda, como a él le gustaban. No le atraían las flacuchas, cuya cintura no se puede estrujar. Si Negro Pastinha diera con aquella madama en la playa iban a pasarlo en grande los dos. Bastaba verla para notar cualidades.

Tía Marocas empezó a decir que estaba cansada y nerviosa, que quería irse. Vanda había ocupado su sitio en la silla, ante el ataúd, y no le contestaba. Parecía un guardia cuidando un tesoro.

—Cansados estamos todos —habló Eduardo.

—Lo mejor sería que ellas se fueran... —Leonardo temía la Ladeira do Tabuao cuando más tarde cesara el movimiento del comercio y la ocuparan prostitutas y mandrines.

Cabo Martin, educado como era, y queriendo colaborar, propuso:

—Si los distinguidos señores quieren retirarse a echar una cabezada, nosotros podemos quedarnos aquí, cuidando de Quincas...

Eduardo sabía que no era correcto: no podían dejar el cuerpo solo, con aquella gente, sin ningún miembro de la familia. Pero le gustaría aceptar la propuesta. ¡Ay, cómo le gustaría! Todo el día en el almacén, de un lado al otro, atendiendo a los clientes, dando órdenes a los empleados. Algo capaz de tumbar a cualquiera. Eduardo se acostaba pronto y se levantaba de madrugada. Era hombre de horarios rígidos. Al volver del almacén, tras bañarse y cenar, se sentaba en una mecedora, estiraba las piernas, se dormía en seguida. Ese condenado de Quincas sólo le traía quebraderos de cabeza. Desde hacía diez años no hacía otra cosa. Y aquella noche le obligaba a estar allí, de pie, y apenas había comido unos bocadillos. ¿Por qué no dejarlo con sus amigos, con aquella caterva de vagabundos, con la gente con quien había convivido los diez años últimos...? ¿Qué hacían allí, en aquella pocilga inmunda, en aquel nido de ratas, él y Marocas, Vanda y Leonardo? No tenía valor para exponer sus pensamientos: Vanda era una malcriada, capaz de recordarle las varias ocasiones en que él, Eduardo, cuando empezó sus negocios, había recurrido a la cartera de Quincas. Miró a Cabo Martin con cierta benevolencia.

Pe-de-Vento, derrotado en sus tentativas de hacer que Negro Pastinha se levantara, se sentó también. Tenía ganas de sacar su rana, ponerla en la palma de la mano y jugar un rato con ella. Nunca había visto otra como aquella, tan bonita. Curió, cuya infancia había transcurrido en parte en un asilo de menores dirigido por frailes, buscaba en su embotada memoria una oración completa. Siempre había oído que los muertos necesitan oraciones. Y, hablando de frailes... ¿habría venido ya el cura o vendría al día siguiente? La pregunta le brincaba en la garganta. No pudo contenerse:

—¿Ya vino el cura?

—Vendrá mañana... —contestó Marocas.

Vanda la reprendió con los ojos: ¿por qué aceptaba conversación de aquella gentuza? Pero, una vez restablecido el respeto, Vanda se sentía mejor.

Ahora había expulsado a un rincón del cuarto a los vagabundos, les había impuesto silencio. No le iba a ser posible pasar la noche allí. Ni a ella ni a tía Marocas. Había tenido al principio la vaga esperanza de que los indecentes amigos de Quincas estuvieran sólo un rato. En el velatorio no había ni comida ni bebida. No sabía por qué estaban aún en el cuarto. No sería por amistad al muerto: esa gente no siente amistad por nadie. De todos modos, la presencia de aquellos amigotes del difunto no tenía demasiada importancia mientras no se empeñaran en acompañar al entierro al día siguiente. Por la mañana, cuando volviera para el funeral, Vanda recobraría la dirección de los acontecimientos, y quedaría otra vez sola la familia con el cadáver, enterrarían a Joaquim Soares da Cunha con modestia y dignidad. Se levantó de la silla. Llamó a Marocas:

—Vamos.

Y luego hacia Leonardo:

—No te quedes aquí hasta muy tarde. Tú no puedes pasar la noche así. Tío Eduardo dijo que se quedaría toda la noche.

Eduardo, arrellanándose en la silla, asintió. Leonardo fue a acompañarlas hasta el tranvía. Cabo Martin arriesgó un «Buenas noches, señoras», pero no obtuvo respuesta. Sólo la luz de las velas iluminaba el cuarto. Negro Pastinha dormía con impresionantes ronquidos.

X

A las diez de la noche, Leonardo, levantándose del bidón de queroseno, se aproximó a las velas y miró la hora. Despertó a Eduardo, que dormía con la boca abierta, incómodo, en la silla.

—Me voy. A las seis estaré de vuelta para que pueda usted ir a casa a mudarse.

Eduardo estiró las piernas; pensó en su cama. Le dolía el pescuezo. En un rincón. Curió, Pe-de-Vento y Cabo Martin conversaban en voz baja, en una apasionante discusión: ¿quién de ellos iba a sustituir a Quincas en el corazón y en el lecho de

Quiteria do Olho Arregalado? Cabo Martin, revelando un lamentable egoísmo, no aceptaba que lo borrarán de la lista de herederos sólo por el hecho de poseer ya el corazón y el cuerpo esbelto de la negrita Carmela. Eduardo, cuando el eco de los pasos de Leonardo se perdió calle abajo, observó al grupo. La discusión cesó. Cabo Martin sonrió al comerciante. Éste miraba, envidioso, a Negro Pastinha, hundido en el mejor de los sueños. Se arrellanó nuevamente en la silla y puso los pies en el bidón de queroseno. Le dolía el cuello. Pe-de-Vento no resistió, sacó la rana del bolsillo y la puso en el suelo. La ranita saltó cómicamente. Era como un fantasma suelto por el cuarto. Eduardo no conseguía dormir. Miró al muerto en el ataúd, inmóvil. Era el único que estaba cómodo. ¿Por qué diablos tenía que estar él allí de centinela? ¿No era bastante con ir al entierro? ¿No había pagado parte de los gastos? Ya había cumplido su deber de hermano, y hasta de sobra, tratándose de un hermano como Quincas, un escándalo en su vida.

Se levantó, estiró brazos y piernas, abrió la boca en un bostezo. Pe-de-Vento escondía en la mano la verde ranita. Curió pensaba en Quiteria do Olho Arregalado. ¡Qué mujer!... Eduardo se paró ante ellos.

—Díganme una cosa...

Cabo Martin, psicólogo por vocación y por necesidad, se cuadró.

—A sus órdenes, mi comandante.

¿Quién sabe si no iría el comerciante a mandar por unas botellitas para ayudar en la travesía de la larga noche?

—¿Se van a quedar ustedes toda la noche?

—¿Con él? Sí, señor. Éramos sus amigos...

—Bueno, pues yo me voy a casa. A descansar un poco. —Metió la mano en el bolsillo y sacó un billete—. Ahí tienen eso. —Los ojos del cabo, de Curió y de Pe-de-Vento acompañaban sus gestos—. Para que se compren unos bocadillos. Pero no lo dejen solo. ¡Ni un minuto! ¿Eh?

—Vaya tranquilo. Le haremos compañía.

Negro Pastinha despertó con el olor del aguardiente. Antes de empezar a beber. Curió y Pe-de-Vento encendieron unos cigarros; Cabo Martin uno de aquellos puros de cincuenta centavos, negros y fuertes, que sólo los auténticos fumadores saben apreciar. Pasó la humareda poderosa bajo la nariz del negro, y ni aún así despertó, pero apenas destaparon la botella (la discutida primera botella que, según la familia, había llevado el cabo escondida bajo la camisa) el negro abrió los ojos y pidió un trago.

Los primeros tragos despertaron en los cuatro amigos un acentuado sentido crítico. Aquella familia de Quincas, con tanto dárseles de señorío, no eran más que un hatajo de tacaños. Todo lo hicieron a medias. ¿Dónde estaban las sillas para que se sentaran las visitas? ¿Dónde la bebida y la comida habituales hasta en los velatorios más pobres? Cabo Martin había velado a muchos difuntos, pero nunca había visto un velatorio más desangelado. Hasta en los más pobres servían por lo menos un café y

un trago de aguardiente. Quincas no merecía tal trato. ¿Para qué andar dándoselas de rico y dejar al muerto en aquella humillación, sin nada que ofrecer a los amigos? Curió y Pe-de-Vento salieron en busca de asientos y comida. Cabo Martin opinaba que era necesario organizar el velatorio con un mínimo de decencia. Sentado en la silla, daba órdenes: cajones y botellas. Negro Pastinha, aposentado en el bidón de queroseno, asentía con la cabeza.

Había que reconocer que, por lo que se refiere al cadáver propiamente dicho, la familia se había portado bien. Ropa nueva, zapatos nuevos, una elegancia. Y velas bonitas, de las de iglesia. Pero, con todo, se habían olvidado de las flores. ¿Dónde se ha visto un cadáver sin flores?

—Está hecho un señor... ¡Un difunto de primera!

Quincas sonrió ante el elogio. El negro le devolvió la sonrisa.

—Padre Quincas... —dijo conmovido, y le dio un golpecito con el dedo en las costillas, como solía hacer cuando el difunto contaba un chiste.

Curió y Pe-de-Vento volvieron con los cajones, unos trozos de embutido y varias botellas. Formaron un corro en torno al muerto y Curió propuso que rezaran un Padrenuestro. Consiguió, con un sorprendente esfuerzo de memoria, recordar la oración casi entera. Los otros asintieron sin convicción. No les parecía cosa fácil. Negro Pastinha conocía varios cánticos del rito macumbé, invocaciones a Oxum y Oxalá, pero no iba más lejos su cultura religiosa. Pe-de-Vento hacía treinta años que no rezaba. Cabo Martin consideraba que preces e iglesias eran flaquezas poco concordes con la vida militar. Pero, así y todo, lo intentaron. Curió iba rezando y los otros repetían como mejor podían.

Curió, que se había puesto de rodillas y bajaba la cabeza contrito, se enfadó al fin.

—¡Pedazo de burros...!

—Falta de entreno... —dijo el cabo—. Pero algo es algo. El resto ya lo rezará mañana el cura.

Quincas parecía indiferente a los rezos. Seguramente tenía calor, enfardado en aquellas ropas de lana. Negro Pastinha examinó al amigo. Había que hacer algo por él: la oración no parecía haber servido de mucho. Tal vez cantando algo del candomblé... Algo había que hacer. Dijo a Pe-de-Vento:

—¿Dónde está el sapo? Dámelo...

—No es sapo, es rana. ¿Para qué lo quieres?

—Por si le gusta...

Pe-de-Vento tomó delicadamente la rana, la colocó en las manos cruzadas de Quincas. El animal saltó, se escondió en el fondo del ataúd. Cuando la luz oscilante de las velas daba en su cuerpo recorrían el cadáver fulguraciones verdes.

Entre Cabo Martin y Curió volvió a empezar la discusión sobre Quiteria do Olho Arregalado. Con la bebida, Curió se iba poniendo más combativo: elevaba la voz en defensa de sus intereses; Negro Pastinha protestó:

—No tenéis vergüenza: andar disputando su mujer, con él delante. Aún está

caliente y vosotros venga ahí... como buitres...

—Que decida él... —dijo Pe-de-Vento, que tenía esperanzas de que Quincas le eligiera para heredar a Quiteria, su único bien. ¿No le había traído una rana verde, la más hermosa que encontró?

—¡Hum! —hizo el difunto.

—¿Lo ves? Se está hartando de esa charla —se enfadó el negro.

—Vamos a darle un trago a él también... —propuso el cabo, deseoso de hacerse grato al muerto.

Le abrieron la boca y echaron el aguardiente. Rebosó un poco por la solapa de la chaqueta y la pechera de la camisa.

—La verdad es que nunca he visto a nadie beber echado...

—Es mejor alzarlo un poco. Así podrá vernos de cara.

Sentaron a Quincas en el ataúd. La cabeza se movía a un lado y otro. Con el trago de aguardiente se había dilatado su sonrisa.

—Buena chaqueta... —Cabo Martin tocó la tela—. ¡Vaya bobada comprar ropa nueva para un difunto! Murió, se acabó, se va bajo tierra. Ropa nueva para que la coman los gusanos. Y tanta gente necesitada por ahí...

Palabras llenas de verdad, pensaron. Dieron otro trago a Quincas. El muerto movió la cabeza: era hombre capaz de dar la razón a quien la tenía. Estaba evidentemente de acuerdo con las consideraciones de Martin.

—Le estáis estropeando la ropa.

—Es mejor quitarle la chaqueta para no mancharla.

Quincas pareció aliviado cuando le quitaron la chaqueta, negra y pesada. Pero como seguía escupiendo aguardiente, le quitaron también la camisa. Curió iba enamorándose de los zapatos lustrosos: los suyos estaban hechos trizas. ¿Para qué quiere un muerto zapatos nuevos? ¿No es verdad, Quincas?

—Justo mi número...

Negro Pastinha recogió del rincón del cuarto las ropas viejas del muerto. Lo vistieron con ellas y lo reconocieron de nuevo.

—Ahora sí que es el viejo Quincas.

Se sentían alegres: Quincas parecía también más contento, desembarazado de aquella vestimenta incómoda. Particularmente agradeció a Curió, pues los zapatos le apretaban. El baratillero aprovechó para acercar su boca al oído de Quincas y susurrarle algo con relación a Quiteria. ¿Por qué lo hizo? Bien decía Negro Pastinha que aquella charla sobre la chica irritaba a Quincas. Se puso furioso, echó una bocanada de aguardiente a los ojos de Curió. Los otros se estremecieron, amedrentados.

—Se enfadó.

—¿No os lo dije?

Pe-de-Vento estaba acabándose de poner los pantalones nuevos. Cabo Martin se quedó con la chaqueta. La camisa la cambiaría Negro Pastinha en una tasca conocida

por una botella de aguardiente. Lamentaban la falta de calzoncillos. Con mucha razón Cabo Martin dijo a Quincas:

—No es por criticar, pero esa familia tuya resulta un poco roñica. El yerno se ahorró los calzoncillos...

—Son unos muertos de hambre... —precisó Quincas.

—Justo lo que dices. La verdad es que yo me lo callaba por no ofenderte. Al fin y al cabo son tus parientes. Pero ¡qué garrapos...! Hasta la bebida por cuenta nuestra. ¿Dónde se ha visto velatorio como éste?

—Ni una flor... —asintió Pastinha—. Para tener parientes de esos, mejor no tener nada.

—Los hombres, unos borregos; las mujeres, unas víboras —definió Quincas con precisión.

—Mira, amigo, la gordeta hasta vale un esfuerzo.

Tiene un mostrador que da gusto verlo.

—Un saco de pedos.

—No digas eso, amigo. Está un poco pasadilla, pero no es para despreciar. Yo vi cosas peores.

—Negro burro: qué sabes tú de mujeres.

Pe-de-Vento, sin el menor sentido de la oportunidad, habló a su vez:

—Para guapa, Quiteria, ¿eh, viejo? ¿Y qué va a hacer ella ahora? Yo hasta...

—¡Calla, desgraciado! ¿No ves que se cabrea?

Quincas sin embargo no oía. Se había vuelto violentamente hacia Cabo Martin que en aquel mismo momento, lo había dejado sin su trago en la distribución. Casi tira la botella de la cabezada...

—¡Dale aguardiente al viejo!... —exigió Negro Pastinha.

—Lo está desperdiciando —explicó el cabo.

—Que beba como quiera. Está en su derecho.

Cabo Martin enfiló la botella por la boca de Quincas.

—Calma, compañero, no quería molestarte. Ahí va: bebe lo que quieras. La fiesta es tuya...

Ya habían abandonado la discusión sobre Quiteria. Quincas no admitía ni que tocaran el asunto.

—¡Buen trago! —elogió Curió.

—De marca... —rectificó Quincas, experto.

—Su precio me costó...

La rana saltó al pecho de Quincas. Él la admiró un momento y no tardó en guardársela en el bolsillo de su viejo chaquetón mugriento.

La luna crecía sobre la ciudad y las aguas; la luna de Bahía, en su derroche de plata, entró por la ventana. Vino con ella el viento del mar, apagó las velas, ya no se veía el ataúd.

En la Ladeira había melodías de guitarras, voces de mujer que cantaban penas de

amor. Cabo Martin empezó a cantar también.

—Le gustaban los cantares...

Cantaban los cuatro. La voz de bajo de Negro Pastinha se perdía más allá de la Ladeira, en el rumbo de los pataches. Bebían y cantaban. Quincas no perdía un trago, tampoco un son. Le gustaban los cantares.

Cuando ya estaban hartos de cantar, preguntó Curió:

—¿No era esta noche la comilona de Mestre Manuel?

—Esta noche era. Y había raya... —acentuó Pe-de-Vento.

—Nadie la prepara como María Clara —afirmó el cabo.

Quincas chasqueó la lengua. Negro Pastinha rió.

—Está loco por ir...

—¿Y por qué no? Podemos ir. Hasta es capaz de ofenderse Mestre Manuel si no vamos...

Se cruzaron sus miradas. Ya iban un poco retrasados, pues tendrían que pasar a recoger a las mujeres. Curió expuso sus dudas:

—Prometimos que no lo dejaríamos solo...

—¿Solo? ¿Y por qué vamos a dejarlo solo? Vendrá con nosotros...

—Tengo hambre —dijo Negro Pastinha.

Consultaron con Quincas:

—¿Quieres ir?

—¿Estoy lisiado para quedarme aquí?

Un trago para vaciar la botella. Pusieron a Quincas de pie. Negro Pastinha comentó:

—Está tan borracho que no se tiene. Con la edad está perdiendo el aguante ¡Vamos ya, viejito!

Curió y Pe-de-Vento se fueron delante. Quincas, satisfecho de la vida, en un paso de danza, iba entre Negro Pastinha y Cabo Martin, de bracete.

XI

Por las trazas, aquélla iba a ser una noche memorable, inolvidable. Quincas Berro Dagua tenía uno de sus mejores días. Un entusiasmo desacostumbrado se apoderó de la pandilla. Se sentían dueños de aquella noche fantástica, cuando la luna llena envolvía el misterio de la ciudad de Bahía. En la Ladeira do Pelourinho se escondían las parejas en los portales centenarios, mayaban los gatos por los tejados, gemían serenatas las guitarras. Era una noche embrujada; a lo lejos resonaban toques de tambor, el Pelourinho parecía un escenario fantasmagórico.

Quincas Berro Dagua, divertidísimo, intentaba enredar con el cabo y el negro, sacaba la lengua a los transeúntes, metió la cabeza por una puerta, espiando, malicioso, un refugio de enamorados. Pretendía a cada paso tenderse en plena calle.

Los cinco amigos habían olvidado su prisa; era como si el tiempo les perteneciera por entero, como si estuvieran más allá del calendario y aquella noche mágica de Bahía tuviera que prolongarse por lo menos una semana. Porque, según afirmaba Negro Pastinha, el cumpleaños de Quincas Berro Dagua no podía celebrarse en el corto plazo de unas horas. No negó Quincas que fuese su cumpleaños, a pesar de no recordar los otros haberlo celebrado en años anteriores. Celebraban, eso sí, los múltiples noviazgos de Curió, los cumpleaños de María Clara, de Quiteria y, cierta vez, el descubrimiento científico realizado por uno de los clientes de Pe-de-Vento. En la alegría de la hazaña, el científico soltó en la mano de su «humilde colaborador» un billete de quinientos. Cumpleaños de Quincas era la primera vez que lo festejaban. Debían, pues, hacerlo convenientemente. Iban por la Ladeira do Pelourinho camino de la casa de Quiteria.

Extraño: no había el habitual barullo de los cafetines y de los burdeles de San Miguel. Todo era distinto aquella noche. Seguro que había dado una batida inesperada la policía, cerrando las casas, clausurando los bares... ¿Se habrían llevado los guindillas a Quiteria, Carmela, Doralice, Ernestina, la gorda Margarita? ¿No irían a caer ellos también en una celada? Cabo Martin tomó el mando de las operaciones. Curió hizo una descubierta.

—Va de batidor —explicó el cabo.

Se sentaron en las gradas de la iglesia del Largo mientras esperaban su regreso. Había una botella por acabar. Quincas se tumbó, y miraba el cielo: sonreía bajo la luna.

Curió volvió acompañado de un grupo ruidoso, dando vivas y burras. Se reconocía fácilmente, al frente del grupo, la figura majestuosa de Quiteria do Olho Arregalado, toda de negro, mantilla sobre el rostro, inconsolable viuda, sustentada por dos mujeres.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —gritaba exaltada.

Curió apretó el paso, trepó las escaleras de la iglesia, parecía un orador de comicio con su frac astroso, explicando:

—Había corrido la noticia de que Quincas Berro Dagua estiró la pata. Todo estaba de luto. —Quincas y los amigos se echaron a reír—. Pero está aquí, amigos. Es su cumpleaños. Lo estamos celebrando. Va a haber calderada en la lancha de Manuel.

Quiteria do Olho Arregalado se liberó de los brazos solícitos de Doralice y de la gorda Margó e intentó precipitarse sobre Quincas, ahora sentado junto a Negro Pastinha en un escalón de la iglesia. Pero, debido sin iluda a la emoción de aquel momento supremo, Quiteria perdió el equilibrio y cayó de trasero sobre las piedras. Se levantaron todos y la ayudaron a acercarse.

—¡Bandido! ¡Tunante! ¡Desgraciado! ¿Qué broma es esa de andar diciendo que estabas muerto, asustando a la gente?

Se sentó sonriente al lado de Quincas, le cogió la mano, se la puso sobre el seno pujante para que él sintiera el palpitar de su corazón afligido.

—Por poco me muero con la noticia. Y tú de juerga, desgraciado... ¿Quién podrá contigo, Berrito, diablo de hombre? No hay derecho, Berrito, no hay derecho... Acabarás matándome...

El grupo comentaba entre carcajadas; en las tabernas renacía el barullo. La vida volvía a la Ladeira do Sao Miguel. Fueron andando hacia casa de Quiteria. Ella estaba hermosa así, vestida de negro; jamás la habían deseado tanto.

Mientras atravesaban la Ladeira de Sao Miguel, camino de casa de Quiteria, iban siendo blanco de manifestaciones diversas. En el «Flor de Sao Miguel», el alemán Hansen les ofreció una ronda de aguardiente. Más adelante, el francés Verger distribuyó amuletos africanos entre las mujeres. No podía quedarse con ellos porque tenía que cumplir una obligación de santo aquella noche. Volvieron a abrirse las puertas de los burdeles, salían las mujeres a las ventanas y a la calle. Por donde pasaban resonaban los gritos llamando a Quincas. Él agradecía con la cabeza, como un rey de vuelta a su reino. En casa de Quiteria todo era luto y tristeza. En su dormitorio, sobre la cómoda, al lado de una estampa del Señor del Bonfim y de la figura en barro de Caboclo Aroeira, su guía, resplandecía un retrato de Quincas, recortado de un periódico —de una serie de reportajes de Giovanni Guimaraes sobre «Los subterráneos de la vida de Bahía»— entre dos velas encendidas, con una rosa roja al pie. Ya Doralice, compañera de casa, había abierto una botella y servía en copas azules. Quiteria apagó las velas, Quincas se tumbó en la cama y los demás se fueron al comedor. Poco después Quiteria estaba con ellos.

—El pobre se durmió...

—Lleva una cogorza de miedo... —explicó Pe-de-Vento.

—Déjalo dormir un poco —aconsejó Negro Pastinha—. Hoy está imposible. Está en su derecho al fin y al cabo...

Ya iban con retraso a la fritada del velero de Mestre Manuel y tuvieron que despertar a Quincas. Quiteria, la negra Carmela y la gorda Margarita irían con ellos. Doralice no aceptó porque acababa de recibir aviso del doctor Carmino diciéndole que iría aquella noche. Y el doctor Carmino, ellos comprendían, pagaba por meses: era una garantía. No podía darle un plantón.

Bajaron por la Ladeira, ahora con prisa. Quincas casi corría, tropezaba en las piedras, arrastraba a Quiteria y a Negro Pastinha, a los que iba abrazado. Esperaban llegar a tiempo de encontrar el velero en la rampa.

Pararon sin embargo en medio del camino, en el bar de Cazuzza, un viejo amigo. Bar de truhanes aquél: no había noche sin barullo. Una turba de fumadores de marihuana anclaba allí todos los días. Cazuzza, sin embargo, era un buen hombre, fiaba unos tragos, a veces incluso una botella. Y como no podían llegar al velero con las manos vacías, resolvieron pasarse por la tasca de Cazuzza a buscar tres litros de caña. Mientras Cabo Martin, diplomático irresistible, cuchicheaba en el mostrador con el propietario, estupefacto al ver a Quincas Berro Dagua en su mejor forma, los demás se sentaron para abrir el apetito por cuenta de la casa, en homenaje al

cumpleaños. El bar estaba lleno: una muchachada sombría, marineros medio borrachos, mujeres en las últimas, camioneros de paso para la Feira de Sant'Ana aquella noche.

La pelea fue inesperada y hermosa. Parece que, en verdad, fue Quincas el responsable. Se sentó con la cabeza reclinada en el pecho de Quiteria, las piernas estiradas. Según consta, uno de los muchachos, al pasar, tropezó con las piernas de Quincas y estuvo a punto de caer. Protestó de malos modos, y a Negro Pastinha no le gustaron las maneras del marihuano. Aquella noche tenía Quincas todos los derechos, hasta el de estirar las piernas como mejor le pareciera. Y eso dijo. El muchacho no reaccionó, y no fue a más la cosa. Pero minutos después pasó otro, del mismo grupo de marihuanos. Pidió a Quincas que apartara las piernas. Quincas se hizo el sordo. Lo empujó el muchachote, violento, con malos modos. Quincas respondió con un cabezazo, y se lió la cosa. Negro Pastinha agarró al rapaz, como era su costumbre, y lo tiró encima de otra mesa. Los compañeros de hierba se pusieron como fieras y avanzaron en grupo. El resto es imposible de contar. Sólo se vio, encima de una silla, a la hermosa Quiteria, botella en mano, haciendo molinetes. Cabo Martin tomó el mando.

Cuando acabó la refriega, con la total victoria de los amigos de Quincas, a quienes se unieron los camioneros, Pe-de-Vento tenía un ojo negro; Curió, rasgados los faldones de su levitón, daño éste importante. Quincas estaba tendido en el suelo. Le habían atizado unos porrazos tremendos y al caer se dio con una losa de la acera. Los marihuanos habían puesto pies en polvorosa. Quiteria, arrodillada junto a Quincas, intentaba reanimarlo. Cazuzza miraba filosóficamente su bar patas arriba, las mesas revueltas, los vasos rotos. Estaba acostumbrado, la noticia aumentaría la fama del establecimiento, y con ella los parroquianos. No le molestaba gran cosa el ver una pelea de aquellas.

Quincas se reanimó cuando le dieron un buen trago. Continuaba bebiendo de un modo raro: escupiendo parte del aguardiente, un desperdicio. Si no fuera el día de su cumpleaños ya le habría llamado la atención Cabo Martin delicadamente. Se dirigieron al muelle.

Mestre Manuel ya no los esperaba a aquella hora. Estaban acabando la fritada, comida allí mismo en la rampa. No iba a salir mar adentro cuando estaban los marineros rodeando el sartenón. En el fondo, él no había acabado de creer la noticia de la muerte de Quincas y no se sorprendió al verlo llegar del brazo de Quiteria. Un viejo marinero no iba a morir en tierra, en una cama cualquiera.

—Aún queda raya para todos...

Izaron las velas del patache, la gran piedra que servía de ancla. La luz hacía en el mar un camino de plata. Al fondo se recortaba en la montaña la ciudad negra de Bahía. El velero se fue apartando de la costa lentamente. La voz de María Clara se elevó en un canto marinero:

Rodeaban un caldero humeante. Llenaban los platos de barro. Raya perfumada, preparada con aceite de dendê y pimienta brava. Circulaba la botella de aguardiente. Cabo Martín no perdía jamás la perspectiva y la clara visión de las necesidades presentes. Mientras dirigía la batalla había logrado hacerse con unas botellas y ocultarlas bajo las faldas de las mujeres. Sólo Quiteria y Quincas permanecían sin comer. A popa del velero, tumbados, escuchando la canción de María Clara, y la hermosa Olho Arregalado diciendo palabras de amor al viejo marinero.

—¿Por qué me has dado ese susto de muerte, Berrito desgraciado? Tú sabes que ando mal del corazón. El médico me dijo que no puedo aguantar sustos. ¿Tienes unas ideas...! ¿Cómo iba a vivir sin ti, endiablado, que tienes tratos con el rabón de los infiernos? Estoy acostumbrada a ti, a tus locuras, a tu vejez tan sabia, a tu manera absurda de verlo todo, a tu amor a la bondad... ¿Por qué me hiciste eso? —y tomaba la cabeza, herida con un rasguño superficial y le besaba los ojos maliciosos.

Quincas no respondía. Respiraba el aire marino, una de sus manos rozaba el agua abriendo un surco en las olas. Todo fue tranquilidad al inicio de la fiesta: la voz de María Clara, la fritada maravillosa, la brisa que se iba cambiando en viento, la luna en el cielo, el murmullo de Quiteria. Pero unos nubarrones aparecieron por el sur y se tragaron la luna llena. Las estrellas comenzaron a apagarse, y el viento a ponerse frío y peligroso. Mestre Manuel avisó:

—¡Va a haber temporal, será mejor que nos volvamos!

Pensaba llevar el velero al muelle antes de que estallara la tempestad. Era, sin embargo, amable el aguardiente, agradable la conversación, había aún mucha raya en el caldero, flotando en el aceite amarillento de dendê y la voz de María Clara daba ganas de demorarse en las aguas. Además, ¿cómo interrumpir el idilio de Quincas y Quiteria en aquella noche de fiesta?

Y el temporal, el viento aullante, las aguas encrespadas, los sorprendieron en camino. Las luces de Bahía brillaban en la distancia; un rayo rasgó la oscuridad. La lluvia comenzó a caer, Mestre Manuel, fumando su cachimba, agarraba el timón.

Nadie sabe cómo Quincas se puso de pie, apoyado en la vela menor. Quiteria no apartaba los ojos apasionados del rostro del viejo marinero que sonreía a las ondas que barrían el velero, a los rayos que rasgaban las tinieblas. Mujeres y hombres se agarraban a las cuerdas, a la borda del velero. Zumbaba el viento, la pequeña embarcación parecía a punto de zozobrar. Se calló María Clara, ahora junto a su hombre en la barra del timón.

Olas violentas barrían la cubierta. El viento intentaba romper las velas. Sólo la luz de la pipa de Mestre Manuel se mantenía enhiesta, y la figura de Quincas, de pie, rodeado por la tempestad, impasible y majestuoso, el viejo marinero. Se acercaba el velero lenta y difícilmente a las aguas mansas de la embocadura. Un poco más y se reanudaría la fiesta.

Fue en aquel momento cuando se sucedieron en el cielo cinco rayos. El huracán resonó con un estruendo de fin del mundo. Una ola inmensa levantó el velero. Las mujeres y los hombres prorrumpieron en gritos. La gorda Margó exclamó:

—¡Nuestra Señora nos ayude!

En medio del ruido, del mar en furia, del barco a punto de zozobrar, a la luz de los rayos, vieron cómo Quincas se lanzaba a las olas y oyeron su frase última.

Penetraba el velero en las aguas tranquilas de la bocana, pero Quincas se había quedado en la tempestad, envuelto en un sudario de olas y espuma, por propia voluntad.

XII

No hubo manera de que la funeraria aceptara el ataúd de vuelta, ni a mitad de precio. Tuvieron que pagar, pero Vanda aprovechó las velas que sobraron. El ataúd está aún en el almacén de Eduardo esperando ser vendido como de segunda mano. En cuanto a la frase última, hay versiones distintas. Pero ¿quién podía oír claro en medio de aquel temporal? Según un trovador del Mercado, ocurrió así:

*En medio de la confusión
se oyó a Quincas decir:*

*—Me enterraré a mi manera,
y cuando me dé la gana.
Pueden guardar su ataúd
para mejor ocasión,
que no me van a agarrar
y meterme en un cajón.*

*Y fue imposible escuchar
el resto de su cantar.*

Río, abril de 1959.

**LA COMPLETA VERDAD SOBRE LAS DISCUTIDAS
AVENTURAS DEL COMANDANTE VASCO MOSCOSO DE
ARAGÓN, CAPITÁN DE ALTURA**

(A completa verdade sobre as discutidas aventuras do Comandante Vasco Moscoso de
Aragão, capitão de longo curso, 1961)

*Para Doris y Paulo Loureiro, en su mar de María Farinha, mientras el
nordeste derriba cocoteros.*

*Pero de él mismo no saben
ni nunca lo sabrán,
pues nunca vivió,
no era así, no era no,
como esas cosas que existen
en la imaginación.
ni nunca lo sabrán,
CARLOS PENA FILHO
Episódio Siniestro*

*Se habían reunido en congreso
todos los vientos del mundo.*

*JOAQUIM CARDOZO
Congresso dos ventos*

PRIMER EPISODIO

DE LA LLEGADA DEL COMANDANTE AL SUBURBIO DE PERIPERI, EN BAHÍA, DEL RELATO DE SUS MÁS FAMOSAS AVENTURAS EN LOS CINCO OCÉANOS, EN MARES Y PUERTOS LEJANOS, CON RUDOS MARINEROS Y MUJERES APASIONADAS, Y DE LA INFLUENCIA DEL CRONÓGRAFO Y DEL TELESCOPIO SOBRE AQUELLA MORIGERADA COMUNIDAD SUBURBANA

**DE CÓMO EL NARRADOR, CON CIERTA EXPERIENCIA ANTERIOR Y AGRADABLE, SE
DISPONE A EXTRAER LA VERDAD DEL FONDO DE UN POZO**

Mi intención, mi única intención, pueden estar seguros, es sólo restablecer la verdad. La verdad completa, de tal modo que no quede ninguna duda en torno del comandante Vasco Moscoso de Aragón y de sus extraordinarias aventuras.

«La verdad está en el fondo de un pozo», leí una vez, no sé si en un libro o en un artículo periodístico, desde luego, en letras de molde, y, ¿cómo dudar de afirmación impresa? Yo, por lo menos, no acostumbro a discutir, y mucho menos a negar, la verdad de la literatura y el periodismo. Y, por si eso no bastara, varios titulados universitarios me repitieron la frase, no dejando así el menor margen para un error de revisión a fin de retirar la verdad del pozo y colocarla en mejor abrigo: palacio («La verdad está en el palacio real»), regazo («La verdad se esconde en el regazo de las mujeres hermosas»), polo («La verdad ha huido al polo norte») o pueblo («La verdad está en el pueblo»), frases todas ellas, creo yo, menos groseras, más elegantes, que no dejan esa oscura sensación de abandono y frío, inherente a la palabra *pozo*.

El Meritísimo doctor Siqueira, juez jubilado, respetable y probo ciudadano de calva lustrosa y erudita, me explicó que se trataba de un lugar común, es decir, de cosa tan clara y sabida que llega a convertirse en un proverbio, en un dicho de todos. Con su voz grave, de inapelable sentencia, añadió un detalle curioso: no sólo la verdad está en el fondo de un pozo, sino que allá se encuentra enteramente desnuda, sin ningún velo que le cubra el cuerpo, ni siquiera las partes vergonzosas. En el fondo del pozo y desnuda.

El doctor Alberto Siqueira es la cumbre, el colmo de la cultura en ese suburbio de Periperi donde vivimos. Es él quien pronuncia el discurso el 2 de julio en la Plaza y el 7 de septiembre en el Grupo Escolar, sin hablar de otras fechas menores, y de los brindis de cumpleaños o bautizo. Al juez le debo mucho de lo poco que sé, a esas conversaciones nocturnas en el jardín de su casa; le debo por todo respeto y gratitud. Cuando él, con la voz solemne y el gesto preciso, esclarece una duda, en aquel momento todo me parece claro y fácil, no me asalta ninguna objeción. Cuando lo dejo, sin embargo, y me pongo a pensar en el asunto, se van la claridad y la evidencia, como, por ejemplo, en ese caso de la verdad. Vuelve todo a ser oscuro y difícil, intento recordar las explicaciones del Meritísimo y no lo consigo. Un verdadero lío. Pero ¿cómo dudar de la palabra de un hombre de tanto saber, con los estantes abarrotados de libros, códigos y tratados? Sin embargo, por más que él me explique que se trata sólo de un proverbio popular, muchas veces me encuentro pensando en ese pozo, profundo y oscuro, desde luego, donde fue la verdad a esconder sus desnudeces dejándonos en la mayor confusión, discutiendo por esto y por lo otro, llevándonos a la ruina, a la desesperación y a la guerra.

Pero el pozo no es realmente un pozo, y el fondo del pozo no es el fondo de un pozo. Según el proverbio, eso significa que la verdad es difícil de revelarse, que su desnudez no se exhibe en la plaza pública al alcance de cualquier mortal. Pero es

nuestro deber, el de todos nosotros, buscar la verdad en cada hecho, hundirnos en la oscuridad del pozo hasta encontrar su luz divina.

«Luz divina» es del juez, como todo lo del párrafo anterior. Él es tan culto que habla en tono de discurso, usando palabras bonitas hasta en las charlas familiares con su dignísima esposa doña Ernestina: «la verdad es el faro que ilumina la vida», acostumbra a repetirme el Meritísimo, dedo en ristre, cuando, por la noche, bajo un cielo de incontables estrellas y poca luz eléctrica, conversamos sobre las novedades del mundo y de nuestro suburbio. Doña Ernestina, gordísima, lustrosa de sudor y un tanto así como débil mental, asiente balanceando su cabezota de elefante. Un faro de poderosa luz iluminando a lo lejos, he ahí la verdad del noble juez jubilado.

Tal vez por eso mismo su luz no penetre en los escondrijos más próximos, en los recovecos de las calles, en el oculto recodo de las Tres Borboletas, donde se abriga, en la discreta penumbra de una casita entre árboles, la hermosa y risueña mulata Dondoca, cuyos padres acudieron al Meritísimo cuando Zé Canjiquinha desapareció de la circulación, rumbo al sur.

«Había tumbado a la mulatita», según frase pintoresca del viejo Pedro Torresno, padre afligido, y dejó a la chiquilla allí, sin honra y sin dinero:

—En la miseria, señor juez, en la miseria...

El juez echó un discurso moral, cosa digna de oírse, y prometió providencias. Y, en vista del conmovedor cuadro de la víctima sonriendo entre lágrimas, soltó unos billetes, pues, bajo la pechera almidonada del magistrado late, por difícil que sea creerlo, un bondadoso corazón. Prometió dar orden de busca y detención del «sórdido don Juan», olvidándose, en su entusiasmo por la causa de la virtud ofendida, de su condición de jubilado, sin fiscal ni comisario a sus órdenes. Iba a interesar también en el caso a sus amigos de la ciudad. El «conquistador de vía estrecha» iba a recibir su merecido...

Y fue él mismo, tan consciente es el doctor Siqueira de sus responsabilidades de juez (aunque jubilado), a dar noticia de sus providencias a la familia ofendida y pobre en su distante chabola. Dormía Pedro Torresno aún el aguardiente de la víspera; lavoteaba sus ropas allá al fondo la flaca Eufrasia, madre de la víctima, y ésta cuidaba el fogón. Se abrió una sonrisa en los labios carnosos de Dondoca, tímida pero expresiva, y el juez la miró austero, cogiéndola de la mano:

—Vengo para reñirla...

—Yo no quería. Fue él... —lloriqueó la bella.

—Muy mal hecho —y seguía sujetando el brazo de prietas carnes.

Se deshizo ella en lágrimas arrepentidas, y el juez, para mejor reprenderla y aconsejarla, la sentó en su regazo, le acarició las mejillas, le pellizcó el brazo. Admirable cuadro: la severidad implacable del recto magistrado temperada por la bondad comprensiva del hombre. Escondió Dondoca el rostro avergonzado en el hombro confortador. Sus labios hacían cosquillas inocentes en el pescuezo ilustre.

Zé Canjiquinha nunca fue encontrado. En compensación, Dondoca quedó, desde

aquella afortunada visita, bajo la protección de la justicia, y anda hoy elegante, se ganó la casita de la rinconada de Tres Borboletas y Pedro Torresno dejó definitivamente de trabajar. He ahí una verdad que no ilumina el faro del juez y que me obligó a bucear un poco para encontrarla. Para contar toda la verdad debo añadir que fue agradable, delicioso buceo, pues en el fondo de ese pozo estaba el colchón de lana del lecho de Dondoca, donde ella me cuenta —cuando a eso de las diez de la noche dejo la prosa erudita del Meritísimo y de su voluminosa consorte— divertidas intimidades del preclaro magistrado, desgraciadamente no aptas para letra de molde.

Tengo pues, como puede comprobarse, cierta experiencia en el asunto: no es la primera vez que investigo la verdad. Me siento así, bajo la inspiración del juez —«es nuestro deber, el de todos nosotros, investigar la verdad de cada hecho»—, dispuesto a desenrollar el ovillo de las aventuras del comandante, aclarando de una vez para siempre cuestión tan discutida y complicada. No se trata sólo de los hilos enredados de un ovillo sino de algo mucho más difícil. Constantemente aparecen nudos ciegos, nudos de marinero, cabos sueltos, hilos tronzados, hebras de otro color, cosas acontecidas y cosas imaginadas y, ¿dónde está la verdad de todo ello? En la época en que esto sucedió, hace más de treinta años, en 1929, las aventuras del comandante, y él mismo, eran el centro de la vida del Periperi, dando lugar a ardorosas discusiones, dividiendo a la población, provocando enemistades y rencores, casi una guerra santa. De un lado, los partidarios del comandante, sus admiradores incondicionales; de otro, sus detractores, y al frente de ellos el viejo Chico Pacheco, inspector de Hacienda jubilado, aún hoy memoria recordada entre sonrisas, lengua de víbora, hombre irreverente y escéptico.

A todo, sin embargo, llegaremos con tiempo y paciencia. La búsqueda de la verdad requiere no sólo decisión y carácter, sino también método y buena voluntad. Por ahora estoy aún al borde del pozo buscando la mejor manera de bajar a sus misteriosas profundidades. Y ya sale de su tumba en un remoto cementerio, el viejo Chico Pacheco para embarullarme, para imponer su presencia, para hacerme perder el hilo. Sujeto quisquilloso y metomentodo, con la manía de la evidencia, amigo de exhibirse, su ambición era ser el primero de ese florido burgo suburbano donde todo es suave y manso, hasta el mar, mar de golfo donde jamás se alzan olas furiosas; playa sin oleaje y sin corrientes, vida pacífica y demorada.

Mi deseo, mi único deseo, pueden creerme, es ser objetivo y sereno. Buscar la verdad entre el brío de las polémicas, desenterrarla del pasado, sin tomar partido, arrancando de las más diferentes versiones todos los velos de la fantasía capaces de encubrir, aunque sólo sea en parte, la desnudez de la verdad, aunque ya había tenido ocasión de comprobar en carne propia, o mejor aún, en la carne dorada de Dondoca, que no siempre es más seductora la absoluta desnudez que aquella que se esconde bajo cobertura o tela capaz de ocultar un seno, un trozo de pierna, la curva de la cadera. Pero, digámoslo de una vez, no es para acostarnos con ella en una cama por lo que la buscamos con tanta obstinación y desespero por esos mundos adelante.

DEL DESEMBARCO DEL HÉROE EN PERIPERI Y DE SU INTIMIDAD CON EL MAR

—¡Adelante, grumetes!

Voz habituada a dar órdenes. Hizo un ademán como indicando el rumbo, bajó los tres escalones de la plataforma, asumió el control de la travesía, firme el pulso al timón, los ojos en la brújula.

Se formó una especie de pequeño cortejo y desfilaron por la calle: al frente, decidido y sereno, el comandante. Unos metros atrás. Caco Podre y Misael, los dos mozos de cuerda, con parte del equipaje. Caco Podre a aquellas horas ya había bebido sus tragos habituales: su paso era incierto, no le iba del todo mal el tratamiento de *grumete* que le dio el recién llegado. Luego, tras ellos, venían los curiosos, cambiando cuchicheos en un grupo que se dilataba. Luego, la rueda del timón en la cabeza de Misael, como un reclamo.

No entró en la casa. Se contentó con indicarla a los cargadores, y siguió caminando. Se dirigió a la playa, anduvo hasta los roquedos, se paró a medirlos con mirada experta, inició la escalada. Altos no eran, escarpados tampoco, rampa suave por donde en los días veraniegos subían y bajaban los chiquillos, y por la noche se escondían los enamorados. Pero había tal dignidad en el porte del comandante que todos comprendieron las dificultades de la empresa, como si de súbito los modestos escarpes se hubieran transformado en abrupta muralla de peñascos, jamás vencida por pies humanos.

Al llegar a lo alto se quedó parado, los brazos cruzados sobre el pecho, la vista clavada en las aguas. Así, inmóvil, el rostro contra el sol, la cabellera al viento (aquella suave y permanente brisa de Periperi), parecía un soldado en posición de firmes, o, dada su ingente humanidad, un general en bronce, una estatua. Vestía una chaqueta extraña, con algo de guerrera militar, de paño azul y grueso, de amplias solapas. Sólo Zequinha Curvelo, lector asiduo de novelas de aventuras, adivinó que allí se hallaba, ante ellos, en carne y hueso, un hombre de mar, habituado a navíos y tempestades. Murmuró su opinión a los demás: una chaqueta como aquella ilustraba la cubierta de una novela de aventuras, historia frágil de veleros en un mar de temporales y sargazos. El marino de la cubierta llevaba una chaqueta igual.

Apenas duró un segundo aquella inmovilidad, pero fue un momento largo, casi eterno, imagen que quedó grabada en la memoria de los vecinos. Después extendió con gesto amplio el brazo corto, y dijo solemnemente:

—Aquí estamos, Océano, nuevamente juntos.

Otra vez volvió a cruzar los brazos sobre el pecho: era una afirmación, pero también un desafío. Su mirada dominaba las aguas tranquilas del golfo, donde mar y río se mezclaban en bahía acogedora. A lo lejos, negros navíos anclados, rápidos pataches cuyas blancas velas punteaban el azul sereno del paisaje. Había en aquella mirada y en la postura inmóvil, la revelación de una antigua intimidad con el Océano, hecha de amor y cólera, de vividas historias, sensible incluso para aquellos corazones pacatos, tan distantes de aventuras y heroísmo. Hay que exceptuar en justicia a

Zequinha Curvelo, que no vivía en otro clima: devorador incansable de folletines baratos, a vuelta siempre con piratas y pioneros, preparado ya para ser el protoprofeta, de San Juan Bautista anunciador del héroe desembarcado.

Así, cuando el comandante descendió de los roquedos y penetró en el círculo de la vecindad, murmurando, como si hablase consigo mismo, «lejos del Océano no puedo vivir...», penetró también en la admiración de sus nuevos conciudadanos. Parecía no verlos, sin embargo, no darse cuenta de su presencia y curiosidad. Como si cada gesto obedeciese a un cálculo preciso, midió primero con la vista la distancia que lo separaba de la casa próxima y aislada, junto a la playa, las ventanas abiertas sobre el agua. Marcó su rumbo hacia la puerta, inició el abordaje. Los vecinos seguían atentos sus movimientos, lo miraban con respeto: la faz redonda y rojiza, la abundante cabellera plateada, la chaqueta marinera con brillantes botones metálicos. Iniciada la marcha, entre ellos y el comandante se colocó Zequinha Curvelo: había tomado posesión de su puesto.

Los cargadores llegaron con el resto del equipaje. El comandante dio unas órdenes precisas y categóricas. Maletas, camas, armarios para los cuartos, embalajes y cajones colocados en la sala.

Sólo entonces, terminada la tarea, pareció ver a la pequeña multitud que lo contemplaba desde la calle. Sonrió, inclinó la cabeza en un saludo y se puso la mano sobre el pecho con un gesto en el que había algo de oriental, de exótico. Un coro de «buenas tardes» respondió al saludo. Zequinha Curvelo, llenándose de valor, avanzó un paso hacia la puerta.

El comandante estaba sacando de uno de los amplios envoltorios un objeto inesperado. Parecía un revólver. Zequinha retrocedió. No era un revólver. ¿Qué diablos sería? Se lo puso en la boca el comandante: era una pipa, pero no una simple pipa, ya de por sí bastante extravagante en aquel pacato suburbio. Era una cachimba de espuma, trabajada: la boquilla representaba piernas y muslos desnudos de mujer, en la cazoleta, esculpidos, el busto y la cabeza. «¡Oh!», murmuró Zequinha inmóvil.

Cuando se recobró, el recién llegado vecino se iba apartando de la puerta. Zequinha se apresuró a ofrecerle sus servicios: ¿Podía serle útil en algo?

—Muchas, muchas gracias... —agradeció el comandante, y declinó con un gesto. Luego sacó de la cartera una tarjeta de visita y se la tendió, añadiendo—: Un viejo marinero a sus órdenes.

Lo vieron después, ayudado por los cargadores, martillo en mano, abriendo cajones. Salían instrumentos raros: un catalejo enorme, una brújula. Aún siguieron los curiosos en las inmediaciones, contemplándolo. Después fueron a propalar las noticias. Zequinha exhibía la tarjeta ornada con un ancla:

Comandante

VASCO MOSCOSO DE ARAGÓN

Capitán de Transatlántico

He aquí los sucesos de su llegada a Periperi, en aquel comienzo de una tarde infinitamente azul, cuando, de golpe, estableció su reputación y fijó en imagen para todos.

DONDE SE TRATA DE JUBILADOS Y RETIRADOS DE LOS NEGOCIOS, CON MUJERES EN LA PLAYA Y EN LA CAMA, DONCELLAS EN FUGA, RUINA Y SUICIDIO, Y UNA PIPA DE ESPUMA DE MAR

Un clima propicio, hecho de tragedia y de misterio, había precedido al memorable día del desembarco del comandante, como si el destino estuviera preparando a aquellas gentes para los acontecimientos venideros.

Sólo de tiempo en tiempo un hecho inesperado rompe la monotonía de esa vida de suburbio. Eso de marzo a noviembre, porque en los meses de vacaciones: diciembre, enero y febrero, todos estos arrabales, entre los que Periperi es el mayor, el más populoso y el más bello, se llenan de veraneantes. Muchas de las mejores casas permanecen cerradas durante casi todo el año; pertenecen a familias de la ciudad, se abren sólo en verano. Entonces se anima Periperi, invadido de repente por una juventud alegre: muchachos que juegan al fútbol en la playa, muchachas en *maillot* tendidas en la arena, barcos que cruzan las aguas, paseos, fiestas campestres, charlas amorosas bajo los árboles de la plaza o a la sombra de los roquedales.

De los recuerdos de esos tres meses, de los comentarios sobre las historias y sucesos del último verano, vive la población estable los nueve meses restantes. Recordando noviazgos, fiestas, peleas entre jóvenes atletas apasionados y celosos, y los comentarios sobre un chiquillo que estuvo a punto de ahogarse, bailes de cumpleaños, borracheras que turban el silencio de la noche.

La población estable (si exceptuamos a los pescadores y unos pocos comerciantes —dueños de la única panadería, de dos bares, de otros tantos tenduchos, de la farmacia— y algunos funcionarios que viven al lado de la estación) está formada por jubilados y retirados de los negocios con sus respectivas familias, casi siempre sólo la esposa, y a veces una hermana solterona. Algunos de esos ancianos personajes afirman que prefieren el Periperi provinciano de antes o después del veraneo, pero la verdad es que de un modo u otro todos acaban por sentirse presos en la turbulenta agitación de la temporada estival, aunque no sea más que para acechar con ojos desorbitados y codiciosos los cuerpos femeninos semidesnudos en la playa — ¡mujeres de bandera!— o para comentar acerbamente lo que hacen las parejas en los rincones oscuros. Don Adriano Meira, antiguo negociante de materiales de construcción, retirado ahora, sale todas las noches de verano, después de las nueve, linterna en mano, para, como él dice, «pasar revista a los enamorados, ver si se portan bien». Estableció una ruta completa de rincones, covachas en el roquedal y setos, fondos de patio, portalones y esquinas, donde los enamorados buscan las soledades propicias al amor. Al día siguiente, don Adriano proporciona una relación circunstanciada y picaresca. Los viejos jubilados se frotan de manos, brillan sus ojos.

Todo eso sólo cubre los meses de verano. Cada suceso es recordado, analizado largamente, descompuesto con minucia, una vez partidos los veraneantes, cuando la paz del mundo desciende sobre Periperi, cuando el tiempo es largo de pasar y la linterna de don Adriano ilumina sólo en los recantos oscuros las borracheras de Caco

Podre o los encuentros de cocineras y pescadores.

Existen los veranos excepcionales, no por la belleza de los días, por el mayor esplendor de verdes y azules en los árboles y en el agua, por las noches de brisa más fresca y estrellas más numerosas. Todo esto no les importa lo más mínimo a retirados y pensionistas. Excepcionales son aquellos veranos en los que se registra un buen escándalo, un verdadero y ruidoso escándalo, plato capaz de alimentar él solo las charlas de los meses muertos. Pero esto ocurre muy de tarde en tarde, ¡una pena!

Pues bien: el verano que precedió a la llegada del comandante fue de una prodigalidad nunca vista. Dos escándalos, uno a principios de enero, otro después de Carnaval, con trágico desenlace, le dieron lugar aparte en el calendario suburbano.

No se puede establecer de buena fe relación propiamente dicha entre el caso del teniente coronel Ananías Miranda, de la Policía Militar, y el comandante Vasco Moscoso de Aragón, pero hay una tendencia general a ligar los dos hechos, como si las desdichas de Ananías fuesen una especie de prólogo a las aventuras de Vasco.

Si no mereciese la voz del pueblo el respeto de los historiadores, no valdría la pena relatar aquí ese incruento escándalo de enero, si bien existen siempre, en cada suceso, lecciones que aprender. Así en los ruidosos —y veloces— sucesos que envolvieron al teniente coronel, a su esposa Ruth y al joven estudiante de Derecho, Arlindo Paiva, encontraremos, por lo menos, dos valiosas enseñanzas. Primero: hasta las mejores y más puras intenciones pueden ser mal interpretadas. Segundo: no se debe confiar en los horarios, por rígidos que sean, ni siquiera en los horarios militares.

Las intenciones se refieren al estudiante, los horarios al bizarro oficial de la Policía Militar. A Ruth se refería la soledad de las tardes de calor, la languidez del tiempo vacío, la necesidad de consuelo moral. Era una belleza de lozana madurez, ojos de largas pestañas melancólicas, cuerpo afligido, tendido bajo el sol en la playa, quejumbroso: ¿de qué sirve tener marido si no tenía compañía en las tardes monótonas de Periperi? El teniente coronel desayunaba a las diez de la mañana y salía corriendo para alcanzar el tren; era rígido el horario en su corporación. Y no volvía hasta las siete de la tarde. Se ponía entonces el pijama, cenaba, se sentaba en la puerta, en una mecedora, a dormir. ¿Es eso tener marido, hombre en su vida, con la obligación de procurarle cariño y ternura, de cuidar de su cuerpo y de su alma?, se preguntaba en la playa, lánguida y desolada, Ruth de Morais Miranda, mientras el sol le quemaba el cuerpo y el abandono le iba royendo el alma.

Conmovido por la melancolía de la señora coronela, tan necesitada de asistencia moral, de compañía que rompiera su dura soledad, el joven Paiva no vaciló en sacrificarle algunas horas de sus días llenos de agradables quehaceres. Abandonó paseos, sensacionales partidos de fútbol en la playa, charlas instructivas con sus colegas, y hasta un prometedor noviazgo. Generosa conducta de un corazón bien formado, digna de toda alabanza. Ya que allí, en Periperi, no podía la pobre señora llenar sus tardes con sesiones de cine, visiteos, ir de tiendas por la calle de Chile, él

colocó su talento, su juventud y un bigote incipiente y seductor al servicio de aquella desolada aflicción.

Pero el teniente coronel consiguió un día burlar la rigidez de los horarios militares. Iría a dar una sorpresa a su mujercita, siempre quejándose de su ausencia. Cuando, al volver de noche a casa, quería tomarla en brazos, ella lo rechazaba, vengativa, herida en su orgullo de mujer:

—Me dejas aquí, sola, todo el día, como si no existiera.

Compró un kilo de uvas, fruta predilecta de Ruth. Ella rompía con los dientes los granos jugosos. Compró un queso, una lata de mermelada. Y, para completar la fiesta, una botella de vino portugués. Tomó el tren de las dos y media. Ruth estaría solitaria y triste, la pobrecilla...

No estaba solitaria y triste. Apenas atravesó el umbral, ya tuvo el teniente coronel la primera sorpresa: al verlo, Zefa, la criada, cuya fidelidad a la casa databa de muchos años, desapareció como llevada del diablo por la puerta del fondo pidiendo socorro. Del dormitorio llegaban músicas alegres, la risa de Ruth, y otra risa, ¡Dios santo! Con los paquetes colgando de los dedos, la botella bajo el sobaco, Ananías abrió la puerta de un puntapié. Hombre poco sensible a las visiones estéticas, no se deleitó en el espectáculo de dos cuerpos juveniles y desnudos, ni con la poesía de las ternezas caminadas entre el talentudo estudiante y la hermosa coronela. No se sintió embargado por la admiración. Al contrario, se llenó de ira, se enredó con los paquetes (había enhebrado los cordones en los dedos), y perdió así parte de la dignidad necesaria en aquel momento. Esto fue lo que salvó al joven Paiva. Sin cuidarse de las ropas saltó del lecho, abrió la ventana y se plantó en la calle. Desnudo, como su madre lo echó al mundo, atravesó la plaza abarrotada a una velocidad de campeón olímpico. Libre al fin de los cordeles, pistola en mano, el teniente coronel de la Policía Militar apareció un momento después persiguiéndolo con palabrotas y disparos. Por la ventana abierta los curiosos más audaces aún pudieron ver la desnuda y desconsolada soledad de Ruth clamando su inocencia.

Desapareció el estudiante, escondido por la familia o por amigos. Hubo largas explicaciones a puerta cerrada entre el militar y la esposa, hicieron las maletas y marcharon aquella misma noche en el último tren. Iban los dos agarraditos y cariñosos, según el testimonio de algunos felices espectadores que presenciaron el embarque.

Ligar estos sucesos al comandante, no parece fácil. Sin embargo, el viejo Leminhos, jubilado de Correos y único testigo vivo de los acontecimientos, siempre que recuerda la historia del capitán de altura no deja de añadir: «Las cosas comenzaron cuando un mayor de la Benemérita pilló a su mujer con un estudiante, en la cama». No se sabe por qué, Leminhos degrada a mayor al teniente coronel y establece una relación entre los cuernos de Ananías y las aventuras del comandante. Y no obstante, la afirmación es categórica. Leminhos es hombre de buen consejo y tendrá sus razones que hemos de respetar.

El segundo escándalo sí que tiene ya relación directa con el comandante. Ciertos hechos ocurrieron en la casa donde él habría de vivir luego y, si no fuera por la tragedia que envolvió a la familia Cordeiro, ciertamente no habría tenido oportunidad de adquirirla a precio de ocasión.

Esa familia Cordeiro se componía del padre, Pedro Cordeiro, propietario de una industria de bebidas alcohólicas, la madre y cuatro hijas casaderas. Pedro Cordeiro había gozado en tiempos de una situación holgada, pero era gastador y dado a lujos, como probaba aquella casa de veraneo sobre sólidos cimientos de piedra, amplia y confortable, casi tan rica como su residencia de la ciudad. Gastó un dineral en construirla, y para la inauguración dio una fiesta por todo lo grande. Satisfacía todos los caprichos de sus hijas, hasta una canoa a motor les había comprado.

La madre dirigía a las muchachas en la búsqueda de casorio. Daba un sinfín de fiestitas en la casa de ventanas verdes, con parejas danzando en la gran sala sobre el mar, donde luego habría de instalar su telescopio el comandante. Las muchachas andaban con la canoa de un lado a otro, se quedaban hasta muy tarde, por la noche, en los peñascales, salían de excursión al Paripé, no paraban un momento: eran el alma de la colonia. Una de ellas, la segunda, Rosalva, había iniciado relaciones el año anterior con un agrónomo, y ya no buscaba de noche los caminos de la playa: se pasaba hasta el alba en la galería frente al mar, de manos dadas. De manos, de boca, de muslos, como explicaba don Adriano Meira, el de la linterna.

Por Carnaval hubo baile el sábado y el martes en la residencia de don Pedro Cordeiro. Y pocos días después, el escándalo: Adelia, la más joven de las cuatro, morena e inconformista, se largó llevándose sus ropas, las mejores de sus hermanas, y, de contrapeso, el doctor Arístides Meló, médico y casado. Prácticamente toda la población asistió al espectáculo que dio la esposa abandonada, invadiendo en llanto el hogar destruido de los Cordeiro, reclamando a gritos al marido «que la puta de su hija me robó». Huyeron los Cordeiro de Periperi, y aún se comentaba lo ocurrido cuando retumbó el tiro con que don Pedro se suicidó, en el despacho de su fábrica de Bahía, al decretarse la quiebra del negocio. Los ecos del disparo llegaron al suburbio en tren, acompañando a una oleada de comentarios: todos los bienes del suicida estaban hipotecados; los acreedores, indóciles, rodeaban el cadáver; el agrónomo rompió el noviazgo, apoyado en severas razones: familia sin moral, novia sin dote. Otra hija, la mayor, se amigó también con otro casado; el asunto era por lo visto una especie de maldición o moda en la familia. No se hablaba de otra cosa, y las señoras susurraban detalles escabrosos de los flirteos de las chicas de Cordeiro.

Don Adriano Meira había iluminado una vez con su linterna a la mayor de las hermanas, con el vestido alzado hasta el ombligo, entreverada con un desconocido, muy de madrugada, en la playa, con «toda la muslada al aire y reluciendo». Cosas como éstas, a montones. Las lluvias habían caído fuerte aquel año, encharcando las calles arenosas, encendiendo la imaginación de las gentes.

¡Ah! A un escándalo así, con hombre casado y moza soltera largándose de casa,

otra perdiéndose en la playa, con suicidio y ruina, sólo los habitantes de Periperi pueden darle todo su valor. Un escándalo capaz de llenar los días de lluvia, cuando desertan los veraneantes y el suburbio vive de recuerdos.

De los meses alegres, Periperi conserva sólo un cierto aire festivo de ciudad de vacaciones. Efecto esto tal vez del colorido de las casas, pintadas de azul, de rosa, de verde, de amarillo, o quizá de los grandes árboles de la plaza, de la playa y de la estación. Y aún, con más seguridad, del hecho de que esté compuesta en su mayor parte la población fija por gente ociosa, funcionarios jubilados, comerciantes retirados de los negocios, todos sin nada que hacer. Van a la ciudad una vez por mes a firmar la nómina, pierden el hábito de la corbata, andan incluso toda la mañana en pijama o con unos calzones viejos y la camisa desabrochada. Todos se conocen, se ven diariamente, las esposas charlan de sus problemas domésticos, cambian injertos para los jardines, recetas de bollos y dulces, los maridos juegan al ludo y a las damas, se prestan los periódicos, algunos se dedican a pescar con caña, todos se reúnen en la estación y, sentados en los bancos, aguardan el paso de los trenes. Se reúnen también, al caer la tarde, en la plaza. Mecedoras, tumbonas, sillas plegables, además de los toscos bancos en torno a los árboles. Discuten de política, recuerdan los sucesos del último veraneo, prolongan su vejez lejos de la agitación de la ciudad desmesurada cuyas luces se encienden en la distancia marcando la hora de la cena. En la paz infinita de ese remanso el tiempo es lento de pasar, y, en la hora cálida de la siesta, se tiene la impresión de que el tiempo se ha parado definitivamente.

Cuando más intensos eran los comentarios en torno a la tragedia de los Cordeiro, llegó una noticia sorprendente: se había vendido la casa de las ventanas verdes. ¿Cómo había podido suceder tal cosa sin que ellos se enteraran de las negociaciones? Jamás se había vendido allí una casa sin participación activa de todos los vecinos, dando su opinión, discutiendo precios, llamando la atención al interesado sobre defectos y cualidades, provocando no pocas veces la ira impotente de los intermediarios. Sin embargo, la venta de una casa tan en evidencia, salpicada por así decir con la sangre de Pedro Cordeiro, se había realizado sin ser ellos oídos, sin haber examinado al comprador, sin trabar previa relación con él. Un misterio. Se hablaba vagamente de un señor acaudalado, retirado de su actividad. Pero ¿qué actividad? ¿Qué caudales? ¿Qué señor era ése? Nada sabían realmente de sus condiciones de fortuna, estado civil, profesión. Se sentían burlados.

Se debía el misterio a las lluvias: no había otra explicación posible. Realmente las hermanas Magalhaes, tres ancianas de ojos y oído atento a todo rumor o movimiento, cuya residencia estaba próxima a la casa de los Cordeiro, habían explicado que oyeron andar gente por allí, dos sujetos de paraguas e impermeable, un mes antes poco más o menos. Pero llovía tanto que no les fue posible mantener abiertas las ventanas. Además, Carminha, la del medio, andaba con gripe, tenían que cuidar a la enferma, no contaban con la venta de la casa, todo eso había distendido su militante vigilancia. Dos hombres de impermeable, con paraguas, el corredor y el comprador

sin duda. Nada sabían, aparte de eso.

La llegada de la criada, mulata oscura y cuarentona, en un tren matinal, abrió nuevas perspectivas a la curiosidad latente. Apenas había atravesado la puerta cuando las hermanas Magalhaes fueron a ofrecérsele, a bombardearla a preguntas. Como habían cesado ya las lluvias, la acera de enfrente de la casa iba poblándose de viejos. Venían a tomar el sol en las inmediaciones, se acercaban pasito a paso, buscaban conversación. Pero la mulata de Bahía era de pocas prosas, tozuda y rezongona. Mientras lavaba el piso respondía con monosílabos, rechazaba los ofrecimientos de ayuda. Aun así consiguieron saber que el nuevo propietario llegaría aquella tarde.

—¿Con la familia?

—¿Qué familia?

Se apostaron en la estación, decretaron el estado de alerta. Esta vez no iba a escapárseles el nuevo vecino. Volvió el sol, el tibio sol de invierno, los días eran bellos, suave la brisa del golfo. Hacían conjeturas, ¿jugaría a damas? ¿Sería bueno con la caña? Tal vez fuese, ¡vaya usted a saber! el esperado rival para las partidas de ajedrez de Emilio Fagundes, ex jefe de sección de la Secretaría de Agricultura, que tenía que jugar sus partidas por correspondencia porque en Periperi no había ningún otro conocedor de juego tan científico y complicado.

Así, cuando el comandante bajó del tren de las dos y media y se dirigió al furgón para presidir el desembarque de sus bagajes, la mayoría de los hombres válidos estaban allí, esperándolo, despegando los ojos de los diarios matutinos o de los tableros de damas para examinar al ciudadano rechoncho, abermejado de rostro, nariz ganchuda, vestido con aquel extraordinario chaquetón.

—¿Pero qué es esto? —preguntó Zequinha Curvelo, señalando hacia la rueda de timón.

Ni siquiera Augusto Ramos, jubilado de la Secretaría del Interior y Justicia y apasionado campeón de damas, en aquel momento preparando la jugada definitiva para comer la dama y tres piezas a Leminhos (el de Correos y Telégrafos), resistió impávido la visión de tal rueda. Abandonó la partida, se unió al grupo. Los bagajes iban ocupando el andén. Misteriosos cajones con indicaciones en letra roja: «Fragil», «Instrumentos náuticos», un globo enorme, una escalera de cuerda enrollada. El comandante exigía cuidado a los descargadores. Después inició la inolvidable escalada de los peñascales.

Aquella misma tarde, cuando el sol declinaba y la sombra cubrió toda aquella plaza, Zequinha Curvelo contaba a cuantos se habían perdido la gran escena de la llegada cómo un escalofrío le había recorrido el espinazo al ver al comandante en lo alto de las rocas, impávido, faz al sol, los ojos clavados en la mar. En los bancos y sillas, bajo los árboles, los jubilados escuchaban y asentían. Zequinha se iba entusiasmando:

—Antes incluso de entrar en casa fue a ver el mar.

Pasaba de mano en mano la tarjeta de visita. El viejo José Paulo, conocido por

Marreco, retirado del negocio de medicamentos, contestó:

—¡Lo que tendrá para contar ese hombre...!

—Esa gente de mar: en cada puerto una mujer... —dijo Emilio Fagundes, con cierta envidia.

—Sólo con verlo y ya se nota que es hombre de acción —dijo Rui Pessoa, jubilado de la Cámara de Rentas del Estado.

Zequinha Curvelo, en la mano un libro en cuya cubierta el bravo marinero lucía un chaquetón parecido al del comandante, resumía aquellas primeras impresiones:

—¡Un héroe, amigos, viviendo entre nosotros!

Iba cayendo la tarde, sin prisa, lentamente, como la vida en Periperi.

—Allá viene... —anunció alguien.

Se volvieron todos, nerviosos. Con paso acorde y digno, como hombre acostumbrado a cruzar las olas en la lenta soledad del mar, se acercaba el comandante por la calle, vestido con su chaquetón de marino, la cachimba en la boca, y sobre los revueltos cabellos una gorra que no le habían visto antes, ornada con un ancla. Clavaba la mirada en el infierno, como ensimismado en sus recuerdos, en sus marineros muertos, en las mujeres abandonadas en puertos perdidos. Al pasar a la altura del grupo se llevó la mano a la gorra en un saludo, efusivamente correspondido. Y se hizo el silencio, acompañándolo en su caminata. Inquieto, Zequinha Curvelo no se pudo contener:

—Voy a sacarle unas palabras...

—A ver si la próxima lo traes por aquí...

—A ver si lo consigo...

Partió casi al trote, alcanzó al comandante.

—Ese hombre debe de ser una enciclopedia... —dijo el Marreco.

Volvían el comandante y Zequinha Curvelo, ahora en dirección al grupo. Zequinha iba señalando a los vecinos, quizás anunciándole sus nombres y títulos.

—Vienen hacia acá...

Se levantaron de sus sillas y bancos, animados. Zequinha Curvelo comenzó a hacer las presentaciones. El comandante les iba dando la mano.

—Un viejo marinero, a sus órdenes...

Le ofrecieron el imponente sillón del viejo José Paulo. Se sentó entre sus vecinos, echó una bocanada de humo de su pipa (todos los ojos clavados en la cachimba, donde los senos y los muslos desnudos de la mujer eran una sugestión de extraña voluptuosidad) y habló en tono confidencial, con su voz un poco ronca:

—Vine a vivir aquí porque nunca vi en el mundo dos lugares tan semejantes como Periperi y Rasmát, una isla del Pacífico donde viví unos meses...

—¿Veraneando?

El comandante sonrió:

—Náufrago... Entonces era aún segundo piloto. Iba embarcado en un barco griego...

—Señor comandante, por favor, un momento, un momento... espere un minuto antes de empezar... —era Augusto Ramos quien interrumpía—. Déjeme ir primero a buscar a mi mujer. Se vuelve loca por las historias...

DE CÓMO LA SENSUAL BAILARINA SORAYA Y EL RUDO MARINERO GIOVANNI PARTICIPARON EN EL VELATORIO Y EN EL ENTIERRO DE LA VIEJA DONINHA BARATA

Ni siquiera la muerte —aunque esperada desde hacía meses— de Doninha Barata, viuda de Astrogildo Barata, jubilado de Aguas y Canalizaciones, consiguió abrir un hiato en el interés despertado por la llegada e instalación del comandante. Como si ya no les sobrara tiempo para el miedo.

Exteriormente no había cambiado nada, el velatorio y el entierro obedecieron al mismo ceremonial, aparecieron vagos parientes de la ciudad, vino el padre Justo, de Plataforma, a encomendar el cuerpo, las mujeres despoblaron de flores sus jardines, los viejos se pusieron zapatos y corbatas para el funeral. Sin embargo, hubo una sutil e indefinible diferencia, como si la presencia de la muerte no se hiciera sentir tan brutalmente, como si hubiera permanecido menos tiempo entre ellos. Porque cuando la muerte, muy de tarde en tarde, pasaba por Periperi, no se iba inmediatamente después de terminar su macabra tarea. Se quedaba allí, incluso después del entierro, con su sombra gélida tendida sobre los jubilados, sobre sus encorvadas esposas, y los corazones se sentían oprimidos como si la garra de la muerte los apretara para comprobar su resistencia. Perdía la brisa su leve caricia, ellos sentían en las espaldas curvadas por el miedo el hálito fúnebre extendido por la muerte. ¿Por quién vendría ella en su próxima visita?

No, no era lo mismo la presencia de la muerte allá en Bahía, ciudad rápida y trivial, bajo las ruedas de un automóvil, en los lechos de los hospitales, en las páginas de sucesos de los periódicos. Era muerte liviana y secundaria, a veces no merecía más que dos líneas en los diarios, desaparecía en medio de tanta vida que la rodeaba, de tanto ruido y lucha. No había lugar para ella en los corazones apresurados, se disolvía en una sombra sin luces, y las risas no dejaban oír su murmullo. Su vaho podrido, ¿cómo iban a sentirlo las mujeres envueltas en perfumes, en cálidas olas de deseo? Pasaba la muerte inadvertida, desaparecía apenas ejecutada su tarea, no había tiempo que perder con ella, entre tanta ansia y tanta prisa de vivir.

«Fulano murió», anunciaban los diarios, las radios, las conversaciones. Se decía «Pobre hombre», «Pues aún aguantó...», «Aún era joven...», y ya no se hablaba más. Había mucho caso por comentar, mucha risa por reír, mucha ambición por satisfacer, mucha vida por ser vivida.

En Periperi era distinto: la vida que allí vivían o vegetaban no estaba hecha de trabajo y lucha, de ambición y dificultades, de amor y odio, de esperanza y desesperación. Allí se prolongaba el tiempo, nada lo apresuraba, los acontecimientos duraban sucediendo. Y el más largo de todos era la muerte, jamás trivial y rápida, siempre fulgurante y demorada, apagando con su llegada todas las apariencias de vida del lugar. ¿No habían empezado ya a morir ellos, los retirados y jubila dos, cuando desembarcaron, atraídos por el deseo de vivir el mayor tiempo posible, de prolongar sus años lejos de la agitación y de los deseos? Era una población de viejos sin más interés real que su propia vida, y la muerte de uno de ellos los mataba un poco a

todos; quedaban cabizbajos y melancólicos.

Las partidas de damas se iban haciendo más raras, algunos dejaban incluso de salir de casa, se agravaban los achaques de los otros, eran tristes los días y raras las conversaciones, melancólicas. Sólo poco a poco se iba desvaneciendo la sombra de la muerte, finalmente expulsada por aquel resto de vida, por el único deseo y amor que les sobraba: el de no morir. Renacían las risas cansadas, la pequeña ambición de ganar una partida en el tablero, la gula, volvían a animarse las charlas en la estación, en la plaza, ahora en la sala del comandante, por la noche.

Frágiles eran los muros de intereses que les ocultaban la muerte, que los defendían de su pesada presencia, que les cerraban los ojos para su siniestra visión.

El comandante fue al velatorio, vestido con su chaquetón marinero de sarga azul, con botones metálicos, la pipa y la gorra. Pero tal vez porque apenas acababa de llegar, no entró encorvado y abatido como si aquel cadáver fuera sólo el prólogo de su muerte... Miró la faz descamada de Doninha, a quien no llegó a conocer, y comentó casi risueño:

—De moza debió de ser una hermosa mujer...

Era un velatorio somnoliento y silencioso. Cada uno pensaba en sí mismo, se veía tendido en un ataúd, entre velas hediondas, flores a los pies, acabado para siempre. A veces uno u otro se estremecía, el miedo estaba clavado en cada uno de ellos, el miedo a la muerte. No pensaban en Doninha, en su mocedad, en una distante y dudosa belleza. La frase del comandante los arrancó de aquel torpor. Marreco, que había conocido a la difunta en su juventud, rebuscó en su memoria:

—Guapita, sí.

El comandante se sentó, cruzó las piernas, encendió la pipa (no la de espuma de mar, indecente para un velatorio, sino una pipa curva, de boquilla negra), miró a su alrededor, alimentó la charla:

—El rostro de la fallecida me recuerda, no sé por qué, el de una bailarina árabe que conocí, hace ya muchos años, cuando andaba yo a bordo de un carguero holandés. Por culpa de ella mi piloto, un sueco, Johann, estaba desgraciándose la vida... Pero conseguí salvarlo.

Quien mucho ha vivido, es así: un hecho cualquiera, un paisaje, un rostro, le recuerdan algo del pasado, una historia de amor, las orillas de un río, el rostro de alguien. ¿No había descubierto el comandante en el rostro descamado y macilento de Doninha, donde los otros sólo veían la muerte, la faz trigueña y la larga cabellera azulada de Soraya, la pecadora, la mórbida bailarina de labios de fuego, aquella por quien Johann, piloto sueco y dramático, contrajo deudas, vendió cosas del barco, quiso suicidarse? En un paso de danza fue Soraya llenando la sala mientras el comandante procuraba, afanosamente, recordar la melodía exótica del baile alucinado, para tararearla:

—La música no es mi fuerte, pero recuerdo vagamente la melodía...

¿Y cómo olvidarla, señores, si ella hervía con la sangre de los hombres, música

lánguida como un vicio? Se vició Johann, perdió la cabeza. Música y danza, Soraya era como una locura penetrando en la sangre, envenenándola. Los brazos de serpiente, las piernas desnudas, el fulgor de las piedras preciosas sobre sus senos, una flor en el vientre, ¿quién no perdería la cabeza?

Todos dieron la razón a Johann, se conmovieron con el desvelo del comandante para con su compañero de tripulación, hasta arrancarlo de los brazos voluptuosos y caros de la bailarina. ¡Ah!, esos brazos, esas piernas, esos senos... Todos ellos veían a Soraya en la sala. Ella bailando, y su desnudez de rosas y esmeraldas escondiendo el cadáver de Doninha, ahuyentando el miedo y la muerte.

Al día siguiente, por la mañana, en el entierro, fue nuevamente el comandante quien los apartó del círculo de la muerte al aparecer enfardado en su magnífico uniforme de ceremonia. Aún no lo habían visto así, de uniforme completo, las dragonas plateadas, manos calzadas de guantes blancos, en la cabeza una nueva gorra de ancla dorada. Y la condecoración en el pecho. Empezó diciendo:

—En el mar todo sería más rápido. La hubiéramos envuelto en una sábana, la cubriríamos con la bandera, un marinero marcaría un redoble de trompetas, y el cuerpo se hundiría en el agua. Más rápido, y también más bonito, ¿no es verdad?

—¿Asistió usted a algún entierro así, comandante?

—¡Huy...! ¡A docenas! ¡Asistí y di las órdenes! ¡Docenas de veces...!

Entornaba los ojos, los vecinos sentían el desfile de los recuerdos en aquel sencillo gesto.

—Recuerdo ahora al pobre Giovanni... Un marinero que estuvo a mis órdenes muchos años. Cuando yo cambiaba de barco, él se venía también: me era muy adicto... Pero era italiano, y como saben los señores, los italianos son muy supersticiosos. Siempre me pedía: «Comandante, si muero embarcado, quiero que me hundan en aguas de mi país». Según él, si tirábamos el cuerpo en otros mares su alma no tendría descanso...

El entierro avanzaba lentamente, la voz del comandante era pausada:

—Cuando murió, aquel bravo Giovanni, me dio un trabajo de mil diablos...

—¿De qué murió?

—De tanto beber. ¿De qué otra cosa iba a morir Giovanni? Bebía como un desesperado: disgustos de familia. Pues bien, cuando murió me vi obligado a hacer dos días de navegación fuera de ruta, ¡señores míos, ya saben ustedes lo que es eso...! Sólo para tirar el cuerpo en aguas italianas... Lo había prometido, y cumplí. Cambié el rumbo, anduvimos cuarenta y ocho horas...

—¿Y... el muerto?

—¿El qué?

—Aguantó tanto tiempo sin...

—Lo metimos en la cámara frigorífica del barco.

Cuando la ceremonia, estaba duro como un bacalao, pero estaba perfecto. Y por cumplir con mi palabra tuve un mar de complicaciones con los armadores.

Imagínense...

Se lo imaginaban, y seguían preguntando... Allá iba Giovanni con su borrachera y sus disgustos familiares, la piel bronceada, curtida por la sal del mar, entre ellos y el ataúd de Doninha, por las calles de Periperi. Narraba el comandante la discusión con los avaros armadores, sus respuestas firmes y burlonas, defendiendo el derecho de sus marineros a ser arrojados al mar de su patria, a que sus cuerpos fueran devorados por peces de nombres familiares. Así, al sumergirse por última vez, sus ojos muertos podrían mirar a lo lejos costas de su país, y hacia ellas extenderían sus brazos yertos. Pero era tarea imposible convencer a un bruto como Menéndez, armador de mala sangre, un miserable empleado de la firma que, a base de intrigas y zancadillas, había llegado a la suprema dirección de la naviera, dejando casi en la miseria a su antiguo jefe, un hombre bueno, un trozo de pan, ése sí era capaz de comprender a los marineros... Un bandido el tal Menéndez. El comandante aún le guarda rencor.

¿Cómo quedarse amedrentados en sus habitaciones, embozados en la cama, bajo las mantas, súbitamente agravados sus males, temblando de miedo, acorralados por la muerte, si el comandante estaba en la plaza aquella misma tarde, contando el naufragio que sufrió en las costas del Perú durante un maremoto? Olas como montañas, el mar rasgándose en abismos, el cielo negro como jamás consiguió serlo la noche.

Noche de luna llena, derramándose su luz sobre la arena y las aguas, la del entierro de Doninha Barata. En cualquier otra ocasión ni habrían siquiera notado la belleza del cielo: estarían encerrados en sus cuartos, con la implacable certidumbre de la muerte próxima. Pero ahora el comandante los había invitado a echar un trago en su casa y a ver el cielo por el telescopio.

DEL TELESCOPIO Y DE SU VARIADO USO, CON DOROTHY A LA LUZ DE LA LUNA EN LA CUBIERTA

¡Ah!, el telescopio... En él partían para la aventura de la luna y las estrellas, para fantásticos viajes, rompían las fronteras de la monotonía y del tedio, como si por arte de encantamiento dejase Periperi de ser un provinciano suburbio habitado por viejos a la espera de la muerte, y se transformase en estación interplanetaria de donde despegaban audaces pilotos a la conquista de los espacios siderales.

Aquella vasta sala de ventanas abiertas sobre el agua, donde tanta y tan animada fiesta se había visto en los últimos veranos, con las chicas de Cordeiro y sus amigas volteando en los brazos de los galanes, se había transformado por completo. Desaparecidos los jarrones de flores, el piano donde Adelia asesinaba valeses y polcas, la gramola, los muebles pretenciosos, la sala parecía ahora el puente de mando de un navío, hasta el punto de que Leminhos, enfermo del estómago, sentía mareos y vómitos cuando allí entraba. La escalera de cuerda, colgada de una ventana, llevaba directamente a la playa, y Zequinha Curvelo, candidato a comisario de a bordo, proyectaba entrar y salir un día por allí, cuando mejorara de su reumatismo.

En la pared, los diplomas, en ricos marcos, fechados veintitrés años atrás. En uno de ellos estaba escrito y sacramentado por la firma de antiguo capitán de puertos, haber aprobado Vasco Moscoso de Aragón todos los exámenes y pruebas exigidas para la obtención del título de capitán de altura, que le daba derecho a mandar cualquier tipo de navío de la marina mercante por mares y océanos. Veintitrés años atrás, aún relativamente joven, a los treinta y siete años de edad, había obtenido el diploma de comandante. Joven de edad, pero ya un viejo marinero, pues, según contaba, había empezado a los diez años como grumete en un destartalado carguero, y había ido ascendiendo escalón tras escalón hasta llegar a primer piloto, a segundo comandante y así sucesivamente. Innumerables veces había cambiado de navío, le gustaba ver nuevas tierras, correr mares bajo las más diversas banderas, envuelto en aventuras de guerra y amor. Pero cuando, a los treinta y siete años, se halló apto para optar al puesto de capitán de altura, volvió a Bahía y allí, en su Capitanía de Puertos, obtuvo el codiciado título. Deseaba que su puerto de origen, aquel donde estuvieran registrados sus datos y capacidad, fuese el muelle de Salvador, desde donde, niño aún, había partido a la aventura del mar. También él tenía sus supersticiones, afirmaba sonriendo. Protestaba Zequinha: aquella había sido una noble actitud que revelaba el patriotismo del comandante: venir de Oriente para examinarse en Bahía. «Y, modestia aparte, con cierta brillantez», aclaraba el capitán de altura. Así le había dicho entusiasmado durante los exámenes, el comandante George Dias Nadreau, entonces presidente del Tribunal, hoy almirante ilustre de nuestra gloriosa Marina de Guerra.

En el otro marco, el diploma de Caballero de la Orden de Cristo, la importante condecoración lusitana, honoraria, con derecho a medalla y collar, conferida al comandante por sus relevantes servicios al comercio marítimo por don Carlos I, rey

de Portugal y los Algarves.

Se sentaba en un sillón plegable, de los de a bordo, con asiento y respaldo de hule, al lado de la rueda de timón, la pipa en la mano, el mirar perdido más allá de las ventanas. En una larga mesa, el globo enorme y giratorio, varios instrumentos de navegación: brújula, anómetro, sextante, higrómetro, el gran catalejo negro con el que se veía la ciudad de Bahía como si estuviera allí mismo, la paralela para trazar rumbos y la admirada colección de pipas que enamoraba a todos. El reloj de a bordo se llama cronógrafo.

En las paredes, mapas de navegación, cartas oceánicas, rutas de golfos y bahías, de islas perdidas. Sobre un mueble donde guardaba el comandante botellas y copas, en una enorme caja de cristal, la reproducción de un transatlántico «un gigante de los mares, mi inolvidable *Benedict*», el último de los muchos en que había navegado, su último barco. Fotos ampliadas de otros navíos, de diferentes tamaños y nacionalidades, enmarcadas, algunas en color. Cada uno de aquellos navíos representaba un trozo de vida del comandante Vasco Moscoso de Aragón, le recordaba historias, casos, alegrías y largas noches solitarias.

Y el telescopio. Fue una sensación cuando lo vieron armado, apuntando al cielo. «Aumenta ochocientas veces el tamaño de la Luna», anunciaba Zequinha Curvelo, en creciente intimidad con los instrumentos, los navíos enmarcados y el comandante.

En aquella noche de luna olvidaron el entierro matutino de Doninha Barata, ansiosos de espiar el cielo, de descubrir los secretos del espacio, de ver las montañas de la Luna, su misteriosa faz, de reconocer estrellas aprendidas en distantes aulas. Todos deseaban, con jovialidad de chiquillos, encontrar la Cruz del Sur.

Días después descubrieron otra y no menos apasionante utilidad del telescopio. Lo dirigían, por las mañanas, hacia las playas concurridas de Plataforma, y veían — con ochenta aumentos— los detalles de los cuerpos femeninos. Se disputaban entre carcajadas el turno de acechar, cuchicheaban procacidades entre sí. Parecían adolescentes.

Se fueron habituando a ir a casa del comandante a oír historias, a rebuscar por el cielo con el telescopio. El comandante preparaba un trago sabroso, receta aprendida de un viejo lobo de mar en Hong-Kong. Llevaba media hora prepararlo, con ayuda de la mulata Balbina. Era todo un ritual. Calentaban agua en un fogón, quemaban azúcar en una pequeña sartén, pelaban la naranja, picaban la piel en pedacitos. Tomaba el comandante entonces unos vasos azules y gruesos —pesados, para que no cayeran con el balanceo del navío— y echaba en cada uno un poco de azúcar quemado, un chorro de agua, otro de coñac portugués, y luego la piel picada de la naranja. Al principio sólo Adriano Meira y Emilio Fagundes —y naturalmente, Zequinha Curvelo— se atrevían a catar tan extraño alcohol. Pero como afirmasen que era sabroso y flojo, «hasta de medicina sirve», garantía de Zequinha, se fueron arriesgando, chasqueaban los labios y hasta el viejo José Paulo, el abstemio Marreco que jamás tocaba bebida, quiso un día probarla y se convirtió en parroquiano.

Se sentaban en las sillas de hule saboreando a traguitos la perfumada bebida. Cuando se daban cuenta ya eran más de las nueve, a veces hasta las nueve y media de la noche. El resto de la historia quedaba para el día siguiente, en la estación o en la plaza.

No tardó el comandante en ser el ciudadano más importante y popular de Periperi. Su fama se extendía hasta los otros suburbios. Se hacían lenguas todos de su educación, de su exuberante cordialidad, de sus maneras, de su sencillez. Persona tan importante, y sin embargo, trataba a todos como amigos, ricos y pobres por igual, nada de humos de grandeza.

Cierta noche, de cielo cerrado y amenazador, Rui Pessoa, el del Tribunal de Cuentas, no pudo contener la curiosidad y le preguntó al comandante por qué había dejado la profesión aún relativamente joven: antes de los sesenta, pues sesenta acababa de cumplir y ya llevaba tres o cuatro retirado. Aún podría navegar al menos otros diez años, ¿por qué no...?

El comandante apoyó el cuerpo en el borde de la mesa, estaba sentado, clavó la vista en el horizonte cargado de nubes, su rostro se puso serio y casi triste. Estuvo un rato en silencio. Con los ojos fue recorriendo el grupo de amigos, como pensando si merecían la confianza. Zequinha Curvelo se puso nervioso. Tal vez Rui Pessoa había cometido una indiscreción. Un hombre como el comandante tendría, fatalmente, sus secretos, enterrados en las profundidades del alma. El deber de los amigos era respetar su silencio. Iba a cambiar de conversación, cuando el comandante se levantó, dio dos pasos en dirección a la venta, y dijo:

—Por una mujer, ¿por qué otra cosa si no?

Indicó al *Benedict* en su caja de cristal:

—Yo mandaba ese «barquito», en ruta a Australia. Nunca me quise casar, ya se lo he dicho. Prefería un amor aquí, otro allá, al albur de las escalas...

Una francesa en Marsella, una turca en Estambul, una rusa en Odessa, una china en Shanghai, una hindú en Calcuta. Locuras de amor, corazones partidos, y la soledad del navío en las noches de mar. Fueron tantas, que jamás quiso tatuar ningún nombre en el brazo, como hacen algunos marinos. Tenía nombres y direcciones apuntados en una agenda, había guardado fotografías de muchas, mechones de cabello, una pieza de ropa íntima, el son cristalino de una carcajada, la emoción de una lágrima surcando sus mejillas en una despedida. Pero ya ni eso tenía, pues cuando la conoció y se enamoró de ella, a bordo del *Benedict*, le sacrificó el cuaderno con nombres y direcciones, casi un mapamundi, y los recuerdos concretos de todas las demás.

Se llamaba Dorothy, era morena y delgada, los cabellos rebeldes cayéndole en el rostro, las piernas largas, una boca inquieta, una cierta angustia en los ojos. De humor variable, a veces dulce y tímida como una niña, otras áspera y fugitiva, como si se sintiera amenazada por todos. Viajaba con su marido, un tipo amorfo, dueño de grandes fábricas de no sé qué, preocupado de cifras y negocios, indiferente a la belleza de la esposa, a la angustia que poblaba sus ojos. Estaban dando la vuelta al

mundo, él para reposar, ella intentando, como le confesó después, encontrar su destino. Por la noche se quedaba largo tiempo apoyada en la amurada, escrutando las aguas.

¿Cómo empezó todo? Ni lo sabía. Él era el comandante, y, naturalmente, los había tratado; se fijó en ella, admiraba su belleza y la deseaba en silencio. Pero era grande la diferencia de edad, ella apenas había cumplido los veinte años. Hablaban mucho, eso sí. Él le contaba cosas del mar, de tempestades y bonanzas, de su intimidad con las estrellas. Cuando bajaba del puente, alta la noche, la encontraba sola, junto a la amurada. Hablaban de todo un poco, ella clavaba sus ojos en él, como si quisiera adivinar sus pensamientos. Y una noche, sin saber cómo ni por qué, se la encontró en sus brazos.

Como comandante, no tenía derecho a hacer aquello, ésa es la verdad. Una vez desembarcado en un puerto, puede un capitán de altura entregarse a la más completa orgía, a la más libertina y compleja bacanal. Pero al mando de su navío debe comportarse como un santo, superior a cualquier tentación...

—Que no faltan...

Dorothy paseaba por la sala, su cuerpo esbelto, su inquieta boca, su deseo ardiente. Los jubilados y retirados de Periperi la veían y la deseaban.

—¿Y el señor comandante se la cepilló?

La palabrota soez disgustó al comandante. Había sido un verdadero amor, un amor nunca visto, inconmensurable, absurdo, que se apoderó de él, que lo enloqueció desde el momento en que la tomó entre sus brazos y probó el sabor de su boca. Pero él, el comandante, jamás en su carrera, en sus cuarenta años de embarcado, había caído sobre su expediente la más pequeña mancha, y no podía, no podía... Así se lo dijo, con los ojos húmedos, él, que nunca había llorado en su vida.

¿Ha intentado alguno de ustedes convencer a una mujer, hacerle comprender la situación más clara? Dorothy aún más apasionada que él, necesítándolo, dispuesta al suicidio, a tirarse al mar si él no la aceptaba. Llegó incluso, cierta madrugada, a presentarse en camisión en el puente de oficiales, y llamar a la puerta de su camarote.

En camisión, vaporosa, toda envuelta de encajes, malcubierta la carne ansiosa, Dorothy, con los pies descalzos, corría entre ellos por la sala. Adriano Meira se pasaba la lengua por los labios.

—Y ahí sí que cayó...

No lo conocían bien. No conocían su inflexibilidad en el cumplimiento del deber. Resistió. Le echó sobre los hombros desnudos (camisión escotado, a la vista el comienzo de los senos palpitantes; Augusto Ramos suspiró), un impermeable, y se la llevó casi a la fuerza. Fue en aquella hora dramática, entre el deber y el amor, ella semidesmayada en sus brazos, cuando él prometió desembarcar en el primer puerto y partir con ella para siempre. Encerrarse en cualquier escondido rincón del mundo. Que todo fuera sólo un beso en el mar inmenso.

Presentó su dimisión por cable. Desde la Compañía le rogaron, le suplicaron, le

propusieron ascensos, aumentos de sueldo, los armadores estaban dominados por el pánico: su nombre gozaba de cierto respeto y fama por esos mares de Dios, entre marineros y armadores. No cedió: era hombre de palabra, y estaba enamorado. En el primer puerto, Makassar, rincón perdido y sucio del Lejano Oriente, se despidió de la tripulación. Lloraban los viejos marineros de rostro curtido al estrechar su mano leal. Había quedado en encontrarse con Dorothy en casa de una tal Carol, traficante de opio, a quien un día había hecho ciertos servicios. Inútilmente la esperó el marido, siguió el viaje solo.

Fueron dos semanas de delirio, escondidos en una pequeña casa en los linderos de la ciudad, en plena selva tropical, entregados al amor con una furia insensata, como si adivinasen...

—¿Apareció el marido?

¡Qué importaba aquel voceras del marido! Se llamaba Robert, el comandante lo despreciaba, ni pensó siquiera en él todo a lo largo de los sucesos. Tonto y vanidoso, pensando que iba a comprar el amor y la felicidad de Dorothy con la boda y su dinero... No, el marido no contaba. Las fiebres, sí. Aquellas fiebres de las islas; mortales.

En dos días acabaron con Dorothy y con la carrera del comandante. ¿Cómo podría volver a mandar navíos, a cruzar los mares, si incluso allí, en aquel puerto de Makassar, no podía olvidar ni un momento los ojos de Dorothy, aquellos ojos angustiados, dilatados por la fiebre, clavados en él, como si él pudiera salvarla? La boca torcida, suplicándole que no la dejara morir, ahora, cuando al fin había encontrado la razón de su vida. Ni siquiera pudo morir con ella, como había deseado y rogado al cielo, pues era inmune a aquellas fiebres, tanto había navegado por allí desde muchacho. Estuvo un tiempo como loco, se dio al opio, le llovían propuestas de los armadores de toda aquella parte. Volvió a su patria. No subiría más a un puesto de mando. Para él todo había terminado. Había hecho un solemne juramento ante la tumba de Dorothy. Por primera y última vez mandó que le tatuaran en el brazo un nombre de mujer. Se remangó: allí estaba el tatuaje, el nombre de Dorothy y un corazón.

Se bajó la manga y se volvió hacia la ventana, de espaldas a los amigos. A éstos les pareció oír un sollozo dominado. Partieron todos juntos, susurrando un «Buenas noches», conmovidos. Zequinha Curvelo estrechó la mano del comandante, firmemente, con calor y solidaridad. Cada uno de ellos llevaba a Dorothy consigo, su búsqueda de amor, su inquietud, la imagen inolvidable.

Una vez solo, el comandante apagó las luces de la sala. Preferiría haber matado a Dorothy, no haberla enterrado en aquel puerto sucio, azotado por las fiebres. Podía haberla desembarcado en una tierra más civilizada pero ¿cómo puede terminar un amor como aquél, ávido y total, sino con la muerte? Avanzando por el corredor, iluminado por una rendija de luz, volvía a ver en su imaginación a la inquieta y angustiada Dorothy, con sus pies descalzos, en el puente de oficiales —¡aquél había

sido el gran momento!—, los senos ofreciéndosele por el escote del camisón, la boca ansiosa, el vientre febril, toda ella una brasa ardiente.

Empujó la puerta del cuarto de la criada, cogió a Dorothy por la mano, y la mulata Balbina, rezongando, se echó a un lado para hacerle sitio en su cama.

DONDE NUESTRO NARRADOR RESULTA UN TANTO MISERABLE

¿Quién puede en este mundo escapar a los envidiosos? Cuanto más destaca un hombre en la opinión de sus conciudadanos, cuanto más alta y respetable es su situación, más fácil blanco para la ponzoña de la envidia, y contra él se levantan en oleadas de infamia los océanos de la calumnia. Ninguna reputación, por más inmaculada e intangible, ninguna gloria, por más pura que sea resulta intocable.

Tengo ante mí la prueba: el Meritísimo doctor Alberto Siqueira, con su presencia entre nosotros, con sus títulos, su saber, con la pechera almidonada de la camisa, con su fortuna, honra y ensalza a Periperi. Podría, si quisiera, comprar una casa en Itapoá o en Pituba, playas de moda donde viven y veranean los señorones. Y sin embargo prefiere nuestro suburbio, donde pocos son capaces de entender sus ideas, su elevada prosa, sus discursos con tantas palabras de diccionario... Preferencia que debía enorgullecemos a todos y bastar para que mantuviéramos ante el Meritísimo una actitud de permanente agradecimiento.

¿Y qué ocurre en vez de eso? Dicen perrerías de él. No importan sus sentencias publicadas en las revistas especializadas, jurisprudencia luminosa dictada por el doctor Siqueira. Yo tuve ocasión de hojear varios números (encuadernados en piel) de la *Revista de los Tribunales*, donde ocupan páginas y páginas las piezas jurídicas debidas al saber del Meritísimo.

No puedo ni me atrevo a hacerlo. Juzgar esta jurisprudencia, estas sentencias, no llega a tanto mi pretensión; la mitad de las líneas están escritas en latín, y la otra mitad en letra extraña. Pero ¿acaso no afirmó otro jurista, al comentar en el citado opúsculo un parecer de nuestro juez, que es el doctor Siqueira «una luminaria de nuestra ciencia jurídica»?

Pues bien: ni siquiera tales pruebas impresas, revistas de Sao Paulo y elogios federales, impiden que gente como Telémaco Dorea, un granuja jubilado de la Prefectura Municipal, con muchos humos porque publica versos de pie quebrado en los suplementos de los diarios de Bahía, diga que el Meritísimo no es más que «un jumento absoluto, de indomable burrez» (las expresiones son del cretino de Dorea), la «mayor nulidad del foro de Bahía en todas las épocas». ¡Hasta ahí puede llegar la falta de respeto, la envidia, cuando se lanza sobre un hombre...! Y lo peor, es que gente como Telémaco Dorea encuentra quien le escuche y apruebe, quien acarree leña a la hoguera de sus maldades...

Todo un hato de maldicientes anda cortando y recortando en la vida del juez, en su pasado y en su presente. No se contentan con negarle su evidente valer, aplaudido en el sur del país, sino que hasta se atreven a atacar su honra de magistrado: venal, venalísimo, según ellos. Cuentan una historia, no muy clara, de dos sentencias diferentes y opuestas sobre un mismo caso, una primera contra las pretensiones de una gran empresa exportadora, otra posterior atendiendo a las reclamaciones de los poderosos magnates. No veo nada criticable en el cúmulo de elementos nuevos, adicionados a la sentencia, que, como explica el Meritísimo, modificaron

profundamente la cuestión, invirtiendo los términos del problema. Pero, según cierta gentuza de Periperi, esos «nuevos elementos» eran en realidad un fajo de billetes, medio millón por lo menos, adicionados a la cuenta bancaria del doctor Siqueira y no a los autos del proceso.

Dicen que así se fue forjando la fortuna del Meritísimo, no heredada de padres ricos. Quien sí recibió herencia fue su esposa, y sin esta herencia, no se habría casado con doña Ernestina, que ya de adolescente, era un saco de mantecas colgantes y la llamaban «Zepelín».

No se limitan a rebuscar en el pasado, sino que incluso hozan en el presente y sacan a relucir a la tierna Dondoca. Como si fuese un crimen que un hombre ilustre buscara tierno refugio para sus elucubraciones intelectuales en las tardes tediosas de Periperi. Doña Ernestina ronca la siesta, y aprovechase el Meritísimo para entregarse a la fantasía y al dulce encanto del amor. Confidencialmente, depositando sobre mí el honor de su confianza, me dijo que sólo experimentaba por la muchacha un sentimiento protector, casi paternal. Una pobrecilla seducida y abandonada, llena de buenas cualidades, cuyo destino sería la repugnante profesión de meretriz si no hubiera un brazo amigo sosteniéndola y amparándola. Por lo demás, bien merecía él aquellas contravenciones a la rígida moral, que venían a compensarle de sus obligaciones matrimoniales, «penosas y pesadas».

Penosa y pesada doña Ernestina con sus ciento veinte kilos. Lo comprendo. No pude evitar imaginarme la escena evocada por los apesadumbrados adjetivos del señor juez: aquellas mantecas al aire, liberadas de cintas y corazas, derramándose en el lecho... Realmente, debía exigir un rudo esfuerzo al Meritísimo.

Contuve la sonrisa, no es justo burlarse de esas cosas cuando en ellas están envueltas personalidades dignas de respeto, como el doctor Siquiera y su esposa, gorda pero honrada.

Y en lo que a Dondoca se refiere, ¿qué otro sentimiento puede despertar en mí el magistrado que no sea el de la gratitud? Si no fuera por su generoso pecadillo no podría yo disfrutar gratuitamente, usando unas espléndidas pantuflas allí dejadas por el juez, mientras tomo el chocolate por él traído, de las gracias de la más linda y fogosa mulata de Bahía. Pero la naturaleza del hombre es mísera: e incluso acostado con Dondoca en la cama comprada por el juez, comiendo los dulces que él le trae, oyendo a la atrevida muchachita contar ciertas particularidades de su protector, no consigo evitar el imaginarme al Meritísimo practicándolas con el «Zepelín», en sus penosas obligaciones.

¿Cómo puedo, en conciencia, criticar a los miserables que viven urdiendo infundios sobre el saber y la honra del Meritísimo cuando yo mismo, que le soy deudor de tantas obligaciones y gentilezas, me río y disfruto con sus flaquezas, y lo mismo hace Dondoca, su protegida? ¿Cómo esperar de los otros actitud más justa y respetuosa? De todos modos, al tal Telémaco Dorea lo tengo atravesado; pedazo de cretino vanidoso... Le expliqué ciertos detalles de la vida del comandante, logrados

tras paciente pesquisa. Me puso el poetastro una serie de críticas: estilo flojo, desmañado e impreciso, acción lenta y débil, tópicos en abundancia, personajes sin vida interior. Una frase de la que —lo confieso— me enorgullezco, una frase que anda por ahí, páginas atrás: «contra él se levantan en oleadas de infamia los océanos de la calumnia», mereció su sarcástica reprobación y una risa de mofa del tal Dorea, incapaz de sentir la fuerza y la belleza de la imagen.

Y sin embargo, la misma frase obtuvo las mayores alabanzas del ilustre jurisperito, hombre acostumbrado al contacto con los buenos autores, lector de Rui Barbosa y Alejandro Dumas. También Dondoca, cuando leí el párrafo en voz alta, más para mí mismo que para ella, palmoteo y dijo: «¡Qué preciosidad!» No le falta sensibilidad, cosa que, por otra parte, ya había yo comprobado en la cama. Así, apoyado por la élite intelectual, representada por el magistrado, y aplaudido por el pueblo, a través de la voz dulce de Dondoca, puedo despreciar, de la manera más absoluta, la risa canalla de Telémaco Dorea, poetastro para sus negras, y evitaré, de ahora en adelante, su aburrida compañía. Porque además es un sablista, que me anda debiendo ciento ochenta cruzeiros que me pidió el verano pasado: «Esta tarde te los devuelvo». Y hasta hoy.

Y vuelvo a la historia del comandante, pues cuando expuse los comentarios iniciales sobre la envidia, no estaba pensando en el juez, en su honrada esposa, en Dondoca, en el miserable de Dorea. Mencioné al juez tan sólo como ejemplo, y fue quedándose, como ciertas visitas amenazadoras, sin noción del tiempo. Creo que me desvié también un poco al denigrar al canalla de Dorea, al desperezarme en el lecho de Dondoca, en sus brazos melosos, olvidándome del compromiso asumido: esclarecer la embrollada historia del comandante, hacer brillar la verdad, desnuda y completa, sobre sus aventuras.

Nadie, como se ve, escapa a los envidiosos: ¿Cómo iba, pues, a verse libre de ellos el comandante Vasco Moscoso de Aragón que, con un mes apenas de residencia en Periperi, ya era la personalidad más importante del suburbio, el nombre que estaba en boca de todos, la gloria del lugar, oída opinión sobre los asuntos más diversos? Opinión respetada la suya; por él se juraba: «El comandante dijo...» «pregúntele al comandante...», «el comandante me aseguró...», y cuando él, apartando de la boca la pipa de espuma de mar, dictaba su opinión, era ésta la última e indiscutible palabra sobre el asunto.

Aquella luna de miel del comandante con Periperi, sin nubes en el cielo infinitamente azul, duró más o menos un mes. Tal vez hubiera podido prolongarse más si no hubiera regresado de la ciudad, donde pasaba unos meses con un hijo suyo, abogado, el viejo Chico Pacheco, ex inspector de Consumos, vecino de Periperi desde hacía más de diez años, una especie de amo del lugar.

Ya he dicho algo sobre su carácter: quisquilloso y maniático, mala lengua, hombre de dudas y malicia, lleno de aristas. Lo jubilaron antes de tiempo a causa de un expediente administrativo, anduvo mezclado en política, en la oposición. Se decía

víctima de poderosos enemigos, y desde años atrás andaba en pleito con el Estado. En parte había conseguido éxito, obteniendo un sustancial aumento en su jubilación, pero seguía tozudo, intentando sacarle más cuartos al Gobierno.

Ese proceso era uno de los asuntos más comentados en Periperi, se asentaba en él, en sus peripecias, gran parte del prestigio de Chico Pacheco. El regreso de sus constantes viajes a Bahía, adonde iba frecuentemente para seguir la marcha del proceso, era una fiesta para los jubilados y retirados de los negocios. A Chico Pacheco le gustaba narrar los pormenores de la cuestión, ahora en el Supremo, y sabía hacerlo. Despotricaba contra juristas, aplastaba con su sarcasmo a los burócratas, conocía menudencias de la vida de magistrados, procuradores, abogados, de todos aquellos que, por un motivo o por otro, andaban metidos en el asunto. Era una enciclopedia de anécdotas, de malignidades, de divertidas miserias.

Su interminable proceso pertenecía en realidad a toda la población de Periperi. Los jubilados, solidarios con Chico Pacheco, se revolvían airados cuando un recurso de cualquier enemigo entorpecía la marcha de la acción jurídica, cuando una petición cualquiera aplazaba una decisión. La señora de Augusto Ramos, muy aficionada a historias, había hecho incluso una promesa al Señor del Bonfim: pagaría una misa en su iglesia si triunfaba Chico Pacheco. Una pena que no estuviera allí, en aquel tiempo, el Meritísimo doctor Siqueira. ¡Qué gran ayuda hubiera podido prestar, no sólo a Chico, sino incluso a toda la población, con sus conocimientos, con sus luces...! Una fiesta monumental, planeada en las largas tardes del suburbio, conmemoraría la victoria. Chico Pacheco prometía pagar champán cuando recibiera la sentencia.

Pero aquella vez volvía amargado. Todo parecía a punto de solución, el proceso en marcha, cuando el Estado se interpuso con nuevas demandas aclaratorias, y el juicio fue aplazado *ad calendas graecas*, como dijo él, al saltar del tren, al jefe de estación.

Llegó Chico Pacheco repleto de historias, de anécdotas, de revelaciones contra jueces y abogados; un mundo de novedades. Un mundo que necesitaba la atención solícita de amigos y vecinos. Y se encontró postergado a un segundo plano inaceptable: la gloria reciente y resonante del capitán de altura invadía Periperi de punta a punta, su nombre en todas las bocas, sus hechos glosados a cada instante. ¿De qué valían las triquiñuelas de un proceso que se eternizaba en el foro, frente a historias de naufragios, de tempestades y amores? ¿Cómo comparar un «sub-judice», con Hong-Kong o Honolulu? Sin hablar del telescopio, de la rueda del timón, del cronógrafo de a bordo.

—Y usted. Chico Pacheco, ¿sabe lo que es un cronógrafo?

—Ni me importa... Le voy a contar una marranada del profesor Pitanga, aquel cuya mujer parió siete hijos de siete padres distintos. Ese rey de los cornudos...

—Tendría que ver usted la colección de pipas. Hasta se olvidaría del pleito...

Y así siempre. Embestía Chico Pacheco con su pleito y le respondían con cartas

geográficas, bailarinas árabes, marineros borrachos. Hablaba de un recurso interpuesto y le contestaban con una aventura del comandante.

Estaba, por la tarde, relatando las intrincadas novedades de la causa ante un auditorio realmente poco entusiasta, cuando una súbita animación le reveló que se acercaba el comandante con su paso de señor de los mares. Chico Pacheco miró con sus ojos menudos a aquel caballero rechoncho de amplia cabellera, nariz ganchuda, y escupió:

—¿Capitán de altura? Para mí que ese tipo no es capaz ni de mandar una lancha... Tiene cara de mercero...

DEL MAL DE NO SABER GEOGRAFÍA Y DE LA ERRADA TENDENCIA A FAROLEAR EN EL PÓQUER

—¡Ah!, si supiese geografía...

Chico Pacheco repetía la frase entre dientes, lamentando el tiempo perdido en sus días vagabundos de adolescencia, cuando fue «novillero» de renombre. Y el tiempo perdido de una vida entera, gastado en naderías, cuando podría haberse dedicado en cuerpo y alma al estudio intensivo de la geografía, ciencia cuya extrema utilidad sólo ahora comprendía.

—¿Por dónde andará ahora Marcos Vaz de Toledo? —se preguntaba con la esperanza de ver desembarcar, por milagro, en la estación de Periperi, al colega de oficina, a quien no veía desde hacía más de veinte años.

Marcos Vaz de Toledo, sureño y con muchos humos, era cosa seria en geografía. Parecía que tuviera un mapamundi en la cabeza: capitales, ciudades principales, golfos e islas, lagos y lagunas, montañas y volcanes, ríos caudalosos y simples arroyuelos, corrientes oceánicas y puertos, fueran fluviales o marítimos... Puertos a elegir, de Europa y de América, de Asia, de África y de Oceanía, a docenas, los tenía siempre a punto. Un portento el tal Marcos Vaz de Toledo, aunque un poco vanidoso, maniático de sus conocimientos, hasta el punto de que todos los compañeros le huían, evitaban su compañía. En cuanto le daban la menor ocasión allá iba él, hombre de rollo largo y asombrosa memoria, dispuesto a recitar nombres enrevesados, desde Hamburgo a Shangai, de Nueva York a Buenos Aires. El propio Chico Pacheco — amigo de hablar, enemigo de oír— le llamaba «carguero de cabotaje», porque era como esos barcos que no pueden ver un puerto, por miserable que sea, sin hacer escala en él.

Chico Pacheco reconocía tardíamente su equivocación al subestimar aquellos conocimientos geográficos. Había considerado a Marcos Vaz de Toledo como un latoso, aburridísimo, un hombre a quien había que dar el esquinazo como fuera. Qué no daría ahora por tenerlo en Periperi, con sus mares interiores, sus afluentes y meridianos, aquellos centenares de preciosos puertos... De la amazotada relación de calderos había conservado sólo los nombres más fáciles y conocidos, completamente inútiles para desenmascarar a un impostor. Porque seguro que era un impostor, dispuesto a deslumbrar la simpleza senil de las gentes de Periperi, de aquellos cretinos crédulos, dispuestos siempre a dar crédito a cualquier charlatán, a tragarse las bolas más ingentes. Él mismo, en múltiples ocasiones, les había contado mentiras como catedrales, y los infelices, en la higuera.

No había en el mundo mercado tan propicio para que un mentiroso exhibiera su mercancía como Periperi. En pago de sus mentiras recibía como moneda respeto y consideración. El mismo Chico Pacheco era la prueba: lo consideraban y acataban más por las historias inventadas sobre jueces y procuradores, por la exageración con que narraba trucos y triquiñuelas jurídicas, que por la injusticia que soportaba. Sólo que sus mentiras eran triviales y limitadas, su campo de acción no rebasaba la ciudad

de Bahía, gente conocida, escenario a media hora de tren.

¿Cómo competir con un exagerado sin medida, plantado en la cubierta de navíos, en medio de mares y océanos remotos, a vuelta con tempestades, naufragios, tiburones, azotado por todos los vientos y cargado de mujeres, la mayoría de ellas apasionadas y lúbricas, unas pendones todas?

Chico Pacheco entornaba sus ojos menudos: jamás se vio descaro semejante. Ni el mismo Romeu das Dores, testigo falso de profesión (contra pago anticipado), viejo borracho y calavera, era tan cínico. No tenía el comandante (¡Comandante, y un cuerno!) el menor sentido del ridículo. Un carota, eso era él, metiendo en sus historias nombres sonoros y complicados de puertos y geografías, mezclándose con términos náuticos. Y vendía sus patrañas bien vendidas, al más fuerte precio. Y aquellos ingenuos papanatas de Periperi babeaban, pandilla de atontados. Sólo les faltaba lamerle el culo al comandante (¡Comandante, una mierda!) ¡Unos imbéciles, eso eran todos!

¿Luchar con él? ¡Imposible! Pero podía desenmascarar al impostor, denunciar al charlatán. ¡Ah! Si supiese geografía... metería en danza corrientes marítimas, latitudes y longitudes, liaría sus escalas, lo obligaría a bajar del puente de mando y desembarcar para siempre. «Tengo que pedir unos textos de Geografía a Salvador».

Vivía desde su regreso corroído por un despecho rabioso. Su habitual palidez se había vuelto más amarilla, amenazaba acabar en un ataque de bilis. La figura de Vasco Moscoso de Aragón, sus pipas, los instrumentos de navegación, los mapas y navíos enmarcados, el catalejo y el telescopio, su gorra altanera, dominaban Periperi de punta a punta, desde la estación a la playa: no había lugar para nada más, por importante que fuera; no había sitio para otra celebridad, para otro héroe. Tirando de su cigarro (¿de qué valían sus cigarros, por hediondos que fueran, ante una pipa de espuma de mar, perfumado tabaco?), rumiaba Chico Pacheco rencores y planes de venganza.

Sin embargo —pensaba— se veía a las claras. Sólo pasaba inadvertido a quien no quisiera verlo, o a aquellos cretinos oyentes, con una pata en el cementerio todos ellos. Y ese necio de Zequinha Curvelo, que de tanto admirarlo se había vuelto marinero de segunda y andaba detrás del charlatán como un ordenanza cargando con el telescopio para la grotesca ceremonia de otear el mar desde la cima de los peñascos para ver la entrada de los navíos. La gente se reunía para verlo. Era como si el puerto de Bahía estuviera bajo la guarda y dirección de los habitantes de Periperi. Al bajar. Vasco anunciaba:

—Es un transatlántico holandés. Perfecta maniobra...

O revelaba sigiloso:

—Un carguero de Panamá... Debe de llevar un montón de contrabando...

Cambiaban miradas cómplices, se sentían envueltos en arriesgadas empresas, un poco contrabandistas todos, especialmente Zequinha Curvelo. «¡Vaya payasada!», gruñía Chico Pacheco, aún más amarillo, con el gusto amargo de la envidia en su

boca de dientes podridos. Miraba el rostro risueño y cordial del comandante (¡Comandante, y un carajo!), su aire de tendero en vacaciones, y se convencía cada vez más de que si algún día aquel tipo había embarcado fue, cuanto más, a Aracajú o Belmonte, en alguna de las lanchitas del puerto.

Anduvo insinuando sus sospechas, como quien no quiere la cosa. Pero le fregaron por las narices el diploma, firmado y legalizado, allá en la sala, a la vista de todos, en su moldura dorada. Sí, desde luego, el diploma era una realidad difícil de negar. Pero ¿qué probaba, después de todo?: podía haber mandado uno de aquellos barquichuelos de la Companhia Bahiana, en los que, de Caravelas a Salvador, los pasajeros vomitaban el alma. Y quizá ni eso siquiera: quién sabe, quizá no había salido en su vida el comandante (¡Comandante, y una gaita!), de Río de San Francisco, en una chalana, de Joazeiro a Pirapora, de Pirapora a Joazeiro, la vida entera. Con aquella facha de tendero, de vendedor a plazos, sólo los bobos se engañaban, no él. Chico Pacheco, habituado a lidiar con abogados ladinos, con sabihondos del foro, con ladrones de toda especie. Esas historias de puertos de Asia, de islas del Índico, de mujeres de Ceilán, de marineros griegos. Vasco las había aprendido en sus lecturas, las habría oído contar, o, sencillamente, se las inventaba. Una chalana en Río de San Francisco, eso era lo máximo que Chico Pacheco le concedía.

Derrotado por el diploma en su primera embestida, no se desanimó, estaba templado por diez años de litigio contra el Estado. Mientras esperaba los libros que había pedido a su hijo (aunque tuviera que pasarse el resto de su vida estudiando geografía), resolvió explorar los puntos flacos del enemigo. Detalles capaces de despertar la duda y procurarle aliados.

Se dio cuenta en seguida de la decepción de Emilio Fagundes. Emilio Fagundes, antiguo empleado de la Secretaría de Agricultura, había llegado a ver estampado su nombre en los periódicos debido a su maestría en el juego de ajedrez. Hasta había llegado a disputar un torneo en Río, y quedó en cuarto lugar. ¡Un éxito! Ahora, retirado, su único desconsuelo en Periperi era la falta de un buen rival. No había en el suburbio quien fuera más allá del tute, de las damas o del dominó. Se había llenado de esperanzas con la llegada del comandante (¡Comandante, un cuerno!), pronto destruidas: el hombre no distinguía una torre de un alfil, un caballo de un rey. Y seguía jugando por correspondencia con rivales de la capital, resolviendo los problemas que traían las secciones especializadas de diarios y revistas. Una desilusión.

—Creí que un hombre de mar sabría jugar al ajedrez... —dijo un día confidencialmente a Chico Pacheco.

Por primera vez en su vida se entusiasmó el ex inspector de Consumos con las complicaciones del juego. Hasta entonces lo consideraba algo insoportable, y a Fagundes un lunático. Era realmente de extrañar el desinterés de un hombre de mar por un juego tan útil para matar el tiempo. Para las largas horas de tranquila navegación no debía de haber grato pasatiempo. Resolvió presentarse con el tablero

de ajedrez en la sala puente del marino, precisamente en la hora más emocionante, cuando el comandante (¡Comandante, y un nabo podrido!) evitaba un choque de consecuencias trágicas entre su navío y un inmenso iceberg vagabundo en el mar del Norte, en noche de bruma y frío. La cerrazón era tal que podía ser cortada con cuchillo, como un queso. Iba el negro buque en marcha lenta, haciendo sonar sus sirenas angustiosas avisando el peligro, los pasajeros aterrorizados, cuando la masa blanca de hielo aparece a babor, como una montaña navegante...

—Don Vasco, dígame una cosa...

—Comandante Vasco Moscoso de Aragón, a sus órdenes...

No perdonaba el título, pues, decía él, no tenía más bien ni más honra que su diploma. Chico Pacheco, con un esfuerzo, contuvo sus palabrotas y le dio el título...

—Pues bien, señor comandante (de mierda...), dígame una cosa que me trae preocupado: ¿cómo es que el señor comandante, hombre de mar, con horas y horas de ocio por delante, no sabe jugar al ajedrez? He oído decir que es un juego muy apreciado por los navegantes...

—Pues le informaron mal, querido amigo. Juego de marinero son los dados o la baraja, juegos de azar. Un póquer bien disputado, eso sí. Pasé noches y noches sin dormir, hasta el alba, en las mesas del póquer...

Y cogido el hilo, siguió adelante, impávido:

—Cuando naufragué en Rasmat, una isla semejante a Periperi, sólo llevábamos en la lancha unos bizcochos, un poco de agua y una baraja. E incluso allí, con la muerte al lado como quien dice, echamos unas manos de póquer. Éramos cinco, uno se quedaba al timón y los otros cuatro a jugar... Nos jugamos la galleta y los tragos de agua que nos tocaban. Algo divertido. Dos días con sus noches...

Chico Pacheco era un experto jugador:

—¿Póquer? Magnífico... Podemos echar una partida. Ya andaba yo muerto de ganas. El Marreco es un jugador empedernido...

—Empedernido, no, pero voy haciendo...

—Leminhos también juega, sin hablar de Augusto Ramos...

¿Quién sabe si aquella historia del póquer no era una patraña de Vasco, una más? ¡Ahí! si no conociera las reglas, si no tuviera la ciencia del envite, la malicia del farol a tiempo...

—Podemos echar una partidita ahora mismo...

—Ahora, no, discúlpeme. He de terminar el caso que estaba contando —se escabullía Vasco, volviendo a la narración interrumpida.

—Ya lo terminará luego... —forzaba Chico Pacheco.

—Estaba en lo más interesante —recordó Rui Pessoa.

—Hasta escalofríos me daba... —confesó Zequinha Curvelo.

Chico Pacheco miró con desprecio al grupo que se apiñaba en torno a Vasco. ¡Imbéciles! ¿No veían la trampa? Seguro que el impostor no sabía siquiera con cuántas cartas se juega o el valor de una escalera. Sonrió esperanzado. La voz del

comandante (¡Comandante, del trasero!) seguía sonora la dramática historia. Pues ya estaba la montaña de hielo casi sobre el barco, gritaban los pasajeros, los tripulantes habían perdido la cabeza, y entonces él, arrancando de manos del timonel la rueda...

—Mientras usted termina voy a llamar a Augusto Ramos... podemos jugar aquí mismo, en su casa, ¿no, Marreco?

—Si la partida es baratita... calderilla sólo... —el Marreco andaba alcanzado, tenía nuera viuda y nietos en Bahía.

Pasó el iceberg rozando el navío. Chico Pacheco se fue en busca de Augusto Ramos y de la baraja. Manos firmes al timón. Vasco seguía victorioso y la montaña de hielo se apartaba lentamente, arrastrada por las corrientes glaciales.

No faltaba baraja, casi todos ellos hacían solitarios en las largas horas de la tarde, antes de la prosa en la plaza. Barajas de cartas, gruesas y mugrientas del manoseo diario.

—Vamos. Vamos ya... —les daba prisa Chico Pacheco.

—Los mirones, boca cerrada... —avisaba Leminhos, mientras todos iban tomando posiciones alrededor para asistir a la partida.

—Yo ya había oído hablar de esa historia del iceberg...

—¿No se acuerda del naufragio del *Titanic*? Chocó con uno de esos... Son muy peligrosos...

Vasco, sonriente, cogió las cartas. Chico Pacheco se iluminó cuando el comandante (¡Comandante, y una porra!) al ver las cartas sebosas, las tiró sobre la mesa y se negó a jugar la partida:

—Con estas cartas, no. No es posible.

—No sea tan fino, señor. Total es una partidita entre amigos. De calderilla. Sirve de sobra esta baraja. Vamos sentándonos...

Chico Pacheco arrimó la silla.

Zequinha Curvelo seguía pensando en el iceberg:

—Pues yo, como viera un montón de hielo de esos frente a mí, me echaba al agua...

—No, con esas cartas no juego. No tiene gracia.

—¿No será que usted no tiene idea de lo que es el póquer? —Chico Pacheco estaba exultante.

Lo miró Vasco Moscoso de Aragón con ojos sorprendidos:

—¿Y por qué no iba a saber?

—Qué sé yo...

Vasco le volvió la espalda y salió de la sala. Chico concluyó:

—Ese caradura no ha visto un póquer en su vida. Jugando en una lancha de salvamento, ¿dónde se vio idiotez igual? Este tipejo se cree que somos un hatajo de idiotas... Y suelta las mentiras como quien se suena...

—¿Mentiras?

—Mire, Leminhos, ¿es que no se da cuenta? Basta apretarle un poco y se nos

hunde... ¿No lo ha visto ahora, con esa historia del póquer? Jugándose la galleta, los tragos de agua, en la lancha de salvamento, no sé cuántos días... Bien, pues yo traigo las cartas, reúno los jugadores, y el tipo se nos larga... Sólo porque la baraja está un poco usada. ¡Una disculpa de cretino total! ¿Cuál es el marinero, por desharrapado que sea, que no es capaz de echar una partida de póquer?

Zequinha desembarcó del iceberg, aún tiritando, y acudió a defender a su ídolo:

—¿Y quién le ha dicho que no sabe? ¿Se lo dijo él acaso?

—Ya tenemos aquí a éste, adulando siempre al tipejo...

—De adulación, nada. Y menos de envidia, como otros...

—¿Quién le tiene envidia? A ver, ¿quién...?

—¡Calma, señores...! —interrumpió Marreco—. ¿Qué es eso? ¡Dos viejos amigos discutiendo sin motivo!

—Es que no admito que se dude de la palabra de un hombre honrado...

—De lo que dudo es de que sepa jugar al póquer...

—La verdad es que se ha escabullido... —comprobó Rui Pessoa.

Pero ya volvía Vasco trayendo dos barajas y una caja de fichas. Nuevas y hermosas cartas brillantes, laqueadas, con la fotografía de un transatlántico impresa al dorso, el humo azul de las chimeneas difuminándose en los celajes. Aquéllas sí que eran cartas... Pasaban de mano en mano.

No se redujo a este detalle la derrota de Chico Pacheco aquella tarde. Buen jugador de póquer, pero nervioso e irritable, con propensión al faroleo constante, no era rival de altura para Vasco Moscoso de Aragón, hombre de contagioso buen humor, sensato ante el riesgo, hombre que jugaba con conocimiento, seguridad y términos náuticos, sabiendo cuándo ir al juego y cuándo aguantarse, con el farol en el momento justo, asimilando inmediatamente las maneras de cada uno de los rivales. Chico Pacheco podía negárselo todo, pero no pericia en el póquer. Era un maestro.

Zequinha Curvelo seguía la partida en una silla, al lado. El iceberg se había perdido ya a lo lejos, derritiéndose al calor del sur. Ahora, el pulso fuerte y el ojo preciso de Vasco Moscoso de Aragón se comprobaban en la mesa de juego. De vez en cuando, Zequinha Curvelo lanzaba una mirada de conmiseración al mal informado ex inspector de Consumos. Y cuando Vasco, con un simple par de damas, vio un envite alto de Chico Pacheco, que era dinero puesto en un mísero par de sietes, Zequinha no pudo contenerse:

—La envidia mata, señor Chico Pacheco.

Mata, realmente. Chico Pacheco sentía dolores de hígado, mientras iba perdiendo más y más.

Aquella memorable mesa de póquer inició un nuevo hábito en Periperi: los jueves por la noche se reunían en casa de Vasco para una disputada partida, el viejo José Paulo, Augusto Ramos y Leminhos, junto a los inevitables mirones. Zequinha Curvelo empezó a penetrar en los secretos del juego; un marinero tiene la obligación de conocer y amar el póquer. Chico Pacheco se negó a formar parte del grupo. No

ponía los pies en casa del comandante (¡Comandante, la puta que lo parió!).

DE LAS FIESTAS DE SAN JUAN, CON LICOR, ARROZ CON LECHE Y TIBURONES, O EL ENVIDIOSO DERROTADO

Llegó junio con su cortejo de lluvias, encharcando las calles enarenadas, y con las mazorcas amontonadas en las cocinas para preparar las tartas de azúcar; maíz y miel, las ricas «manues», «canjicas» y «pamonhas». Mes de la gula, cuando los jubilados y retirados abandonan la dieta, empujan los vasos de licor de jenipapo y hundan el hocico en los platos sabrosos. Pagarán esos excesos, obligados varios de ellos a cortar la sal o el azúcar, gravados sus achaques diversos, desde la diabetes al reumatismo. En muchas casas se hacen novenas a San Antonio, primero las oraciones cantadas ante el altar improvisado del santo casamentero, después el bailoteo al son del acordeón. En la plaza se alza el alto poste con la bandera de San Juan, se preparan las hogueras para la noche santa. A fines de mes, viudas y viudos festejarán a San Pedro, su patrón. Un mes entero de fiestas, las criaturas soltando tracas y buscapíes, noviazgos en las novenas, mozas curvadas sobre mágicas bacías de agua para descubrir en ella el rostro del futuro novio. Y la búsqueda de padrino para la fiesta de San Pedro, honra codiciada por todos los habitantes masculinos.

Fiesta de San Juan, en verdad, la había en todas las casas, pues hasta en las más pobres se abría una botella de licor de jenipapo y se ofrecía un plato de arroz con leche, de bollo de maíz o de mandioca fermentada, o tortas de harina de arroz cocidas al vapor, o la deliciosa pamonha, envuelta en paja. Pero se trataba de fiesta en la plaza, con diversiones para los chiquillos pobres, hijos de pescadores y operarios de la Leste Brasileira, alumnos del Grupo Escolar. Venía el padre Justo, de Plataforma, decía una misa por la mañana en la pequeña iglesia, almorzaba en casa de uno de los importantes del pueblo, asistía a los fuegos artificiales por la tarde. Al anochecer se encendían las hogueras, en ellas tostaban maíz y asaban batatas, las chispas crepitaban en el aire y crecía el infinito número de estrellas.

Esa historia del padrino de fiesta obligaba al padre Justo a extremos de diplomacia. Bajo su sotana se escondía un diplomático, y sabía convencer a los más recalcitrantes, calmaba susceptibilidades, tomaba café con uno, almorzaba con otro, merendaba con un tercero, se servía licor y pastelillos en docenas de casas, y volvía hacia Plataforma en paz con sus fieles de Periperi y con una indigestión mortal.

Los candidatos a padrino eran muchos todos los años. Todos se sentían con derecho a presidir la fiesta de la tarde, cuando los chiquillos competían en las carreras de sacos y trepaban por la cucaña a la busca del billete de cinco mil reis que se ostentaba en lo más alto. Había que hacer algún gasto, pero no era gran cosa comparado con la distinción de sentarse al lado del reverendo, en la plaza, a escuchar el discurso elogioso de un alumno del Grupo Escolar, discurso escrito por la maestra y recitado de coro por el orador a costa de amenazas, esfuerzo y estacazos.

Ya en abril comenzaba el padre Justo, en su presbiterio de Plataforma, a recibir insinuaciones, recados y visitas de los candidatos y de sus familiares. Incluso ofrecían velas a la iglesia y había hasta quien mandaba decir misas.

Los más antiguos moradores, casi todos, ya habían sido distinguidos alguna vez con la suprema dignidad, anual de Periperi. El viejo José Paulo, la mereció tres veces, y ahora ya ni presentaba su candidatura, evitándose así gastos superfluos. Adriano Meira, Augusto Ramos y Rui Pessoa habían sido elegidos con anterioridad. Hasta Leminhos, habitante relativamente nuevo del lugar, jubilado a los cuarenta y cinco años por motivos de salud, había sido padrino de la fiesta. Chico Pacheco también. Hacía cuatro años que había presidido, con brillo y pompa, los festejos de San Juan. ¿Por qué entonces aquel año de la llegada del comandante había decidido reivindicar para sí nuevamente el codiciado puesto?

Si alguien tenía derecho a él era Zequinha Curvelo, que vivía desde hacía cinco años en Periperi y había permanecido hasta entonces olvidado por el reverendo. Sin embargo, fue el mismo Zequinha quien, antes que los otros, recordó al reverendo el nombre de Vasco Moscoso de Aragón. En su opinión no podía ser otro el padrino de aquel San Juan. Era de la más estricta justicia escoger al ilustre marino que realzaba la fama de Periperi con su residencia entre ellos. El padre Justo se mostró de acuerdo, se sentía atraído por los nuevos habitantes, le gustaba ganarse su confianza y amistad. Parecía una elección tranquila: los importantes, como el viejo Marreco, Adriano Meira y Emilio Fagundes estaban de acuerdo. Sin hablar de la gente pobre: éstos adoraban al comandante, siempre dispuesto a socorrer a uno u otro, a soltar unas monedas, a pagar un tragó de aguardiente. Era, como él explicaba, una costumbre que le venía del trato con marineros, con sus problemas, con sus borracheras. Le gustaba ayudar a los demás, aconsejarlos, oírlos en sus confidencias. El padre Justo esperaba que aquella vez no se presentaran problemas de celos con la elección, tan generalmente aplaudido parecía el nombre del comandante.

Se engañaba. Cuando fue conocida la noticia en Periperi, Chico Pacheco se puso furioso. Hacía más de un mes que había hecho llegar al padre su candidatura, mandándole un capón de presente y una botella de vino marca «León del Norte», un néctar. Y de repente, era apuñalado por la espalda, miserablemente traicionado. Como si no bastaran los aplazamientos de su pleito y las decepciones sufridas en Periperi, ahora venía la Iglesia a sabotear su candidatura. Adoptó Chico Pacheco un súbito y violento anticlericalismo, empezó a sentir simpatía por la masonería y a echar pestes contra el clero en general y contra el padre Justo en particular, atribuyéndole amantes e hijos.

Si aún fuese otro el escogido, podía aceptar la humillación en silencio. Hasta Zequinha Curvelo sería soportable, a pesar de haber presentado Chico su candidatura precisamente para que el «ordenanza» de Vasco no lograra la honra presidencial. Quiso impedir la victoria del adulador, y el resultado era una derrota cruel, la peor entre las ya sufridas. Sí, porque andaba tan furioso desde aquella historia del póquer que parecía haber olvidado el proceso estancado en el foro de Bahía, como si no tuviera en el mundo más enemigo que combatir que el comandante Vasco Moscoso de Aragón.

En los últimos tiempos, a partir de la tarde del iceberg y las barajas nuevas, había abandonado el terreno de las insinuaciones para pasar al de las acusaciones frontales. Iba de uno en uno analizando las historias de Vasco, poniendo de relieve supuestas contradicciones, llamando la atención hacia detalles en su opinión absurdos.

No se puede decir que tuviese éxito en su tentativa de desmoralizar y destruir a su competidor. Pero sin duda, su persistencia acabaría por insinuar cierta duda en los espíritus, una vaga desconfianza: ¿sería realmente tan heroico el comandante, tan aventurera su vida y su carrera tan plena de peligros y de amores? ¿Podían tantas y tan emocionantes cosas ocurrir a un solo hombre, ser tan rica una vida, cuando tan mediocre y pobre habían sido las de todos ellos?

Adriano Meira, viejo gozador e irreverente, llegó a arriesgar una salida de mal tono, mientras el comandante narraba una de sus sensacionales proezas, aquella historia de los diecinueve marineros devorados por los tiburones en el mar Rojo. Él, Vasco, escapó gracias a la bondad divina y a su destreza en el manejo del cuchillo, con el que abrió la barriga a tres tiburones hambrientos; tres, nada menos.

—Ya serán menos, comandante; muchos tiburones me parecen...

Lo miró Vasco con sus ojos límpidos, de chiquillo:

—¿Cómo dice?

Se desconcertó Adriano, tan tranquila la voz, tan límpida la mirada del comandante. Pero como acababa de llegar de una charla con Chico Pacheco, se encorajinó y repitió la gracia:

—Demasiados tiburones, comandante...

—¿... y qué sabe usted, amigo mío, de tiburones? ¿Navegó acaso por el mar Rojo? Su observación no es lógica, se lo aseguro. No hay lugar en el mundo con tantos tiburones como aquél...

No. No podía ser un mentiroso. Ni siquiera se daba cuenta de la ironía y la duda, del chiste, del tono burlón de voz. Si fuese un charlatán, como quería Chico Pacheco, se pondría furioso, respondería irritado. Adriano Meira se sintió de pronto arrepentido:

—Tiene razón, comandante. La gente no debe hablar de lo que no sabe...

—Es lo que digo siempre. Ni hablar ni mandar...

Porque no conocía el *Gamil*, carguero egipcio, cuando aceptó mandarlo en aquella lenta y monótona travesía de Suez a Adén, con un cargamento de cemento. Sólo se dio cuenta de su locura cuando ya era tarde: el barco estaba en pésimas condiciones, ni radio tenía. Y la tripulación estaba formada por tipos sospechosos, con una pinta terrorífica. Felizmente iba con él el fiel Giovanni, aquel marinero por cuya causa, años después, habría de enfrentarse con sus armadores europeos. Y cuando el *Gamil* naufragó, con una brecha en el casco, sólo él y Giovanni consiguieron salvarse. Fueron recogidos por un navío noruego, tras aquella mortandad de hombres y tiburones. Guardaba aún el cuchillo providencial. Una noche de éstas lo mostraría, cuando fueran a su casa a echar un trago.

Nadie iba más allá de esas dudas pasajeras, fugitivas y momentáneas desconfianzas, resultado de la desenfadada campaña de Chico Pacheco. Adriano Meira, al verlo, reclamaba:

—Ahora nos viene con esos cuentos... Lo único que sabe decirnos es que el comandante es un mentiroso. Le creí y acabé metiendo la pata. El comandante hasta me enseñó el cuchillo con que mató a los tiburones...

—¡Son ustedes unos imbéciles!

Se sentía incompatible con unos y con otros, cada vez más amargado y cáustico, la boca sucia de palabrotas, envolviendo en su desprecio y en su rabia a toda la población de Periperi, a los jubilados y a sus esposas, todas ellas oyentes fanáticas de las aventuras del comandante.

La elección de Vasco Moscoso de Aragón como padrino de las fiestas de San Juan, en detrimento de su candidatura, fue ya el colmo. Aún intentó presionar sobre el padre Justo, recordándole anteriores regalos y abriéndole perspectivas de sustanciales donaciones cuando ganase su pleito al Estado. Después despotricó contra el reverendo transformándolo en un disoluto y en un oportunista, cosa que era una evidente exageración, pues lo único que intentaba el padre Justo era mantener en paz a su rebaño, e incluso las lenguas más viperinas no sabían de faldas en su vida, fuera de la moza que cuidaba la casa rectoral, de suave y modesta; belleza, como una imagen de santa.

No podía Chico Pacheco, antes el más adulado de los moradores de Periperi, casi tan respetado como el viejo Marreco, presencia siempre saludada con entusiasmo, aguantar tanta humillación, tanta deslealtad. No soportaría ver al charlatán, con su cara grosera de mercero, al lado del ingrato reverendo (que le devolviera al menos el capón y el vino, si es que le quedaba el menor resto de dignidad) presidiendo las fiestas de San Juan. Decidió marcharse. Pero como tampoco deseaba dar una alegría al enemigo, inventó que estaba su proceso a punto de resolverse, en vísperas de juicio. Ni con esa noticia, antes sensacional, consiguió sacudir la indiferencia que ahora lo cercaba, todo por obra gracia de aquel miserable mentiroso vestido con un ridículo chaquetón de barquero. Partió bajo una lluvia infernal. La estación estaba vacía. Parecía un fugitivo escondido con su rabia impotente.

DONDE DONDOCA PONE CUERNOS MORALES AL NARRADOR

Confieso que la malévola campaña, hija de la envidia y el despecho, desencadenada por Chico Pacheco contra el comandante, hizo tambalearse un poco mi antes incondicional admiración por la figura impar del héroe. Algunas de sus aventuras, examinadas a la luz de la crítica aniquiladora del ex inspector de Consumos, me parecen hoy un poco exageradas. No lo digo para mover al lector a prejuicio, pues me coloco aquí como historiador imparcial: si hablo del asunto, es porque me molestó bastante el hecho de que los jubilados dieran tan poca importancia a los comentarios y observaciones de Chico Pacheco, y se mantuvieran tan solidarios con el comandante.

En un trabajo de investigación como éste que me he echado encima (para matar el tiempo y también para ver si con él puedo participar en un concurso histórico-literario del Archivo Público) intentando restablecer la verdad, ciertos detalles necesitan ser llevados, si no a debate público, por lo menos a examen de personalidades con título suficiente para emitir docta opinión.

Por eso consulté el asunto con el Meritísimo doctor Alberto Siqueira, hombre importante que representa en el Periperi de hoy lo que en el pasado significó la presencia de Vasco Moscoso de Aragón. El juez es hombre de saber universal; no escapa a su curiosidad ningún ramo del conocimiento humano, desde el Derecho a la Filosofía, desde la Economía a las discutidas cuestiones sexuales. Hasta de Medicina entiende un poco, por no decir bastante, y es él quien cuida, con abnegación y entrega absoluta, las frecuentes gripes de Dondoca. Yo tuve ocasión de verlo (pues últimamente, en una prueba más de confianza, me abrió en plena tarde las puertas de aquella casa donde yo sólo penetraba de noche y furtivamente) con la camisa remangada, bañando en una palangana de agua caliente los pies mimosos de Dondoca y envolviéndolos luego en una toalla. Según el Meritísimo no existe mejor tratamiento para resfriados y gripes. Buen tratamiento para el enfermo y para el improvisado médico, creo yo, pues con el pretexto de bañar los pies de la moza, las manos expertas del juez suben a veces hasta las rodillas y adyacencias, haciendo que Dondoca se revuelque en la cama, riéndose de gozo, la muy picara, guiñándome un ojo cómplice. Él murmura entonces palabras dulces, frases tiernas: «bichito mío, gatito, pobrecilla ella, que está enfermita».

El espectáculo de ese hombre ilustre, gloria de la jurisprudencia bahiana, arrodillado ante una palangana, lavando, frotando y secándole los pies a una humilde mulata de pocas luces y ningún caudal, resulta realmente emocionante. Renovada prueba de los buenos sentimientos que aquí proclamo, aprovechando la ocasión.

Me dijo, cuando sobre mis dudas le consulté, que no constituía sorpresa para él la fácil credulidad de los oyentes del comandante, pues se hallaban ante pruebas concretas de sus afirmaciones: el diploma enmarcado, la Orden de Cristo, ¡cosa importantísima!, la brújula, el telescopio. ¿Cómo dudar, cómo dar fe a las maledicencias de Chico Pacheco, sólo un precedente de las malas lenguas que aún

hoy infestan nuestro tranquilo suburbio, poniendo máculas a la honra ajena?

Anda últimamente nuestro erudito magistrado bastante dolido por haberle llegado noticias de una discusión aquí trabada con relación a su carrera.

No sé quién le llevó los ecos del debate, y no quieras arriesgar nombres, pues los dimes y diretes, los chismosos y los chismorreos abundan en nuestra minúscula comunidad. De todos modos, debo alabar al indiscreto y a su indiscreción, pues del relato salió acrecentado mi crédito ante el Meritísimo. A este hecho debo incluso la invitación para acompañarlo a casa de Dondoca, una confortante prueba de amistad, incluso de intimidad. Bien sabemos cuan fácilmente lleva un hombre casado a un conocido cualquiera a su hogar, a presencia de su esposa; y, al contrario, cuan difícilmente lo lleva a casa de la amante. Sólo los íntimos, los fraternales, merecen tal prueba de confianza.

Y eso por haberlo defendido cuando Otoniel Mendonça un tiralevitas de Telémaco Dorea, proclamó a gritos que el doctor Siqueira se había jubilado como juez tras haber sido vetado su nombre por tres veces en las propuestas para las elecciones a la Cámara. Y que el jefe del Gobierno había declarado, con ocasión de la última vacante, que si le obligaban a escoger entre una rata de cloaca y el Meritísimo, nombraría a la rata «porque robaba y apestaba menos que el doctor Siqueira». ¡Imagínese!

Indignado, defendí con pasión la honra ultrajada del maestro. Yo tenía viejas cuentas que ajustar con ese Otoniel Mendonça, y estaba esperando la ocasión. Era el tal Mendonça un individuo aún relativamente joven, y me había hecho una jugarreta cuando andábamos los dos poniéndole los puntos a una zorrupia en vacaciones, caída no sé por qué en nuestro Periperi. El recuerdo de aquella maquillada Manón me llenó de ira y de elocuencia, desahogué mi despecho lanzando algunos adjetivos duros sobre el cretino, y obtuve la aprobación de la asistencia. El propio Otoniel, asustado al verme tan acalorado, se desdijo y empezó a explicar que él admiraba mucho al juez y que lo único que hacía era contar las historias que circulaban por Bahía. Aparte de calumniador, cobarde, como se ve.

Volviendo sin embargo a los asuntos del comandante, objeto real y único de mis consideraciones, expuse el problema a Telémaco Dorea, el poeta modernista. Habían mejorado nuestras relaciones, tensas en los últimos tiempos. Vino él a buscarme, rezumando alabanzas y gentileza, para felicitar me por un soneto mío —alejandrinos bien medidos, gracias a Dios— publicado en un periodicucho simpático, propiedad de un amigo mío, muchacho inteligente y trabajador. Hay sin embargo quien lo tacha de chantajista y lo acusa de arrancar dinero de la activa colonia española con críticas tremendas a los comerciantes que se niegan a anunciar en su periódico. Creo no obstante que todo eso no son más que intrigas y calumnias, y prefiero no tomarlas en consideración. A Telémaco le había gustado realmente el soneto y no ahorró elogios. Me comparó con Pethion de Vilar y Artur de Sales. Me conmovió con aquel espontáneo reconocimiento de mi vena poética. Me conmovió y lo abracé. No es mal

muchacho. Un poco cargado de humos quizás, a veces criticón, pero ¿no será esa hurañez resultado de sus dificultades financieras? Con la pensión miserable que recibe apenas puede vivir. Negarle talento es imposible, y si abandonase la manía del futurismo llegaría a escribir buenos versos.

Le expliqué mis preocupaciones con relación a la actitud adoptada por la población de Periperi en aquella primera fase de la lucha entre el comandante y Chico Pacheco.

No se mostró de acuerdo Telémaco con el Meritísimo. «¿Qué entiende ese animal del comportamiento de los hombres?» No eran, según él, las pruebas concretas y materiales —diplomas, mapas, cronógrafo— la causa fundamental del apoyo prestado al comandante. No son tan simples los hombres, ni dan tanto valor a pruebas materiales. Lo que les llevaba a apoyar al comandante, a enfrentarse con Chico Pacheco y su temible lengua era la necesidad, sentida por todos ellos, pobres y tímidos, jubilados y retirados de sus negocios, de sentirse partícipes de una parcela de heroísmo. Por más circunspecto que sea un hombre, por comedita que sea su vida hay dentro de él una llama, a veces una chispa, capaz de transformarse en un incendio si se presenta la ocasión. Es ella la que les exige huir de la mediocridad, aunque sea por medio de las palabras de una historia oída o en las páginas de un libro, huir de la monotonía de los días iguales, pequeños y cansinos. En las aventuras del comandante, en su vida arriesgada y temeraria, encontraban los peligros por los que no habían pasado, las luchas y batallas en que no habían intervenido, los alucinados y pecaminosos amores que, ¡ay!, no habían logrado jamás.

¿Qué les ofrecía Pacheco? Las triquiñuelas de un proceso judicial contra el Estado. Era poco. Si aún fuese un proceso criminal, con muertes, esposa adúltera y amante sórdido, cuchilladas o disparos, juicio emocionante, fiscal y abogado, celos, odio y amor, tal vez tuviera alguna posibilidad... Pero esa pendencia en torno a una jubilación no era ni mucho menos lo que necesitaban, no cubría su carencia más verdadera y profunda. El comandante era un generoso donador de grandeza humana: he ahí el secreto de su éxito.

Confieso que todo aquello me pareció complicado y confuso, un poco pedante también. Telémaco Dorea es así, pero en el fondo no es mal sujeto. Me lanzó unos cuantos elogios más, me sableó doscientos cruceiros que prometió pagarme dos días después, y se marchó.

Terminé por exponer el caso a Dondoca en el lecho cálido donde por las noches sustituyo al Meritísimo en sus elevados méritos intelectuales, aunque con ciertas ventajas físicas. La desvergonzada se rió con su risa remilgosa:

—Ese comandante, medio vejstorro como es, tiene su encanto. Me gusta su voz, sus ojos, tan bonitos, y la cabellera. Debe dar gusto estar acostada con él oyéndole contar sus historias. Un hombre así gusta a todas las mujeres...

—Sólo para oírlo, ¿o también...?

Se mordió el labio, rió sofocada.

—Quién sabe. Quizá también...

¡Como si no le bastara el juez, descarada! Pero ella me tiraba de los pelos, hablaba con su boca junto a la mía:

—Cuéntame otra historia suya, una con mujer en alta mar. Cuenta, cariño...

Estoy por jurar que la muy zorra pensaba en el comandante.

DE CÓMO SE DESATÓ LA TEMPESTAD TRAS LAS CONMEMORACIONES DEL DOS DE JULIO, O LA VUELTA DEL MALO CON ACUSACIONES CONTRA EL BUENO

Y de repente, en uno de esos días perfectos de invierno, de cielo límpido y despejado, de mar sereno, la naturaleza en paz con los hombres, se desató la tempestad.

Todo ocurrió después del Dos de Julio, conmemorado aquel año con brillo excepcional en Periperi. En años anteriores, la celebración de la fiesta nacional de Bahía se limitaba a un acto en el Grupo Escolar, discurso del maestro e himnos cantados, con voz estridente y desafinada, por las criaturas. Fuera de eso era un día muerto, en el que todos recordaban los otros Dos de Julio pasados en la ciudad, el cortejo de las parrandas, las ceremonias en la Praça da Sé o en el Campo Grande; los fuegos de artificio. Aquel año, sin embargo, el comandante, indiscutible autoridad en asuntos cívicos, se colocó al frente de las celebraciones. Ya había desatado la revolución en la fiesta de San Juan colocando en la cucaña un billete nuevecito de veinte mil reis, ¡una exageración!; multiplicando el número de competiciones infantiles, con premios a los vencedores; financiando una fiesta para la gente pobre en casa de Esmeraldina, costurera con ribetes de vampiresa, amiga de cantar y danzar, de casar y descasar, especie de mujer fatal de operarios y pescadores, con un considerable activo de peleas, navajazos y amenazas de muerte. Corrió abundante el aguardiente, gimieron la guitarra y el acordeón hasta la madrugada, y el barullo se volvió ensordecedor cuando, hacia las once, apareció el comandante acompañado de Zequinha Curvelo —que ahora fumaba también en pipa— para ver cómo iba la fiesta, vestido con su chaquetón de gala.

Con chaquetón de gala amaneció también el Dos de Julio, engalanada también el alma de ardor patriótico. Nadie sabe cómo descubrió el comandante que Caco Podre había sido en sus buenos tiempos cabo corneta en el Ejército. Tal vez por aquella costumbre suya de hablar con toda clase de gente, de discutir problemas. Resultado: aquel Dos de Julio la población de Periperi fue despertada, de madrugada, apenas nacida el alba, por alarmantes toques de bélico clarín. Era Caco Podre, en la plaza, tocando diana, con el entusiasmo de quien recupera sus perdidos años de juventud, mientras el comandante, auxiliado por Zequinha, izaba las banderas de Brasil y de Bahía en la cucaña ascendida a mástil. Es posible que hubiera algunos fallos en las notas, que anduviera algo embotada la memoria musical de Caco Podre, pero ¿quién iba a notar tan mísero pormenor? Saltaban sorprendidos en sus lechos los jubilados. ¿Qué diablo pasaba? Aguzaban el oído. Los clarinazos cortaban el silencio matinal, despertaban al sol del Dos de Julio, que, como afirma el himno famoso, «este día es brasileño y brilla más que en el primero».

Parecía algo relacionado con las fuerzas armadas, imaginaban los habitantes, asustados: sería una revolución, los diarios andaban llenos de rumores. Era revolución sin duda, pues en seguida un bombardeo espantoso sacudió los cimientos de Periperi. Cohetes estallando en el aire, las bombas de palenque resonando como

salvas de cañón, bajo el competente control del comandante que ordenaba a Misael, el otro cargador de la estación:

—¡Veintiuna! ¡Basta!

Por las ventanas asomaban las caras medrosas, los rostros aún llenos de sueño. Los chiquillos corrían hacia la plaza, donde se juntaban pescadores y trabajadores de la Leste. Para ellos fue el primer discurso del comandante aquel día memorable. Poco a poco, en pijama, fueron llegando el viejo José Paulo. Adriano, Emilio Fagundes, Rui Pessoa y los demás. Zequinha Curvelo, en posición de firmes junto al mástil, ostentaba un pedazo de cinta auriverde en la solapa.

Hubo, a las diez, el acto acostumbrado en el Grupo Escolar, muy ampliado sin embargo, con la declamación de la «Oda al Dos de Julio», de Castro Alves, y nuevo discurso del comandante, parrafada sustanciosa, con magníficos tropos. Con Labatut, María Quiteria, el Periquitao, vino Vasco Moscoso de Aragón de los campos de Cabrito y Pirajá, de las batallas de Itaparica y Cachoeira, hasta entrar en la ciudad de Salvador por el camino de Lapinha y Soledade, inclinándose emocionado ante el cadáver de Joana Angélica, caída a la puerta del convento de las Arrepentidas, en Lapa, expulsando de una vez para siempre a los colonizadores portugueses. Se transfiguraba el comandante, explotando de indignación contra los lusos opresores, exaltando la memoria de los bravos bahianos libertadores de la patria. Porque fue el Dos de Julio cuando se concretó en realidad la independencia, cuando la sangre de los bahianos dio realidad al grito de Ipiranga.

Tras los himnos inició el desfile al frente de profesores y alumnos; y tras ellos Zequinha Curvelo y los habitantes, por la calle principal hasta la plaza, ordenando con su voz marcial: «¡De frente, marchen! ¡Media vuelta a la derecha! ¡Atentos, firmes!» Los botones de su chaqueta marinera brillaban al sol. La polvareda plateada de un chubasco ralo los acompañaba en su paseata marcial.

En la plaza formaron los chiquillos, maestras y maestros, Zequinha, los cargadores (Caco Podre ya un tanto vacilante, había empezado a beber antes del alba) y todos juraron bandera. Al caer la tarde aún pronunció el comandante unas palabras ante la población reunida para la ceremonia de bajar bandera. Esa ceremonia final resultó un poco deslucida por un hecho lamentable: se encontraba Caco Podre casi en coma, con una borrachera mayúscula, incapaz de agarrar el cornetín. Sustituido por un escolar y su trompeta, ya no fue lo mismo. No llegó a empañarse, sin embargo, el brillo de la fiesta: las bombas, las tracas, los morteros, habían compensado sobradamente. Misael se mantuvo relativamente sobrio.

—Sí, señor... —comentaba después el viejo Marreco—, fue preciso que viniera a vivir con nosotros el comandante para que tuviéramos una fiesta del Dos de Julio como debe ser... Es cosa seria este hombre...

Tenía el comandante su reputación cimentada: se alzaba, por así decir, como estatua en alto pedestal, en la estima y en la admiración de sus vecinos de Periperi, definitivo y carismático. Jamás nadie allí había sido tan considerado, tan

unánimemente cortejado y respetado. La noticia de aquel Dos de Julio llevó la fama de su nombre a los límites extremos de la región. No se movía una paja por aquellos contornos sin la sabia opinión del comandante.

Y de repente, tras aquel brillo del Dos de Julio, en un luminoso día propicio a las alegrías tranquilas, se desató la tempestad. Chico Pacheco se apeó del tren, eufórico, gritando, en plena estación.

«Seguro que ganó el pleito...», pensó Rui Pessoa, al verlo apearse.

Puso el pie en el andén y se dirigió inmediatamente a Rui, al jefe de estación, a los empleados, a los obreros que engrasaban los raíles y hasta a Caco Podre y Misael:

—¿No se lo decía? ¿No los avisé? ¡Los había avisado a todos! A mí nunca me engañó... Un charlatán. Eso es lo que es: un charlatán. ¡En su vida pisó un navío!

Fue de casa en casa, buscó a todos, uno por uno. Hasta Zequinha Curvelo recibió la visita de Pacheco, generoso ahora, como superior y triunfante.

Llevaba en el bolsillo un cuadernito de hule negro donde había ido anotando cosas. De cuando en cuando, lo abría y lo consultaba. Repetía una historia grotesca, entre carcajadas y palabrotas contra el comandante:

—Charlatán, hijo de puta...

Hubo algunos que le dieron entero crédito y comenzaron a mirar al comandante con desprecio, riéndose a su paso. Otros creyeron que había exageración tanto de un lado como del otro: ni tan heroico Vasco Moscoso de Aragón, ni tan verdadera la historia de Chico Pacheco. Pero esos eran los menos. Había un tercer grupo: el de los que no creían ni una sola palabra del relato del ex inspector de Consumos, y siguieron manifestándose incondicionales del discutido capitán de altura. Entre los primeros, Adriano Meira; entre los últimos, Zequinha Curvelo; en medio de ellos, intentando conciliarlos, el viejo José Paulo, el estimado Marreco.

Conciliación difícil, quizás imposible, pues la polémica alcanzó una aspereza hasta entonces desconocida en Periperi. Los ánimos se fueron exaltando, las posiciones se hicieron irreductibles. Viejos amigos dejaron de saludarse. A punto estuvieron Chico Pacheco y Zequinha Curvelo de llegar a las manos y darse un atracón de bofetadas. Se dividió el suburbio. Se acabó la antigua paz, tan celebrada hasta en los periódicos de la capital. La pasión, como en vendaval, barrió Periperi.

Con su cuadernillo en la mano, Chico Pacheco repetía sus descubrimientos, su espantosa historia. La historia databa de comienzos de siglo, bajo el gobierno de José Marcelino.

SEGUNDO EPISODIO

FIEL Y COMPLETA REPRODUCCIÓN DE LA NARRACIÓN DE CHICO
PACHECO CON UN SUSTANCIOSO CUADRO DE LAS COSTUMBRES Y DE
LA VIDA DE LA CIUDAD DE SALVADOR EN LOS COMIENZOS DEL SIGLO,
ILUSTRES FIGURAS DEL GOBIERNO Y RICOS COMERCIANTES,
INSOPORTABLES DONCELLAS Y EXCELENTES PENDONES

DE LA PENSIÓN MONTECARLO Y DE LOS CINCO SEÑORES IMPORTANTES

Reluciente de alhajas: anillos en los dedos, collares al pescuezo, diadema en el pelo, pendientes en las orejas, arrastrando la cola del vestido de noche, el busto opulento erguido en el corpiño, la boca entreabierta en una sonrisa, Carol se precipitó al verlos asomar al pie de la escalera:

—¡Al fin! Pensé que hoy no venían...

Llevaba con garbo sus cincuenta y seis años bien traídos y la gordura contra la que venía luchando inútilmente, la gordura que se había aposentado en ella con la edad y las economías bien empleadas en bonos y en inmuebles. Victoriosa carrera, hecha a base de esfuerzo y de trabajo, cuarenta años por los burdeles, primero como pupila, luego como propietaria, desde aquel día remoto en que un viajante, de paso por Garanhuns, se la llevó consigo, deslumbrándola con su labia y con sus modos de ciudad grande, prometiéndole el oro y el moro. Y todo eso para largarla una semana más tarde, en Recife, con sólo dieciséis años, sin un céntimo, sin conocidos, sin experiencia, vagando entre los puentes, con los ojos clavados en las aguas del río como salida.

Ciertas tardes tranquilas, Carol, tendida en la silla de balancín como en un trono, en su comedor, la caja de las joyas sobre los amplios muslos, recuerda aquella noche espantosa: la pequeña Carolina deshonrada, con un nudo en la garganta y las piernas temblorosas, perdida por las calles, aterrorizada por la ciudad, tentada por las aguas del Capibaribe. Cogía entonces sus anillos de brillantes, el collar de auténticas perlas, los broches y pulseras, esmeraldas y topacios, y recordaba aquella noche cuando sólo eran suyos el cansancio y el miedo.

Había cambiado Carol desde entonces, y ahora podía sonreír al recordar las horas suicidas y al viajante seductor. Le había parecido un príncipe de cuento de hadas cuando apareció por Garanhuns con sus muestrarios y su charla insustancial, y era sólo un pobre diablo, sin riqueza ni seducción. Príncipes eran aquellos mozos que ahora subían las escaleras de la Pensión Montecarlo, en un amplio primer piso de la plaza del Teatro, la más elegante y lujosa pensión de mujeres de la ciudad de Bahía, propiedad única y exclusiva de Carolina da Silva Madeiros, más conocida por Carol Lingua de Ouro.

Los cinco muchachos, vestidos todos de brin blanco HJ, elegantes canotiers, elegantes bastones, polainas y bigotes rizados, vibrantes y ruidosos, la rodearon con una efusión de abrazos y besos, bromas y galanteos.

—¡Salve nuestra soberana y señora! —se inclinó un hombre alto, cuarentón de buen ver, piel bronceada, cabello corto.

—¡Cuánta honra, coronel: entre en esta casa, que es suya!

Se inclinaba a los pies de Carol, en cómica actitud, un caballero fuerte y simpático, muy rubio, de maliciosos ojos azules.

—Me inclino ante usted, señora de mi corazón...

—No mienta, comandante, conozco a la señora de su corazón...

—Más bella que nunca... —decía el tercero que se acercó a besarle la mano, cubierta de anillos y experta en caricias.

Era ella sin embargo quien se inclinaba para complimentarlo y abrazarlo luego.

—Doctor Jerónimo, sea bienvenido. Yo, su humilde criada, estoy a sus órdenes...

Se volvió hacia un joven imberbe, bonito y silencioso muchacho.

—El teniente es esperado con impaciencia...

Para enlazar finalmente en un abrazo en el que había verdadera amistad al último del grupo, de nariz aguileña, cabellera romántica y cierta melancolía en sus ojos amorosos:

—¡Señor Aragón! ¡Don Aragonito! Benditos los ojos que lo ven...

Se turbó aún más la mirada de Vasco, a pesar del afecto visible en la voz de Carol, de su entusiasmo. Ella notó su tristeza y quiso saber la causa. Susurró al oído del muchacho:

—Duro y no se rinda, que al fin acabará triunfando... Sé lo que digo... —y ya en voz alta—: Oigo confidencias y suspiros...

El coronel comentó riendo:

—Nuestro Aragón, no hay quien pueda con él. Nada valen charreteras ni títulos...

También a él se dirigió el camarero, con voz aflautada y contoneos femeninos:

—Reservé la mesa del rincón, señor Aragón, la de siempre...

Fueron a ocuparla. Carol los acompañó en una nueva prueba de suprema consideración. Se agitaron las mujeres de las otras mesas, dispuestas a largar a sus clientes ocasionales a la menor llamada de la madama o de uno de los recién llegados. El teniente abrazó a una rubita, antes solitaria, escondida tras la orquesta.

Aragón paseó los ojos por la sala hasta encontrar los de Dorothy. Allá estaba ella, de manilas con Roberto, que la apretaba contra su gordo pecho, en un abrazo incluso excesivo en una pensión alegre, e incrustaba su hocico de cerdo en el cuello de la chica. Los ojos de Dorothy, inquietos y casi suplicantes, se posaron en los de Aragón, y una sonrisa medrosa se abrió en sus labios. Un calor de primavera creció en el pecho de Aragón. Aquel doctor Roberto Veiga Lima, fofo y fatuo, señorito inútil, no merecía la belleza frágil y brusca de Dorothy, sus asustados ojos, aquel ansia de amor que le quemaba el rostro como una fiebre.

No era casual ni gratuita tanta prueba de aprecio por parte de la experta Carol: los cinco señores sentados a la mesa, pidiendo bebidas, honraban y protegían su casa, eran lo mejor de Bahía, los calaveras más celebrados de cuantos rodaban por los cafés, mesas de juego, burdeles y pensiones de mujeres. Junto a ellos iban muchos más en un corro amplio y pródigo, la mejor gente de la ciudad. Pero estos cinco eran inseparables, se encontraban diariamente al anochecer, jugando al billar, bebiendo cerveza, prolongando la noche en un póquer, en cenas en los cabarets...

—Aquellos cinco son los dueños del Estado... —decían al verlos entrar en Palacio, en una oficina, en un bar, en la Pensión Montecarlo. Y tenían razón.

Carol susurraba algo al oído del coronel y llamaba con un gesto a una morena alta

y elegante.

—Llegó hoy de Recife... Una maravilla.

—¡Sólo se preocupa del coronel!... Y la Marina, ¿no merece nada? —reclamaba el de ojos azules con cara de gringo.

—Para el comandante tengo una golosina... Bien de su gusto, quemadita de piel...

Se reían todos. La morena se acercaba, fatal. La orquesta se exhibía en un tango argentino. Roberto salió a bailar con Dorothy. No había aprendido mucha medicina en sus diez años de Facultad (según las malas lenguas logró el doctorado por antigüedad), pero aprendió el vals, el tango y el machiche, era todo un bailarín a pesar de sus grasas colgantes. Y allá iba con Dorothy en un tango floreado, en primorosa exhibición. Ella aprovechaba la ocasión para incendiar el pecho de Aragón con miradas hondas y sonrisas tímidas. Llegaba el camarero con bebida, circulaban las mujeres en torno de la mesa con la esperanza de ser llamadas. La negrita Muçu se sentó en las rodillas del comandante rubio y le hacía cosquillas en el pescuezo. Carol resplandecía, orgullosa de su pensión, de la orquesta, de las mujeres cuidadosamente escogidas, de los camareros respetuosos, de la selección de bebidas, de los precios caros, de la clientela de primer orden. De aquellos cinco clientes sobre todo.

El coronel Pedro de Alencar, fluminense, viudo sin hijos, mandaba el 19 batallón de Cazadores, de guarnición en la ciudad. El capitán de fragata Georges Dias Nadreau, capitán del puerto, hijo de padre francés y madre brasileña, era un apasionado por el póquer y por las negritas, y un bromista divertido. Vivía inventando jugarretas a los amigos, algunas pesadas, pero era el más leal compañero cuando se presentaba la ocasión. Fue él quien hizo diseñar, enmarcar y colgar en la Pensión Montecarlo un dístico con la leyenda: «El cabaret es el hogar de los jueguistas».

El doctor Jerónimo de Paiva, muchacho de treinta y pocos años, abogado sin clientes y periodista desconocido en Río, vino a Bahía traído por su pariente el gobernador, a quien escribía los discursos. Actuaba como jefe de Gabinete y gozaba del mayor prestigio. Pretendía hacer política, salir diputado federal en la próxima legislatura.

El teniente Lidio Marinho, oficial ayudante de Palacio, era el suspirado partido de todas las mozas casaderas de la ciudad. Hijo del famoso coronel Américo Marinho, señor feudal de las barrancas de San Francisco y senador del Estado, las mozas lo acechaban tras los visillos, suspirando cuando él pasaba, bizarro en su uniforme; soñaban con bailar con el teniente en bailes y recepciones. Pendenciero y romántico. Lidio era también el niño mimado del mujeriego de burdeles y pensiones donde sus peticiones se sucedían.

Y, finalmente, «señor» Vasco Moscoso de Aragón, Aragozinho, jefe de la firma Moscoso & Cía. Ltda., una de las más poderosas de la ciudad baja, expendedora de charque, bacalao, vinos, manteca, quesos, batata inglesa y los más diversos productos a todo el Reconcavo y sur del Sertón de Bahía, penetrando en Sergipe y Alagoas, con

una legión de viajeros. Vasco Moscoso de Aragón era considerado como una de las más lindas fortunas del comercio bahiano, y su firma una de las más prestigiosas y sólidas.

Corría la bebida por la mesa, aquellos parroquianos no medían el gasto. Posición y dinero no les faltaban. Carol, entre ellos, se sentía un poco en el poder, como si también ella perteneciera a los medios oficiales y al alto comercio, familiar de Palacio y los Bancos, ordenando la vida del Estado. ¿Acaso no frecuentaba su lecho sabio el doctor Jerónimo, atraído desde jovencito por las mujeres maduras, expertas y rellenitas? Y cuando Georges iniciaba una burla, el jefe de Gabinete respondía:

—No soy cachorro para roer huesos. Ni me gusta la fruta verde. Carol tiene sus misterios...

Sus misterios: la sabiduría de una inmensa experiencia. Y su prestigio: ¿no había hecho nombrar a un sobrino suyo para la imprenta oficial, un hijo de su hermana menor, casada en Garanhuns, cuyo marido vivía insultando a su cuñada como si fuera una perdida? Una simple petición a don Jerónimo, en noche de delirio, había sido suficiente. Ascendía soldados a cabo, hacía ingresar a sus protegidos en la Escuela de Marinería, a hijos de gentes pobres, ahijados suyos. Tenía el aval de Aragaozinho cuando necesitaba un adelanto del Banco para comprar una nueva casa de alquiler, para los bailes de Palacio cuando allí se reunía toda la sociedad bahiana. Carol indicaba el menú, proporcionaba la bebida, y eran los camareros de su Pensión Montecarlo los contratados para servir a los austeros señores y virtuosas señoras. Discretamente ella mandaba y desmandaba, hasta políticos del interior venían a cortejarla y pedirle protección. Aquella pequeña Carolina de Garanhuns, una noche —muchos años atrás— casi suicida en los puentes de Recite, hoy, cubierta de joyas, en la plaza del Teatro de Salvador de Bahía, sonreía en la mesa a los cinco señores.

DE LA FIRMA MOSCOSO & CÍA. LTDA., CAPÍTULO COMERCIAL CON UN POQUITO DE TRISTEZA

La firma había sido fundada por el viejo Moscoso, abuelo materno de Vasco, y pronto conoció prosperidad y crédito. Era ese Moscoso un portugués de visión comercial y rígidos principios, cuya palabra valía más que un documento firmado. Durante cincuenta años vivió sólo para su firma, de casa al trabajo, esforzándose como el último de los empleados, «dando ejemplo», indiferente al confort y a las diversiones, sobrio en el comer, en el vestir y en el amar. A su esposa le hizo sólo un hijo, y, ya viudo, se contentaba con su cocinera negra de vez en cuando.

Vasco lo sustituyó en la dirección de la empresa, que, en aquellos cincuenta años, había dejado de ser un modesto escritorio para convertirse en un inmenso establecimiento de tres pisos al pie de la Ladeira da Montanha. En el último piso dormían los empleados y, en cuartos mejores, los buenos clientes del interior de paso por la capital. Allí también comían, no había horario de trabajo, ni días festivos, ni domingos.

A los tres años perdió a su padre, y pronto también a su madre, incapaz de resistir la añoranza del marido infiel y apasionado. Vasco fue criado por el abuelo, que, a los diez años, apenas salido de la escuela primaria, lo metió en las oficinas. Empezó desde abajo, barriendo las salas y el almacén, cargando mercancías como un jornalero cualquiera. Dormía con los otros empleados en el tercer piso, y con ellos comía, por la mañana y por la tarde, en la mesa patriarcal presidida por el viejo Moscoso. Como ocurría con todos ellos, su primera mujer fue la cocinera negra, la misma que el abuelo frecuentaba, y esas noches con la negra Rosa, en el cuarto sin ventanas, con calor asfixiante, eran su única alegría. No le tenía el abuelo la menor consideración, aparte de tenderle la mano para que se la besara, tras la bendición matutina.

Mientras estuvo vivo, el viejo Moscoso observaba al nieto y sacudía la cabeza, desanimado. El niño no revelaba estilo ni maneras para los negocios; descuidado y desatento, sin idea de su responsabilidad. Mozo ya, fue enviado como viajante por tierras de Jequié y Sergipe, en una experiencia de lastimosos resultados. Se comprobaron las previsiones más pesimistas del abuelo y de Rafael Menéndez, primer empleado de la casa, la eficiencia en persona.

Fue rápido y fulgurante el paso de Vasco por la ilustre corporación de viajantes, en aquel tiempo empleo codiciado. Vendía según sus simpatías, concediendo crédito a comerciantes prácticamente en quiebra, cuyos almacenes y tiendas ignoraban los otros viajantes. Incapaz de efectuar un cobro, concedía absurdos plazos de pago. En la ciudad sergipana de Estancia, plaza que podía hacerse en un día, pasó una semana, encantado con las calles sombreadas y el caserío alegre, los baños en el río Piautinga, las mozas hermosas en las ventanas o al piano, los requiebros de Otaíá, el ama de la pensión, loca por el joven viajante. Jamás un representante de Moscoso emprendió un viaje tan lento y de tan desastrosos resultados. Hubo que poner en aquel recorrido, considerado el más fácil de todos, a un viajante experto que restableciera el antiguo

prestigio de la firma, seriamente dañado por el joven representante, dispuesto por lo visto a revolucionar la profesión. No obstante, dejó el nombre de la casa y el suyo propio en el lugar más alto en cuanto prostíbulo existía en las ciudades de su recorrido. Hizo una *tournee* completa de mujeres, desfogándose de dos años de absoluta reclusión en el almacén de la Ladeira da Montanha, donde los rígidos principios del viejo Moscoso establecían horarios imposibles y reducían la lujuria a los pocos encantos de la negra Rosa, aun así disputada e ilegal.

Moviendo melancólicamente la cabeza, lo puso de nuevo el viejo Moscoso en el despacho, donde siguió más o menos inútil: útil sólo para acompañar en la visita a la ciudad a los clientes del interior que se hospedaban en la central de la firma. Para eso era excelente: mozo de trato fino, agradable y buen conversador, buen compañero para una noche de juerga. Y juerga no muy corrida, pues aunque al cliente no podía aplicarle el viejo Moscoso la reducción de gastos y el horario estricto: «A las ocho, en la cama; ni un minuto...», sí podía hacerlo al nieto con un rigor jamás burlado ni por el bozo que se iba transformando en espeso bigote en el labio sensual del mozo. Sin hablar del dinero, reducido a lo mínimo indispensable para los gastos de acompañamiento.

E incluso sobre los clientes ejercía el viejo Moscoso cierta presión en lo referente a los horarios y al dinero gastado en juergas y mujeres, mencionando constantemente el poco crédito que le merecían los hombres de hábitos irregulares, frequentadores de bares y casas de lenocinio. «¿Qué confianza puedo tener en un sujeto dado al trago y aficionado a las putas?» La pregunta limitaba los proyectos libertinos acariciados durante meses en el interior del país por los comerciantes, a la espera de su visita a la capital para sacar el cuerpo de mal año. Aun así iban los clientes con Vasco noche tras noche aprovechando cada oportunidad, saboteando la recomendada romería a los lugares pintorescos, sustituyéndolos por la acogedora atmósfera de los burdeles donde el joven heredero empezaba a establecer relaciones duraderas.

El viejo Moscoso, con las gafas en la punta de la nariz, su levitón negro de alpaca, inclinado sobre los libros de correspondencia de la firma, miraba al nieto parado ante una carta a medio hacer, con los ojos perdidos en el horizonte entrevisto a través de la ventana, soñando. Cruzaba su mirada desanimada con la severamente crítica de Rafael Menéndez, el viejo sacudía la cabeza, el primer empleado ponía una cara de lástima. José Moscoso amaba mucho más a la firma que a la familia, reducida además ahora al nieto vago e imaginativo como el padre, aquel Aragón hablador y atractivo, mentiroso de fama larga, que le enamoró a la hija y acabó viviendo a sus expensas cinco años. Y hasta después de muerto le costó dinero, pues la idiota de la viuda exigió para su «idolatrado esposo» un entierro de primera y un mausoleo de mármol, cuando, en opinión del aliviado suegro, bastaban siete palmos de fosa común para honra de aquel yerno indeseable, conocido entre sus amigos por Aragón Faroles, de tantos que contaba. No creía el viejo Moscoso que hubiera existido en el mundo sujeto más cínico y calavera. Insensible a las indirectas y a las insinuaciones, se le rió

en sus honradas barbas cuando, acabada la larga luna de miel, le propuso cierto día que entrara a trabajar en la oficina. ¿Por quién lo tomaba el suegro? —preguntó—. ¿Por un incapaz, un pobre diablo, útil sólo para la degradación de un escritorio comercial, a vueltas siempre con sacos y fardos, bacalao y patatas? ¿Con quién se creía que había casado a su hija? ¿No comprendía su talento, su capacidad, sus relaciones, sus planes? Que no perdiera el tiempo su suegro buscándole empleo. Su futuro estaba asegurado, y si aún no había empezado a trabajar, era precisamente por la dificultad de elegir entre los cinco o seis empleos, a cual mejor, que le ponían a su disposición sus amigos, hombres todos del mayor prestigio. El propio señor Moscoso también acabaría beneficiándose con las amistades del yerno, que le valdrían para la firma contratos de aprovisionamiento para el Ejército y otras corporaciones estatales, dinero fácil de ganar. ¿Qué diría el señor Moscoso, por ejemplo, de un contrato para vender carne seca y bacalao a la Policía Militar durante todo un año? Bastaba con que él, Aragón, susurrara una palabra al oído del capitán—; jefe de Intendencia, y el negocio sería cosa hecha. Podía el señor Moscoso contar con este contrato como cosa cierta, dinero en caja. Dinero íntegro, pues él, yerno y amigo, no aceptaría la más mínima comisión.

Durante los cinco años de casado siguió en la misma indecisión, sin inclinarse por ninguno de los cinco o seis magníficos empleos o por las nuevas ofertas de sus amigos, gentes todas de enorme prestigio. No logró tampoco ningún contrato oficial para la firma; siempre, invariablemente, iba a tratar del asunto mañana. Pero se mantuvo firme y consecuente en rechazar la renovada oferta de su suegro, casi una ofensa y una provocación. Era un carácter firme, y tan íntegro, que jamás puso los pies en los locales de la empresa, que conocía solamente de vista, de cuando pasaba por la Ladeira da Montanha.

Al morir inesperadamente —jamás nadie hubiera imaginado que estuviera enfermo del corazón— surgieron los acreedores con títulos vencidos, préstamos diversos, vales garrapateados a lápiz, un dineral por pagar, que el viejo Moscoso, un carácter también, se negó terminantemente a tomar en consideración. Se puede decir así que la muerte de Aragón Faroles fue llorada por su esposa, por sus muchos amigos, por los bares, y por sus múltiples acreedores, horrorizados por la pétrea insensibilidad del suegro del difunto.

No resistió la viuda el golpe que para ella supuso la pérdida de su adorado esposo, y meses después era enterrada en el mismo mausoleo de mármol. Jamás había dudado ella ni un minuto del marido, de su grandeza, de su fidelidad, de su abnegado amor. Y, en cierta manera, era Aragón Faroles un esposo intachable, que dedicaba casi toda la tarde a su mujer, pendiente de ella, gentilísimo, tratándola como a una niña mimada, con melindres de enamorado, haciéndole el amor con constancia y sabiduría. Pero después de cenar, era hombre libre en la noche de Bahía, siempre con serios asuntos políticos y comerciales que resolver, según se molestaba en explicar a su esposa. Volvía de madrugada, oliendo a aguardiente y a mujer, con su invariable

puro y la invariable sonrisa de satisfacción. Ni siquiera el nacimiento de su hijo, que lo ligó aún más a su esposa, modificó la regularidad de sus hábitos irregulares (en la frase del viejo Moscoso). Se levantaba al mediodía, almorzaba de lo mejor, reservaba la tarde para la esposa y el hijo, y la noche, libre en los bares y burdeles, para la prosa con los amigos, contando historias. Sólo una virtud le reconocía el suegro: jamás nadie le vio borracho; su resistencia al alcohol era asombrosa.

Inclinado en su mesa, el viejo Moscoso miraba al nieto y veía en él al yerno de execrada memoria. ¿De qué había servido el incorporar al niño a la firma cuando apenas tenía diez años, haberlo encaminado en los negocios? Eran los mismos ojos soñadores del padre, la misma sonrisa feliz y satisfecha de la vida, la misma total indiferencia ante los problemas del despacho: un desastre. Tenía que tomar una decisión tajante si no quería ver cómo un negocio acreditado y poderoso, obra de su vida, se deshacía en manos del nieto.

Y para evitarlo, al sentir la proximidad de la muerte transformó la firma individual en sociedad limitada, interesando en el negocio a algunos de sus más antiguos y mejores empleados. El primero en entrar como socio fuerte, fue aquel español Rafael Menéndez. En sus manos, por disposición testamentaria del viejo Moscoso, quedó la completa dirección de los negocios y el futuro de la casa. Vasco heredó la participación del abuelo, que le garantizaba el control de la firma y la mayor parte de las ganancias, una fortuna considerable sin la menor responsabilidad.

Se vio así libre de problemas, horarios y obligaciones, y lleno de dinero. Delegó en Menéndez todas las decisiones, y, por una vez, éste se mostró de acuerdo y pudo Vasco imponer su voluntad. Un día el español decidió despedir al viejo Giovanni, un cargador que había entrado en la firma casi al fundarse y que estuvo más de cuarenta años transportando en la cabeza fardos y más fardos, del almacén a los carros, infatigable, sin un día de descanso, sin una queja, sirviendo de noche como guarda de la casa, durmiendo encima de los fardos del almacén, abriendo la puerta a los clientes retrasados (los que se atrevían a infringir los horarios del viejo Moscoso). Vasco le estaba agradecido porque el viejo Giovanni lo había protegido siempre, desde los días iniciales y sufridos de su ingreso en la casa, a los diez años. Le contaba historias por las noches; en su juventud había estado embarcado, y le hablaba de mares y puertos. Joao había nacido esclavo, pero huyó y se acogió a la libertad del mar, donde la tripulación italiana de un navío lo transformó en Giovanni. Era el único que demostraba simpatía por el chiquillo prisionero en el sobraden oscuro donde el olor de las especias llegaba a marear. Envejeció en la firma, había cumplido los setenta, empezaban a flaquear sus fuerzas, y ya no daba cuenta completa del servicio. Menéndez decidió despedirlo y contratar otro cargador.

Vasco, incluso después de la muerte del abuelo y de su nueva condición de jefe, había seguido manteniendo cierto temor por Menéndez. El español era un hombre de esos obsequiosos ante sus superiores pero arrogante y tiránico con los que de él dependen o le son inferiores en cargo o importancia. Asumió la dirección de la firma

con mano de hierro y los negocios marchaban admirablemente. Pero los empleados se quejaban, era peor aún que en los tiempos del viejo Moscoso. Vasco temía la mirada crítica del español, su manera de hablar, sin gritos, sin exaltación, pero con decisión inflexible. Cuando, niño aún o ya muchacho, trabajaba en el escritorio, Menéndez no le reprendía como a los otros, pero llevaba —Vasco lo sabía— noticia al abuelo de cada equivocación suya, de cualquier violación de los reglamentos de la casa. Incluso de sus raras escapadas nocturnas, ya hombre y con bigote, protegidas por el negro Giovanni. Ahora Menéndez se inclinaba ante él, demostrándole una consideración y respeto reservados antes para el viejo Moscoso, pero ello no impidió que intentara imponer su decisión cuando Vasco, afligido e indignado, quiso discutir el caso del negro despedido. Giovanni había ido a buscarlo la noche antes para contarle lo sucedido: Menéndez le había pagado el salario mísero y sin la menor explicación lo había puesto en la calle. Pasaba ya Giovanni de los setenta años, y sus piernas no tenían la anterior seguridad, sus brazos habían perdido el vigor hercúleo. Encontró a Vasco en un bar, con los amigos, y le explicó la situación, entornando sus ojuelos gastados para no llorar, con la voz trémula:

—La casa me comió las carnes, y ahora quiere tirar los huesos fuera...

—No ocurrirá tal cosa... —aseguró Vasco.

El negro se lo agradeció con un consejo:

—Aquel gringo, don Vasco, no es de fiar. Tenga cuidado, o algún día le hará una faena.

Al día siguiente apareció Vasco en el despacho, cosa rara. Llamó a Menéndez. Estaba serio y estirado, y los empleados empezaron a cuchichear. En el despacho del viejo Moscoso, ahora ocupado por Vasco, se oía la voz alterada del jefe de la firma. Nadie oía la voz de Menéndez, jamás había salido de sus duros labios un grito o una palabra más alta que otra, ni siquiera cuando insultaba en los términos más agresivos a un empleado que hubiera cometido una falta.

No le fue fácil imponer su voluntad. Alzaba la voz, decía que era una falta de humanidad despedir al viejo Giovanni, que no había derecho a transformar en un mendigo, al fin de su vida, a un hombre cuya existencia entera había estado dedicada al trabajo, a la prosperidad de la casa. Menéndez sonreía con su sonrisa fría, movía la cabeza como manifestando que estaba de acuerdo, pero se mantenía en sus posiciones de principio: cuando un empleado ya no es apto para el trabajo, hay que despedirlo y poner otro. Esa era la regla del juego, y él no hacía más que aplicarla. Si hiciera una excepción con Giovanni, si continuara pagándole lo ordenado, otros empleados exigirían trato idéntico, *señor* Vasco (ahora Menéndez anteponeía al nombre de su nuevo jefe el tratamiento respetuoso, después de tratarlo durante más de veinte años simplemente como «Aragaozinho») ¿Imaginaba en qué desastre podía acabar aquello? No, no podía obrar de otra manera.

Vasco no quería saber nada de principios, de política comercial, para él aquello era sólo una crueldad, una miserable acción contra el pobre Giovanni. Menéndez se

lavaba las manos: «El señor Vasco era el jefe de la firma, lo que él decidiese se haría. Pero debía pensarlo dos veces antes de romper con una regla que regía toda la vida comercial: lo que con su acción ponía en peligro era la propia estructura de la firma. Sin contar con que, con ello, no sería sólo Vasco el perjudicado, sino que lo serían también los otros socios de la firma. No hablaba por él, Menéndez, pues su posición era una defensa de principios establecidos y no de unos miserables billetes».

Vasco perdió la cabeza y empezó a gritar. Al fin y al cabo más de la mitad del capital era suyo y podía decidir por sí solo. El español, aún más reverencioso, mostró su conformidad. Y viendo la furia del patrón, propuso una fórmula conciliatoria. Giovanni estaba despedido y despedido seguiría, pero ellos dos. Vasco y Menéndez, le garantizarían la subsistencia dándole una cantidad mensual con la que pudiera vivir, pagándole la habitación y la comida. Así quedaba todo resuelto. Esa propuesta iba a ser el comienzo de largas negociaciones, pues el viejo negro no quería dejar el almacén ni cambiarse de vivienda, ni siquiera para ir a casa de Vasco. Al fin llegaron a un acuerdo: continuó Giovanni como guarda nocturno, con la mitad de su sueldo anterior, y pagándole Vasco, de su bolsillo, la otra mitad. El negro, al agradecerse, renovó el aviso:

—Patrón, tenga cuidado con ese español. Es un mal bicho. No vale nada...

Para Vasco, Menéndez era un descanso, la despreocupación. Pasaba de vez en cuando por el despacho para descargo de su conciencia, cambiaba unas palabras con el español, le oía vagamente hablar de los negocios, iba a ver a Giovanni al almacén. Paraba poco, siempre tenía alguien con quien verse, aquella pandilla a la que pertenecía ahora, o un burdel donde lo esperaba una nueva mujer, conquista reciente.

Soltero, enamorado, pródigo, casi perdulario, viéndose negro para pagar sus cuentas en bares y cabarets, era popular entre el mujerío, y cuando se encaprichaba con una perdía el tino, le ponía casa, la llenaba de regalos. Últimamente se había encaprichado por Dorothy, pupila de la casa de Carol, mantenida por el doctor Roberto Veiga Lima, médico rico y sin clínica, célebre entre el puterío por sus celos violentos y por su brutalidad; en cierta manera era lo más opuesto a Vasco: las mujeres huían de él a pesar de su dinero, por menos de nada abofeteaba a una chica: hasta había quien decía que era vicio aquella manía de zurrar a sus compañeras de cama. A Dorothy la trajo del interior, de un viaje a Feira de Sant'Ana. La tenía casi prisionera, amenazándola a cada momento, y Carol lamentaba haberla aceptado en la Pensión Montecarlo, pero no había podido negarse porque Roberto era cliente habitual, gastaba mucho y su familia gozaba de prestigio. Pero ya estaba arrepentida de haberla admitido en su pupilaje. La pobre Dorothy vivía más presa que monja de convento. Roberto aparecía a las horas más inesperadas, amenazando siempre con dar una paliza a la infeliz. Por la noche, en la sala de baile, siempre el mismo espectáculo: él, trabado con Dorothy, exhibiéndose en el tango o el machiche, pronto a ofenderse y a armar escándalo si otro cliente dirigía una mirada o una sonrisa a la infeliz. Carol, confidente universal, sabía del interés de Vasco, y sabía que Dorothy

estaba enamoriscada de él. En aquellos meses que llevaba en la Pensión Montecarlo la muchacha había aprendido mucho, y ya no era la inexperta campesina descubierta en Feira por el médico. No deseaba más que quitarse de encima al violento protector para caer en brazos del comerciante simpático y generoso.

A esta pasión complicada y difícil atribuían Carol y Jerónimo la melancólica expresión de los ojos de Vasco. El comandante creía que era otra la causa, cualquier doncella, un amor con intenciones de casorio, locura para la que Dorothy sería buen remedio, infalible medicina. El coronel no estaba de acuerdo y diagnosticaba una incurable tristeza permanente, anterior a todas aquellas historias. El teniente Lidio Marinho no tenía opinión preconcebida y se limitaba a comprobar un hecho: el burro de Vasco, con todo lo que se necesita para estar alegre, arrastraba una crisis de hipocondría, tal vez malo del hígado. Una idiotez en hombre de tanto dinero. Había algo en lo que todos estaban de acuerdo; había que descubrir la causa secreta de aquella pena que corroía el pecho de Vasco Moscoso de Aragón.

Compañero agradable, simpático, rico y joven, con una salud de hierro, ¿por qué no obstante daba la impresión de esconder una secreta pena, una herida sin cura? Esto preocupaba a sus amigos, sobre todo al comandante Georges Dias Nadreau, hombre de natural alegre, a quien tristeza y sufrimiento ofendían personalmente.

**DEL COMANDANTE DE MARINA, CON SUS NEGRAS Y MULATAS, Y MADALENA PONTES
MENDES, INSOPORTABLE DONCELLA**

El jefe de la Comandancia, Georges Dias Nadreau, gozaba viendo a su alrededor caras alegres, labios abiertos en sonrisas. Ese era su clima: no toleraba melancolías. Quizás era esa la explicación de su aversión al hogar, donde la esposa era la imagen perfecta de la tristeza y de la devoción, entregada por entero a la Iglesia, a las obras de caridad, adorando enfermos y sufridores, huérfanos y viudas, totalmente feliz en Semana Santa, con la Procesión del Encuentro, con la del Señor Muerto, con el lavapiés de los pobres, los cirios y los velos negros, el son fúnebre de la carraca sustituyendo al alegre doblar de las campanas.

¿Cómo el alegre teniente de Marina se había casado con una moza de tan distinto temperamento? Gracinha, cuando él la conoció y enamoró en los salones del Club Naval de Río, no tenía nada de melancólica, era una risa suelta y adolescente, que encontraba divertidísimas las bromas del muchacho, no siempre aplaudidas por los almirantes. La causa de aquel hastío de la vida, de aquel desinterés por las engañosas alegrías del mundo, fue la muerte de un hijo de diez meses. El niño, a quien adoraba, enfermó repentinamente, con unas fiebres sin motivo ni diagnóstico, y murió mientras Gracinha y el marido se hallaban en una fiesta a bordo de un navío de guerra. Ella bailaba en los brazos de Georges cuando les llegó la noticia. Se creyó responsable de la muerte del hijo, se puso luto para siempre, se despidió de fiestas y diversiones y se volvió hacia el cielo, donde estaba con certeza el inocente, y para la Iglesia, creyendo así merecer quizás el perdón de Dios y la posibilidad de reencontrar al hijo tras una muerte diariamente solicitada en sus oraciones. Su repulsa a los bienes del mundo incluyó al marido, por lo menos en lo que se refiere a cualquier contacto físico. Georges sufrió con la muerte del chiquillo, en quien veía ya un marino y para quien soñaba una gran carrera y éxitos sin cuento. Pero no sucumbió como la esposa. Quiso convencerla de la necesidad de otros niños que vinieran a llenar el lugar dejado por el muerto, pero ella lo rechazaba con asco, suplicándole entre lágrimas que no volviera jamás a buscarla para tan pecaminosos fines. Tales cosas habían acabado definitivamente para ella. Deseaba incluso tener un cuarto suyo, separado y aconsejaba a Georges que abandonara los falaces placeres del mundo, que se volviera hacia Dios, esperando en su misericordia el perdón de sus errores. Georges se quedó boquiabierto, derrotado; comprendía perfectamente la desesperación inicial de la esposa, pero le dio un plazo corto, dos o tres meses. Ella, sin embargo, se cerró definitivamente en su desgracia y se convirtió en un fantasma que iba y venía por la casa, con los labios macerados murmurando preces, oculta la belleza apenas brotada, entre vestidos negros y lágrimas sin fin. Había pasado a dormir al cuarto del hijo muerto, convertido ahora en una especie de capilla votiva. Georges intentó durante algún tiempo romper la barrera de aquel dolor, pero no obtuvo resultado. Consiguió que lo trasladaran a otra ciudad, pero Gracinha continuó apartada de todo lo que no fuera la memoria del hijo y la vida eterna. Georges, entonces, se lavó las manos y

decidió seguir su vida.

Pasaba en casa el menos tiempo posible. Se ocupaba de los problemas de su Capitanía de Puertos y de la Escuela de Aprendices Navales, con su pequeño parque rodeándola, ante el mar de Bahía. Cuando volvía a casa, se cambiaba de ropa y, ya de paisano, salía en busca de Jerónimo, que le esperaba en Palacio, del coronel, en el CG del 19, o iba directamente a Barris, donde vivía, en la casa heredada del abuelo, en la que había pasado sus primeros años de niñez. Vasco Moscoso de Aragón. Salían luego todos a jugar al billar, a disputar a los dados el aperitivo, a cenar juntos, y luego empezaba la hora de las mujeres o del póquer.

La amistad de Vasco con aquellos hombres de tanto prestigio, se había iniciado varios años antes, a través de un incidente con el comandante Georges, en un cabaret. Vestido de paisano, Georges parecía, con sus ojos azules y su cabello rubio, un turista extranjero. Nadie podía adivinar su condición de capitán de fragata. Vasco, solitario, ocupaba cierta mesa estratégica, cerca del palco donde se exhibía Soraya, una danzarina de paso por la ciudad. Un amigo, un sueco llamado Johann, importador de tabaco y cacao, con despacho en la ciudad baja, hombre de apellido imposible de escribir ni pronunciar, le había hablado de la bailarina y de sus danzas. En la mesa de al lado estaba el capitán de Puerto, y Vasco lo tomó por un europeo. Durante un rato se entretuvo intentando adivinar su nacionalidad: ¿Italiano, francés, alemán, holandés? Si no bastara el cabello trigueño y los ojos azul celeste, el hecho de ir el caballero acompañado de una apetitosa mulata cargada de color, reafirmaba su condición de gringo. Se perdió Vasco en meditaciones. Era cosa curiosa el poderoso atractivo de negras y mulatas sobre los extranjeros. Apenas veían una, se empiriquitaban. Mientras él, brasileño de sangre mezclada, daba la vida por una rubia, de piel blanca, casi sonrosada. ¿A qué se debería esa diversidad de gustos? No llegó a encontrar respuesta pues en aquel momento entraron en el cabaret tres individuos de cara adusta y empujaron groseramente su silla al pasar. Traían claramente una intención determinada, se veía en sus andares violentos; la intención, Vasco lo comprobó en seguida, de partirle la cara al gringo y llevársela a la fuerza. Diablos de extranjero engañador... Lo que parecía iba a ser una matanza en regla se convirtió en lucha encarnizada: el europeo no era presa fácil. Volaban sillas y botellas. Vasco no se contuvo. Encontró abusivo que tres tipos se metieran con uno, y se lanzó al barullo, tomando por suyos los apuros del desconocido. La mulata gritaba, uno de los sujetos le dio unas bofetadas. Vasco era fuerte, había crecido cargando fardos y Giovanni le había enseñado las llaves de la lucha capoeira.

La lucha fue reñida, y acabó con la derrota y expulsión de los agresores. El dueño del cabaret, sabedor de la identidad de Georges, entró también en el barullo. Y con él los camareros. Lograron así dominar a los intrusos, cuya historia conocieron luego. Eran el amante de la mulata y dos amigos suyos, dispuestos a vengar la traición sufrida por el primero y curarle así el dolor de cuernos, insoportable por lo visto. Georges, victorioso, no permitió que llamaran a la policía como proponía Vasco. La

mulata, con el labio partido, parecía conmovida por la actitud del amante, por la explosión de sus sentimientos, capaces de llevarlo a una agresión contra el capitán de Puerto, señor de marineros y embarcados. La hazaña la reconquistó, y ella abandonó en el cabaret a los victoriosos, para correr, con gritos de amor, tras el derrotado campeón.

Vasco aceptó la invitación de Georges y se sentó a su mesa. Cambiaron sus tarjetas y al comerciante se le iluminó el rostro al ver de quién se trataba, a quién había ayudado en hora tan difícil:

—¡Comandante, qué placer! Imagínese: creí que era un extranjero...

—Mi padre era francés, pero yo soy de Vila Rica.

—Un honor para mí. Disponga...

—Vamos a dejar de lado los tratamientos. Somos amigos.

Acabaron confraternizando con Soraya toda la noche. Johann apareció se unió a ellos, aplaudiendo a la bailarina, hija de un árabe de Sao Paulo, pagaron champán, se la llevaron, con otras dos mujeres, a un hotelito distante, frecuentado por el comandante. Al día siguiente Vasco era presentado al coronel, al teniente y al doctor Jerónimo. Éste no tardó en pedirle un préstamo, sellando así definitivamente aquella amistad y la entrada de Vasco en la pandilla ilustre.

Y en la alta sociedad. Pasó a ser invitado a las fiestas de Palacio, a las recepciones, a los bailes, a asistir al desfile del Dos de Julio y del Siete de Septiembre en el palco oficial, al lado del Gobernador, de las altas autoridades, de los oficiales superiores. Jerónimo se había hecho muy amigo de Vasco y no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Los cuatro realmente lo estimaban, y también los demás —mayores, capitanes, magistrados, diputados, secretarios del Gobierno— que aparecían eventualmente en la mesa de póquer, a charlar un rato o a participar en una juerga. Se abrieron otros salones para él, íntimo del jefe de gabinete del Gobernador, amigo de su ayudante, del comandante del Batallón, del capitán de Puerto. Vasco abandonó su antigua pandilla, formada por comerciantes de la ciudad baja, gente de mentalidad estrecha y de apagado brillo. Sólo Johann, con quien Georges había simpatizado, continuó mereciendo su intimidad y aparecía de vez en cuando, siempre encaprichado de Soraya, hablando de retirarla. Una mujer de primera, una tempestad en la cama, pero la bailarina más vagabunda de cuantas Johann viera exhibiéndose en un tablado. Y él había corrido medio mundo antes de establecerse en Bahía.

Vasco Moscoso de Aragón parecía tenerlo todo para sentirse feliz: dinero y consideración social, salud, buenos amigos, mujeres en abundancia, suerte en el juego, pulso fuerte en el póquer, ni la más mínima preocupación que lo inquietara. Entonces, ¿por qué diablo aquella punta de melancolía enturbiando sus ojos francos, cortando su risa abierta?

El comandante Georges Nadreau quería ver a su alrededor caras alegres. Decidió investigar la causa secreta de aquella pena inexplicable y descubrir al mismo tiempo el remedio adecuado, capaz de eliminar los nublados del rostro de su amigo. Durante

un tiempo creyó que se trataba de mal de amores, herida que cicatriza con el tiempo, con un nuevo amor: Dorothy, por ejemplo. Vasco recientemente había demostrado interés por una señorita de buena familia que le presentaron en una fiesta de Palacio, hija casadera de un magistrado, mujer insoportable que atendía por Madalena Pontes Mendes. Georges se alarmó: ¿Cómo una doncella cargada de soberbia y aburrida, tiesa como un palo y con una cara como quien huele mierda en todas partes, podía afectar a un hombre tan equilibrado, conocedor de las mujeres, hasta quitarle la alegría de vivir? Un absurdo, pero de absurdos está tejido el universo, cada vez se convencía más.

—Esa Madalena me da náuseas... —decía el capitán de Puerto al coronel del 19—. Es una bruja...

Su esperanza de que Vasco se curara se basaba en Dorothy, en aquellos ojos de llamarada, en aquellos labios para el beso, mujer con sed de amor («basta mirarle la cara para verlo») necesitada de un macho capaz de cabalgarla en los campos de la noche y galopar hasta las fronteras de la aurora, más allá del sueño y la fatiga.

—Ésta sí que vale la pena..., pero esa esmirriada, con más humos que un tren, y además idiota...

En la precipitada opinión de Georges, Vasco necesitaba resolver de una vez el caso de Dorothy. Sobre el asunto habló largamente con Carol.

SOBRE LA REALIDAD Y EL SUEÑO, A PROPÓSITO DE TÍTULOS Y DESPACHOS

Sí, algo tenía que ver Madalena Pontes Mendes y su torcida nariz orgullosa con la pena secreta de Vasco Moscoso de Aragón. No se trataba, sin embargo, de mal de amor, ni de cuernos, ni de pasión no correspondida, como creía el comandante Nadreau. Si el comerciante había alimentado alguna intención matrimonial con relación a la áspera doncella, jamás latió su corazón descompasadamente al verla esmirriada y pretenciosa, jamás cerró los ojos para imaginársela desnuda, y más tiempo y respeto dedicaba al padre, magistrado y asmático, o a la madre, descendiente de barones, que a su engreída hija.

Cualquier proyecto de casamiento, si es que lo tuvo, le vino a la mente como un plan capaz de introducirlo por completo en aquella estricta sociedad bahiana, cargada de blasones y de títulos, en aquella cerrada cúpula social. Pero si es verdad que eso le pasó por la cabeza, trastornada por el súbito cambio de ambiente, con las luces de Palacio, la proximidad del Gobernador, la elegancia de aquellas excelentísimas señoras, no llegó siquiera a concretar la idea en un propósito definido. Fue lodo vago y fugaz, una idea pasajera, un amargo sinsabor.

Había pensado en una boda ilustre que ligara su nombre honrado y plebeyo, que olía a bacalao y a carne seca, con un apellido altisonante de aquella nobleza local perfumada con la sangre reciente de los esclavos, un poco arruinada por la abolición. Calculador sin experiencia había puesto los ojos en Madalena Pontes Mendes, con un barón en la familia materna y cartas de Pedro II en el archivo del abuelo paterno, docto legislador, con mucho orgullo pero la hacienda al garete. Y se lanzó a cortejar a los padres y rondar a la hija.

En un vals fatal tuvo la desilusión. Había sacado a bailar a Madalena, y, charla va, charla viene, hablaron del noviazgo y casamiento de otra muchacha. Madalena le reveló su única exigencia a quien quisiera cargar con sus huesos hasta el altar: un título o un despacho. No se refería a títulos nobiliarios, aunque, evidentemente, un conde, o un marqués, o un barón sería el ideal, ahora difícil con la República, que tan miserablemente había traicionado al pobre emperador, tan amigo de su abuelo con quien incluso se escribía. Se refería a títulos republicanos, universitarios, título de doctor o despacho de oficial del Ejército o la Marina. No se iba a casar con un cualquiera; ella, nieta de un barón, hija de un magistrado, no iba a acabar siendo la humillada esposa de un simple «señor» Fulano de Tal, de un «señor» Mengano, de un «señor Perengano». Quería ser la señora del doctor o del capitán o comandante; no le importaba demasiado el dinero, pero sí la familia, el nombre. Esto era para ella definitivo.

Vasco perdió pie, equivocó el paso, se quedó pálido. Había llevado la conversación a aquel tema con la intención de insinuarse, y la enfatuada fisgona le tiraba al rostro su condición de «cualquiera», uno de aquellos «señor» Fulano de quien hablaba con un soberano des precio. Ni siquiera llegó a constituirse en candidato: se atascó, tragó saliva, y siguió arrastrándose silencioso hasta los últimos

acordes. Creció su tristeza.

Porque su tristeza tenía como causa única y exclusiva el no poseer un título para poder exhibirlo ante su nombre. ¿Por qué no se lanzaba de una vez a la conquista de Dorothy, ligada sólo a Roberto por el dinero que de él recibía? Mucho más dinero podía darle Vasco y otro confort, casa propia, vida alegre, fiestas, paseos juergas, champán. Sin hablar del horror de tener que soportar a un cerdo como Roberto, siempre metiéndolo los hocicos en el pescuezo, apretándola contra él, revolcándola en la cama. Por Dorothy suspiraba Vasco, por ella latía, triste, su corazón. Se la imaginaba desnuda, por la noche, los senos tensos, los muslos firmes, las nalgas redondas, el vientre aterciopelado. ¿Por qué no la arrancaba entonces de brazos de Roberto? ¿Miedo? Sí, miedo de Roberto. Pero no miedo físico, no temía Vasco a aquel saco de grasa; un hombre capaz de pegar a una mujer es siempre un cobarde, incapaz de enfrentarse con otro hombre. ¿Y quién se iba a atrever a enfrentarse con Vasco Moscoso de Aragón, amigo del doctor Jerónimo que mandaba la policía, con soldados y marineros a su disposición si lo quisiera? Bastaba sólo pedirlo al coronel y al comandante.

Era otra forma de miedo, nacida del respeto del comerciante hacia el doctor, con cursos de Facultad, diploma de médico, anillo de graduado, tesis aprobada. Jamás había podido Vasco vencer la distancia que lo separaba de un doctor. Ante ellos se quedaba humilde, abatido: no era su igual.

Esa era la causa de aquella expresión melancólica que coartaba su alegría, aquella expresión que tanto inquietaba a sus amigos. Para Vasco, los hombres con título o despacho formaban casta aparte, se situaban por encima del resto de los mortales, eran seres superiores.

Vasco sentía a cada momento su inferioridad. Cuando entraba en la Pensión Montecarlo y Carol lo saludaba con ternura: «seu Aragaozinho», tras haber llamado a los otros «coronel», «doctor», «comandante», «teniente». Cuando una nueva mujer era descubierta e incorporada al grupo, en la mesa de un cabaret o en la sala clandestina de un burdel de tapadillo y al informarse de la condición de los demás preguntaba por su título o quería adivinarlo:

—A ver si acierto... Usted es... teniente coronel, seguro.

Cuando en el palco gubernamental eran presentados por el Gobernador del Estado a una personalidad y, tras las sílabas sonoras de los títulos proclamados le llegaba la vez:

—El «señor» Moscoso de Aragón, un hombre del comercio de nuestra ciudad.

«Señor» Vasco... A lo largo de todo el día seguía oyendo la odiada partícula, doliéndole como una bofetada, como un mote. Lo humillaba hasta lo más hondo del alma, se sentía rojo de vergüenza, bajaba la cabeza, la fiesta había perdido para él todo placer: le habían estropeado el día. ¡Qué le importaba todo el dinero de que podía disponer, la simpatía que tantos le mostraban, la amistad de figuras importantes, si no era realmente uno de ellos, si había algo que los separaba

estableciendo entre ellos una distancia! Había quien envidiaba a Vasco, considerándolo un privilegiado de la vida, con todo en su mano para ser feliz. No era verdad. Le faltaba un título que sustituyera a aquel simple y humillante «señor», anónimo y vulgar, que lo confundía con la masa, con los Don Nadie de la ciudad, con el pueblo llano.

En el silencio de su apartamento de soltero, tras las juergas nocturnas, ¡cuántas veces pensaba en el asunto, ensombrecido su rostro bonachón! Qué no daría él por un título, aunque fuera de dentista o farmacéutico, pero que le permitiera poner un «doctor» ante su nombre...

Llegó a proyectar la compra de un despacho de Guardia Nacional, uno de aquellos documentos vendidos a millares en los primeros días de la República a los hacendados del interior por un puñado de billetes. Había tantos despachos por el Sertón adelante, que el título «coronel» había pasado a ser sinónimo de «rico hacendado», perdiendo su colorido marcial, la dignidad de las armas. Además, ya no se les rendían honras militares, ni siquiera el saludo a aquellos coroneles, ni se les permitía el uso del uniforme. ¿De qué servía, pues? Hasta sería ridículo.

Había soñado, porque soñar es libre, con un título pontificio, pero no pasó de fantasía, consuelo de un momento que venía a chocar con la dura realidad. Un título de conde vaticano costaba un dineral absurdo y quedaba enteramente fuera de sus posibilidades: ni toda su fortuna bastaría para pagarlo. En Salvador sólo había un noble pontificio, un Magalhaes, socio de una gran firma comparada con la cual Moscoso & Cía. Ltda., era una alpargatería. Ese Magalhaes había construido, pagándolo todo de su bolsillo, una iglesia, había enviado al Papa un Cristo de oro, sustentaba curas y cofradías, había empleado doscientos contos de réis para obtener el condado, había ido a Roma, y con todo eso sólo había logrado un título de Comendador. No bastaba el dinero, era preciso también haber prestado relevantes servicios a la Iglesia, demostrar un fervor religioso y una intimidad con los claustros que no eran, evidentemente, el punto fuerte de Vasco Moscoso de Aragón, juerguista de pocas misas y escasas relaciones eclesiásticas, nombre desconocido en el Palacio Episcopal.

En la cama, hundido en sus cavilaciones, a veces con una cansada y satisfecha mujer roncando a su lado. Vasco renegaba de la memoria de su abuelo, ceporro de mentalidad estrecha para quien sólo el dinero existía. ¿Por qué, en lugar de meterlo desde niño en el sobraden de la Ladeira da Montanha, a barrer el almacén, llevar recados, cargar fardos, no le hizo estudiar el Bachillerato, entrar en una Facultad, Medicina o Derecho, por ejemplo, elevándolo así en la escala social? Nada de eso: el viejo Moscoso sólo pensaba en el negocio, en preparar al nieto para que un día pudiera sustituirlo.

Apartaba de su mente el recuerdo del abuelo, de quien no guardaba memorias que valiera la pena evocar. Dejaba que la imaginación cabalgara suelta y libre, era feliz durante unos momentos, completamente feliz, gozando del placer de anteponer a su

nombre codiciados e imposibles títulos.

«Doctor Vasco Moscoso de Aragón, abogado»; se veía en el Tribunal, con toga y muceta, el dedo en ristre apuntando al fiscal en respuesta fulminante o, en el momento de la defensa, contando con voz trémula la historia del reo, víctima en vez de criminal, impotente ante el destino, hombre bueno y trabajador, cumplidor de sus deberes, amantísimo padre de familia, esposo abnegado, loco por su esposa, y la frívola coronándolo, poniéndole los cuernos... No, no era esta una expresión digna de los tribunales... y la frívola, sin tener en cuenta el amor del marido, la inocencia de los hijos, el decoro del hogar, sus juramentos de fidelidad ante el sacerdote, arrastraba el nombre honrado del marido al lecho de la traición... Así sí quedaba bien... Le gustaba la frase, se emocionaba él mismo. Su nombre, célebre como el de los mayores abogados del país, citado en las conversaciones, elogios sin fin: «¡Qué talento! ¡Qué elocuencia! ¡Arrancaría lágrimas de un corazón de piedra! ¡No hay jurado que resista!»

Tras la absolución del asesino, se veía en mangas de camisa con guantes de goma, la máscara de tela cubriéndole el rostro en la sala de operaciones: era el doctor Vasco Moscoso de Aragón, médico ilustre, formado en los hospitales de París y Viena, cirujano (no admitía otra especialidad) famoso, manos firmes y delicadas, abriéndole la barriga al Gobernador ante la mirada inquieta y ansiosa de los parientes, de Jerónimo, de políticos, estudiantes y enfermeras. La súbita enfermedad, la alarma pública, la amenaza de muerte si la operación no se intentaba de inmediato. Pero una operación de aquellas (Vasco no sabía exactamente de qué estaba operándole, cuál era la víscera o el órgano afectado, qué parte de la barriga gubernamental iba a abrir o a coser, pero todo esto eran detalles secundarios), jamás intentada en Bahía, llenaba de temor a los médicos, alarmados ante aquella inmensa responsabilidad. Un célebre profesor de la Facultad se había negado. Y la vida del Gobernador en peligro, los negocios del Estado abandonados, la vida política en momentos de tensión, la oposición frotándose las manos a la expectativa. La llamada dramática de Jerónimo a su amistad y competencia, el ambiente tenso de la sala de operaciones, una sonrisa en los labios del médico; su pericia, su calma, su sangre fría y su ciencia acumuladas. Extraía de la ilustre barriga un... ¿un qué?, una piedra enorme (había oído hablar de piedras en los riñones), cualquier cosa definitivamente mortal e incurable. Los estudiantes no podían contenerse, sonaban estentóreos los aplausos y vítores; los maestros de la Facultad venían, en corporación, a felicitarlo.

Un hombre salvado de la cárcel; la vida del Gobernador a salvo. Ahora se pasaba al campo de la Ingeniería: el doctor Vasco Moscoso de Aragón, ingeniero civil, con estudios especializados y práctica en Alemania, surcando el desierto inhóspito con los raíles del ferrocarril que había de llevar el progreso a aquellas apartadas regiones. Bajo el sol ardiente, en medio de la llanura reseca, al frente de una masa de trabajadores, el sudor mojándole la frente pensativa, los obstáculos ante él, el desánimo y la fatiga. Y aquella montaña, un poco forzada en el paisaje árido y llano,

cerrando, cerrando el camino al progreso y a los raíles. El túnel, obra inmortal, uno de los mayores del mundo, citado en los manuales de Geografía. Llegaba el día de la inauguración: el maquinista le cedía su puesto. El honor de conducir la primera locomotora, revestida de flores, correspondía al gran ingeniero, al hombre que había vencido al desierto, a las montañas, al río. Venía Dorothy, súbitamente convertida en esposa del antipático Secretario de Caminos y Canales, un tipejo engreído con el hocico siempre en alto, que trataba con displicencia al comerciante Aragón, amigo de Jerónimo y del teniente Lidio Marinho, y le tendía los dedos en un saludo formulario y distante. Venía pues Dorothy, deliciosamente bella, y, mientras rompía la botella de champán inaugural contra los hierros de la locomotora, buscaba con la mirada al famoso ingeniero, y surgía entre él y la inesperada esposa del Secretario un tímido flechazo.

El coronel Vasco Moscoso de Aragón, de Caballería —que era más digno y romántico—, desfilaba al frente de sus tropas, exhibiendo su voz de mando, su prosapia, su porte marcial, las condecoraciones que le cubrían el pecho. No había podido evitarse la guerra, y los ejércitos argentinos invadían a traición las fronteras de Río Grande. El desfile del Siete de Septiembre se transforma en embarque de tropas hacia el Sur, por el camino del deber, de la gloria y de la muerte. El pueblo entero de la ciudad reunido en las calles, las mujeres llorosas abrazando a los soldados, las muchachas arrojando rosas a su paso. Y, en su caballo, majestuoso, con la fulgente espada enarbolada, los ojos feroces, el coronel Vasco Moscoso de Aragón era la imagen viva de la guerra y de la victoria. Rápida sería su carrera en los campos de batalla, de hazaña en hazaña, de ascenso en ascenso, hasta llegar a general en pocos meses y escasas batallas, hasta morir gloriosamente al fin de la guerra, al entrar en Buenos Aires entre el fuego y la metralla, una bala perdida le hería en pleno pecho. Pero ni siquiera así caía del caballo: se inclinaba en la silla de montar, el pecho roto pero inflexible la voluntad que lo llevaba hasta el Palacio del Gobierno. Su nombre se transformaba en leyenda, y los niños lo aprendían en la escuela.

Pero como aquella guerra era a un tiempo terrestre y naval, sobre todo naval, el navío mandado por el almirante Vasco Moscoso de Aragón, el más joven almirante de la Marina de Guerra (había empezado la guerra como capitán de corbeta) rompía la barrera establecida por la flota argentina, y, él solo, bombardeaba Buenos Aires, reducía a silencio la artillería de los fuertes de la ciudad enemiga, y entraba en el puerto a bordo de su crucero con la bandera de la joven República del Brasil ondeando en la misma popa. En el puente de mando, apoyado en un cañón, el almirante daba órdenes: «¡Todos a sus puestos! ¡Todos dispuestos a morir por el Brasil!» La frase quedaba un poco pesimista. Era mejor modificarla: «¡Todos a sus puestos! ¡Todos prontos a dar la vida por la victoria del Brasil!» Así quedaba mejor, más vibrante. Su voz firme ordenaba: «¡Fuego!» y los cañones escupían muerte sobre la orgullosa ciudad. Echaba a pique, en rápidas maniobras jamás vistas de tan intrépidas, a los buques porteños. Destruía los fuertes, destrozaba las defensas de la

ciudad, y entre la espesa humareda y la claridad relampagueante de los incendios, en el puente de su navío, se acercaba a la ciudad conquistada, poniendo fin a la guerra, el comandante Vasco Moscoso de Aragón.

La mujer se removía en la cama. Abría los ojos somnolientos, reconocía el cuarto y el lecho. Había tenido suerte de que la eligiera la noche anterior, tenía que quedar bien con él, si había suerte quizás incluso se enamoriscara de ella. Tendía los brazos con voz blanda de sueño, remilgosa:

—*Seu Aragaozinho...*

¡Ya le había fastidiado toda su gloria! Se acabaron los sueños, esos sueños que son la libertad del hombre, la que jamás puede ser domada, oprimida o arrebatada, aquella que es su último y definitivo bien. La voz de la mujer arrancaba al comandante Vasco Moscoso de Aragón de la torre de su navío.

DONDE APARECE OTRA VEZ EL ESTÚPIDO DEL NARRADOR TRATANDO DE COLOCARNOS UN LIBRO

Permítanme que interrumpa la narración de las aventuras del comandante (según la versión de Chico Pacheco, destinada a tener tan graves consecuencias en Periperi) para afirmar solemnemente, basándome en la más directa experiencia, que esa cuestión de títulos y despachos no es realmente ninguna broma. Aún hoy, cuando tanto han cambiado los tiempos, una cosa es un doctor o un oficial, y otra, muy distinta, un infeliz sin ningún título académico que exhibir. Para los primeros todo son privilegios y regalías, para los demás la dura ley. Hasta derecho a prisión en el cuarto de banderas, simple formalismo.

Hay hoy día quien se burla de los doctores y hace chistes a costa de los abogados diciendo que un diploma en la pared no prueba competencia profesional. Recuerdo haber leído en una revista un artículo repleto de argumentos donde se probaba, con todo lujo de detalles, que los males de Brasil tenían su raíz en los bachilleres. Es posible, también yo pienso así, pero no discuto porque soy respetuoso con la libertad de opinión. Ahora bien, soy capaz de jurar que el autor del artículo es doctor en algo u oficial en activo, ¿de dónde sacaría si no valor para tales afirmaciones? Discutir con un doctor es idiotéz, locura rematada; de ello, la prueba soy yo mismo.

Por eso doy entera razón al comandante (le mantendré el título, mientras la versión de Chico Pacheco no quede probada por entero, pues un historiador no puede ser precipitado): la causa de su melancolía me parece justísima. Aunque rico y bien relacionado, debió de pasar por muchas humillaciones y molestias por la sola carencia de un *doctor* o un *coronel* ante el nombre, por no tener carrera universitaria, ni siquiera una de esas carreras hechas Dios sabe cómo por malandrines jamás vistos en las aulas, como Otoniel Mendonça, el ya mencionado amigo de Telémaco Dorea, de cuyas maledicencias defendí en buena hora al eminente doctor Alberto Siqueira. Pues bien, ese analfabeto es bachiller en Derecho. Durante los años de Facultad anduvo arrastrado por las zonas del más bajo puterío y criticando vidas ajenas en la puerta de la Librería Civilização, en la calle Chile. Los profesores apenas le vieron el hocico, con lo que, dicho sea de paso, nada perdieron los venerados maestros. Mientras tanto, año tras año, repitiendo exámenes, a trancas y barrancas, obtuvo el título, y, armado con él, encontró inmediatamente un destino (de esos maravillosos donde no se da golpe) y siguió hablando mal de la humanidad en la calle de Chile. No llegaba a una hora diaria el tiempo que dedicaba a sus obligaciones al servicio del Estado, pero aun así le parecía demasiado tiempo e insinuó una infiltración en el pulmón izquierdo, con lo que le dieron sin pestañear licencia para un tratamiento de salud, y en licencia sigue hasta hoy, gordo y sano, manchando con su presencia el paisaje de Periperi.

Ahora la diferencia: sólo porque no tengo título de doctor, pené como perro sin amo para obtener un permiso de seis meses en la oficina. Los médicos se portaron con una intransigencia increíble, haciendo los mayores elogios de mi vista y diciendo

que nunca habían encontrado ojos tan perfectos. Un amigo me había dicho que el truco de la enfermedad de la vista cuela siempre: los médicos, conmovidos, firman los papeles sin discusión ni examen. Pues iba dado: si a él no le miraron los ojos fue en consideración a su diploma de dentista, una especie de doctor de segunda, pero aun así con ciertas ventajas. Sólo pasé cuando descubrí casualmente que uno de los médicos era sobrino de un compadre mío. Me busqué una recomendación, y el farsante me encontró unas cataratas graves que me amenazaban de ceguera. Me dio seis meses, y renovó. Pude así dedicarme, a costa del Estado, a la realización de mi obra sobre *Los vicepresidentes de la República*. No sé si conocerán ustedes este trabajo. Si no lo leyeron, vale la pena que lo hagan, pues, lo digo sin falsa modestia, obtuvo aceptación y aprecio.

Por otra parte, el caso de este libro viene a probar una vez más, la importancia de ser doctor. Lo escribí para llenar un hueco y subsanar una injusticia: mucho se escribe sobre los presidentes de la República, y, sobre todo cuando están en el poder, elogios a granel. Los vicepresidentes sin embargo, quedan en el olvido, a no ser que asuman el gobierno. ¿Quién recuerda, por ejemplo, el nombre del que era vicepresidente durante el mandato de Prudente de Morais, o de Hermes da Fonseca? Dudo que alguien lo sepa. Basta eso para demostrar la oportunidad de mi libro.

Me animó igualmente a la ardua empresa el concurso convocado por el benemérito Instituto Histórico y Geográfico para monografías históricas, con un modesto premio en metálico e impresión del trabajo seleccionado a expensas del Instituto. Laureles honrosos, capaces de tentarme. Para lograrlos conseguí tiempo gracias a la catarata y al compadre, y me lancé a mi estudio sobre los vicepresidentes. Hice obra de valía, perdonen la inmodestia, donde el interesado podrá encontrar el nombre completo, filiación, fechas y lugares de nacimiento y muerte, colegios y facultades que frecuentó, cargos ejercidos, obras realizadas y los hechos considerables de todos los vicepresidentes. No olvidé ni siquiera a las esposas e hijos, y hasta algunos nietos son citados. Me dio un trabajo de miedo y un catarro invencible, por culpa del polvo de la Biblioteca del Estado.

Pues bien, opté al premio, seguro de sacarlo, y tuve la decepción de que lo dieran al otro rival, el doctor Epaminondas Torres, que presentó trabajo sobre *La Sabinada*. Hasta en número de páginas a máquina era inferior su monografía: cuarenta magras holandesas, la mitad exacta de mi libro. ¿Y por qué le dieron el premio, con tan flagrante injusticia? Lo sabrán ahora mismo. Ofendido en mi honor fui al Instituto y discutí con el señor secretario. Él me miró bajo los lentes y me contestó:

—¿Quién es usted para venir aquí hablando de injusticias? ¿No conoce al doctor Epaminondas Torres? ¿No sabe que es uno de nuestros abogados más ilustres? ¿Qué títulos posee usted?

¿Se dan cuenta? Mi error fue presentarme a un premio al que optaba un titulado. ¿Qué títulos poseía yo? Ninguno, a no ser algunos sonetos publicados en rincones de las páginas últimas de periódicos y revistas. Me tragué el insulto e intenté lograr del

Instituto al menos la impresión de la obra, ya que me habían birlado el premio. Me contestaron con muy buenas palabras, porque los nobles historiadores debían de andar con remordimientos de conciencia. Pero el director de la Imprenta Oficial, donde debían imprimir los volúmenes —el mío y el premiado— les hizo una jugada a los vejestorios del Instituto: jamás mandó los originales al taller. Meses después dejó el cargo y el nuevo director no quiso ni oír hablar del asunto. Así jamás fue publicado el trabajo del doctor Epaminondas Torres, de manera que no puede establecerse comparación con el mío, lo que me inclina a suponer que hubo en todo este asunto muchas marranadas.

En cuanto a *Los vicepresidentes de la República*, lo edité por mi cuenta, impreso en Gráficas Zitelmann Oliva, que me cobró un precio brutal, pero me dio facilidades mediante letras que le firmé. Me las vi negras para pagarlas, pero salió un volumen precioso, noventa y dos páginas de «útiles informaciones» como escribió hablando de él el erudito autor de *Historia de Bahía*, doctor Luiz Henrique Dias Tavares: «Querido colega, acuso y agradezco recibo de su libro *Los vicepresidentes de la República*, repertorio de útiles informaciones. Cordialmente, Luiz Henrique».

Si transcribo aquí el texto original de la honrosa carta del ínclito bahiano, es para que la lea el currinche de Wilson Lins. Escondido bajo el seudónimo de Rubiao Braz, ese periodista de mala entraña intentó aplastarme con una crónica en *A Tarde*. Si tuviera yo un título de doctor, seguro que habría sido más amable y cordial. Él y toda la crítica. En vez de hacerme trizas, seguro que se habrían deshecho en elogios.

Esos críticos apresurados deberían haberse informado de la referencia hecha a mi trabajo por un historiador eminente de Sao Paulo, el doctor Sergio Buarque de Holanda, a quien ni siquiera mandé el volumen porque, lo confieso, desconocía incluso su existencia y gloria. En *Estado de Sao Paulo*, en un artículo referente a cierta Benemérita y Venerable Orden del Hipopótamo Azul, aludió a *Los vicepresidentes de la República*, citándolo como uno de los libros de cabecera de aquella docta institución, «volumen —añadía— que es un gozo, una verdadera delicia». Proponía incluso, en su evidente entusiasmo por la obra, mi candidatura para la Venerable Orden, en cuyos cuadros le parecía indispensable que figurase mi oscuro nombre. De la Orden sólo sé lo que sobre ella escribió el doctor Holanda, en un lenguaje un tanto esotérico y confuso como debe ser el lenguaje de un buen historiador. Conseguí sacar en claro, sin embargo, que se trataba de una institución de elevados méritos y objetivos, fundada en la Iglesia de San Pedro dos Clérigos, en Recife, por destacadas figuras de nuestra intelectualidad. Desgraciadamente, no volví a tener noticia ni de la Orden ni de mi candidatura, tan generosamente lanzada por el doctor Sergio Buarque de Holanda. Seguro que iniciaron una información sobre mi persona, descubrieron que no soy doctor y sabotearon mi ingreso.

Palabras de cordial alabanza, generosísimas, mereció también el libro a nuestro ilustre jubilado el doctor Alberto Siqueira. Me indicó dos o tres insignificantes errores gramaticales, pero afirmó que tales deslices no pasaban de ser detalle sin

importancia en obra tan meritoria y patriótica. Los deslices los subsanaré en una próxima segunda edición, pues agoté prácticamente los quinientos ejemplares de la primera, a pesar de la mala voluntad de las librerías —me falta el prestigio que da un título— que no lo expusieron debidamente en sus escaparates y lo dejaron pudrir en las estanterías. Pero así y todo lo vendí. Lo fui colocando entre amigos y conocidos: uno aquí, otro allá, variando el precio de acuerdo con las posibilidades del comprador.

Todo eso prueba de sobra que no faltan motivos para las melancolías y preocupaciones del comandante Vasco Moscoso de Aragón. Un título recomienda a un nombre, le da importancia, le abre puertas y brazos, fuerza a una mayor consideración. Y hasta tal punto es esto verdad, que hasta las personas más simples sienten agudamente la trascendencia del problema. Aún hace unos días, Dondoca, la canora pajarita cuyo gorjear constante alegra las monótonas existencias del Meritísimo y de este humilde servidor, me comunicó, entre besos, su próxima y solemne graduación, con título y beca. Había ido guardando en secreto sus estudios para darme una sorpresa. Y a fe que me la dio de las mayores, pues nuestra galante Dondoca (nuestra: es decir, mía y del juez, entendámonos) apenas sabe firmar y cuenta con sus deditos largos y hermosos.

—¿Graduarte tú, estrella de la noche de mi vida? ¿Y en qué? ¿A qué Facultad fuiste?

—Me graduaré en la Escuela de Corte y Confección de doña Ermelinda, en Plataforma, tonto. Y a ver si ahora que soy doctora me tratas con respeto...

«Con respeto, que soy doctora» ¿Lo están viendo? ¿Tengo razón o no? Doctora de la aguja y las tijeras, nuestra dulce Dondoca, no satisfecha de ser doctora, profesora emérita, *magister inter pares*, en la ciencia del amor.

Hoy no tendría problema Vasco Moscoso de Aragón. En cuatro o seis meses, pagando en calderilla, sería doctor en relaciones públicas, en peinado y corte de pelo, en administración o en publicidad.

No hace mucho me presentaron en la capital a un muchacho, buen conversador y satisfecho de sí como no vi otro. «Doctor en publicidad», me dijo condescendiente, y ganaba ciento veinte mil cruzeiros al mes. ¡Dios Santo! Formado en Sao Paulo y Nueva York. Me convenció de que es él quien dirige mi vida, mis compras, mis gustos, a través de la ciencia y arte de la publicidad, la maravilla del siglo. La más noble de las actuales profesiones, según me aseguró y demostró, la que está en la base de la producción, del consumo y del progreso del país. La forma más alta de literatura y arte, la última instancia de la poesía: el anuncio, el reclamo comercial. Homero y Goethe, Dante y Byron, Castro Alves y Drumond de Andrade, son insignificancias ante un joven bardo publicitario, especializado en poemas sobre detergentes, pastas dentífricas, frigoríficos, baterías de cocina, toallas de plástico. En la opinión autorizada y categórica del doctor en publicidad, el más alto poema de nuestra época, la obra maestra, el supersummum de la genialidad poética, fue escrito por un

especialista para incrementar la venta de los «Supositorios del Año Jovial». Un poema sublime por su inspiración, por su perfecta forma, por la fuerza de la emoción transmitida: la musa moderna había aumentado en un 178% la venta de los beneméritos supositorios.

Si fuera hoy, el comandante podría ser doctor en publicidad hasta por correspondencia.

DEL RAPTO DE DOROTHY; CON UN MAGISTRADO EN CALZONCILLOS

El rapto de Dorothy fue planeado por las Fuerzas Armadas: el coronel Pedro de Alencar y el comandante Georges Dias Nadreau, con la activa colaboración del Estado, representado en el complot por el jefe de Gabinete y el ayudante de órdenes del Gobernador. El mando de la compleja operación lo detentó Carol, y ninguno de los grandes estrategas de la Historia la superó en perfecta organización o exacto conocimiento del terreno, minucioso estudio de detalles y sigilosa empresa. Si bien es verdad que la idea de la hazaña partió del comandante Georges, el éxito completo con que fue coronada se debe sin duda a Carol. Celebraron el éxito con champán, en una juerga que quedará inscrita para siempre en la historia de los cabarets y burdeles de Salvador, y el comandante Georges, ante el magnífico resultado del rapto de Dorothy, quiso ampliar el esquema aprovechando la experiencia y el entusiasmo para revivir aquella noche el *Rapto de las Sabinas*.

Existía en el número 96 de la Ladeira de Montanha, la Casa de Sabina, pensión de mujerío especializada en extranjeras, francesas, polacas, alemanas, misteriosas rusas y una egipcia. Algunas habían nacido en la amplitud del Brasil, pero otras habían anclado en el seno acogedor de Sabina tras larga carrera iniciada en Europa, con escalas en Argentina y Uruguay. Entre ellas destacaba, no por sus dotes de belleza pero sí por sus exquisitos conocimientos del *métier*, la famosa madame Lulú, indiscutiblemente francesa, con más de treinta años de práctica, tan celebrada y con tan dilatada fama que tenía una cola permanente de parroquianos a la espera y por rápidamente que trabajase siempre quedaban algunos para el día siguiente. De un coronel del interior, hacendado de la banda de Amargosa, se contaba que había venido expresamente a Bahía para tener un *tête à tête con* tan solicitada y competente cortesana, pensando que iba a pasar sólo dos días en la capital. Pues bien, tuvo que demorarse allá una semana, tan comprometido estaba el tiempo de esta insigne parisiense que contribuyó, como nadie en Bahía, a la influencia de la cultura y civilización de la Francia eterna sobre los hábitos brasileños. Invirtió el hacendado una semana y casi un conto de réis, una fortuna en aquellos tiempos, en pasajes, hotel, comida y otros gastos, según declaró al embarcar de vuelta, pero «fue barato, valía otra semana y otro puñado de billetes». Cualquier elogio a la competencia de madame Lulú y a la Casa de Sabina resulta superfluo tras este testimonio.

El capitán de Puerto proponía nada más y nada menos que la invasión por los voluntarios y victoriosos raptos de Dorothy de la Casa de Sabina, fortaleza defendida de la pública curiosidad por ventanas cerradas a cal y canto, y cuya puerta apenas se entreabría para clientes, amigos, conocidos o personas recomendadas. El proyecto consistía en transportar, tras el abordaje, la batalla y la victoria, todo el mujerío de la Sabina a la Pensión Montecarlo, incluida madame Lulú, entregando aquella población trabajadora y extranjera a Carol, para que la explotase como botín de guerra. Carol merecía eso y mucho más, afirmaba el comandante Georges, alzando la copa para brindar por las cualidades de carácter y corazón de la serena anfitriona

que sonreía, bondadosa y conforme, en su mecedora.

Con cierta dificultad consiguieron los amigos disuadir al comandante de sus planes bélicos. No pudieron, sin embargo, impedir que le lavara los pies a Carol con champán, supremo homenaje.

Mientras los amigos celebraban así el éxito del rapto, en una casita distante, en los confines de Amaralina, alquilada varios días antes, circundada por los vientos del océano, iluminada por la luna llena especialmente dispuesta por el romántico teniente Lidio Marinho, oyendo el rumor de las olas contra los acantilados y aspirando el excitante olor a algas y sal marina, Vasco Moscoso de Aragón tomaba en sus brazos, como novio ansioso en noche nupcial, el frágil cuerpo de Dorothy, abandonando sin tocarlos el pollo tierno, el jamón inglés, el lomo frío, las manzanas y peras, las uvas españolas, tras apenas humedecer los labios en champán. Otras eran la sed y el hambre antiguas y exigentes que los devoraban, hambre que no se aplacaba con pan y vino, sed de besos y caricias, hambre de entrega y posesión, de vivir y morir el uno en brazos del otro.

Al mismo tiempo, aún temblando, cerrado a siete llaves en la casa paterna de Nazaré, el doctor Roberto Veiga Lima buscaba explicación a aquel terrible misterio: hombres embozados en máscaras negras, cubierto el rostro, invadían la Pensión Montecarlo a plena luz, armados hasta los dientes, profiriendo amenazas y juramentos, arrancándolo del lecho de Dorothy. Vio la muerte aquel día, y aún sentía su frío en el corazón.

Todo ocurrió a la hora quieta de la media tarde, cuando la pensión se llenaba de paz y silencio. Las mujeres andaban por las calles, de compras, de paseo, en el cine por ser jueves, día de sesión temprana. Los camareros no llegaron hasta las cinco, la propia Carol muchas veces aprovechaba aquel intervalo para ir a los Bancos o a visitar a sus inquilinos, a cobrar los alquileres de sus casas. Sólo Dorothy permanecía allí, jamás salía, prohibido cualquier paseo o diversión a no ser en compañía de Roberto. Por eso mismo se sentía él obligado a acudir diariamente a aquella hora, se acostaba con Dorothy, y se cobraba así el dinero gastado. A veces la llevaba a comer y volvían por la noche a bailar y beber, y sólo la dejaba para regresar a casa de sus padres, donde aún vivía, avanzada ya la madrugada. Cuando sostenía a una mujer, tenía que ser así: rienda corta y todo el tiempo para él.

Aquel día Carol se quedó en la pensión, descansando en su mecedora de la sala. También una de las pupilas —la picara Mimí, casi adolescente aún— estaba en su cuarto, ocupada. Era el día del magistrado Rufino, vejestorio de setenta años que llegaba, invariable y preciso, jueves sí, jueves no, a las tres en punto. Se oía su respiración jadeante en la escalera cuando el cucú de la sala empezaba a dar la hora. Pagaba bien el magistrado, pero exigía chiquillas jovencitas, como Mimí, más o menos de la edad de su nieta. Traía un paquetito de dulces y bombones, besaba la mano de Carol.

Apenas se había encerrado el magistrado en el cuarto, cuando aún estaba a medio

desnudarse, desatándose las botas para atacar luego los nudos de los calzoncillos, cuando entraron en tropel los invasores interrumpiendo su tarea.

—¿Qué barullo es éste?

Mimí no sabía nada, estaba desnuda en la cama comiendo dulces y bombones. Un grito desesperado resonó en la sala: era Carol que pedía socorro. Mimí saltó de la cama, abrió la puerta, el magistrado la acompañó sin darse cuenta, un pie calzado, el otro descalzo, el descarnado pecho desnudo, las piernas vacilantes metidas en unos largos calzoncillos de algodón.

En la silla, Carol amordazada, y un enmascarado apuntando con una pistola. Se oían ruidos confusos llegados del cuarto de Dorothy. Mientras seguía apuntando al pecho de Carol, el enmascarado se volvió hacia Mimí y el aterrorizado magistrado:

—¡Los dos ahí! Y ni un movimiento...

—No hice nada... déjenme marchar... —lloriqueó el viejo—. Déjenme ir. Mi hijo es diputado... Por amor de Dios...

—¡Ni un paso más o me lo cargo...!

—¡En qué lío me he metido, Dios santo...! Qué van a decir cuando se enteren... Por amor de Dios, déjenme marchar...

Por la puerta del cuarto de Dorothy llegaba la voz de Roberto, suplicante:

—¡No me maten...! No tengo nada que ver con ella... No fui yo el primero... ella se lo dirá. Cuando la encontré ya habían pasado otros... Que lo diga ella y verán...

Porque Roberto había tomado a los raptores por parientes indignados de Dorothy, vengativos labriegos llegados de Feira de Sant'Ana para lavar con sangre la honra de la moza. Con la sangre del seductor, porque seguramente creían que había sido él quien la había apartado del buen camino. Intentaba explicarles que la había encontrado ya perdida, y casi muerta de hambre en un rincón. Los bandidos, arma en mano, le obligaron a callar. Uno de ellos llevaba un rollo de cuerda, era experto en nudos, le amarró brazos y piernas. Otro, con voz opaca, ordenó a Dorothy que se vistiera e hiciera la maleta. Se marcharon con ella dejando a Roberto con ojos desorbitados, el sudor empapándole el cabello. Le hicieron una última recomendación:

—Y no intente encontrarla porque le va la vida...

En la sala, el otro bandido se había sentado en una silla frente a Carol para apuntar con el arma más cómodamente, y ordenó a Mimí:

—Venga aquí... junto a mí, no tenga miedo...

La voz le resultaba vagamente familiar. Mimí casi la reconoció. ¡Pero qué idiotez! ¿Cómo iba a ser el teniente Lidio aquel enmascarado? Obedeció a la llamada. Se aproximó. Con la mano libre, el bandido comenzó a acariciar sus carnes desnudas, la sentó en su regazo. El magistrado estaba a punto de desmayarse, la barriga floja: súbitos cólicos incontrolables.

Los otros llegaron del cuarto de Dorothy; uno de ellos le llevaba la maleta. Mimí tuvo que separarse del gentil bandido (¡el mismo perfume que usaba el teniente Lidio

Marinho, qué cosa más rara!) y de espaldas, con las armas apuntando al aterrorizado magistrado, los invasores alcanzaron la escalera y descendieron a todo correr. El magistrado Rufino, confesó:

—Necesito un baño...

Carol, liberada de la mordaza, atendió al viejo en primer lugar; había olvidado, en sus trazados planes, que era el tercer jueves del mes, el día del ilustre jurista. Lo metió en el baño, acompañado de Mimí, con toalla nueva y jabón. Luego fue a libertar a Roberto y mantuvo con el joven un largo cambio de impresiones: era mejor, para tranquilidad de todos, que no volviera por la Pensión Montecarlo y que dejara en paz a Dorothy. Aquellos tipos sin entrañas, salidos sabe Dios de dónde («son parientes de ella...», insistía Roberto) podían volver y matarlo allí mismo o en el salón, arruinando para siempre el negocio y la buena fama de Carol, en cuya casa jamás había habido escándalos, peleas ni crímenes.

—Me largo a Río, en el primer barco...

—Pues mientras espera, es mejor que no se mueva de aquí...

Le dejó Roberto el dinero que llevaba encima. No era mucho, pero servía. Al fin y al cabo él era el responsable de aquella invasión, del susto del magistrado —¡el pobrecito se había ensuciado en los calzones!— de los daños morales sufridos por la Pensión Montecarlo. En cuanto empezara a circular la noticia, ¿quién iba a atreverse a acudir a lugar tan peligroso? Roberto le prometió mandarle más dinero antes de marcharse a Río. Sólo le pedía a Carol que bajara a la calle y mirara por las inmediaciones, que no hubiera quedado allí apostado algún bandido. Volvió ella asegurándole que todo estaba tranquilo y en orden, y él se fue.

Aún se reía Carol en su mecedora cuando el magistrado salió del baño. También el ilustre jurista deseaba dejar cuanto antes aquellos peligrosos lugares, pero ¿cómo hacerlo sin calzoncillos? Si se ponía los pantalones sin nada debajo iba a agarrar por lo menos una gripe horrenda, quién sabe si una pulmonía. Carol le prestó unas bragas de puntillas, de una de las chicas, magra y de piernas flacas. Se rieron a carcajadas ella y Mimí viéndolo así ataviado, y se rió también el magistrado. Aceptó una copita de coñac reconfortante tras vestirse, y renunció a quedarse aquella misma tarde —¿cómo iba a conseguirlo después de aquel susto?— aunque prometió volver el jueves siguiente, convencido ya de que tal escándalo no volvería a repetirse. Le explicó Carol lo sucedido como resultado de antiguas enemistades de Roberto, ahora y para siempre con entrada prohibida en la Pensión Montecarlo. Mal elemento el tal Roberto, convino el eminente jurista, mientras pagaba a Mimí el tiempo y el baño. Luego besó la mano a Carol, y, pidiendo a las dos el máximo secreto sobre su maloliente participación en aquellos acontecimientos, se fue escalera abajo.

Los sucesos fueron festejados por los amigos, y muy ruidosamente; hasta muy avanzada la madrugada participaron en el jolgorio los cuatro habituales y otros cinco más, cuya participación en el rapto era necesaria para darle una escenificación más brillante, a gusto del comandante Georges Dias Nadreau. Fue difícil convencerlo de

que debía abandonar la idea del *Rapto de las Sabinas*, con madame Lulú subiendo la Ladeira de Montanha rumbo a la plaza do Teatro, cargada de cadenas, esclava a disposición de Carol. Estaba eufórico el capitán de Puerto. Había acabado para siempre —o al menos eso suponía él— con la causa de aquella triste expresión que ensombrecía el rostro leal de Vasco Moscoso de Aragón. Ahora ya podía el comerciante usufructuar, sin el menor resquicio de melancolía, de los bienes con que la Providencia y el abuelo le habían favorecido: riquezas, soltería, suerte en el juego, atractivo para las mujeres, innata simpatía.

—Daría mi despacho de oficial por tu suerte en el póquer —dijo el comandante.

—Y yo daría el mío por tu suerte con las mujeres —suspiró el coronel.

—Y yo, con los ojos cerrados, cambiaría mi título de doctor en Derecho por una quinta parte de tu participación en Moscoso & Cía... —rió el doctor Jerónimo, y aún añadió—: y además, de propina, te daría mi escaño de diputado.

—¿Hasta eso? ¿De verdad? —se asombró Carol, concedora de las ambiciones del periodista.

—¿De qué valen títulos, Carolina, al lado del dinero? Cuando se tiene dinero, uno puede lograr lo que quiera: diplomas, títulos, despachos, cargos, escaños de diputado o senador, las más hermosas mujeres. Con el dinero puede comprarse todo, hija mía...

Ahora Vasco Moscoso de Aragón tenía a Dorothy iluminada por un rayo de luna, bajo el perfume del mar, oyendo la canción de las olas, acunada por los vientos, muriendo y suspirando, reviviendo en gemidos de amor, el rostro en fiebre, devoradora la boca, indescifrable rosa en el oscuro azul. Cuando le fallaron las fuerzas, en el último embate, se quedó dormida. Vasco se tendió, cansado y agradecido, y soñó, con los ojos abiertos, sonriente, oyendo a lo lejos el pitido de un barco: en una noche de tempestad salvaba un barco en peligro, lo conducía al puerto, azotado por la lluvia, donde, transida y ansiosa, Dorothy esperaba a su amante, el comandante Vasco Moscoso de Aragón.

DE CÓMO, EN JUERGA MONUMENTAL, VASCO LLORA APOYADO EN EL HOMBRO DE GEORGES, Y DEL RESULTADO DE ESAS CONFIDENCIAS

Pasaron los meses. Roberto fue a Río y volvió trayéndose una india peruana, tranquila y quieta; Lidio Marinho armó cuatro o cinco nuevos escándalos en pensiones y burdeles distinguidos, incluso con Mimí, a quien reveló el misterio del rapto y de los bandidos enmascarados. El magistrado Rufino murió en un prostíbulo, ante el escándalo de toda la ciudad. A pesar de las promesas hechas a Carol, jamás volvió a la Pensión Montecarlo, horrorizado ante las perspectivas de otro asalto. Pasó a frecuentar casas más escondidas, y murió en la de Laura, donde había descubierto a una tal Ariete, de quince años no cumplidos. La pobre chiquilla, al verse con el viejo encima y agonizando, empezó a gritar, atrajo a toda la vecindad, incluso a un guardia civil ocupado en jugar a los prohibidos. El suceso pasó así a ser de dominio público, se reunió una verdadera multitud frente al burdel, en la Ladeira de Sao Miguel, a la hora del traslado del cuerpo. Chistes irreverentes que provocaban carcajadas; el hijo del fallecido, diputado en la Cámara, era señalado con el dedo. Ariete y Laura fueron conducidas a la comisaría y sufrieron allí vejámenes de toda clase. El guardia civil fue el único que sacó cierto partido del escandaloso suceso: volvió a jugar, y arriesgó 500 reis al 7015, número formado con las edades del difunto y de Ariete. Corazonada inteligente y feliz: el juego exige perspicacia, atenta vigilancia en torno a las fuerzas del destino, capacidad para extraer las lecciones (y las corazonadas) de los acontecimientos.

Pasaron muchas cosas. Pasó incluso la pasión de Vasco por Dorothy, tan intensa y febril, tan impetuosa y profunda durante un tiempo, hasta el punto de que Vasco se hizo tatuar el nombre bienamado de la moza en el brazo derecho junto con un corazón, trabajo ejecutado con pericia por un chino de barbita rala aparecido en Bahía nadie sabe cómo. Aquel arrimo, que ya se había ido haciendo fatigoso, fue declinando naturalmente, poco a poco, en una convivencia cotidiana. Vasco empezó a poner los ojos en otras mujeres, a pasar una noche aquí y otra allá, si bien Dorothy pasó aún todo el verano a su costa, en la casita de Amaralina, y la llevó algunas veces a bailar a la Pensión Montecarlo. Cuando llegó el invierno ella volvió definitivamente a la Pensión, y Carol, concedora de la naturaleza humana y de la fragilidad de los caprichos del hombre y de los flechazos súbitos, le aconsejó que sonriera a los demás clientes y que los animara en sus pretensiones. Vasco guardó algunos derechos de prioridad y cierta responsabilidad en sus gastos, pero el amor había terminado.

Y aquella vieja tristeza, la melancolía que le ensombrecía los ojos y señalaba su sonrisa, seguía y aumentaba. Los amigos comenzaron a sospechar seriamente que había enfermedad secreta y que estaba condenado de muerte a plazo corto y guardaba el secreto. Tal vez enfermo del corazón, con enfermedad sólo conocida por él y por su médico. ¿No había muerto del corazón, aún joven, su padre? Esto lo explicaría todo, según el coronel Alencar, defensor exaltado de esta tesis: el celibato de Vasco, su despilfarro de dinero, como si quisiera gozar al máximo de los bienes de la vida en el

poco tiempo que le quedaba. Sólo ésta podía ser la causa de su misteriosa melancolía.

Pero esta teoría fue aniquilada por el doctor Menandro Guimaraes, clínico de fama, especialista en corazón, a quien Vasco había llevado más de una vez a la frágil Dorothy, muy dada a gripes.

—Es fuerte como un toro —respondió el doctor Menandro cuando los amigos lo visitaron en comisión—. Tiene un corazón de mulo. Morirá de vejez, como su abuelo. Una idea absurda la de ustedes...

—¡Mierda! —exclamó el comandante Georges Dias Nadreau—. He de descubrir el motivo de la tristeza de ese condenado. ¡Apuesto a que la descubro...!

—Vasco es así. Debe ser cosa natural, ¿por qué preocuparse? —filosofaba el médico para quien sólo contaban los males del cuerpo.

—Porque no soporto ver a mi lado gente triste. Y mucho menos a un amigo.

Se inició entonces la fase del «gran interrogatorio», como le llamó Jerónimo. Apenas se encontraban con Vasco, el comandante Georges empezaba a sondearlo, a tratar de los asuntos más diversos, a querer arrancarle confesiones. Investigó en su infancia, en la adolescencia, en los tiempos del almacén, en su viaje como representante del negocio, en sus primeros amores, en sus planes. No se contentaba el capitán de Puerto con tirarle de la lengua al comerciante. Se entrevistó con Menéndez, con el sueco Johann —aún enamorado de Soraya, con quien ahora vivía amancebado— hasta con el negro Giovanni mantuvo larga conferencia. Pesquisas vanas, porque no sacó nada en claro. Jamás había tropezado Georges con un hombre en quien se juntaran tantas razones para estar alegre; aún más: completa y totalmente feliz. ¿Por qué diablos entonces aquella tristeza?

Pero todo en el mundo tiene fin, hasta el secreto más guardado. Todo acaba por conocerse, todo misterio encuentra un día explicación. Fue en una noche de gran borrachera, cuando celebraban el cumpleaños del teniente Lidio Marinho y su compromiso matrimonial. El teniente se había comprometido aquella misma tarde, en una fiesta íntima, con la hija de un hacendado del sur del Estado, y se fijó la boda para diciembre.

Comenzaron a beber aún temprano, antes de la petición de mano. Continuaron durante la comida ofrecida por el suegro en el palacete de Campo Grande, con vino portugués y champán francés. Cuando llegaron a la Pensión Montecarlo, formando comitiva de amigos y mujeres, ya estaba el salón adornado con banderolas de papel de seda, las pupilas todas engalanadas, los camareros y la orquesta en su puesto, y ni un solo cliente. Carol, en conmovedora prueba de amistad, no había permitido la entrada aquella noche, reservando toda la pensión a los amigos.

Creció la pandilla para tan importante ceremonia. Vinieron oficiales del 19, de la Capitanía de Puertos, de la Policía Militar, colegas de Palacio. El comandante Nadreau fue de pensión en pensión, de burdel en burdel, arrastrando a todas las caras conocidas del teniente para darle una sorpresa. Reunió a todo el mujerío de la Pensión Montecarlo y otras varias, incluso a madame Lulú, encargada del discurso de saludo a

Lidio, en el más puro francés de las *maisons-closes*, de París. Georges y Vasco se habían encargado de los preparativos de la fiesta, querían que fuera algo nunca visto, algo que superara cualquier otra juerga anterior de que se tuviera noticia. Cuando llegaron a la comida de petición ya iban cargados, el comandante reía sin parar, el coronel, melancólico como de costumbre cuando bebía mucho.

En cada pensión y burdel que visitaban fueron echando un trago, pues rechazarlo sería desatención para con la madame y las pequeñas.

Fue realmente una fiesta incomparable, una orgía memorable, una juerga como para inscribirla en los anales de la ciudad. De madrugada, los hombres en calzoncillos, las mujeres en ropas menores, hicieron un desfile por la plaza do Teatro, para diversión de transeúntes ocheriegos, ante la mirada impotente de guardias y policías. Locos tendrían que estar para intentar impedir aquella original manifestación cuando al frente de ella iba, enarbolando una botella de champán, cantando con voz arrastrada, el doctor Jerónimo Paiva, sobrino del gobernador.

En medio de la fiesta, cuando más animados estaban, tras la demostración de cancán ofrecida por madame Lulú, Georges anunció al coronel Pedro de Alencar, indicando a Vasco, cuya tristeza iba aumentando a cada trago:

—Voy a coger el toro por los cuernos... Ese crápula me va a decir lo que le pasa...

Pegó un empujón a la mulata Clarice, instalada en sus rodillas, cogió del brazo a Vasco, lo arrastró hacia un rincón desierto de la sala:

—*Seu Aragaozinho*, hoy me va a contar usted qué mierda le pasa. ¡Abre la boca y vomita la historia, descastado!

—¿Qué historia?

—Historia, o mujer, o enfermedad, o remordimientos de un crimen, o lo que sea. Quiero saber qué diablos te pasa. A qué viene esa tristeza...

Vasco miró a su amigo, notó su lealtad, su solidario interés. El capitán de Puerto era un hombre de bien.

—Lo que me abruma es en el fondo una idiotez. Pero no puedo evitarlo. Continuamente pienso en ello, destrozado...

—¿Y en qué carajo piensas? —era el momento culminante. Georges estaba ahora repentinamente lúcido, curado de su enorme cogorza.

—Yo no soy igual a vosotros... no soy...

—¿Que no eres qué?

—Igual que vosotros, ¿comprendes?

—No...

—Mira: tú eres capitán de Puerto, oficial de la Marina, comandante... Pedro es coronel; Jerónimo, doctor en derecho; Lidio, teniente. ¿Y yo? Yo no soy nada, soy una mierda, *seu Aragaozinho*, señor Vasco, y gracias. Ni un título.

Miraba al comandante. Le abría su alma, jadeaba.

—«Señor Vasco»... *Seu Aragaozinho*... Cada vez que alguien me llama me da

una cosa aquí dentro, un desespero...

—¡Pero, qué bestia eres, amigo! Lo último que se me hubiera ocurrido... Pensé en todo; hasta en que habías cometido un crimen. ¡Qué sé yo...! ¡Pero eso de andar sufriendo por no tener un título, es lo último...! ¡Se ve cada una...!

—Es que tú no sabes...

—¿Qué? ¡Y el otro día todos aquí, queriendo cambiar su título, su posición por tu vida...! ¡Cómo es el mundo!

—¿Tú sabes lo que es andar todo el día entre comandantes, coroneles, doctores... y uno no ser nadie...?

De repente el comandante se echó a reír como si le hubiera vuelto la cogorza, como si las amarguras de Vasco fueran un chiste formidable ante el que se deshacía en carcajadas. Se ofendió el comerciante:

—¿Para qué me lo preguntaste? ¿Para burlarte de mí?

El comandante lo cogió por la manga de la chaqueta:

—¡Siéntate ahí! ¡Burro, más que burro! —contenía las carcajadas con un esfuerzo—. ¿Y si tuvieras un título se te acababa toda esa tristeza, esa cara de palo?

—¿Y qué título voy a tener a mi edad?

—Pues yo te voy a buscar uno...

—¿Tú?

Vasco se amoscó, pensando en las jugarretas de Georges.

—Yo mismo. Puedes estar tranquilo.

—Por amor de Dios, Georges, te pido un favor: búrlate de lo que quieras, organízala como te dé la gana, pero no te metas con esto mío, que es asunto serio. Te lo pido por favor...

Se puso grave; estaba casi emocionado. El capitán de Puerto movió la cabeza. Su mirada se posó en los ojos de Vasco:

—No seas loco. ¿Crees que soy hombre para burlarme de las tristezas de un amigo? Te dije que tendrás un título y lo tendrás. Estoy hablando en serio. Hoy es día de fiesta: vamos a beber. Mañana hablaremos del caso. Y lo resolveremos.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, el comandante mandó un marinero a casa de Vasco con una nota: lo esperaba en la comandancia de Marina. El comerciante estaba aún durmiendo, hecho polvo, con la resaca de la juerga de la noche anterior. Sólo Georges poseía aquella resistencia brutal, podía acostarse de madrugada y estar en su despacho de la Comandancia en la hora precisa, afeitado, risueño, como si hubiera dormido doce horas.

Se arregló Vasco a toda prisa. En la memoria le danzaba la charla de la víspera, en medio de la orgía inmensa. ¿Qué clase de título sería ese tan solemnemente prometido por Georges? Aún temía que fuera una farsa, pero el otro le hablaba en serio, sus bromas tenían un límite. Sin embargo no podía dar Vasco con la solución anunciada para su problema: no andaban los títulos por las calles, a puntapiés.

Cuando llegó a la Comandancia ya estaba allí el coronel Pedro de Alencar. Se

dirigió a Vasco:

—¡Pero, qué idiotez, amigo!

Vasco se sentía avergonzado.

—¿Y qué voy a hacer yo?, no quiero pensar, y pienso; no quiero sentir, y siento...

—Pues vamos a darte un título —repitió Georges—. Vamos a ver. Vasco: ¿qué te parece el título de capitán de altura? ¿Sabes lo que es un capitán de altura?

Vasco lo miró desconfiado:

—Capitán mercante, ¿no?

—Exactamente... ¿Qué te parece? Comandante Vasco Moscoso de Aragón, capitán de altura...

—Pero ¿cómo...? —y se volvió hacia el coronel—. ¿Cómo?

—Muy sencillo. Ya te lo dirá Georges.

El comandante de Marina cerró los ojos, se recostó en su butaca giratoria, su rostro se cubrió de beatitud, comenzó a explicar. En aquel tiempo el título de capitán de altura, el de comandante de la Marina mercante, no se obtenía en una Escuela, tras asistir regularmente a los cursos y aprobar los exámenes anuales. Lo conquistaban los pilotos de amplia experiencia, los oficiales de a bordo tras un concurso de méritos y un examen en la Comandancia de Marina, ante un tribunal examinador, formado por oficiales de la Flota. La prueba, bastante difícil ciertamente, consistía en la presentación de un trabajo, una especie de tesis doctoral, en la que el candidato demostraba su capacidad con la descripción de un viaje marítimo a lo largo de un trecho de costa, con todas las minucias geográficas y técnicas, desde la salida de un puerto hasta la entrada en otro. En ese trabajo el candidato tenía que resolver distintos problemas de navegación en mar tranquilo, en tempestad, superando fallos en el barco y amenazas de naufragio. Aprobada la tesis, el candidato era sometido a un examen de diversas materias, pruebas orales solamente: navegación astronómica, meteorología, política de navegación marítima y fluvial, derecho comercial marítimo, derecho internacional marítimo, máquinas y calderas. Una vez pasados los exámenes le entregaban el título que lo capacitaba para el mando de un navío.

—Sencillo, ¿no? —preguntó Georges tendiéndole una hoja de papel en la que se posaron los ojos asombrados de Vasco.

Paseó la vista por la hojita llena de letra menuda pero clara. Se enteró de que el examen de navegación astronómica comprendía práctica y manejo del sextante, trazado de cartas de navegación, navegación ortodrómica (sobre el círculo máximo), práctica y estudio completo del cronómetro, práctica, teoría y rectificación de agujas magnéticas.

Ni siquiera quiso informarse de las otras materias. Dejó el papel sobre la mesa: no había duda, Georges le estaba tomando el pelo una vez más.

—Me habías prometido...

—... un título. Y lo estoy cumpliendo...

—Que no ibas a burlarte...

—¿Y qué porras de burla es ésta? Estoy hablando perfectamente en serio. — Parecía a punto de enfadarse.

—Pero un examen de esos... ¿Cómo lo voy a aprobar? Sin hablar de que no soy piloto ni oficial, ni práctico, ni nada. El único barco que he visto en mi vida es el que va a Cachoeira. Una vez fui a Ileheus en uno de la Compañía Bahiana, tras una mujer, y vomité el alma. ¡Nunca vi largar tanto, ni tan apestoso todo!

—Tienes razón. Pero me olvidaba de decirte que no es preciso ser piloto, práctico ni oficial de a bordo para presentarse al examen. Cualquiera puede hacerlo. Claro que, en principio, sólo lo hacen gentes expertas, hombres con muchos años de mar. Pero acabo de darle un vistazo a la ley: el concurso es abierto, puede presentarse cualquiera. De ti depende. Ya tengo dispuesta la instancia; la firmas y ya está.

Le tendió otro papel. Vasco se quedó con él en la mano:

—Muy bien. ¿Y cómo voy a hacer los exámenes si no sé nada de todos esos latines, que en mi vida vi nada más complicado? ¿Y la tesis? ¿Cómo la voy a hacer? No sé ni escribir una carta, las veces que me cascó el abuelo por eso...

—Todo está arreglado, amigo. La tesis, descripción de un viaje de Porto Alegre a Río, pasando por Paranaguá y Florinópolis, está ya a medio hacer...

—¿La haces tú?

—No. ¡Hasta ahí podíamos llegar! Ya soy viejo para eso... El teniente Mario es el que te hace el favor... Después, si quieres, le haces un regalo... Cualquier bobada.

—Lo que prefiera. Sin contar con mi amistad eterna. Pero ¿y los orales? No tengo ni idea de lo que piden esos papeles.

—Ya está también. He pensado en todo. Te haremos dos o tres preguntas de cada materia. Te daré antes las preguntas y las respuestas. Tú te las aprendes y nos las recitas en el examen. Aprobarás con sobresaliente y te vuelves con tu bendito título.

Vasco parecía dudar de la realidad de aquella oferta inesperada. Georges seguía hablando:

—Y no olvides que el Tribunal examinador estará presidido por mí. Voy a designar al teniente Mario y al teniente García como vocales. Son buenos chicos, amigos tuyos. Y tras un examen de trámite acabas comandante de Marina, jurado y sacramentado. Y sin peligro para la humanidad, porque supongo que no vas en tu vida a meterte a mandar un barco.

—¡Dios me libre!

Georges se levantó. Palmoteo en los hombros de Vasco:

—Y como luego sigas por ahí de cresta caída, junto unos marineros y les mando que te aticen una tanda de palos.

Intervino el coronel, frotándose las manos:

—Y el día de la entrega del título vamos a organizar una juerga bestial. Una juerga como para acordarse. Mayor que la de ayer... De esas que acaban con uno.

—Dentro de un mes convocaré los exámenes —anunció Georges.

—¿Y por qué tardar tanto? —Vasco se asustaba ya ante la idea de que se le

escapara el título.

—¿Ya tienes prisa, eh? Tenemos que dar tiempo a Mario para que acabe de redactar la memoria y la tesis. Luego tienes que copiar el trabajo con tu letra. Tengo que darte también las preguntas y respuestas para que las aprendas de memoria, una tras otra, de coro. Tienes que saberlas como el padrenuestro. Ése es el precio que vas a tener que pagar por el título de capitán de altura, señor comandante de la mierda...

—Bueno. ¿Y si a la hora del examen me hago un lío? ¿Y si me pongo nervioso?

—Pues no te hagas un lío. Y no te pongas nervioso. Vamos. Y ahora copia la instancia solicitando examen. Y luego dalo ahí fuera; y lárgate, que tengo trabajo.

—Vamos a empezar a preparar la celebración —advirtió el coronel.

Vasco se inclinó sobre el papel y empezó a copiarlo. Estaba como atontado. Todo aquello le parecía irreal, un sueño absurdo. Sentía que las lágrimas le inundaban los ojos, apenas podía ver las letras. Nada hay en el mundo como la amistad. Los amigos son la sal de la tierra. Le hubiera gustado decírselo, pero no sabía cómo.

**DESDE LA NAVEGACIÓN ASTRONÓMICA AL DERECHO INTERNACIONAL MARÍTIMO;
CAPÍTULO EXTREMADAMENTE ERUDITO**

Durante un mes rió a carcajadas el comandante Georges Dias Nadreau, gozando con el nerviosismo de Vasco, con su esfuerzo de alumno aplicado, cobrándose con la risa el favor que le prestaba.

Se divertían también el coronel, Jerónimo y Lidio, el teniente Mario y el teniente García. Vasco llegó a adelgazar, tanto celo empleaba en la tarea de aprenderse las complicadas respuestas a las tres preguntas de cada materia, respuestas repletas de sextantes, vientos y corrientes marítimas, fletes, aguas territoriales y mares internos, higrómetros, indicadores magnéticos. Un lío.

Todas las tardes, por orden expresa del comandante, sometían al alarmado candidato a un simulacro de examen. Al principio, Vasco se embarullaba con las palabras desconocidas; la memoria se mostraba refractaria a aquellos términos enrevesados, y el teniente García amenazaba con suspenderlo. Trabajo costaba arrastrarlo al billar, al póquer, a las mujeres. Vasco quería pasarse las noches estudiando.

Mario y García vivieron de gorra aquella temporada, y a lo grande. Vasco los invitaba diariamente a comer, les pagaba aperitivos, vino portugués del mejor, cenas en la Pensión Montecarlo. Poco a poco fue dominando las respuestas, familiarizándose con los nombres esdrújulos de los instrumentos de a bordo. En la Comandancia, el teniente Mario le mostró algunos de aquellos objetos. Vasco se entusiasmó. Le parecían bellos y apasionantes. Comenzaba a amar su nueva profesión.

Lo peor fue tener que copiar, con su letra, el trabajo elaborado por el teniente Mario, su «tesis de grado» como acostumbraba a decir. Treinta y dos páginas en una letra incomprensible, como si el chico fuera médico y no oficial de la Marina, y lleno de borrones. Pasaba las mañanas copiándolo, encerrado en su despacho, prohibida la entrada fuera quien fuera, con órdenes estrictas a la criada.

Entregado y aprobado el trabajo, señalaron al fin la fecha del examen oral. Ceremonia solemne, con el coronel de gala, el doctor Jerónimo y el teniente Lidio Marinho. Marineros en posición de firmes guardaban la puerta de la sala donde el Tribunal examinador, constituido por el comandante Nadreau y los dos joviales oficiales de Marina, se sentaba grave y solemne ante la enorme mesa repleta de objetos y mapas. Pálido y emocionado, Vasco fue introducido por un marinero, repitiendo en voz baja, en una última repetición, preguntas y respuestas. Oyó su nombre proclamado enfáticamente por Georges, se acercó, se sentó rígido en la silla frente a la mesa, el corazón al galope. Pero las respuestas le salieron fáciles y correctas, sin un error, sin un desliz en la pronunciación siquiera.

Aprobado por unanimidad. Le expidieron el diploma y anotaron sus datos en un libro de la Comandancia: el nombre y dirección del nuevo capitán de altura. Cada vez que cambiara de domicilio debería comunicar a la Comandancia su nueva residencia.

Era un libro grueso, de tapas verdes, encuadernado en piel, con el escudo de la República. En cada página un nombre, con la fecha del examen, el resultado y título, número de registro, edad, estado civil y dirección del titular. Pocas páginas llenas, sólo unos nombres antes del de Vasco Moscoso de Aragón. Y casi todos poseedores apenas de «títulos medios» como llamaban a los de los comandantes de líneas fluviales, para cuya obtención no había que presentar trabajo escrito, y bastaba un examen oral. Esos títulos facilitados a los comandantes de vapores de línea de Río San Francisco, no autorizaban para mandar barcos en el mar, vedaban los caminos del océano. Pero el título de Vasco era de los de verdad, le daba el dominio de ríos, grandes lagos y mares, estaba autorizado y tenía derecho a mandar navíos de cualquier nacionalidad y bandera, en todas las rutas de los cinco océanos, armado con el Derecho Internacional Marítimo y la ciencia de la navegación astronómica.

—Ahora —le dijo el coronel una vez terminado todo, mientras Vasco sujetaba amorosamente el diploma—, vamos a celebrarlo. ¡Comandante Vasco Moscoso de Aragón, león de los mares, agarre el timón y llévenos de putas!

DE COMO SE FABRICA UN VIEJO MARINERO, SIN NAVÍO Y SIN NAVEGACIÓN

Nunca, jamás, en la historia de la navegación, fue tan honrado el puesto de capitán de altura, tan celosamente cuidado el título de comandante como por Vasco Moscoso de Aragón, con su diploma enmarcado en moldura dorada, en la pared de la sala, su pose de hombre templado en toda clase de hazañas por mares distantes, su dignidad de experto lobo de mar.

Había mandado imprimir a toda prisa tarjetas de visita, con su nombre precedido del título, y seguido del cargo. Pasaba por las casas de las familias amigas, gentes conocidas en las fiestas de Palacio y en las recepciones a las que había sido invitado, y les dejaba sus cartones con el saludo del comandante Vasco Moscoso de Aragón, capitán de altura.

Exigía el título; ya no admitía el simple «señor», colocado ante su nombre.

—¿Cómo le va, señor Moscoso?

—Perdone, amigo. Comandante Vasco Moscoso, capitán de altura.

—No lo sabía. Perdone.

—Pues sépalo desde ahora, y hágame el favor de no olvidarlo —y le entregaba una tarjeta. Hizo de ellas enorme gasto, especialmente en los primeros tiempos.

En burdeles y pensiones, cuando la interesada mujerzuela, le echaba los brazos al pescuezo y se pegaba a él, murmurando:

—*Seu Aragaozinho...*

... él reaccionaba, paciente y firme:

—Hijita, no soy *seu Aragaozinho*, tengo un título: soy el comandante Aragón, de la Marina Mercante.

Hasta Carol tuvo que cambiarle el tratamiento al saludarlo desde lo alto de la escalera, rodando ahora las sílabas en deleitosa melodía:

—Comandante, Aragaozinho, capitán mío...

El coronel y el capitán de Puerto daban ejemplo: comandante por aquí, comandante por allá, en el billar, en la mesa de póquer, bebiendo cerveza o abriendo botellas de champán.

Y hasta el gobernador, sabedor del caso y de la felicidad nueva que inflaba el pecho del generoso amigo de su sobrino, abrió los brazos al verlo por primera vez tras la ceremonia de entrega del título:

—¿Cómo van esos bríos, comandante?

Inclinóse Vasco, conmovido:

—Al servicio de Su Excelencia, Señor Gobernador.

En el despacho de la firma Moscoso & Cía. Ltda., por donde ahora aparecía una o dos veces por semana como si el olor mercantil de bacalao y jarque repugnara a sus narices impregnadas de olor a mar, las órdenes fueron categóricas: desde Menéndez a Giovanni, prohibición terminante de pronunciar el nombre del patrón sin darle el título de comandante. Rafael Menéndez, al recibir las órdenes inclinó la cabeza en un asentimiento, escondiendo la sonrisa calculadora. Declaró que aquella distinción

conferida al jefe era un gran honor para toda la firma. Y se frotaba las manos eternamente húmedas.

Giovanni, sorprendido y sin entender aquella súbita condición marítima del patrón, pero hallándola merecida, empezó a contarle historias de sus tiempos de marinero. Cuando Vasco aparecía en la firma, todo el tiempo era poco para charlar con Giovanni.

Tras las tarjetas de visita su preocupación más inmediata fue el uniforme. Su sastre, uno de los mejores de la ciudad, se mostró incapaz de satisfacerle, pero le dio indicaciones preciosas: Había un sastre en la Baixa do Sapateiro especializado en uniformes; allá iban los capitanes de la Bahiana para hacerse chaquetas y capotes. También los oficiales del Ejército. Y, por Carnaval, la muchachada de los clubs encargaba allí sus disfraces de príncipe ruso, conde italiano, mosquetero francés o pirata sin patria.

Encargo tan enorme de un solo parroquiano jamás lo había recibido el sastre. Estalló el rebullicio en el taller. Vasco quería dos uniformes de cada tipo: verano e invierno, luego otros para diario, para fiestas, uniforme de gala y de gran gala, azules y blancos, con las gorras correspondientes, todo bordado en oro de verdad. ¡Un ajuar completo! Y con prisa: necesitaba inmediatamente un traje de gala por lo menos, y dentro de quince días, para el desfile del Dos de Julio. El sastre, delirante de entusiasmo, le prometió hacer horas extraordinarias, pasar las noches en blanco, para entregarle a tiempo un traje blanco para el desfile matinal y otro azul para la recepción nocturna en el Palacio. Vasco le prometió, en cambio, una crecida gratificación para los competentes oficiales de la aguja.

Fue una apoteosis aquella mañana del Dos de Julio cuando, en el Largo da Soledade, con todo dispuesto para el inicio del desfile —las carretas con la imagen de los héroes de la independencia y las figuras de la historia de Bahía, los oradores en sus puestos, el coronel Pedro de Alencar al frente de la tropa formada; el comandante Georges Dias Nadreau al frente de los marineros de la Comandancia, las bandas ejecutando marchas y pasodobles—, apareció con su uniforme blanco bordado en oro, el comandante Vasco Moscoso de Aragón y se incorporó al grupo de autoridades civiles en espera del Gobernador.

Firme y erguido, oyó los discursos, el corazón latiéndole de patriotismo y orgullo. Al lado de Jerónimo inició el desfile, tras el gobernador, el coronel, el comandante de Marina, hasta el Largo da Sé, atestado de gente, en cuya venerable Iglesia el arzobispo cantó un Tedeum. Por la noche, en la recepción embutido en su uniforme azul, más formal y suntuoso pero caluroso de mil diablos, no había en toda la fiesta figura más espléndida y noble, postura tan digna y distinguida.

En cierto momento Georges se aproximó a él y le saludó:

—Perfecto; hasta Vasco de Gama sentiría envidia al verte. Sólo falta una cosa para completar todo ese aparato.

—¿Qué cosa? —se alarmó Vasco.

—Una condecoración, hijo mío. Una hermosa condecoración.

—No soy ni militar ni político. ¿Cómo la voy a conseguir?

—La conseguiremos... La conseguiremos... pero va a costarte un puñado de calderilla... Vale la pena, sin embargo...

Jerónimo se encargó de las negociaciones con el cónsul portugués, dueño de una pastelería en la plaza Municipal, comunicándole el interés del Gobierno en que se le confiriera una medalla al comandante Vasco Moscoso de Aragón.

—¿Pero no es «seu Aragaozinho», el de la casa Moscoso & Cía. Ltda., el nieto del viejo Moscoso, de la Ladeira da Montanha?

—El mismo, señor. Pero ahora es comandante de la Marina Mercante...

—No sabía que anduviera embarcado...

—No lo anduvo, pero aprobó las pruebas exigidas por la Ley.

—Yo conocía mucho a su abuelo, un portugués, buen hombre. ¿Y por qué le va a conceder la condecoración Su Augusta Majestad?

Jerónimo sacudió la ceniza del puro, y clavó en el cónsul su mirada cínica:

—Por sus relevantes servicios marítimos...

—¿Marítimos? Que yo sepa nunca embarcó...

—Mire, amigo Fernandes, el hombre paga. Su Augusta y Arruinada Majestad condecorará a nuestro buen Aragaozinho por un puñado de billetes... Y si no hubiera otro pretexto, recuerde que se llama Vasco, es comandante de Marina, nieto de portugueses, casi descendiente del almirante Vasco de Gama... ¿Qué diablos quiere discutir aún? Invente motivos, haga lo que quiera, pero rápido...

Así se selló definitivamente la gloria del comandante Vasco Moscoso de Aragón. Meses después, y tras pagar por adelantado. Su Majestad don Carlos I, rey de Portugal y de los Algarves, le otorgó el grado de Caballero de la Orden de Cristo, de 700 años de antigüedad, fundada en la época de las Cruzadas, «por su notable contribución a la apertura de nuevas rutas marítimas». Ahora, con medalla y collar, era cosa de verse. La ceremonia fue sencilla e íntima, pero salió la noticia en los diarios y fue regiamente conmemorada después con vino portugués, como exigía el protocolo.

Titulado, uniformado, condecorado. Ahora ya no aparecía Vasco Moscoso de Aragón de cresta caída ante el comandante de Marina. Su alegría era total y refulgente, jamás se vio a nadie más feliz en las calles de Bahía.

Dedicaba ahora gran parte de su tiempo a buscar en las tiendas de anticuarios (sólo había dos en Salvador) objetos marítimos e instrumentos de a bordo. Los pagaba a cualquier precio. Así inició su colección de mapas, grabados de barcos, sextantes, brújulas, relojes antiguos. De un viaje a Río, el comandante Georges le trajo algunos instrumentos como regalo.

Se enriqueció mucho su museo marítimo cuando en las costas de Bahía, próximo a la capital, naufragó un mercante inglés. Los objetos fueron vendidos en subasta, y en la puja triunfó el comandante Vasco Moscoso de Aragón. Cargó con la rueda del

timón, un catalejo precioso, cronómetros, aguja magnética, anemómetros, higrómetros, una escalera de cuerda, sin hablar de dos cajas de whisky para ofrecer a los amigos.

No perdió nunca aquella manía de adquirir instrumentos náuticos. Años después, compró un telescopio a un aventurero alemán de paso por la ciudad. Intentó el germano explotar el objeto en la vía pública cobrándole un mil-reis a cada cliente interesado en ver el cielo de cerca, en acercar la luna y las estrellas. Fracasada la tentativa, pendiente la cuenta de la pensión, fue a parar el telescopio a la casa de los Barris, adonde proyectaba instalarse el comandante.

Su pieza predilecta en la creciente colección fue una miniatura de navío, el *Benedict*, de medio metro, colocada en una caja de cristal, reproduciendo hasta en sus mínimos detalles un barco de pasajeros. Fue un regalo de Jerónimo en el cumpleaños del comandante. El periodista descubrió el barco en el desván de Palacio, con la caja llena de polvo, arrumbado en un rincón como trasto inservible. Vasco al recibirlo pareció delirar, no tenía palabras con qué agradecerlo.

En una de sus largas charlas con Giovanni se enteró de que era costumbre entre los hombres de a bordo, especialmente en los oficiales, el uso de la pipa. Comandante sin pipa no era comandante, según la valiosa opinión del viejo negro. Al día siguiente. Vasco apareció en la tertulia cargando con una pipa inglesa, sosteniéndola difícilmente, un diablo difícil de fumar, que se apagaba a cada instante. Aprendió con el tiempo, y no tardó en tener varias, de materiales y formas diferentes, de madera y porcelana, y hasta de espuma de mar.

De vez en cuando, al caer la tarde, iba Vasco a visitar al comandante Georges Dias Nadreau a la Comandancia de Marina. Se ponía el uniforme de diario, la gorra encasquetada, una pipa en los labios. Desde la ventana de la Comandancia miraba al mar, y seguía atento la maniobra de atraque de los navíos.

Un día le presentaron en un bar, donde esperaba al coronel, a un hacendado campesino de Pilao Arcado. Se pusieron a charlar, el hacendado encantado con aquellas relaciones ciudadanas:

—Entonces, ¿usted, es comandante de navío...? ¿Pero de navío de verdad, no de esos de río que se pasan la vida encallando en la arena...? ¡Pues la de cosas que debe de tener para contar! Dígame una cosa, ¿ha estado usted allá por China y el Japón?

Los ojos inocentes del comandante se posaron en el bronceado rostro del hacendado de Pilao Arcado:

—¿En China y el Japón? Varias veces, sí, señor... Conozco todo aquello...

—Y, dígame una cosa que me gustaría saber —con el interés casi metía la frente en el tablero de la mesa—: ¿Es verdad que las mujeres de allá sólo tienen pelo en la cabeza, y en lo demás nada, ni rastro, y que tienen su asunto de través? Me lo dijeron una vez, allá en mi pueblo...

—Mentira. Le engañaron, mi amigo. No hay nada de eso. Son como las de cualquier parte, pero más duras de carnes, una maravilla.

—¿De verdad? ¿Cómo son? ¿Anduvo usted con muchas?

—Una vez en Shanghai salí a dar una vuelta por la calle... A estirar las piernas nada más... En un rincón vi a una chinita llorando. Se llamaba Liu...

Se encendían los ojos del rudo hacendado mientras el comandante Vasco Moscoso de Aragón se perdía en los misterios de Shanghai, en vértigos de opio, conducido por Liu, una chinita de laca y marfil...

Caía la tarde sobre el Largo da Sé. La sangre del crepúsculo manchaba las piedras de la catedral. Vasco, con Liu de la mano, empezaba su viaje.

DEL PASO DEL TIEMPO Y DE LAS MUDANZAS EN EL GOBIERNO DE LA FIRMA, CON TRUCOS DIVERSOS Y UNA CRESTA ERGUIDA

Cumplió su promesa el comandante Vasco Moscoso de Aragón: nunca más apareció ante el comandante Georges Dias Nadreau de cresta caída. Tenía su título, era feliz, ningún disgusto, ninguna dificultad podía turbar en adelante su radiante alegría. Es posible que se irritara fugazmente o que se entristeciera, pero pronto volvía a su natural jovialidad, sin dar tiempo a la tristeza, sin dar mayor importancia a las contrariedades de la vida.

Tristezas y contrariedades no faltaban, sin embargo. Pero un comandante de navío, un capitán de altura, se acostumbra en la estela de las olas, a la inconstancia del mar y del tiempo, forja su carácter y da firmeza a su corazón haciéndolo apto para enfrentarse, con la sonrisa en los labios, a las decepciones y disgustos.

Disgustos de los mayores, el primero en el tiempo, fue el traslado de Georges Dias Nadreau, ascendido y colocado al mando de un destructor. ¿Cómo imaginar la noche de Bahía, las pensiones y burdeles, las juergas, las mujeres, la magia del amor, sin la presencia del marino de cabello rubio como el trigo, de ojos azul celeste, inventor continuo de bromas, trastadas, pillerías alegres, siempre a vueltas con una negra o mulata oscura? Cuando circuló la noticia entre el mujerío y los noctámbulos, fue general la consternación, hubo lágrimas y lamentos, y se preparó una despedida digna de Georges.

—Alza la cresta, comandante —le dijo Georges a Vasco cuando lo vio la noche de la fiesta de despedida, hosco y silencioso—. Un marinero no se rinde a la tristeza.

Al día siguiente lo acompañaron todos al barco en que salía para Río, y vieron por primera vez a Gracinha, la esposa, de luto riguroso, el macerado rostro cubierto por un velo negro, los labios apretados. Tras la presentación, les tendió la punta de sus dedos gélidos. Vasco comprendió entonces que no era frase vana la pronunciada la víspera por el ex capitán de Puerto. «Un marinero no se rinde a la tristeza», las palabras de Georges adquirirían ahora una brusca y concreta significación. Él no se había dejado dominar por la tristeza, no se había entregado, no se había rendido a ella.

Volvieron hacia el centro de la ciudad, y fueron al billar, pero ya no era lo mismo. La ausencia de Georges poblaba el bar. La Pensión Montecarlo, después, por la noche, parecía también súbitamente vacía.

Un año antes se había casado el teniente Lidio Marinho, y desapareció temporalmente de la circulación. Pero todos sabían que su ausencia era pasajera, que volvería cuando la vida de casado entrara en su normalidad. Y así ocurrió. Al terminar su tarea en Palacio aparecía por el billar y, casi todas las noches, se unía a ellos para ir a cenar o dar una vuelta por la Pensión, a veces se encerraba con una pupila y seguía teniendo líos en todas las pensiones. La esposa era para cuidarle la casa, darle hijos, recibir a las visitas.

Pero Georges se había ido en una partida sin regreso, reuniría otra pandilla en

Río, colegas de los barcos, amigos de toda clase. Fue una noche difícil, pero Vasco recordaba la frase y veía el rostro desgraciado de Gracinha; entonces animaba a los otros: un marinero no se rinde a la tristeza.

El nuevo comandante de Marina, el sustituto de Georges, capaz tal vez de sustituirlo en la pandilla, tardó meses en llegar y fue una completa decepción: sujeto huraño, poco dado a amistades, enemigo de trasnochar, con horror a las mujeres de la vida, circunspecto y consciente. Vasco dejó de frecuentar la Comandancia.

Continuó, sin embargo yendo al puerto para ver la entrada de los barcos, para adivinar las banderas; siguió también adquiriendo objetos náuticos y estampas de navíos; continuó saliendo todas las noches con Jerónimo y el coronel a jugar su póquer y a encapricharse con nuevas mujeres. Tenía entonces poco más de cuarenta años y ya todos se habían acostumbrado a llamarle comandante.

Se acercaba el fin del mandato del Gobernador, y era un final melancólico. El Presidente de la República, dominado por otras personalidades del partido, vetó su nombre para la prolongación del mandato, impuso otro nombre y por poco le niega también el escaño de senador, tradicionalmente reservado para los gobernadores cesantes. Consiguió, sin embargo, el escaño, pero se hundieron la carrera política de Jerónimo y su cargo oficial. Al fin lograron encontrarle un enchufe en Río, procurador o algo semejante. No era mal momio, pero su carrera política estaba hundida.

Con el cambio de Gobierno fue trasladado el coronel Pedro de Alencar, sustituido en el mando del 19 Batallón de Cazadores por otro coronel, amigo del nuevo Gobernador del Estado. Vasco ni llegó a conocerlo: era hombre fiel a sus amigos, a la memoria de la pandilla famosa, y desapareció de Palacio, de las fiestas, de las recepciones. Aún participaba en los desfiles del Dos de Julio y del Siete de Septiembre, con sus uniformes de gala, pero distante de la gente del Gobierno, mezclado con el pueblo.

No quiso unirse a otra pandilla, ingresar en otra parranda de juerguistas. Quien, como él, había pertenecido a la élite suprema de la ciudad, no podía mezclarse ahora con comerciantes y empleados de comercio, ni siquiera con médicos y abogadillos. Ocupaba, en pensiones y cabarets, mesas apartadas y solitarias, y el champán comenzó a tener en su boca un gusto amargo.

Y un día, Carol vendió la Pensión Montecarlo a un rufián argentino, sujeto de malas mañas, comercial y desagradable. Vasco la acompañó hasta el barco en que regresaba a Garanhuns, donde se le había muerto el cuñado, y la hermana reclamaba su auxilio y compañía. Recordaron en el muelle las grandes noches y los amigos: Jerónimo, de quien había sido amante fiel; el bello teniente Lidio Marinho, ahora capitán en Porto Alegre; el coronel Pedro de Alencar, impávido bebedor; y aquel inolvidable comandante Georges Dias Nadreau, con su aire extranjero, loco por las negritas, divertido como él solo. Todo aquello había terminado ya para Carol. Iba ahora a ayudar a criar sobrinos y sobrinas, respetable señora, viuda rica en la

tranquila y provinciana ciudad donde nació. Besó a Vasco en las dos mejillas con los ojos arrasados de lágrimas:

—¿Te acuerdas del rapto de Dorothy?

¿Por dónde andaría Dorothy? Un coronel del interior se había enamorado de sus ojos inquietos, era viudo y se la llevó a su hacienda. Vasco pasó con ella la víspera de la partida, noche de locura, como si su antiguo amor, aquella pasión alucinada, hubiera renacido con la misma fuerza de antaño. Nunca más tuvieron noticias suyas. Nadie supo si se había casado o no con el hacendado. Pero en el brazo derecho de Vasco siguió tatuado el nombre de Dorothy y un corazón.

—¿Te acuerdas del chino de los tatuajes?

Tantos recuerdos, tanto que recordar por el camino del muelle. El navío levó anclas rumbo a Recife. Carol, gorda y llorosa, se despedía agitando un pañuelo. «Un marinero no se rinde a la tristeza», ni siquiera cuando, huérfano, abandonó el muelle desierto rumbo a la ciudad.

Pasaron los años, fue desapareciendo el comandante Vasco Moscoso de Aragón de las pensiones de mujeres, de las salas de los burdeles. Tampoco era ya el jefe, el patrón de Moscoso & Cía. Ltda. El negro Giovanni murió repitiéndole que no se fiara de Menéndez, que el gringo no era de ley. Pero cuando Vasco quiso seguir sus consejos, asumir realmente la dirección de los negocios, ya Menéndez era el verdadero dueño de la firma. Vasco había gastado en aquellos años de locura lo que tenía y lo que le faltaba. Su cuenta deudora era espantosa. Fueron lentas y complicadas las negociaciones, con abogados ávidos y expertos. Finalmente, Vasco dejó la firma, y recibió unas casas de alquiler y acciones y bonos que le proporcionaban renta suficiente para vivir con decencia. Vendió la residencia de los Barris y compró una casita en el Largo Dois de Julho, donde instaló sus instrumentos náuticos; en la pared de la sala de visita los diplomas de capitán de altura y de Caballero de la Orden de Cristo; en el centro de la mesa, la caja de cristal con la miniatura del *Benedict*.

«Un marinero no se rinde a la tristeza» ni siquiera cuando de millonario pasa a un simple buen llevar, cuando los amigos se han marchado, cuando ya no se renuevan amores, cuando se pierde el gusto por la bebida y el sueño llega antes de medianoche. En la nueva casa, relacionándose con vecinos desconocidos, el comandante Vasco Moscoso de Aragón se hizo pronto popular y estimado. Se sentaba en una silla, en la acera, se reunían a su alrededor para escucharle, y él contaba sus aventuras en los largos años de navegación. Tenía siempre una bonita cocinera a su servicio, una mulatita cuidadosamente escogida.

Pasaron más años, se fueron plateando los cabellos del comandante Vasco Moscoso de Aragón. Ya no eran tan lindas las cocineras. La vida se iba poniendo cada vez más cara, y las rentas no crecían. También los vecinos habían dejado de tomarlo tan en serio como antes. Por lo visto, hubo quien dijo que jamás el comandante había puesto los pies en un navío, que su título de comandante había sido

el resultado de una broma en tiempos del gobierno de José Marcelino, y que la Orden de Cristo la había pagado a peso de oro cuando nadaba en dinero y el consulado de Portugal en Bahía estaba en manos de un comerciante.

Un día, más de veinte años después de la ceremonia en la Comandancia de Marina, un tipejo que había puesto una gasolinera en el barrio y a quien Vasco, siempre dispuesto a hacer amistades, comenzó a contar la terrible travesía del golfo Pérsico en noche de huracán, interrumpió con una carcajada la heroica narración:

—¡No me venga con bobadas...! Déjese de mentiras, comandante... guárdelas para esos idiotas... ¿Se cree acaso que no sé la historia? Todos la saben, y se le ríen por detrás... Mire, comandante, ahora tengo trabajo. No tengo tiempo para andarlo perdiendo con usted, oyendo cuentos chinos...

«Un marinero no se rinde». Fue difícil esta vez levantar la cresta nuevamente. ¿Por dónde andarían Georges Dias Nadreau, ahora, seguro, ya almirante, y el coronel Alencar, el teniente Lidio y el teniente Mario? Dorothy, ¿cómo le gustaría tener de nuevo ante sus ojos aquel perfil único, sus ojos inquietos, su rostro febril...! ¿Viviría aún Carol, cuidándose de sus sobrinos, haciéndose pasar por viuda, en una ciudad perdida, en Garanhuns de Pernambuco?

Aún iba con frecuencia el comandante a pasear por los muelles. Lo mismo daba que hiciera sol o que lloviese. Asistía a la entrada y a la salida de los navíos, conocía todas las banderas.

Ya no podría andar por allí nunca más de cresta erguida. Ni en el Largo Dois de Julho ni en cualquier otra calle de Salvador. Vendió la casa a buen precio y compró una en Periperi, suburbio adonde no llegaban los rumores de la ciudad. Tomó a la mulata Balbina de cocinera y amante, embaló los instrumentos náuticos, la rueda del timón, la escala de cuerda, el catalejo, el telescopio, las pipas, los diplomas enmarcados, su pasado en los puentes de los navíos, cruzando mares encrespados, tempestades, huracanes, y se mudó de casa.

Un viejo marinero de cabeza erguida, cabellera al viento en lo alto de los peñascales.

DONDE EL NARRADOR, EMBARULLADO Y OPORTUNISTA, RECURRE AL DESTINO

Vean los señores: se pone un esforzado historiador a rebuscar la verdad en anales tan confusos como éstos, y, de repente, tropieza con versiones encontradas y opuestas, merecedoras todas, al menos en apariencia, de completo crédito. ¿A quién creer? De las dos versiones expuestas, la del propio comandante, hombre de méritos indiscutibles, y la de Chico Pacheco, con tantos detalles comprobables, ¿cuál preferir y ofrecer a los lectores? Está este pozo tan abarrotado de obstáculos, atravesadas ruedas de timón y mujeres livianas, que no sé cómo llegar al fondo para arrancar de allí, resplandeciente y desnuda, la memoria de uno de los dos adversarios, y exponer la del otro a la pública execración. ¿A quién exaltar? ¿A quién denigrar? Para ser sincero, he de confesar que me encuentro, a estas alturas de los acontecimientos, desorientado y confuso.

Pedí consejo al doctor Alberto Siqueira, nuestra eminente aunque discutida luminaria de la ciencia jurídica. Juez durante tantos años, en el interior y en la capital, debería ser apto para vislumbrar la luz de la verdad en todo este barullo. Eludió el asunto el Meritísimo, afirmando que le era imposible una sentencia, y que ni siquiera podía dar un parecer sin previo y profundo análisis de los autos del proceso. Como si estuviese juzgando el pleito entre Chico Pacheco y el Estado, y no un trabajo de investigación histórica aspirante al premio del Archivo Público. Me dolió el trato dado a mis páginas, y se lo dije. Pero el enfatuado jurista me replicó secamente que a mi estudio le faltaban las más rudimentarias nociones de lo que es la tarea de un historiador. A empezar por las fechas. Sin fechas, nadie sabe cuándo ocurrieron los sucesos narrados, el tiempo que transcurrió entre ellos, día, mes y año de nacimiento y muerte de las principales figuras. ¿Dónde se ha visto un libro de Historia sin fechas? ¿Qué es la Historia sino una sucesión de fechas que recuerdan hechos y acontecimientos?

Me tragué su crítica en silencio. No se me había ocurrido el detalle. Y aprovecho para poner aquí el asunto en claro, añadiendo las fechas imprescindibles. De nacimiento y muerte apenas sé ninguna, ni la del viejo Moscoso ni la del gobernador siquiera. En cuanto al comandante, murió en Periperi, en 1950, a los 82 años. Tenía treinta y tantos años cuando era amigo íntimo de aquellas personalidades. Los hechos narrados por Chico Pacheco ocurrieron —verídicos o inventados—, a principios de siglo, durante el gobierno de José Marcelino, iniciado en 1904. ¿Qué otras fechas tengo que precisar? No lo sé, lo digo francamente. Además, nunca en mi vida conseguí aprenderme las fechas de los libros de Historia, ni los nombres de ríos ni los volcanes que hay en los de Geografía.

Por lo demás, la seca observación del Meritísimo obedece mucho menos a un justo criterio que a cierta mala voluntad hacia mí, demostrada últimamente por el juez. Comenzó hace días; dejó de tratarme con la misma estima, ya no me invitó más a acompañarlo a casa de Dondoca por las tardes, y, por más que trato de halagarlo elogiando sus ideas y virtud, se mantiene reservado, mirándome acusador. No sé el

motivo de tan brusca mudanza; debe de ser cosa de chismosos, pues no faltan intrigantes en Periperi, y muchos de esos canallas me envidian la intimidad con un jurista que tiene trabajos publicados en revistas del sur.

Incluso he llegado a pensar lo peor: que el Meritísimo sospeche, aunque sea vagamente, mis amores con Dondoca. Sería un desastre. Tratando del asunto con la chica me alarmé aún más. También ella ha notado en el juez un trato diferente: anda ahora muy preguntón, examinando sábanas y almohadas, exigiéndole constantemente juramentos de fidelidad.

Esto para colmo, como si no bastasen los quebraderos de cabeza que me trae este trabajo, esta ardua tarea de reconstruir la completa verdad en torno a las discutidas aventuras del comandante. Tengo aquí, ante mí, un montón de notas, resultado de mis investigaciones. ¿Y qué pasa? Si tomo unas, me encuentro en medio del océano, viajando por Asia y camino de Oceanía; Dorothy es la esposa angustiada del desatento millonario, abandonado al fin por el amor de un comandante de navío en cuyos brazos muere, de pasión y fiebres, en el sucio puerto de Makassar. Si tomo las otras, Dorothy es una ramera de la Pensión Montecarlo (pensión que, según mis investigaciones, existió realmente, y funcionó en el primer piso del inmueble donde, años más tarde, se estableció la redacción del *Diario de Bahía*), que largaba un amante tras otro, dormía con quien le pagaba y acabó amancebándose con un coronel del interior. Aquel sueco, Johann, que es piloto en unas notas, es comerciante en otras. Menéndez pasa de armador a socio de una firma comercial, aunque, eso sí, manteniéndose siempre de pésimo carácter. Total: un barullo de mil diablos.

Me han dicho que el tiempo acaba siempre por restablecer la verdad, pero no lo creo. Cuanto más tiempo pasa, más difícil es comprobar los hechos, encontrar pruebas concretas, detalles reveladores. Si ya fue difícil a los moradores de Periperi descubrir algo en aquellos tiempos, sin que llegaran a saber jamás quién mentía y quién decía la verdad, imagínense hoy, en este mes de enero de 1961, treinta y dos años después de los sucesos. Llegué a la conclusión de que sólo la intervención del destino, en una de esas casualidades aún sin explicación, puede realmente a veces llevarnos al conocimiento de la verdad. Sin ella, la duda será eterna: ¿Fue María Antonieta, liviana y corrompida como quieren los sectarios de la Revolución Francesa, o era una flor de pureza y bondad como la pintan los adoradores del oscurantismo realista? ¿Quién es capaz de descubrir la verdad pasado tanto tiempo? ¿Quién sabe si ella se acostaba o no con todos aquellos condes, hasta con el sueco?

Si no fuera porque el destino intervino en el momento exacto, no sé lo que hubiera acontecido en Periperi aquel año de 1929, a fines del invierno. Porque la población, ante la espantosa historia contada por Chico Pacheco, se dividió en dos mitades. Los partidarios del comandante por un lado, enarbolaban el título y la Orden de Cristo. Los detractores blandían la narración del ex inspector de Consumos. Se formaron dos partidos, dos sectas, dos columnas de odio. Se sucedían los encuentros violentos, y aquellos que habían mantenido la cabeza fría, como el viejo Marreco,

tenían un conflicto a cada instante. Los jubilados y retirados de los negocios, reumáticos, con los riñones averiados, casi todos con estrechamiento de uretra, se amenazaban unos a otros, se insultaban. Cierta día Zequinha Curvelo se lanzó ciego contra Chico Pacheco, anunciando a voz en grito su decisión de arrancarle su lengua viperina. Como dijo el jefe de estación, aquellos vejestorios andaban con el diablo en el cuerpo.

Se dividió la población y también el arrabal: en los bancos de la estación que daban cara al mar se sentaban los partidarios del comandante; en los que daban a la calle, los de Chico Pacheco. La playa quedó para los primeros, la plaza para los segundos. En Plataforma, el padre Justo iba recibiendo las noticias y se llevaba las manos a la cabeza: ¿Cómo escoger padrino de las fiestas de San Juan el año próximo?

En medio de todo, sólo un hombre permanecía tranquilo y sosegado, sonriendo con su expresión bonachona, subiendo a los peñascales para ver la llegada de los navíos, preparando su coñac caliente por la noche, ganando al póquer y contando historias: el comandante Vasco Moscoso de Aragón.

Cuando llegaron a sus oídos los primeros rumores de la agitación provocada por Chico Pacheco, se limitó a comentar con los íntimos:

—Simple despecho...

Y se encogió de hombros, dispuesto a ignorar todas las habladurías. No le fue posible hacerlo, sin embargo, pues una parte de los antiguos oyentes de sus historias le volvió la espalda, y muchos se reían de sus aventuras. Sus propios partidarios empezaron a decirle que era necesario hacer algo que probase, sin sombra de duda, la falsedad de la narración del ex inspector de Consumos. Zequinha Curvelo, tras el casi pugilato con Chico Pacheco, le abrió su corazón.

—Comandante, discúlpeme, pero hay que hacer algo para acallar a esos calumniadores...

—Creo que tiene usted razón. Había decidido ignorar esas miserias, pero como hay quienes las creen, sólo me queda una actitud...

Estaba en uno de sus mejores momentos: la mano apoyada en la ventana, perdida la mirada en el mar, la cabellera agitada por la brisa.

—Usted, querido amigo, y Rui Pessoa serán mis testigos. Voy a desafiar a ese calumniador. Tendremos un duelo. Como soy el insultado, tengo derecho a elegir armas. Exijo revólver de seis tiros, hasta agotar la munición. A veinte pasos. Será en la playa. El muerto rodará hacia el mar...

El entusiasmo se apoderó de Zequinha Curvelo. Salió a toda prisa para iniciar el cumplimiento de su misión. Fracasó. Chico Pacheco no quiso ni nombrar padrinos. No era hombre para duelos, eso de los duelos era una idiotez inmensa. En nuestro tiempo, ya anticuado, cosa ridícula. Él, Chico Pacheco, tenía horror a las armas de fuego; ni verlas le gustaba. Y el charlatán había sido amigo de oficiales del Ejército y de la Marina, era capaz hasta de saber manejar una pistola, de tener buena puntería. No, no lo iba a liar en un duelo. Si el charlatán quería, que lo demandara por

difamación, y él. Chico Pacheco, probaría todo lo que había dicho. Si tan valiente era, que fuera a la Justicia. Un duelo no probaba nada. Toda la ventaja la tenía el mejor tirador. No. No quería ni oír hablar de duelos.

Zequinha Curvelo pronunció una sola palabra:

—¡Cobarde!

La escena tuvo lugar en la plaza, donde se reunían los enemigos del comandante. Chico Pacheco perdió cierto crédito entre sus parciales. La perspectiva de un duelo agradaba igualmente a ambos bandos, los excitaba.

Fue, sin embargo, pasajera la ventaja del comandante. En el fondo persistía la duda. Sus historias ya no encontraban aquel eco antiguo, ya no despertaban el entusiasmo anterior.

El propio Zequinha Curvelo le hizo observar un día:

—La verdad es que las trolas de ese majadero nunca fueron desmentidas.

El comandante lo miró con sus ojos límpidos:

—Si tuviera que buscar pruebas para defenderme de un cobarde que huye del campo del honor, si entre mi palabra y la de él hay quien vacile, entonces prefiero marcharme de este pueblo para siempre. He visto anuncios de una casa en venta, en la isla de Itaparica. Allá por lo menos estaré en medio del mar, como si estuviese en el puente de un navío, lejos de envidias y de infamias.

Volvía a erguir la cresta:

—Un día me harán justicia. Lamentarán mi ausencia. Pero no me rebajaré a desmentir a un pusilánime, a un miserable cobarde.

Así estaban las cosas, en un callejón sin salida, cuando un nuevo acontecimiento llegó a imponer la verdad.

El nuevo suceso no dependió de la voluntad del comandante, ni de la de Chico Pacheco, ni de Zequinha Curvelo, ni de Adriano Meira, ni del viejo José Paulo, el Marreco, el único que no se exaltaba, que conservaba el equilibrio en medio de la tempestad. Fue el destino, el azar, denle ustedes el nombre que les plazca.

También quisiera para mí la intervención del destino, a ver si acababa de una vez con las sospechas crecientes del Meritísimo juez, doctor Alberto Siqueira, probándole la pureza de mis relaciones con Dondoca, reflejo sólo de la amistad que siento hacia la ínclita y desconfiada luminaria de nuestra jurisprudencia. ¿Imposible? ¿Por qué en realidad ando ornamentando la testa del Meritísimo, comiendo sus chocolatines y durmiendo con su amiguita? ¿Sólo por eso? ¿No saben acaso ustedes que el destino es caprichoso? Cuando interviene para restablecer la verdad, lo hace de acuerdo con sus simpatías y no a vista de pruebas y documentos. ¿Por qué no ha de poder entonces demostrar al Meritísimo mi inocencia, mostrándole incluso el servicio que le presto al sustituirle en el lecho de Dondoca? La dejo por las mañanas alegre y satisfecha, dispuesta así a aguantar, con paciencia y sonrisas, el rollo inmenso de nuestro emérito jurisconsulto.

DONDE SE CUENTA DE CÓMO EL COMANDANTE PARTE CON DESTINO IGNORADO, O PARA CUMPLIR SU DESTINO, PUES NADIE ESCAPA AL DESTINO EN ESTE MUNDO

Aquel día de lluvia ininterrumpida, chaparrones diluviales, viento cortante y frío, en que las olas llegaron a barrer el suburbio, el cielo cerrado en plomo oscuro, sin un rayo de sol, las calles encharcadas, también el comandante estaba de luto. Cinta negra en la gorra, brazal negro en su chaquetón marinero. Explicó a los íntimos, con voz conmovida, que era el aniversario de la muerte de Carlos I, rey de Portugal y de los Algarves, asesinado por exaltados republicanos en 1908, poco después de haber reconocido sus méritos honrándole con la Orden de Cristo. Todos los años, por esta fecha, se ponía de luto el comandante en memoria del monarca excelso que, desde las alturas de su trono, había sabido proclamar y premiar los hechos de quien abrió nuevas rutas al comercio marítimo.

En la estación, poco frecuentada aquel día, en un banco vuelto hacia el golfo, peroraba Zequinha Curvelo refregándole por los hocicos a Chico Pacheco (sentado al otro lado del andén cara a la calle), aquella Orden de Cristo, con medalla y collar, argumento incontestable. Sólo un irresponsable total era capaz de propalar una versión tan absurda: un rey de Portugal vendiendo, como si fuera bacalao, una encomienda tan respetable, negociando como un tendero cualquiera con una Orden venerable, famosa ya en tiempos de las Cruzadas y de los Templarios, tan seria y codiciada que hasta los republicanos la habían conservado, y para obtenerla porfiaban gobernantes y diplomáticos, científicos y generales, Realmente era mucha infamia decir y escuchar tranquilo aquellos disparates. No merecía el suburbio de Periperi la honra de albergar, en su vejez gloriosa, a ciudadano de tanta fama y prestigio como el comandante, portador de una distinción que en Bahía sólo J. J. Seabra poseía: La Orden de Cristo. El comandante estaba ya pensando, en vista de tanta envidia e ingratitud, marcharse de una vez; llevar a otro burgo más civilizado, el privilegio de contarle entre sus habitantes.

—Se larga porque lo he desenmascarado —empezó a responder Chico Pacheco—. Va a meter sus trolas a otros imbéciles, el viejo sinvergüenza...

No continuó porque llegaba el tren de las diez y de él desembarcaba un misterioso viajero, jamás visto por allí, cubierto con un impermeable, paraguas en mano, preguntando si alguno conocía el domicilio de un capitán de altura, el comandante Vasco Moscoso de Aragón. Tenía que verlo con urgencia. Un asunto importantísimo lo traía hasta él. Amigos y adversarios, unánimes, se levantaron para acompañarlo hasta la casa de las ventanas abiertas sobre el mar, a pesar de que en aquel mismo instante caía otra violenta tromba de agua. Y los jefes de los dos grupos, Zequinha Curvelo y Chico Pacheco, quisieron informarse del importante asunto que el forastero tenía que discutir con el comandante.

No se hizo de rogar el desconocido. De camino, esquivando los baches sucesivos donde los pies se hundían hasta el tobillo, fue contando sus propósitos: Un barco de la Compañía Nacional de Navegación Costera, un *Ita* de los grandes, había llegado

aquella mañana con la bandera a media asta. El comandante había muerto en la travesía de Río a Salvador, y el primer oficial había asumido el mando. Pero la ley exigía que, en el primer puerto y hasta la llegada de un comandante de la Compañía, fuera dirigido el navío por otro capitán de altura, cualquiera que allí se hallase desocupado, en vacaciones o ya jubilado. Leyes absurdas, como si el primer oficial no pudiera llevar el navío hasta Belem, donde la Compañía tenía otro comandante: uno de Para que pasaba las vacaciones en su tierra, y a quien habían cursado ya telegrama.

Él, el desconocido, era Américo Antunes, representante de la Costera en Bahía, y le había caído aquella breva. Como si no bastaran los líos del entierro del comandante...

—¿No tiraron el cuerpo al mar...? —quiso saber Zequinha.

Mejor hubiera sido. Le habrían evitado trabajos y quebraderos de cabeza. ¿Dónde iba a encontrar otro comandante? Fue, como es lógico, a la Comandancia de Marina, en cuyos libros constan los nombres y direcciones de los capitanes de altura diplomados en aquella Comandancia. Casi todos eran capitanes de lanchas fluviales, sin práctica de mar ni poderes para navegar en alta mar, y andaban por la banda de Sao Francisco con sus veleros. Comandante de verdad, con examen completo y tesis aprobada, sólo había uno, el tal Vasco Moscoso de Aragón, de cuyo paradero nada sabían en la Comandancia y a quien no habían encontrado en su domicilio declarado del Largo Dois de Julho. Pero al fin había descubierto, tras muchas idas y venidas, su domicilio actual, y venía a pedirle que tomara el mando del *Ita* hasta Belem, puerto final del viaje de ida, donde esperaría ya el otro comandante que lo traería de vuelta. Sería un favor a la Compañía y a los pasajeros, algunos ilustres, entre ellos un senador federal de Río Grande del Norte. Si no hubiera descubierto ese providencial comandante, barco y pasajeros hubieran tenido que esperar tres o cuatro días hasta que llegara otro capitán de altura de Río de Janeiro, lo que representaría un retraso para los pasajeros y un enorme perjuicio para la Compañía.

Chico Pacheco rió irónicamente:

—Pues van a tener que esperar, porque ese comandante no va a llevar el barco... Ya verá como no se mueve de aquí...

—No lo crea —cortó Zequinha Curvelo—. El comandante se sentirá muy feliz prestándoles este servicio...

—Feliz o no —aclaró el señor Antunes— tiene que hacerlo. Aunque esté de vacaciones o jubilado...

Llegaban ya a la puerta de la casa del comandante y lo vieron en la sala del fondo, ante la gran ventana que daba al mar, mirando la tormenta. Zequinha Curvelo lo llamó, hizo las presentaciones, explicó de qué se trataba frotándose las manos:

—Ahora comandante, podrá aplastar a esas serpientes.

Los adversarios se quedaron fuera, bajo la lluvia, sólo Zequinha Curvelo y Emilio Fagundes habían traspuesto el umbral, con el señor Antunes. El comandante miró a

unos y a otros silencioso. El representante de la Costera completaba las explicaciones de Zequinha, diciéndole cuan agradecida le quedaría la Compañía, dispuesta además a recompensarlo de acuerdo con el favor prestado.

—Juré no volver a poner los pies en un puente de mando. Es una historia triste. Aquí, los amigos, conocen los detalles.

A Zequinha Curvelo no le gustó nada aquel comienzo:

—Pero teniendo en cuenta las circunstancias...

—Un juramento es un juramento. Palabra de marinero sólo hay una.

Intervino Américo Antunes.

—Discúlpeme, comandante, pero está obligado. Es la ley. Usted lo sabe mejor que yo. Las leyes del mar.

—Y de la honra manchada por ese hatajo de envidiosos —añadió Zequinha.

El comandante veía el grupo adversario allá fuera, disolviéndose bajo la lluvia cada vez más fuerte. Sólo los más obstinados seguían allí, buscando el abrigo de la casa de las hermanas Magalhaes, y en el hueco de la puerta la silueta de Chico Pacheco. Se volvió hacia los dos amigos:

—Permítanme que hable a solas con el señor Américo. Deseo discutir con él unos detalles...

Lo llevó hacia la sala, dejando a Zequinha Curvelo y a Emilio en el vestíbulo. Duró poco más de diez minutos la conferencia. Vieron al comandante volver acompañando al representante de la Costera, que repetía:

—Puede estar tranquilo. Todo saldrá bien.

Un apretón de manos, y el forastero cruzó la calle, corriendo, pues se oía el pitido del tren que llegaba de Paripé y tenía que cogerlo. Chico Pacheco fue tras él para saber las novedades, pero no podía competir en ligereza con el otro, y cuando llegó a la estación ya estaba saliendo el tren.

El comandante explicó a Zequinha y Emilio:

—Exigí un documento firmado por el presidente de la Costera, reconociendo las razones por las que quebranto mi juramento...

—¿Va a tomar el mando, entonces...? —Zequinha estaba entusiasmado.

—¿Y por qué no había de ir, si el deber me obliga y me firman un documento descargándome del juramento? Dorothy me perdonará...

Va, no va, es un farsante, es un gran hombre. Creció la discusión, se extendió la noticia arrancando de sus casas a los retirados, atrayéndolos a la estación, a pesar de la lluvia que seguía cayendo sin tregua, cada vez más fuerte.

Discusión y lluvia continuaron incluso después de la partida del comandante, acompañado de Balbina, en el tren de las dos, vestido con su uniforme de gala. Caco Podre arrastraba las maletas, el comandante llevaba en la mano su magnífico catalejo. En la estación dio la mano a amigos y adversarios, indistintamente; y tal vez hubiera estrechado también la de Chico Pacheco si el ex inspector de Consumos no se hubiera retirado a un extremo del andén.

Llegó el tren. El comandante Vasco Moscoso de Aragón abrazó a Zequinha Curvelo, apretándolo largamente contra su pecho. No dijo una palabra. Ya en la puerta del vagón se llevó la mano a la visera en un saludo militar.

—Ha huido... —anunció Chico Pacheco—. Nunca volverá...

—Va a mandar un navío hasta Belem —afirmó Zequinha Curvelo.

—Hay que ser muy burro para creérselo. Como no den con otro comandante, el barco ese va a echar raíces en el puerto. El charlatán se ha largado y no volverá a poner los pies aquí... Y si no, al tiempo...

—Calumnias.

—¿Por qué entonces se llevó a la cocinera? Un día de éstos, ya lo verán, se presentará alguien a embalar los trastos. Y dirán que la casa se ha vendido. ¡Pero si ya estaba preparando la fuga...! Lo único que ha hecho ha sido apresurarla...

—La verdad se sabrá a su tiempo. Quien viva, la verá —dijo Zequinha, que amaba las frases rotundas.

A las cinco, aún varios de ellos se encontraban en la playa a pesar de la lluvia. Desde allí veían a lo lejos el muelle de Bahía, y distinguían en el día neblinoso, la silueta negra y majestuosa del *Ita* en las maniobras del desatraque. Salía una densa humareda de la chimenea; estaría la sirena sonando en aquel instante. Luego emproaría a la bocana y desaparecería más allá del rompeolas.

Las discusiones prosiguieron, ásperas y violentas, hasta que los diarios trajeron las primeras noticias, llegadas por telegrama.

TERCER EPISODIO

MINUCIOSA DESCRIPCIÓN DEL INMORTAL VIAJE DEL COMANDANTE AL MANDO DEL «ITA», CON LOS MÚLTIPLES SUCECOS DE A BORDO. ROMÁNTICOS AMORES, DISCUSIONES POLÍTICAS, VISITA GRATUITA A LOS PUERTOS DE ESCALA, CON LA CÉLEBRE TEORÍA DE LAS BAQUEANAS Y LOS VIENTOS EN FURIA DESATADOS

DEL COMANDANTE EN EL PUESTO DE MANDO

Subió a bordo acompañado por Américo Antunes, el representante de la Compañía. Un marinero le llevaba las maletas. Puesto el pie en el navío, sintió una fuerte conmoción y apenas pudo escuchar la voz del otro presentándolo a un hombre bien trajeado:

—Doctor Homero Cavalcanti, senador por Río Grande del Norte, el comandante Vasco Moscoso de Aragón...

—¡Qué suerte, comandante, que estuviera usted en Bahía! Si no fuera por usted estaríamos aún aquí, retenidos. Para mí sería un horror. Tengo asuntos importantes en Natal...

—El comandante fue muy gentil... —explicó Antunes.

—Sólo cumplo con mi deber.

Fue presentado al comisario de a bordo; los pasajeros lo rodeaban curiosos. Estaba resultándoles un viaje accidentado, con muerte a bordo, el cuerpo del comandante una noche y un día en el salón de baile transformado en capilla ardiente; luego la amenaza de demora en Bahía, la noticia feliz del descubrimiento del comandante retirado...

Atravesó, guiado por Américo Antunes, por entre el barullo del embarque, gente que se despedía, maletas arrastradas por los camareros, niños que se metían entre las piernas de la gente, los aullidos de un perro asustado en los brazos de una madura y elegante señora. Gruñó amenazador el pequinés hacia el comandante, queriendo saltar de los brazos de la viajera. Ésta sonrió al capitán, disculpándose:

—Perdone, comandante, él no sabe cuánto le debemos...

Sabían los pasajeros su gesto y lo valoraban debidamente. Vasco se sintió enardecido.

—Mi deber, señora...

Apetecible dama. El rastro de su perfume lo acompañó. El comandante aclaraba en voz baja con Américo Antunes:

—Quedamos en eso, ¿no? Sólo es un decir...

—Sólo un decir...

Subieron la escalera que llevaba a la cubierta reservada a los oficiales. Iba delante de ellos un marinero que colocó las maletas en el camarote del comandante. Vasco indicó hacia el lecho:

—¿Murió él ahí?

—No. Murió en el puente de mando. Repentinamente. Un colapso; pobre hombre...

Pasó el médico de a bordo. Se lo presentaron y los acompañó hasta el puente de mando, donde ya esperaban los oficiales en posición de firmes.

—El comandante Vasco Moscoso de Aragón, que nos honra y nos favorece haciéndose cargo del mando de nuestro navío hasta que lleguemos a Belem.

—Geir Matos, primer oficial...

Se acercó un muchacho rubio, sonriente. Vasco tuvo la impresión de que entre él y el representante se cambiaba un guiño. Pero ya el primer oficial le tendía la mano:

—Es un honor para nosotros estar a las órdenes de quien ostenta tan alta condecoración —se refería a la Orden de Cristo, que brillaba en el pecho del chaquetón del comandante.

Siguieron los pilotos, el jefe de máquinas, el segundo maquinista. Entonces el primer oficial, al frente de los demás, en el puente de mando, se inclinó hacia Vasco Moscoso de Aragón y le dijo:

—Esperamos sus órdenes, comandante.

Vasco lanzó una mirada hacia Américo Antunes. Éste hizo un gesto de asentimiento, como animándolo, y el comandante se dirigió a sus oficiales:

—Señores, saben ustedes que mi presencia aquí es sólo un requisito exigido por las leyes. No es mi intención modificar lo más mínimo los hábitos de a bordo en estos breves días en que el navío va a estar bajo mi mando. El barco está en buenas manos, señores. Siga usted, señor primer oficial, dirigiéndolo como hasta ahora. No deseo mezclarme en nada.

—Se ve, señor comandante, que es usted un verdadero lobo de mar, un veterano capitán conocedor de las costumbres de navegación. Sólo recurriremos al señor comandante si surge algún problema grave inesperadamente, un problema que exija sus conocimientos. Y esperamos que esto no suceda.

Américo Antunes dio por terminada la ceremonia:

—El navío es suyo, comandante. Y, en nombre de la Compañía Costera de Navegación, le deseo el más feliz y agradable de los viajes...

Se despidió. Se acercaba la hora de la partida. Vasco se quedó en el puente, oyendo cómo el primer oficial daba las órdenes. Retiraron la escala que unía el navío al muelle. La sirena aulló, y su sonido se perdió más allá de las torres de la iglesia. Los pañuelos marcaban un adiós sobre el muelle, lloraban las mujeres bajo la lluvia. El navío se fue apartando lentamente en las maniobras iniciales. Vasco miró en dirección a Periperi. Allí estarían, en la playa, los amigos. Seguro que entre ellos se hallaría Zequinha Curvelo, con el brazo tendido, la mano en adioses, deseándole éxito y buen viaje. Le hubiera gustado al comandante llevarse el catalejo a los ojos, vislumbrarlos entre la lluvia y la distancia que iba haciéndose mayor a cada instante. Pero ni siquiera se atrevía a moverse, en aquella hora solemne de las órdenes de partida.

DEL COMANDANTE EN LA PRESIDENCIA DE LA MESA A BORDO, EN MAR AGITADO, CON AMENAZAS DE REVOLUCIÓN INTESTINA E INTESTINAL

No estuvo el comedor muy concurrido en la cena de aquella primera noche. Llovía y aullaba el vendaval, el navío saltaba valientemente en el mar picado, desanimando a los pasajeros, que en su mayor parte se habían retirado a los camarotes.

Vasco quizá hubiera preferido encerrarse en la cabina para descansar de las emociones de un día tan movido y decisivo. Sería más seguro también, porque a veces le subía por el estómago un desasosiego amenazador. Pero era su deber presidir las comidas de a bordo en el comedor de pasajeros, en el centro de la gran mesa principal. El primer oficial, el comisario, los pilotos, el médico, se turnaban en la presidencia de las mesas menores. No podía faltar. Hizo de tripas corazón, se tragó dos píldoras del tubo comprado en una farmacia, con garantías expresas del empleado. Quién sabe si encontraría en la sala a la dama del pequinés, quizá pudiera cambiar con ella una sonrisa y unas palabras. Ya el senador de Rio Grande do Norte, doctor Homero Cavalcanti, esperaba hambriento e impaciente.

Con el senador a la derecha y a la izquierda un diputado federal por Paraíba, el doctor Othon Ribeiro, gran propietario y banquero, el comandante dio su primera orden a bordo: mandó servir la comida. Miró a su alrededor: muchos sitios vacíos; la dama del cachorro no se había animado a enfrentarse con el mar encrespado. Una pena.

El senador y el diputado discutían de política. La sucesión presidencial estaba en marcha. Un año agitado aquel 1929, con la discusión de las candidaturas, frente a frente Getulio Vargas y Julio Prestes, y la formación de la Alianza Liberal que reunía a los gobernadores de Rio Grande do Sul, Minas Gerais y Paraíba. El diputado paraibano amenazaba con revoluciones inminentes y fatales, susurraba que Siqueira Campos, Carlos Prestes, Joao Alberto y Juarez Tavora, estaban escondidos en distintos lugares del Brasil preparando la insurrección armada.

El senador se reía de aquellos rumores: el país se hallaba tranquilo y satisfecho, apoyando el programa de trabajo del eminente doctor Washington Luiz, que sería continuado por su sucesor, el no menos eminente paulista doctor Julio Prestes. Toda aquella agitación no pasaba de una tempestad en un vaso de agua. Nadie seguiría las consignas incendiarias de Joao Neves, Bautista Luzardo, Oswaldo Aranha. En cuanto a los militares, esos revolucionarios de vía estrecha, en el caso de que se atrevieran a cruzar la frontera abandonando su exilio en el Plata, serían implacablemente acosados por la policía y acabarían a la sombra. El comandante se inclinaba hacia la derecha y escuchaba, respetuoso, las palabras oficiales del senador.

—Policía. A la sombra... Mi querido senador, no se haga ilusiones. Esa policía de que nos habla no vale nada. ¿No sabe que hace pocos días vieron a Siqueira Campos por Sao Paulo? La policía quedó abobada. Cercaron el barrio entero. Y mientras tanto, él salía de la redacción del *Estado de São Paulo* con el doctor Julio de

Mesquida, vestido de cura. Atravesó por medio de policías... Todo el mundo lo sabe.

—Habladurías... No creo una palabra. Esos revolucionarios de opereta andan por Buenos Aires peleándose entre ellos. No se atreven a poner un pie en el Brasil; no hacen más que pedir amnistía. Son unos atolondrados, sin el menor asomo de sensatez. Cosa por otra parte sorprendente cuando hasta un Artur Bernardes se las da de revolucionario... Créame: no se atreven...

—¿Que no se atreven? ¿Acaso no es Rio Grande la frontera?

—Getulio Vargas no está loco para embarcarse en una aventura con esos botarates. ¿Cree que esa cuadrilla va a hacer una revolución para sentar a Getulio en el Catete? Si tuvieran alguna posibilidad no sería con Getulio con quien iban a unirse. Lo harían con Isidoro o con Prestes. ¿No le parece, comandante?

Vasco prefería no opinar y, sobre todo, no ver la sopa, una crema blanca, repugnante, absolutamente contraindicada en la situación del mar aquella noche. Tendría que llamarle la atención al comisario para que no repitiera aquel descuido. El menú de a bordo tenía que prepararse de acuerdo con las previsiones atmosféricas. Empujó el plato, hizo un gesto vago en respuesta al senador. Había perdido ya las esperanzas de que llegara, aunque fuera con retraso, la dama del perrito. El diputado volvió a la carga, tras acabar, ¡inconsciente!, con el plato de sopa.

—Pues siga no creyendo, senador. Siga uncido al carro de ese cabezota de Washington, y cuando se dé cuenta será tarde; la hoguera estará encendida bajo sus pies. En mi último viaje por el norte, en un *Ita* igual a éste, ¿sabe quién venía a bordo y se quedó en Recife? Joao Alberto. Sí, señor. Se lo puedo asegurar, porque seguro que ya no está allí. Viajaba como representante de una firma de Río, pero lo reconocí en seguida. Todos esos marinos —e indicaba al comandante— están a nuestro lado, con la Revolución. Traen y llevan a los conspiradores en sus cabinas. Y toda la nación lo está también. ¿No es verdad, comandante?

Una pura y asquerosa provocación el otro plato. Trozos de pescado nadando en salsa de tomate y camarones, acompañado todo de puré de patata donde se veían, amarillentas, las franjas de mantequilla. Bastaba abrir los ojos ante aquel horror y el estómago se revolvía. El comandante, para evitar la directa y peligrosa pregunta del diputado, hizo un esfuerzo desesperado, se llevó un vaso a la boca amarga. Aquel diputado de Paraiba era, evidentemente, un bocazas: venga hablar de revolucionarios y conspiraciones mientras engullía vorazmente los trozos de pescado, los camarones, el puré mantecoso. Pocas veces había caído tan baja la naturaleza humana, pensó el comandante ante aquel asqueroso espectáculo. Indicando con un chasquear de lengua la excelente calidad del pescado, el diputado seguía con su tema:

—Fíjese, aquí mismo, en este barco, pueden estar Prestes o Siqueira. Escondidos en el camarote del médico o del maquinista. O en el de nuestro bravo comandante, ¿por qué no?

El senador se estremeció: a pesar de su aparente serenidad y de su confianza en la fuerza del Gobierno, aquellos rumores le desasosegaban. ¿No le había confirmado la

policía el paso de Juares Tavora poco tiempo antes en dirección a Natal? ¿No le habían dicho que conspiraba con los jóvenes oficiales dirigidos por Juracy Magalhaes y que los conspiradores se reunían en el Café Filho? ¿No había recibido el soplo de que se reunían en las proximidades de Palacio? La policía había descubierto el rastro del revolucionario cuando ya éste había partido hacia Paraiba, donde todos sabían que la casa de José Américo de Almeida era el centro de la conspiración. ¿Por qué no seguía Ze Américo escribiendo sus novelas en vez de meterse a revolucionario? Podía tener razón el diputado y hallarse en el navío uno de aquellos perturbadores del orden público. Lanzó una ojeada de desconfianza hacia el comandante, y notó en él algo extraño. El diputado insistía, alarmante:

—Un día de estos llegará un *Ita* a Natal, un barco inofensivo, y en vez de desembarcar pasajeros, suelta una carga de revolucionarios por las calles. Marchan contra Palacio, pum, pum, pum... pum... a tiros... No se engañe: toda esa gente de la Costera está con los tenientes. ¿No es verdad, comandante?

—No pertenezco a la Costera. Navegué siempre por el océano hasta jubilarme. Estoy aquí debido al lamentable...

—¡Ah! Es verdad, lo olvidaba. Fue usted quien nos sacó del atolladero... Si no aún estaríamos esperando la llegada de otro comandante desde Río. ¡Sí, señor, muy bien! No es que me importara quedarme unos días en Bahía. No tengo prisa, como el senador, que tiene que llegar en seguida a Natal. A mí me gusta Bahía. Buena tierra aquella, aunque la Alianza Liberal anda muy débil por allá, con ese Vital Soares candidato a la vicepresidencia... En compensación, hay cada hembra como para volverse loco... ¿no es así...?

Sonrió con un esfuerzo el comandante, asintiendo. El senador, contento con el nuevo rumbo de la conversación, intentaba olvidar a aquellos revolucionarios que habían estado a punto de fastidiarle la cena, y aprovechó la pausa:

—Navegación de altura... mar adentro. ¿Conoció muchos países, comandante?

—Prácticamente, el mundo entero. Navegué bajo muchas banderas.

—Profesión tentadora, pero un poco monótona, ¿no? Tantos días de mar, sobre todo en los viajes largos... —filosofó el senador.

—Pero de vez en cuando deben pegarse buenas juergas, ¿eh, comandante? —el diputado había abandonado a los conspiradores por las faldas.

El pollo asado estaba tentador. Vasco apenas había comido nada, fuera del pan. Era difícil cortarlo debido al balanceo. Agarrarlo con la mano no quedaría bien.

—Un comandante a bordo es un eremita.

—¡Bueno, comandante! ¡No me venga con historias!

—En los puertos sí, puede uno echar una cana al aire...

—Y de todo ese mundo que ha corrido, ¿dónde encontró las mejores mujeres, las más calientes?

No era hora para hablar de aquello. El pollo exigía toda la atención y cuidado: amenazaba con saltar del plato. Vasco hizo un gesto vago:

—Es difícil decir: depende...

—Pero, bueno, todos sabemos, por ejemplo, que las inglesas son frías, las francesas no buscan más que el dinero, las españolas un volcán... Hasta yo, que no salí nunca del Brasil...

—Bien, la verdad es que hay diferencias. En mi opinión, las más ardientes... — hizo una pausa, bajó la voz, el senador y el diputado se inclinaron para oír la revelación—... son las árabes.

—¿Calientes? —preguntó un diputado.

—Un incendio...

—Cuando yo era muchacho había una turca con casa abierta en Campo Grande. Cosa fina. Pero cobraba un dineral. No había muchacho que llegara. Sólo los hacendados ricos —recordó el diputado.

La ensalada de frutas, con su caldo azucarado, estuvo a punto de provocar el desastre. Apenas engulló el comandante la primera y última cucharada, tuvo que recurrir a todo su carácter para dominar el estómago. Todas sus vísceras estaban en conmoción, sentía una especie de asco de la vida, un desencanto. Afortunadamente no estaba allí la gentil y bonita dama del pequinés, con su aire balzaquiano. No habría podido conversar con ella, no tenía ganas de nada, lo único que deseaba era que acabara la cena.

—Casi no ha comido nada, comandante —el diputado seguía devorando.

—No me encuentro bien. Comí fruta verde. No quiero abusar.

—Pensé que se mareaba. ¡Imagínese: un comandante mareado! Qué absurdo...

Se rieron los tres de la idea, ridícula e imposible. Vasco decidió no arriesgarse con el café. Esperó, conteniéndose, a que todos acabaran. Se levantó y dio por terminada la cena. El diputado intentaba retenerlo en cubierta:

—¿Y si usted descubriera, comandante, uno de esos revolucionarios escondido en su camarote? ¿Qué haría? ¿Lo entregaría a la policía o guardaría el secreto?

¿Qué haría? ¿Sabría actuar en un caso semejante? No se metería en política. Desde el fin del gobierno de José Marcelino y del asesinato de S. M. Carlos I de Portugal y de los Algarves vivía apartado. No quería saber nada de revolucionarios y revoluciones; que se fueran al diablo Washington, Julio Prestes, Getulio. Nada le impediría ahora volver urgentemente a su cabina. Ni la sonriente criatura del cachorro si apareciera por allí. Quería estar solo, acostado, con la cabeza apoyada en una almohada.

—Disculpe, doctor. Tengo que volver a mi puesto, al puente de mando. Voy a ver cómo va todo.

—Pues vaya y luego vuelve. Echaremos una parrafada. Estaré en el salón de lectura.

Vasco se precipitó escalera arriba. La lluvia azotaba la cubierta. Un bulto se cruzó en su camino hacia la cabina.

—Buenas noches, comandante.

Era el médico de a bordo, fumando un puro bahiano.

—¿Va al puente a tirar de su cachimba? ¿De verdad no prefiere un bahiano?

—Muchas gracias; sólo fumo en pipa...

—¿Es de Bahía mismo usted, señor comandante?

—Sí, soy...

—¿Y no le gustan estos puros? Es un crimen... —se rió.

—Cuestión de hábito. Perdone: voy a descansar un poco...

—¿Tan temprano?

—Fue un día fatigoso...

—Buenas noches, pues...

El viento le metió en las narices la hedionda humareda del purazo; una ola más fuerte sacudió el navío. Vasco salió corriendo hacia el camarote. El médico bajaba la escalera, afortunadamente. Porque no tuvo tiempo de llegar a la puerta. Se echó sobre la borda y le salieron vida y honra a borbotones. Tenía la impresión de que había llegado su hora postrera. Se sentía sucio, humillado, hecho un guiñapo. Miró con miedo: nadie por allá. Fue andando hacia la cabina. Se cerró por dentro y se tiró en el camastro, sin fuerzas para desnudarse.

Amaneció un sol de Dos de Julio, brillante y cálido, el cielo despejado, el mar como una sábana de acero reluciente, cortado por el orgulloso *Ita*, de altanera proa. Cuando el comandante salió del baño encontró el desayuno servido en su camarote, y el mozo de a bordo muy solícito, sonriéndole. Nuevamente de cresta erguida, aspiró el aire de mar como en sus tiempos de travesías por las rutas de Asia y Australia. Se puso el uniforme blanco tarareando la melodía de aquella cancioncilla de la danzarina Soraya, una que hablaba del mar y de marineros.

Se disgregaba por las salas, cubiertas y corredores la población característica de aquellos *Ita* que durante tantos y tantos años subieron y bajaron por la costa brasileña, desde Porto Alegre a Belem de Para, cuando los aviones aún no surcaban el cielo acortando distancias, acortando el tiempo y arrebatando a los viajes todo su encanto y poesía. Cuando el tiempo era más lento y menos aprovechado, menos gastado en la prisa inútil por llegar cuanto antes, en una avidez de vivir tan rápido que transforma la vida en una pobre aventura sin color ni sabor, una carrera, un atropello, una fatiga.

Existían tres tipos de *Ita*, los grandes, los medianos, los pequeños, con ciertas diferencias de confort y rapidez, pero todos igualmente alegres, limpios y agradables. El viaje, placer: se establecían relaciones, se hacían amigos, se iniciaban amores y noviazgos, no existía mejor luna de miel para los recién casados, eran de fiesta todos los días a bordo.

Los *Ita* grandes sólo hacían escala en las capitales importantes, y de Río hacia el Norte paraban en los puertos de Salvador, Recife, Natal, Fortaleza, Belem. Los de tonelaje medio se detenían además en Vitoria, Maceió, Sao Luis. Los pequeños prolongaban el viaje, parando también en Ilheus, Aracajú, Cabedelo, Paranaíba, desembarcando y recibiendo pasajeros. El que ahora mandaba Vasco Moscoso de Aragón era uno de los mayores.

En él bullía la inquieta y alegre humanidad habitual de los *Ita*: políticos en visita a sus bases electorales o de regreso de un rápido viaje a Río. Los políticos iban y venían en aquel año de campaña presidencial, en un tránsito intenso de esperanzas y ambiciones. Comerciantes e industriales, de vuelta con la familia de una estancia en la capital de la República, viaje de placer y de negocios. Muchachas y señoras que volvían después de pasar una temporada en casa de unos parientes en Río o en Sao Paulo; caravanas de estudiantes que volvían del clásico viaje al Sur, mediada su licenciatura, recordando entre carcajadas las juergas, los cabarets, los paseos, las mujeres, y a veces los paisajes que habían conocido. Convalecientes de operaciones y tratamientos difíciles que habían ido a la capital a buscar los tratamientos hospitalarios inexistentes en sus Estados, la ciencia y los cuidados de médicos de fama nacional y precios altos. Solteronas con la esperanza de un novio surgido de las ondas; frailes en vacaciones; misioneros destinados a las catequesis de las selvas; literatos de la capital en ruta a las ciudades del Norte, con las maletas llenas de

sonetos y conferencias; funcionarios del Banco del Brasil trasladados a aquellas sucursales lejanas, curiosos siempre de detalles sobre su nueva residencia. Tahúres que cambiaban de barco a cada viaje, pasando de un *Ita* a un *Ara*, de un *Ara* a un *Lloyd Brasileiro*, soplándoles los cuartos a los cosecheros de cacao, de algodón, de babaçú, a los ganaderos y fabricantes, de regreso de su primer e inolvidable visita al Pan de Azúcar, a Corcovado, a Copacabana, al Assirio, cabaret en el sótano del Teatro Municipal, al Mangue. Viajantes de las grandes firmas con su repertorio de anécdotas. Y la inspiradora presencia de las prostitutas, relegadas en general a la segunda clase, con los ojos clavados en hacendados y comerciantes, apareciendo de madrugada en las cubiertas de primera.

Era uno de esos *Ita* en los que bajaban del norte y del nordeste políticos y empleados, poetas y novelistas, los «cabezas-chatas» impávidos y pobres, de pecho abierto e indómita resistencia ante las crudezas de la vida, hechos de vivacidad, de imaginación y fuerza de voluntad, dotados con el poder de la improvisación y de la creación poética, nacidos en las tierras áridas, batidas por la sequía, o en las barrancas de los ríos gigantescos cíe crecidas colosales, las paraenses y bahianos, los pernambucanos y cearenses, alagoanos, maranhenses, sergipanos, piauienses, los papa-jerimuns del Rio Grande do Norte. Aquellos que se hicieron música popular en la voz del poeta y cantor de las gracias de Bahía, junto con todos los *Ita*:

*Tomé un Ita en el Norte
Para venir a Río a morar.
Adiós mi padre y mi madre,
Adiós Belem de Pará.*

Los que volvían ahora, bajo el mando y los cuidados de Vasco, eran los mismos embarcados muchos años atrás en un *Ita* cualquiera, hacia el sur, en busca de fortuna, de éxito, de poder o sólo de una posibilidad de ganarse la vida.

Entre ellos paseaba, con su impecable uniforme blanco, el comandante Vasco Moscoso de Aragón. Había pasado antes por el puente de mando, donde el primer piloto le informó de que todo iba en orden, sin novedad, que el viaje transcurría normalmente, y que llegarían a Recife a la mañana siguiente y partirían, si no ordenaba otra cosa, a las diecisiete horas.

—Ya les dije que no quiero alterar de ningún modo las costumbres de a bordo ni ponerme a dar órdenes donde todo se halla en buenas manos. Voy a dar una vuelta por ahí...

—Muy bien, comandante. Su presencia va a alegrar a los pasajeros. Les entusiasma hablar con el comandante, hacer preguntas sobre el viaje.

Iba distribuyendo amables «buenos días» y sonrisas. Acarició la cabeza de una chiquilla que corría por cubierta. Encendió la pipa: si el mar seguía así, este viaje iba a ser el premio de su vida. Varias personas estaban ya en las tumbonas. Muchachos y muchachas, en ruidosa animación, disputaban partidas de malla, ping-pong y golf

sobre cubierta.

En la sala de estar empezaban a organizarse las mesas de póquer. El comandante paseó una mirada por las sillas, pero no vio más conocido que el senador. Se dirigió hacia él.

—¡Oh! Buenos días, comandante. ¿Cómo va el viaje? ¿Ya tiene el horario de llegada a Recife?

—Nos dará el alba en el puerto, si Dios quiere. Y saldremos a las cinco de la tarde.

—Tiempo suficiente para comer con el gobernador y discutir con él unos problemas políticos. Siempre me escucha, como todos los gobernadores del noroeste, ciertamente. Oyen mi opinión y me piden consejo. Saben cuánto me aprecia el doctor Washington.

—Es un honor para mí tenerlo a bordo, senador. —Se sentó el comandante en la silla contigua—. Un honor y un placer.

—Quien se queda en Recife es Othon...

—¿Quién?

—El diputado que estaba a su izquierda. Un chico de talento, pero perdido. ¡Mire que meterse en esos desatinos de la Alianza Liberal! Él y otros de su banda arrastraron a Paraíba a esa locura. Un Estado pequeño, que depende de la Presidencia para todo, ¡imagínese! Y como saben que la elección la tienen perdida andan inventando golpes y revoluciones.

—Confieso que ayer estaba un poco asustado con tanto hablarme de conspiradores a bordo...

—Ya ve: un chico de futuro que se está echando a perder. También bebe mucho, y no puede ver una falda sin encabritarse. Ya de madrugada andaba a vueltas con esas artistas...

—¿Qué artistas?

—Embarcaron en Río. Una compañía que va a actuar en Recife. Un conjunto pequeño, cuatro mujeres y cuatro hombres. Las mujeres no estaban ayer en el comedor, por eso no las vio —indicó con el labio—. Ahí viene Othon con ellas. Vea si ese es modo de comportarse todo un diputado federal... De palique con unas cómicas... A la vista de todo el mundo...

El comandante vio a tres muchachas, dos de ellas con pantalones, con una osadía casi escandalosa entonces; la tercera, con un vestido leve y vaporoso; reían en torno al diputado.

—¿Y la cuarta?

—Es una vieja que hace papeles de criada... Debe de andar por ahí haciendo ganchillo... Se pasa el día con la aguja en la mano.

Othon los vio.

El diputado les saludó con la mano y se acercó rodeado por las artistas.

—Vengan a conocer a nuestro nuevo comandante.

El senador saludó con una inclinación de cabeza, sin levantarse de la silla. No le gustaba que lo vieran de charla con gente de teatro. Vasco se levantó y se inclinó al dar la mano a las muchachas.

—Qué placer, comandante... —sonreía la morena de senos opulentos, al lado de Othon.

—Dígame una cosa, comandante... ¿Va a seguir este bicho danzando como ayer? En mi vida me vi en otra igual: es el primer viaje por mar... —hablaba una rubia delgadita, de ojos grandes.

—Les garantizo un tiempo perfecto hasta el fin del viaje. Encargaré para la señorita un mar de rosas.

No en vano el comandante había andado por los bailes de Palacio y en la Pensión Montecarlo, no en vano había cruzado los mares mandando grandes transatlánticos, llevando pasajeros de Nápoles y Génova hasta Oriente. Sabía tratar a las mujeres bellas y gentiles.

—El comandante es un amor... —dijo la tercera, de cabello ondulado y hoyuelos en el rostro.

—Othon... el doctor Othon nos contó que el señor comandante ha viajado por todo el mundo... Que hasta ganó medallas, ¿no es verdad?

—Viajé bastante, sí. Durante cuarenta años.

—¿Estuvo en Holanda? —quiso saber una, la de los hoyuelos, llamada Regina.

—Sí, señorita...

—¿Y conoció por allá a la familia Van Fries? Viven... espere a ver si me acuerdo... En Sassvangent, o un nombre así...

—¿Van Fries? Pues no recuerdo ahora... Yo traté sobre todo a armadores y gentes de mar. ¿Estaban estos Van Fries ligados de algún modo a la vida marítima?

—Creo que no... Theun me dijo que cultivaban tulipanes...

—¿Y quién fue ese Theun cultivador de tulipanes? —quiso saber el diputado, cuya mano se apoyaba familiarmente en el brazo de la morena.

—Un amor que tuvo... hace tiempo... —explicó la; delgadita.

La morena opulenta lanzó una mirada lánguida a Othon.

—Una se enamora y acaba sufriendo...

El senador se levantó. La cubierta empezaba a poblarse y no quería ser visto en aquella tertulia inconveniente.

Regina confesó:

—Era el hombre más hermoso que vi en mi vida. Me volvió loca... Tenía un aire así, como el señor comandante, aunque era un poco más alto...

—¿Está viendo, comandante? —rió el diputado—. Ha hecho una conquista...

—... y más joven, claro...

—¿Qué puede esperar un viejo a mi edad...?

—¡Oh!, comandante, deje eso... no le quise ofender. Usted no está tan viejo. Aún está terne y de buen ver...

—El comandante aún es un trozo de mal camino en la vida de una mujer... — comentó la delgadita, cuyos ojos acompañaban al senador, que desaparecía en la sala de estar.

—¿No se lo he dicho, comandante? Está usted partiendo corazones. —Los dedos de Othon bajaban por la cadera torneada de la morena; ella le cogió la mano y se retiró mirando alrededor.

Reían las muchachas, alegres en la mañana de sol y mar tranquila.

—¿Cuándo estrenan en Recife? —quiso saber Vasco.

—Mañana por la noche, en el Santa Isabel.

—Qué pena. No podré ir al espectáculo. Iré a la vuelta si pernocta allí el navío... Quiero aplaudirlas...

El ladrido de un can cortó su frase. Se volvió y vio a la bonita dama del pequinés, con un vestido escotado en los hombros y corto en las rodillas, una cinta en el pelo, riñendo amorosamente al perrito.

—Ésa se viste como si tuviera quince años... —comentó la morena.

—No deja al perrito. Nunca vi tanto amor; ni que fuera un hijo...

—Es más que un hijo... —dijo el diputado.

—¿Qué es entonces? —quiso saber la de los hoyuelos.

—Se lo diré al oído...

—Al mío... —reclamó la morena.

Le susurró algo Othon, la boca pegada al oído de la morena; ella tapó la risa con la mano, escandalizada.

—¡Qué horror! Este hombre es imposible...

—¿Qué ha dicho? Dime...

Vasco cumplimentaba con la cabeza a la dama del pequinés, víctima del diálogo de las artistas con el diputado. Ella sonrió respondiendo, pero luego sus ojos tropezaron con el grupo que rodeaba al comandante y se volvió de espaldas con un movimiento brusco. Vasco se inquietó; deseaba ir a ayudarla a armar la tumbona. La delgadita le preguntaba:

—¿Piensa usted lo mismo?

—¿Qué, señorita?

—Eso que acaba de decir el doctor Othon...

—No sé de qué habla... Dispensen, por favor.

Salió rápidamente. Se aproximó a la dama, agarró la silla que ella no conseguía armar, un brazo ocupado en sostener al pequinés.

—Permítame, señora... Ella agradeció:

—Oh, no se moleste... Muchas gracias...

—Fue un placer, créame... Pero siéntese, por favor.

Se sentó. Puso el animal en el regazo. El perrito mostraba los dientes al comandante, gruñía. Vasco se apoyó en la barandilla, enfrente.

—¡Quieto, *Jazmín*; respeta al comandante!

—No le gusto...

—Igual hace con todo el mundo al principio. Tiene celos. Luego se acostumbra...

Y con voz burlona y un poco enfadada:

—Sus amigas reclaman su presencia, comandante. Vea cómo nos miran y cuchichean...

El comandante miró disimuladamente hacia las artistas y el diputado. Estaban riéndose. La delgadita le guiñó un ojo.

—No son amigas mías. Acababan de presentármelas.

—Son artistas. O eso dicen. De tercer orden desde luego. Más parecen mujeres de la vida. Desde Río vienen escandalizando con todos los hombres a su alrededor. Y ese doctor Othon no las deja un minuto. Como si no hubiera nadie más a bordo.

—No es posible. La señora exagera, estoy seguro. ¿Con la señora a bordo, cómo puede él mirar a otra mujer?

—Comandante, por amor de Dios, me desconcierta...

—¿Se queda también usted en Recife?

—Voy hasta Belem de Para. Vivo allí... —y suspiró.

El comandante le miró la mano. No llevaba alianza.

—¿Fue a Río de vacaciones?

—A pasar unos días con mi hermana. Su marido es ingeniero de caminos en el Ministerio.

—¿Y no quiso quedarse allá?

—No podía. La casa no es muy grande. Y tienen cinco niños. Vivo con mi hermano, en Belem. Está casado también, pero sólo tiene dos hijos...

—¿Y usted...?

—¿Yo? —Volvió el rostro. Su mirada se perdió en el horizonte—. No quise casarme...

Hubo un breve silencio. Vasco se calló, temiendo haber cometido una indiscreción, tal vez se había portado incorrectamente. Ella permaneció pensativa y melancólica.

—¿Y usted, señor comandante? —acabó preguntando—. ¿Vive en Bahía su familia?

—No tengo familia.

—¿Viudo?

—Solterón. No tuve tiempo para casarme. Esta vida del mar, siempre embarcado...

—¿Y no pensó nunca en casarse? ¿Jamás?

El comandante sujetó la pipa con la mano. Su mirada se perdió también en el cielo infinito.

—No tuve tiempo...

—¿Sólo por eso? ¿Nada más? —Y la dama dejó escapar otro suspiro, como dando a entender que sus motivos eran más serios y dolorosos.

Suspiró igualmente el comandante:

—Recordar. ¿Para qué?

—¿Usted también? —Y ella suspiró de nuevo—. Es triste este mundo.

—Triste para quien está solo —dijo él.

Crecía el grupo en torno de las actrices; sonaban carcajadas y comentarios; se iba llenando la cubierta. Ahora todas las sillas estaban ocupadas. Una pareja de novios pasaba, cogidos de las manos. Les ladró el pequinés. La dama dijo:

—No creo en los hombres. Son todos unos hipócritas.

Era profesora de piano y se llamaba Clotilde.

**DEL COMANDANTE COMANDANDO, LA DAMA SUSPIRANDO, LA DANZARINA DANZANDO Y
EL NAVÍO NAVEGANDO EN MAR DE ROSAS Y MOZAS**

Se desperezaban las busconas en las cubiertas de segunda, arreglándose las uñas, leyendo *Escena muda* y el *Cinearte*, peinándose las melenas, tendidas al sol como lagartas. Bajaban de primera los estudiantes, rondaban a las mujeres, acababan pegando la hebra, confraternizando. Uno de ellos tocaba la guitarra, acompañando a una muchacha en una popular *marchinha* de la época, referente a las elecciones:

*O seu Tónico
Do torrao do leite grosso
Ponha a cêrca no caminho
Que o paulista é un colosso,
Pega a garrucha
Finca pé firme na estrada,
Que con ese puxa-puxa
Faz-se do leite coalhada.*

El comandante paseaba la mirada desde el puente sobre la segunda clase. Tenía que bajar allá, hablar con aquella gente: al fin y al cabo eran también sus pasajeros. Sin querer confesarse el íntimo deseo de frecuentar la agradable compañía de las rameras. Guardaba de sus tiempos de mozo, de los burdeles y pensiones de Salvador, de las aventuras en escondidos puertos del Pacífico, un grato y amable recuerdo de las mujeres de la vida. Con ellas sabía conversar, no le costaba esfuerzo, no tenía que medir las palabras como se veía obligado a hacer con las pasajeras de primera, muchachas y señoras de buena familia, algunas muy llenas de sí. Sacó la conclusión de que el navío era un mundo en miniatura, donde había de todo, desde ricachos y poderosos, políticos y banqueros, hasta las pobres mujeres cuyo negocio es su seducción, cuyas herramientas son su atractivo y su cuerpo. Y él era el indiscutido rey de aquel mundo, el comandante, la mayor autoridad a bordo, sin discusión, sin límites en su poder.

Aquella misma mañana, al subir al puente antes de la comida, arriesgó un comentario crítico, hablando con el comisario, referente a la cena del día anterior. Aquella sopa, aquel pescado, que no se molestara el comisario, pero no eran platos para servir con mar picada. En los grandes navíos extranjeros tenían mucho cuidado con detalles de esos. El primer oficial, que asistía a la conversación, le apoyó calurosamente, con insistencia hasta exagerada tratándose de asunto tan secundario.

—Tiene usted toda la razón, comandante. Es una falta lamentable y no debe repetirse. Es lo que digo siempre: no hay nada tan importante en un barco como un comandante responsable y capaz.

—No es que quiera meterme en sus asuntos... Pero el senador, por ejemplo, el pobre casi no probó la comida.

El comisario le escuchaba con el ceño fruncido, pero ante la firme posición del primer oficial, cambió de actitud, se inclinó humildemente, presentando disculpas:

—Realmente, comandante, me olvidé de consultar el servicio meteorológico antes

de establecer el menú. No volverá a ocurrir. Lo mejor será que de ahora en adelante le presente la carta para su aprobación.

—Sí, es mejor —apoyó el primer oficial.

—No, señores; no es necesario. De ninguna manera. Yo, repito, no quiero intervenir en nada, estoy aquí solo...

—El señor es el comandante.

Le gustó aquello, sobre todo la impecable actitud del primer oficial. Muchacho simpático aquel Geir Matos, lo recomendaría a la Costera cuando presentara el informe sobre el viaje.

En tan pocas horas de travesía y convivencia su popularidad se había asentado firmemente entre los pasajeros. Hablaba con unos y con otros, informaba sobre la velocidad del navío —trece millas horarias, millas marítimas, naturalmente—, de la hora de llegada a Recife, de la de partida, se hacía el modesto cuando le recordaban sus hechos marítimos y le preguntaban el motivo de su condecoración. Modesto, pero no se hacía rogar.

Así, por la tarde, se vio rodeado en la sala de estar por un enorme grupo que asistía, pendiente de sus labios, al relato de sus aventuras. Contó primero la de la tempestad en el mar de Bengala, en un carguero de bandera inglesa, con tripulación casi toda hindú. Iban de Calcuta a Akyab, en las costas de Birmania. Aquélla era una ruta siempre peligrosa, azotada por los monzones, agitada por las corrientes marítimas. Sin embargo, nunca había visto, en las innumerables veces que atravesó aquel mar incierto, tal furia en los elementos. Las señoras abandonaban el ganchillo y el tricot ante la emoción del relato. ¿Cómo prestar atención a la aguja cuando el comandante se arrastraba por la cubierta, arriesgando su vida, mil veces a punto de ser arrastrado por las olas gigantescas, para arrancar de debajo del maderamen del mástil partido por un rayo al esquelético marinero hindú que gemía allí, con piernas y costillas rotas?

Se paró a oírlo, en respetuoso silencio, el primer piloto. Se apoyó en la puerta, encendió un cigarrillo, el comandante no lo vio, tan entretenido estaba en su relato... Pasó por el lado de fuera el jefe de máquinas, el primer piloto lo llamó y ambos se quedaron escuchando.

Cuando, al caer la tarde, volvió al puente de mando, sorprendió al primer piloto comentando sus aventuras con el primer oficial y con los otros pilotos y el médico. Sólo oyó un trozo de frase:

—... se fue arrastrando por la toldilla como una serpiente...

Se calló el mozo al verlo. El primer oficial dijo:

—Muy bien, comandante. Aquí estamos oyendo sus hazañas. Una de estas noches vamos a abrir una botella y usted va a relatarnos esas hazañas. Nosotros nos pasamos la vida por esta costa, arriba y abajo, y aquí jamás pasa nada —indicó con el dedo—. El señor comandante nos tendrá que contar sus viajes con todo detalle...

—Cosas de poca monta. Para distraer a los pasajeros... Pero ustedes, gente de

mar...

—Nada, comandante. Que no nos quedamos sin oírle...

Se quedó mirando a las putillas de cubierta de segunda. Hasta el puente llegaba la voz agradable de la mulata cantando una *marchinha* política:

*Seu Julinho vem
Seu Julinho vem,
Se o mineiro
Lá cima descuidar,
Seu Julinho vem,
Seu Julinho vem
Vem mas custa
Muita gente há de chorar.*

Dio un garbeo por la segunda; bajó a la tercera. Allí viajaban, de regreso al Nordeste, en la misma drástica pobreza, los campesinos que habían huido en los años de sequía hacia las tierras del Sur, donde, según decían, había trabajo y dinero para todos. Un día, la esperanza de mudar de destino había llevado a aquellos hombres a cruzar los caminos del desierto, atravesar las estepas reseca, cruzar las torrenteras y los campos yermos, rumbo a Sao Paulo. Hoy ya sólo les queda el deseo de volver a su tierra natal, árida y pobre, pero la suya, donde nacieron y deseaban morir. Era un espectáculo deprimente, y el comandante volvió a las mozas sambistas de la segunda.

Las putillas, al verlo venir, compusieron la figura, se sentaron más decentemente, bajaron los vestidos hasta las rodillas, apartaron a los estudiantes sobones. Cesó de cantar la mulata, y prosiguió sola la guitarra su lamento. Bonita voz tenía la cantora. El comandante no quería estropearle la alegría a nadie.

—Pónganse a sus anchas... ¿Y por qué ha parado usted de cantar? Siga, por favor, me gustaba mucho...

—Es usted bueno, comandante —rió una, avejentada.

—Un camarada, eso es lo que es. En cuanto lleguemos a puerto le vamos a dar una serenata —dijo un estudiante.

—Muchas gracias, amigo...

Pero las muchachas no dejaban su forzada compostura. La mulata no siguió cantando. Una pena, pensó Vasco retirándose.

En primera, los pasajeros comenzaban a llegar del baño vespertino, sustituidas las camisas de manga corta y los vestidos livianos por ternos de lanilla para la cena. También él tenía que cambiarse de uniforme, ponerse el azul, con la encomienda.

Se entretuvo aún unos minutos, sin embargo. Porque, perfumada, los cabellos cayéndole en una perfección que sin duda le había costado media tarde perfilar, con un vestido majestuoso, un chal de seda en la mano, aquellos ojos de quien escondía una pena secreta, y sin el pequinés (detalle alarmante) venía Clotilde, como deslizándose por cubierta. Latió más fuerte el corazón del comandante. Ella lo vio y le saludó con un gesto que era al mismo tiempo una llamada. Se acercó.

—Parece usted una diosa del mar...

—Comandante... —Se cubrió los ojos con el chal, para retirarlos luego y preguntar con voz mimosa—: ¿No quiere dar una vuelta para abrir el apetito?

—Nada desearía más. Pero tengo que cambiarme. He de ser digno de su elegancia a la hora de la cena... Pero si me espera un instante estaré en seguida en el salón a buscarla.

—Esperaré, pero no tarde, señor adúlador...

Cuando volvió, el desafinado piano del salón sacaba lo que podía de un aria de *La Bohème*. Vasco admiraba la música clásica con respeto, pero sin intimidad, sin verdadera estima. Cierta vez, arrastrado por el coronel Pedro de Alencar, asistió a una ópera en el Teatro Sao Joao. Actuaba una decadente compañía italiana perdida por Bahía al fin de una procelosa gira por los escenarios de la América Latina. El coronel adoraba la ópera, tenía un gramófono y discos con arias de Caruso. Convenció a Vasco de la oportunidad única que el destino les ofrecía para oír a barítonos y tenores, a un famoso bajo, una maravillosa soprano y una no menos maravillosa contralto, en la presentación de *La Bohème*, con decorados y todo. Se decidió, a pesar de los consejos reiterados de Jerónimo y de Georges, porque era una ocasión más para exhibir el uniforme de gala y la Orden de Cristo, y allá se fue con el coronel. Resultó un rollo insoportable y sudó a mares. La soprano debía de pesar sus buenos ciento veinte kilos, y el tenor, como para compensar, era un hilillo de hombre, flaquísimo. Vasco sentía ganas incontenibles de reír cuando la voluminosa cacareadora preguntaba:

Mi chiamano Mimi

Ma perché?

Non so.

Il mio nome é Lucia.

El coronel Pedro de Alencar estaba en plena delicia, se sabía de memoria parte de la ópera. Abrumado por el calor, Vasco renegaba de la vanidad que lo había llevado allí sólo para ponerse el uniforme y la condecoración. Cuando la soprano, vendiendo salud y mantecas, se despeñó, frágil y tísica, en los brazos evidentemente incapaces de sostenerla del raquíptico tenor. Vasco no pudo contener las carcajadas, con gran indignación del coronel, que lo trató de burro y de ignorante. Desde entonces había mantenido una distancia conveniente ante la música llamada erudita, digna ciertamente de la mayor admiración, pero mucho más elevada que él, y por encima de su capacidad. Reconocía ahora al piano una de aquellas arias de lamentable memoria, y si no retrocedió fue sólo porque Clotilde le esperaba para dar una vuelta por cubierta antes de cenar, con su vestido de tul, las cintas en el pelo y un mundo de esperanzas en la voz languideciente. Intentó evitar la entrada en la sala: siendo el comandante, tal vez el protocolo lo obligara a detenerse un tiempo a admirar al pianista. Miró por la ventana, de espaldas al rincón de la sala donde se hallaba el piano, para evitar un comprometedor cambio de miradas con el ejecutante. Clotilde

no estaba en la sala, no la veía. ¿Dónde se habría metido? El virtuoso parecía haber ganado nuevos ímpetus, la música crecía, ¿dónde se había metido la fascinante señora? Arriesgó una ojeada hacia el lado del piano, y ella le sonrió sin apartar las manos del teclado, la cabeza caída y los ojos en éxtasis, las cintas del cabello saltándole al compás de las notas. Era profesora de piano, se lo había dicho en su charla matutina, pero la modestia, que es como se sabe madre de todas las virtudes, le hizo silenciar su competencia, sus dotes artísticas, su elevada condición de pianista capaz de ejecutar música clásica. Él la había creído maestrilla de ocasión, sólo capaz de enseñar a teclear a las mocitas casaderas de su ciudad, lo suficiente para que asesinaran unas sambas, un fox, como máximo un vals. Pensó que ella misma no pasaría de ejecutar música de baile en las fiestas sin orquesta de las familias conocidas. Y ahora la veía, con la cabeza levemente inclinada, deshechos sus trabajosos rizos, con los ojos en blanco, atacando nada menos que una ópera: era una artista. Se sintió orgulloso, entró en la sala, a tiempo sólo de acompañar a los demás oyentes en la salva de aplausos con que saludaron las dotes de la pianista y, tal vez, el hecho de que al fin se hubiera decidido a bajar la tapa del teclado dando por acabada la audición.

El comandante, dirigiéndose a la aplaudida y modesta ejecutante, que se cubría el rostro con el chal, le tendió las dos manos:

—¡Pero, qué hermosura! ¡Qué sonoridad, qué perfecta ejecución! ¡Qué divinos momentos!

—¿Le gusta la música clásica?

—¿Que si me gusta? Tengo una colección de discos que es, modestia aparte, una de las mayores de Bahía y tal vez del Brasil.

—¿Y la ópera?

—La adoro. Antes de jubilarme, cuando llegaba a un puerto mi primera preocupación era saber si había teatro de ópera...

Durante todo el diálogo le sostuvo las manos. Ella se dio cuenta, de repente, y las retiró, con un pequeño estremecimiento nervioso, con una risa sincopada. Él se quedó confuso, sin saber dónde poner las manos. Fue ella quien recobró el hilo de la charla:

—¡Pero qué piano, éste de su barco! ¡Nunca vi uno tan desafinado...!

—¿Tan malo es?

—Pésimo, hasta quita las ganas de tocar.

—Lo voy a solucionar. En cuanto lleguemos a Recife haré llamar a un afinador. Y ahora..., ¿vamos a dar una vueltecita?

Pero no hubo tiempo, porque llamaban a cenar. Se dirigieron al comedor hablando de *La Bohème*. A ella le encantaba Puccini. Él afirmó que no era menor su admiración y su entusiasmo.

Las vueltas por cubierta empezaron tras la cena, antes de la velada en el salón. Iban pasito a paso, lentamente, ella jugueteando con el chal, él dando chupadas a la pipa, hablando de aquella ciudad de Río que ella adoraba, de Bahía, que según él era

una bella ciudad para vivir, de Belem de Para, donde llovía todos los días a la misma hora. De vez en cuando, un pasajero los interrumpía para cumplimentar al comandante, para pedirle una información. Hablaron de Recife, cuya acuática geografía la había encantado en el viaje de ida. Desgraciadamente, poco había visto de la capital pernambucana: llovía a cántaros, y no tenía tampoco quien la acompañara a los lugares dignos de visita. Mañana iba a ser distinto, dijo sonriente, tendría al comandante a sus órdenes para llevarla por puentes y playas, por avenidas y parques.

—Pero tampoco yo conozco Recife.

—¿Que no lo conoce? Pero usted es marino... debe de haber pasado por ahí docenas de veces...

—Sí, desde luego. Muchas... Pero sin parar nunca el tiempo necesario para conocer a fondo la ciudad, como ahora desearía para poderle servir de cicerone. Cuando digo que no conozco la ciudad, quiero decir que la conozco superficialmente. Hace años que estuve por última vez. Ha cambiado mucho desde entonces.

—Por lo visto, no quiere acompañarme. Tal vez tenga un amor en Recife y no quiere que lo vean en mi compañía —y volvió a reírse con su risa excitada y breve.

El comandante se detuvo, la cogió del brazo:

—No diga eso, por favor. Ese tiempo pasó hace ya mucho. Cuando me jubilé llegué a pensar que jamás miraría a una mujer, pero ahora...

—¿Qué?

Un pasajero se detuvo junto a ellos y le dijo:

—Va a empezar la «véspera». Estamos esperando por el señor comandante.

La dama suspiró, los dedos de Vasco presionaron levemente en su brazo; se dirigieron al salón. Ella posó sus ojos en la noche de estrellas y agua verde, agitando el chal, juguetona. Él había oído las palabras del indiscreto pasajero, pero sin entender su sentido, enloquecido por el perfume que ella exhalaba, sintiendo en la punta de sus dedos el temblor de su carne. Poco antes de entrar en el salón la tuvo entre sus brazos: ella, vagando en sus sueños, no vio la tubería que cruzaba la cubierta, y el tropezón la arrojó contra el comandante. Él la sostuvo durante una fracción de segundo, una eternidad de emoción; sus senos se aplastaron contra el pecho de Vasco, y éste sintió sus cabellos, en mechones sobre su frente, e incluso el calor de su vientre huérfano.

Se sentaron juntos en la mesa donde el senador, con dos cartones de «véspera» frente a él, reprobaba con la mirada la algazara de la mesa vecina, en la que el diputado Othon y las artistas exigían a voces el inicio de la lotería. Señoras gravibundas, en demostración de desagrado, volvieron la espalda al grupo ruidoso y teatral. Algunos niños pedían bombones y caramelos. Todos los pasajeros estaban reunidos en el salón. Vino un camarero y vendió dos cartones al comandante, uno para él y otro para Clotilde:

—¿Me ayuda, señor comandante, a encontrar los números?

El comisario, junto al piano, con el saquete de fichas al lado, anunció los premios, cinco en total. El primero se disputaría en «víspera horizontal» y era un frasco de colonia. A una señal del comisario de a bordo, el camarero exhibió el perfume. Seguía una «víspera vertical» y el vencedor ganaría un llavero de plata, una verdadera joya. El comisario hacía consideraciones humorísticas sobre los premios, arrancando risas y cuchicheos a la concurrencia, mientras el camarero sostenía en alto el llavero, a la vista de todos. Seguiría un cenicero con el escudo de la Compañía Costera y la fotografía del *Ita* en el fondo. Era el tercer premio. El cuarto, hacia cuya excelencia llamaba la atención el comisario, sería otorgado en una «víspera mosca», y habría que llenar todo el cartón de aquella especie de lotería. Se trataba de una pieza de *biscuit de* regular tamaño, un sofá Luis XV donde dos enamorados se miraban a los ojos cogidos de las manos. Aquella sublime expresión del gusto pequeño-burgués arrancó exclamaciones de éxtasis a señoras y señores, a mozas y muchachos, al senador y a Clotilde. Todos la codiciaban, y el camarero, ante tanto entusiasmo, llevó la pieza de mesa en mesa para que la vieran todos, empezando por las artistas.

Clotilde suspiraba:

—¡Ay, quién pudiera ganarla...!

El último premio, para una «víspera» en cruz, era una sorpresa, cosa más valiosa y bella que la maravilla exhibida anteriormente. Allí estaba, encima del piano, envuelta en papel de seda. Un bulto cuadrado y grande, posiblemente una caja, que despertó curiosidad y comentarios. El comisario reclamó la atención de los asistentes. Iba a dar comienzo el primer juego. Hizo un llamamiento a los chiquillos —«esos angelitos»— pidiéndoles un poco de silencio. Comenzó a cantar los números. El frasco de colonia lo ganó un hacendado de barbita en punta, con aires de nuevo rico, que declaró entre aplausos:

—Se lo daré a la patrona, allá en Crato...

El llavero de plata fue a parar a una chiquilla de unos trece años, tras el desempate, en la base de la bola más alta, entre ella y otros dos jugadores que habían completado la «víspera» al mismo tiempo. El cenicero le tocó a la actriz morena, que se lo ofreció al diputado entre las miradas de censura de algunas familias y del senador. Y llegó la hora emocionante de la *mosca*. El primero que llenara el cartón se llevaría el sofá de los enamorados, «aquel primor, aquella perfección, aquella obra de arte, aquel non-plus-ultra», como decía el comisario. Hubo un silencio cuando comenzó el sorteo de los números.

Clotilde, cuyos suspiros a cada premio perdido conmovían al comandante, alcanzó el colmo del nerviosismo, permitiendo que Vasco le tocara el brazo a cada instante, llamándole la atención hacia un número cantado y olvidado de marcar. De repente ella comprobó:

—Sólo me falta una casilla...

Pero poco después un sujeto, sentado junto al piano, declaraba:

—¡Completo!

Era un tipo de elegancia afectada, muy conversador, que se decía banquero en vacaciones, y que realizaba aquel viaje para conocer las ciudades y los paisajes del Norte, viejo sueño que ahora podía realizar. Mientras tanto, el paisaje marítimo parecía no interesarle lo más mínimo, pues pasaba día y noche en la mesa de póquer ganándoles los ahorros a hacendados y comerciantes. El comandante, aquella misma tarde, había pasado unos minutos de mirón, y notó que el sujeto se ponía nervioso como si su presencia le desviara la racha. Realmente, desde que el comandante se colocó tras de él, comenzó a perder, y el capitán de altura, profundo conocedor del póquer y de las manías de los jugadores, se retiró discretamente.

Clotilde parecía a punto de llorar:

—Por un número... Y tanta ilusión como me hacía ese recuerdo...

Vasco la consoló: la pieza sería suya, aún acabaría en sus manos, que no se entristeciera.

—Pero ¿cómo? La ha ganado ese señor... tan antipático... —taconeaba nerviosa.

Vasco tenía una idea, pero no la reveló. El comisario empezaba a cantar los números para el último premio, la sorpresa. La ganó una recién casada, siempre abrazada al marido, besándose en cada rincón del navío, apretándose, llamándose «cariñito», «mi pituquita», «gusanito», «bichito adorado», sirviendo de hazmerreír a todos, proporcionando tema para comentarios maliciosos. Se reunieron todos alrededor de ella y del marido para ver abrir el paquete. Salió una caja, y dentro de la caja, otra, y luego, otra; y una más, hasta llegar a un paquetito que, deshecho, contenía un chupete. Hubo una ovación, risas y silbidos. La premiada sonreía con desconcierto, el marido miraba a un lado y a otro, confundido...

El doctor Othon comentó en alta voz:

—La suerte supo escoger...

Y la morena opulenta comentó en voz baja:

—Al paso que llevan, van a tener gemelos... Eso, por lo menos.

Mientras se desarrollaba la lotería, el comandante alimentó la esperanza de volver a cubierta con Clotilde, continuando así el paseo y la charla. Se sentía romántico y nervioso. Estaba a punto de proponerle que abandonaran la sala, pretextando el calor, para ofrecerle la brisa marina y las estrellas del cielo abierto, cuando un grupo de muchachas y muchachos se aproximó a la mesa:

—Con su permiso, comandante —y se dirigieron a Clotilde—, ¿podía la señora tocar algoailable?

Se hizo la importante, halagada:

—No me gusta tocar música de baile. Ejecuto mis compositores predilectos...

—¡Oh! —dijo suplicante una muchachita de dieciocho años, flor de las morenas de Pernambuco—. Es el último día a bordo. Nos gustaría bailar...

A su lado, un muchacho suplicaba con la mirada, sonriendo hacia Clotilde.

—Toque, por favor... Sea buena... —pidió otra muchacha, de piel bronceada y

cabellos negros, lisos; una belleza mestiza, con ojos de llamarada.

Insistía la muchacha, y toda aquella juventud, apenas empezando a vivir, tan ansiosa y frágil, conmovió al comandante. Y él sacrificó el esperado paseo. Insistió también:

—Toque, por favor. ¡Me gusta tanto oírla...!

—En este caso... Sólo por complacerlo, comandante.

Se dirigió al piano acompañada del grupo jovial, diciendo:

—No estaré mucho tiempo... *Jazmín me* está esperando.

Apenas empezaban a elevarse las primeras notas y ya la morena pernambucana giraba en los brazos de su atlético enamorado, conocido de viaje, pasión fulminante. Él iba hacia Fortaleza, donde vivía. Trabajaba en un banco. Prometía visitarla en Recife a fines de año, por Navidad.

La mestiza de ojos profundos e incendiarios se dirigió al comandante con divertida mesura:

—¿Me hace el honor, comandante, de concederme este baile?

Se levantó Vasco, tomó su mano; en sus tiempos de la Pensión Montecarlo había sido un excelente bailarín, y aún hoy recordaban sus marineros, los que con él habían navegado por las costas del Medio y del Extremo Oriente, por el Mediterráneo y por el mar del Norte, su fama de bailarín. Había dos maneras de bailar: «a lo bruto», con los cuerpos juntos, rostro contra rostro, excitándose al cálido contacto con la pareja, y así bailaban en la Pensión Montecarlo, en el cabaret El Dragón Azul de Hong Kong, en la misteriosa bodega del Nilo Azul, en Alejandría. Había también la «familiar», con los dedos sólo rozando la espalda de la muchacha, con un palmo de separación entre los dos, la postura austera, conversando con la dama. Así se bailaba en las fiestas de Palacio, en las recepciones de la sociedad bahiana, en los bailes de los grandes transatlánticos que hacían la ruta Europa-Australia. Así «a la familiar» inició el baile con la moza de sangre india, de perturbadora belleza lunar. ¿Por qué le recordaba a Dorothy, si no había el menor parecido entre ellas? Había algo de común entre la muchacha de Feira de Sant'Ana y aquella señorita de Belem: los ojos inquietos y febriles, el ansia apenas dominada, un espasmo en cada gesto, hasta en el más simple, la misma prisa y avidez en el amor. Eran, una y otra, la hembra, simplemente.

Y pronto la sintió contra sí, su cadera rozándole, el seno dilatándose en su pecho, el negro cabello liso acariciándole el rostro. La muchacha había cerrado los ojos y se mordía el labio inferior. Vasco tuvo miedo. Desde el piano, Clotilde lo miraba, fruncido el ceño; él intentó apartar aquel cuerpo ansioso y enloquecido, pero ella lo mantenía próximo. Comprendió, con una humildad aprendida en Dorothy, que no era a él, a Vasco, sesentón de blancos cabellos, a quien ella se agarraba y se entregaba en la danza. Era sólo al hombre, sin importarle la edad, el color, la elegancia, la belleza.

No duró mucho la música, felizmente. Clotilde abrevió la partitura, se separaron las parejas. Vasco se lo agradeció:

—Agradecido, señorita.

—Baila usted muy bien, comandante: soy yo la agradecida.

Se fue junto a Clotilde, al piano. Ella contestó:

—Para eso me mandó tocar, ¿no?

No hubo paseo aquella noche. Cuando, finalmente, los jóvenes la dejaron levantarse y partir, ya era casi medianoche, y Clotilde sufría por su pequinés, solo en el camarote. Acordaron visitar juntos Recife, al día siguiente. Ella aún estaba un poco furiosa y trató de «desvergonzada» a la mestiza.

Vasco se dirigió a la sala de juego. Había tres mesas de póquer funcionando, y algunos jóvenes jugaban al *king*. En una de las mesas de póquer estaba el capitalista en viaje de placer. En una silla la pieza de *biscuit*. Los otros jugadores eran comerciantes y hacendados. Perdían los tres. Vasco acercó una silla y se sentó al lado del afortunado jugador:

—¿Me permiten?

—¡Desde luego, comandante, por favor! —respondió uno de los hacendados.

—¿Conoce usted el póquer, comandante? —preguntó el de la buena racha.

—No sé jugar, pero me gusta verlo... ¿Quién gana?

—¡Quién va a ser! —habló otro de los perdedores—. El doctor Stenio. Nunca vi tanta suerte. Una racha fenomenal...

El citado doctor Stenio rió satisfecho, con un poco de picardía quizá. Es posible que le divirtiera la noticia de su ignorancia sobre el póquer. Permaneció Vasco allí sentado un buen rato, haciendo de vez en cuando una pregunta idiota acerca del valor de los juegos y las apuestas. Miraba, muy interesado, cómo el doctor Stenio daba las cartas.

—¿En qué puerto desembarca usted, doctor Stenio?

—En Belem. Estaré allí algunos días. Tal vez siga luego hasta Manaus en un Vaticano. He de volver en el *Almirante Jaceguay*, de Lloyd —y replicaba a la puesta de un hacendado—: Sus 32 más 64.

Al cabo de hora y media de juego, uno de los perdedores, que había dejado una fortuna en la mesa, propuso cerrar la partida. Vasco asistió al momento en que se rendían cuentas y a las despedidas. Uno de los hacendados se quedaría en Recife. Lamentó no poder seguir el viaje para recuperar lo perdido. El doctor Stenio se embolsó sus ganancias, iba a coger la pieza de *biscuit*, se disponía a volver a su camarote. El comandante, fuera ya los otros jugadores, le dijo:

—Aún es temprano, vamos a hablar un momento, doctor...

—Estoy muerto de sueño, comandante. Queda para mañana.

—Hoy mismo y ahora. Óigame bien, señor tahúr vagabundo: usted no va a Belem. Deja el barco en Recife...

—Pero, comandante, ¿qué es lo que está diciendo?

—Lo que oye. Nací jugando al póquer, amigo. Estuve cuarenta años embarcado, veinte mandando navíos en Asia: conozco toda la corporación de los profesionales de

su calaña... Deje el barco en silencio si no quiere ir a parar a la cárcel.

—¡Pero he pagado el pasaje!

—Capital bien empleado, desde luego. Ya rindió intereses sobrados. ¿De acuerdo, pues?

—Si el señor comandante lo ordena... —no discutía, aquello formaba parte de las reglas del juego, de su vida; esperaría otro barco para llegarse hasta Belem.

Vasco se levantó, cogió la pieza de porcelana, se fue con ella:

—Buenas noches...

—¡Oiga, comandante! Disculpe, eso que se lleva es mío... lo he ganado...

—¿Suyo? ¿A qué se refiere?

—Esa pieza... La gané... pura suerte. Todos lo han visto. Sin trampa.

—¿Sin trampa? Es posible... Pero esto da unas rachas excesivas en el póquer; se gana siempre. Ya lo ha comprobado usted... Es mejor que me la deje.

El competente profesional salió echando pestes: ¿por qué diablos habían ido a buscar para sustituir al comandante muerto a aquel viejo marino de altura, un lince, conocedor de todos los trucos, de todas las triquiñuelas?

Se encogió de hombros, resignado. Seguiría en Recife. Allá había fabricantes de azúcar, gente rica, locos por el póquer. Sólo lamentaba haber perdido aquel sofá de porcelana con los dos enamorados, aquella pieza tan bonita. Le hubiera gustado llevársela como recuerdo a Daniela, su esposa. Porque, eso sí, estaba casado y era un marido ejemplar. Tenía cuatro hijos, dos niños y dos niñas, una monada todos. Adoraba a la familia. No había mejor esposo y padre en el mundo.

El comandante suspiró, cogió la pieza de porcelana y salió a cubierta, desafiando el viento de la noche.

DEL COMANDANTE INMERSO EN SU PROFUNDO ENSUEÑO Y DE LO QUE PUDO VER A LA SOMBRA DE LA LANCHAS DE SALVAMENTO

Estaba el comandante inmerso en profundo ensueño, alta ya la madrugada, en la cubierta del navío. Había colocado con cuidado, a su lado, la pieza de porcelana. De cuando en cuando apartaba los ojos de las estrellas como un infinito pasto que alimentara sus sueños, y los volvía hacia la pareja de enamorados sentada en el sofá de porcelana. Su vida entera la había pasado en soledad, como una larga espera. En los mares, como en este instante, tirando de su pipa, solo entre los vientos y los fuegos fatuos, de puerto en puerto, cambiando de navíos y mujer. Su hogar; un estrecho camarote. Ningún día era el día de la definitiva escala, en puerto con familia que lo esperara, la esposa deshecha en añoranza, los hijos esperando los recuerdos que les traería de escalas exóticas y lejanas. Jamás, en ningún puerto, había tenido casa puesta; inclinaba su cabeza fatigada, en las almohadas mercenarias de los prostíbulos, reposaba su corazón ardiente en el seno de mujeres desconocidas: estaba solo en el mundo, solo con su navío. Solo con sus viajes.

¿Puede un hombre vivir así, siempre solo? La casa de los Barris jamás había sido un hogar, desde la muerte de su padre y de su madre, figuras desvaídas en la memoria. Había crecido en el despacho y en el almacén, entre fardos y letras de cambio, entre el bacalao y las cartas de los clientes. Los amores de todos los adolescentes, el mirar medroso, la sonrisa tímida, los lejanos adioses, el beso robado en la oscuridad de una puerta, nada de eso había tenido, ni en el escritorio ni en el mar donde, aún grumete, miraba de lejos las orgullosas y bellas pasajeras. Cuando la muerte del abuelo lo liberó, iba ya por los treinta años y había perdido el tiempo romántico de los suspiros, de las dulces penas amorosas, de las muchachas en flor. Solo incluso entre los amigos, y cuando pudo realmente ser uno de ellos, se le fueron escapando uno tras otro, como se habían ido una tras otra las mujeres que se sucedían en el lecho de la casa de Barris. Algunas le duraban más, Dorothy le había dejado un nombre y un corazón tatuado en el brazo. Pero todas eran, sin embargo, como pasajeras de un viaje en transatlántico, siguiendo siempre su ruta mar adelante, en el surco sin fin de las aguas. ¿Qué importaban las aventuras, los caprichos más o menos duraderos en los burdeles, qué importaban las aventuras, las inesperadas pasiones que duraban lo que una travesía, las noches de delirio en los puertos de bruma y misterio? Amor, constante amor, capaz de asentarse en un hogar estable, de dar sentido a su vida, de desdoblarse en unos hijos que conservan su nombre, en el afecto de la esposa, en la voz del hijo que lo llamara, con su cabecita crespa acogiéndose a la fortaleza de su pecho, nunca lo había tenido. Le había faltado tiempo, había estado siempre navegando, en el lecho de su casa de los Barris o a bordo de los cargueros y transatlánticos. Siempre solo, en su navío, con sus viajes, naufragios, tempestades, sus corrientes marítimas, los vientos y ciclones.

Se sentía ahora como un náufrago en este su último viaje. Porque sabía que era su último viaje, que no volvería a sentir bajo sus pies el suelo vacilante del puente de

mando, y que habría de pasar en adelante su vida entera acompañando la entrada y salida de los navíos desde lo alto de los peñascales de Periperi, con el catalejo en la mano. Y cada vez más solo, más inclinado bajo el peso de los recuerdos, bajo el fardo de aquella vida suya, temeraria, sin tener con quien compartir recuerdos, sin tener dónde reposar su cabeza, sin más hombro amigo que el de su zafia cocinera, como en los tiempos en que se abría el deseo en el cuarto sin ventanas de la negra Rosa, en el almacén del pie de la Ladeira de Montanha.

Sí, era bella y envidiable la vida de un comandante al mando de su navío, tal como él ahora a bordo de aquel *Ita*, con tanta gente a su cargo, con tanto destino cumpliéndose bajo su mano poderosa, tanta risa suelta y tanta esperanza loca, políticos, ricos señores de la tierra y de las industrias, las honestas casadas de vida gris y cotidiana, y las marcadas mujeres de cerrado horizonte, de incierto futuro, jóvenes que apenas empezaban a vivir, clandestinos profesionales del juego que arriesgaban su libertad. Todos dependían de él, de sus órdenes.

Un comandante no tiene ni siquiera el derecho de guiarse por sus simpatías. Tiene un deber que cumplir, implacable. Siempre le habían sido simpáticos los tahúres que viven de la difícil y arriesgada profesión de las cartas marcadas, del escamoteo, de su agilidad de manos y de pensamiento. Había intimado con varios de ellos t en aquellos años de bohemia, trató a otros, los reconoció generosos y a su modo leales, gente que sabía reconocer su derrota cuando un detalle cualquiera transformaba el riesgo permanente en insultos, bofetadas, prisión. Había platicado con ellos, le habían enseñado sus trucos en noches de juerga y bacanal. Si él no fuera el comandante, en barco a su cargo, con un deber que cumplir, podría seguir Stenio limpiando los bolsillos de todos los hacendados, industriales, comerciantes y fabricantes, nada le importaría, sonreiría, tan sólo, tal vez guiñando el ojo al competente profesional. Pero un comandante no es dueño de su voluntad, de sus simpatías. Quería que sus pasajeros estuvieran protegidos contra los peligros del mar y los imprevistos del mundo.

Le había arrebatado el sofá de porcelana con sus rosados enamorados cogidos de las manos. Aquello no había sido robo del tahúr, lo había ganado sin trampas. ¿Pero, para qué quería él aquella obra maestra? Seguro que, como el comandante, era él hombre sin hogar y sin familia, sin puerto donde anclar definitivamente, a la deriva en la vida. Dejaría aquella maravilla en el cuarto de cualquier prostíbulo, en manos de la primera mujer con quien durmiese. ¡Y Clotilde lo deseaba tanto...!

¿Podría ahora romper su soledad, acabar su larga espera? Había cumplido sesenta años, su pelo era blanco, no era ya dueño de aquella su fuerza antigua, capaz de levantar fardos de jarque y bacalao, barricas de manteca, de sostener la rueda del timón en medio de las tempestades, timonel sin rival, pero conservaba un vigor sorprendente para su edad, y el corazón era aún el de aquel adolescente sin adolescencia, íntegro y apto para el grande y definitivo amor de su vida. Sí, estaba aún a tiempo. Había una casa a orilla de la playa con verdes ventanas abiertas sobre el

mar, donde se echaba en falta un ama de casa, donde habitaba un solitario, con toda una vida por vivir, con un pasado que entregar sin tener quien lo ayudara en la tarea, sin un brazo en que apoyarse cuando, más adelante, el camino se le fuera haciendo estrecho. ¿Por cuánto tiempo aún llevaría erguida la cresta, sin dejarse doblegar por la tristeza, sin entregarse prisionero en los cerrados muros del abandono? ¡Ah! si ella quisiera transferir su noble porte, sus músicas, su piano, su madura y ansiada gracia, las cintas de cabello y la risa cortada y nerviosa al suburbio de Periperi, si aceptase plantar en el decepcionado corazón herido el brote de un nuevo amor. ¡Ah!, sería aún tiempo de romper los muros de la creciente soledad y florecer los jardines de su puerto de descanso al fin de su última y definitiva travesía. No era tan grande la diferencia de edad: Clotilde —calculaba Vasco— andaría por los cuarenta y cinco...

Sólo ahora, al encontrarla, sentía cuan solitaria había sido su vida, una larga espera.

Un sofocado rumor, como un gemido desfalleciente, le llegó traído por la brisa. Venía del otro lado, de las sombras de la lancha de salvamento. El comandante, siempre en servicio, vigilante, aguzó su oído, habituado al silencio y a la voz del mar, y aproximóse con paso medurado. Pudo ver entonces, en la sombra del lanchón, a la artista delgadita y al púdico senador, ella tendida y con la falda en alto, él sin chaqueta, descompuesto, suspirando en aquel jugueteo fatigoso.

Se apartó el comandante, meditabundo. Para hacer justicia, para obrar con inflexible rigor, tal como hiciera con el profesional del póquer, hubiera debido arrancarlos al uno de los brazos del otro, y exigir del padre de la patria más respeto a la disciplina de a bordo. Pero un comandante debe también de ser flexible, evitar el escándalo. Y además, ¿cómo podría él, hombre de tantas aventuras, irritarse ante el juego de los amantes, aunque fueran amantes ocasionales, de un momento apenas, en aquella sagrada fiesta del amor? Recordaba, de nuevo inclinado sobre la borda, a aquel otro comandante Georges Dias Nadreau, de la Marina de Guerra. Cuando venían a denunciar a un marinero, sorprendido con las manos en la masa, liado con una pájara en las oscuridades del puerto, se limitaba a sonreír, y declaraba: «¡Vaya a quejarse al obispo, que no soy yo candado de las herramientas de mis hombres!» Y él mismo, el comandante Vasco Moscoso de Aragón, ¿acaso no había —en una lejana noche— tenido en sus brazos, en el puente de su propio navío, el trémulo cuerpo de Dorothy, su fiebre de amor?

¿No estaba ahora allí, con aquel ensueño, con sus ansias de tener las manos de Clotilde, de acariciarle el cabello, de murmurarle al oído frases apasionadas, de aplastar su boca en la luz de aquella estrella perdida, de tumbar su cuerpo en el suelo del navío?

DE LOS ADOLESCENTES EN LOS PUENTES Y CALLES DE RECIFE, Y DE LA IMPREVISTA Y FUGITIVA VISIÓN

Le compró mangos y aguacates en rúa Nueva, le ofreció amarillos cajás y verdes umbús en el muelle de la rúa Aurora, bermejas pitangas en la rúa do Sosego, le dio a beber agua de coco en la playa de Boa Viagem. Clotilde adoraba las frutas tropicales, los mangos y los acajús, los ananás y los ablús, cajapanas, guayabas y araxás. Iba con paso saltarín, olvidada de su forzado empaque; el comandante le llevaba la sombrilla inútil. Eran dos adolescentes cruzando puentes, plazas y calles de la ciudad de Recife. Riéndose sin causa, «dos ancianitos de juerga» en la expresión de una transeúnte apresurada, casi ofendida por las disponibilidades juveniles del comandante y de la pianista.

En el puerto habían desembarcado por la mañana los artistas y el diputado paraibano. También el doctor Stenio, a quien el brillante aspecto de la ciudad de Nassau había encantado hasta el punto de inclinarlo, según anunció, a interrumpir su viaje para quedarse allí unos días y conocerla mejor. Al poner el pie en la escala, clavó en el comandante una mirada de censura. No por haberle desenmascarado sus trapisondas en el póquer, pues el capitán de altura había sido generoso al no entregarlo a la policía y abstenerse de comentar el asunto hasta con los hacendados esquilmados. Aquella censura se refería a la pieza de porcelana. ¿Dónde iba a hallar otra tan hermosa como regalo para su mujer? También desembarcaron otros. El *Ita iba* dejando y recibiendo pasajeros en todos los puertos. Bajó incluso la moza morena, cuya familia la esperaba en el muelle. Para ella el viaje había sido corto; allí mismo, en el muelle a la llegada, presentó al atlético cearense a sus padres y tías. Al caer la tarde vendría a decirle adiós desde el rompeolas, y sus ojos acompañarían, melancólicos, la estela del navío.

Cuando el comandante, tras firmar los papeles traídos por el primer oficial, quedó libre y fue a buscar a Clotilde, ya estaba ella en el muelle con otros pasajeros. Salieron muchos con ella. Vasco no escondía su decepción. Había esperado pasar con ella a solas toda aquella mañana y las primeras horas de la tarde, pues tenía que volver a bordo relativamente temprano para firmar otros papeles. Y ahora se veía rodeado por la algazara de familias enteras, con montones de niños, todas haciendo preguntas absurdas, como si él fuese una especie de enciclopedia universal, como si conociera, no sólo las calles, los restaurantes, los bares, sino también los precios de la plaza, incluso los de los pañales para recién nacidos.

No podía seguir el ejemplo de los recién casados: ellos obraban como si estuvieran solos en el paraíso, como si no existieran los demás. Sólo les faltaba tumbarse en un banco del jardín y, allí mismo, llegar a las últimas consecuencias. Besitos, achuchones, caricias, pero todo aquello les estaba permitido por el Estado y por la Iglesia: habían pasado por el juez y por el cura.

Vasco se pasó renegando aquella primera parte del paseo por la ciudad. Sobre todo cuando *Jazmín*, el único defecto serio que él le veía a Clotilde, se apartó de los

brazos de la dama para participar —evidentemente, sin la menor posibilidad de éxito —, de la competencia establecida, en la frondosa plaza del centro, en torno a la conquista de una perrita en celo, una fox de regular tamaño y escasa pureza racial. A no ser que *Jazmín* contase con su pureza oriental, su exótica belleza, para conmovier a la codiciada hembra, tres veces más alta que él, ¿cómo competir con un boxer de dientes amenazadores, un fox al parecer con derechos maritales y dispuesto a defenderlos, y dos perros vagabundos, de raza indefinible? Uno de ellos enorme, mezclado de danés, que gruñía cara al boxer, y otro con el aire más bohemio del mundo, un vagabundo descarado, de ojos cínicos y hocico respingón. Este último y el fox con aire de marido andaban a la expectativa, esperanzados con el resultado de la batalla trabada entre los dos macizos campeones, el boxer y el enorme interracial. Lo más probable era un empate, con liquidación de los dos, quedando así automáticamente limitada la lista de pretendientes. Y tanto el fox como el vagabundo menor, se medían con la mirada preparándose ya para la segunda lucha que habría de decidir la posesión de la perra. En cuanto a ésta, parecía encantada con aquel sistema de disputarse sus favores. A todos los animaba, hasta a su marido. Una casquivana.

La situación cambió fundamentalmente cuando *Jazmín* resolvió presentar su candidatura, y lo hizo con un salto espectacular que lo colocó en medio de los contendientes. Se volvieron los cuatro hacia el nuevo candidato, gruñendo. La perra le sonrió vanidosa, animándolo. Por un breve momento. Vasco tuvo la esperanza —optimista ilusión— de que el boxer y el mestizo despedazaran a *Jazmín* con la eficaz ayuda del fox y del pequeño vagabundo. Pero no ocurrió tal cosa. Aquellos apasionados canes parecían dueños del tiempo y no se decidían a empezar. Se quedaban gruñéndose uno a otro, mostrándose los dientes, de vez en cuando unos ladridos. Y quien más ladraba, agresivo, era *Jazmín*.

Cuando lo vio en medio del corro de los rudos luchadores, Clotilde estuvo a pique de sufrir un soponcio. Soltó unos grititos histéricos y tendió los brazos gritando:

—¡*Jazmín!* ¡*Jazmín!*

Y se dejó caer casi desvanecida en un banco. Luego se volvió hacia el comandante:

—¡Sálvemelo, pobrecito, por amor de Dios!

Sus ojos suplicantes, los ojos que mostraban claramente que estaba al borde del patatús, decidieron a Vasco. Era una petición absurda. ¿Cómo penetrar en aquel círculo de odio y de deseo y retirar de allí al denodado pequinés, cuya bravura rayaba en la temeridad? Cogió del pie de un árbol una rama caída, y así armado, al oír los conmovedores chillidos de Clotilde, avanzó en dirección a los perros como los caballeros medievales se enfrentaban lanza en mano con el dragón de las siete cabezas, que lanzaba fuego por todas ellas, sólo por obedecer las órdenes de su dama...

Su inesperada presencia causó rebullicio y confusión. El boxer bajó la guardia, retrocedió un paso y de eso se aprovechó el enorme vagabundo para atacarlo por la

espalda. *Jazmín*, que se dio cuenta de que era el objetivo de aquellos movimientos del comandante, se abalanzó sobre el fox, y rodaron los dos por la calzada. De todo ello se aprovechó el vivísimo vagabundo —el pequeño— para arrastrar a la disputada hembra y llevársela a un descampado próximo, más tranquilo y propicio para el amor. Consiguió el comandante agarrar a *Jazmín* por la punta de la correa de cuero y arrastrarlo fuera del alcance de los dientes del fox, que al final, se quedó como atontado buscando a su compañera. Cuando encontró el rastro, partió en dirección al descampado, pero ya era tarde: los mestizos estaban ya en plena tarea.

Clotilde ni le dio las gracias. Apretaba contra su seno al pequinés, le frotaba el rostro con sus mejillas, le besaba el hocico dañado, le examinaba los huesos, desentendida por completo de la magnífica batalla entre el boxer y el danés falsificado, ahora sólo por el placer de, la lucha, sin hembra como premio, que lamiera amorosa las heridas del vencedor.

No hay mal que por bien no venga. De aquella proeza que provocó la risa de los otros pasajeros y la maliciosa curiosidad de los pilletes de la calle, resultó la decisión de devolver el pequinés al navío. La ciudad estaba en demasía llena de tentaciones y peligros para el pobre inocente. Así se hizo, y de esta forma se liberó Vasco de la compañía incómoda y limitadora de los otros compañeros de viaje.

Como era ya casi la hora del almuerzo, esperaron a bordo el toque de la campana. Clotilde ocupada en poner yodo en las huellas dejadas por el fox en una de las patas de su pequinés.

Gracias a esto, en aquella tarde calurosa, pudieron pasear como dos adolescentes por las calles de la ciudad. Ella, rehecha de las caninas emociones matinales, él elevado en su concepto por el valor revelado y por la rapidez con que atendió su petición.

Después de vagar por calles y plazas, acabaron en una heladería donde ella, golosa, quiso probar todas las especialidades de la casa, compararlas con los helados de Belem, los mejores del universo en su opinión. Vasco estaba admirándole el apetito, cuando su corazón casi se detuvo. Miró por casualidad hacia el puente del Emperador (estaban en la rúa da Aurora y desde allí veían el viejo y noble puente) y de repente vio pasar entre la multitud una gorda señora vestida de negro, con un chal en la cabeza para cubrir sus blancos cabellos, llevando un niño de la mano. Apenas por un instante le vio la cara, pero reconoció, con toda seguridad, a Carol, vieja y tierna abuela, sonriendo al niño. Se olvidó Vasco de su invitada, de su condición de comandante en servicio activo, de los helados por pagar, y se lanzó puertas afuera, a todo correr, hacia la calle de la Emperatriz, por donde había desaparecido la fugitiva visión. No la encontró, aunque llamó en voz alta haciendo que se volvieran algunos transeúntes. Se dio cuenta entonces de que había dejado plantada a Clotilde, sola en la heladería, y volvió a la carrera.

La encontró furiosa: ni hablarle quería. Intentó explicarle, pero ella poseía su propia versión del acontecimiento. ¿Por qué no le había dicho que se había pasado las

horas buscando a su antiguo amor, cuyo domicilio, naturalmente, había cambiado? Había paseado con ella por calles y puentes, pero con el pensamiento distante, los ojos escudriñando la fisonomía de las que pasaban.

—No es eso. Se lo aseguro. Me pareció ver una persona de quien hace veinte años que no tengo noticias.

—¿Mujer?

Un día quizá se lo contara todo. Ahora no valía la pena.

—Nada de mujer... Un amigo, piloto que sirvió conmigo durante diez años en más de un navío. Éramos íntimos; como hermanos... pero tuvo que dejar la carrera al morírsele un pariente en Pernambuco, en Garanhuns, una ciudad del interior. Le dejó una herencia. Nunca más supe de él...

Ella debería perdonar su emoción al ver, entre la gente que pasaba por el puente, la fisonomía del amigo perdido. Eran como hermanos. Estaban tan unidos que si uno dejaba el barco, el otro lo dejaba también...

Disputas de enamorados, cuanto más violentas más gozosa la reconciliación. Salieron los dos, camino del puerto, cogidos de la mano. Ella lloró un poco, dos lágrimas que él secó con su pañuelo de seda que ostentaba un ancla bordada en un ángulo. Cuando él, en la puerta, la tomó de la mano para ayudarla a descender el escalón de la calzada, ella no la retiró, y así anduvieron, en un silencio más expresivo que las palabras, en dirección al muelle donde el *Ita* recibía carga y pasajeros.

Desde el puente de mando el primer oficial y el primer piloto los vieron llegar, dadas las manos, en saltarín paso de ballet, con los rostros inundados de sol y de ventura.

—Tu comandante está echando una cana al aire... —dijo el primer piloto riendo.

Geir Matos, el primer oficial, preguntó:

—¿Vio usted alguna vez un comandante tan consciente? Sólo el tal Américo, un vividor, podía descubrir esta perla...

—Perla del mar... Del mar del Japón, del mar de la China, de las rutas de Oriente...

Las potentes guindastes levantaban los sacos de azúcar. Negros estibadores iban colocando los fardos en la bodega.

DONDE EL NARRADOR INTERRUMPE LA HISTORIA SIN NINGÚN PRETEXTO, PERO EN LA MAYOR AFLICCIÓN

Perdónenme los señores la interrupción y las faltas acaso notadas en los últimos capítulos. Si aún —y a pesar de todo— sigo escribiendo, es porque el plazo concedido por el Archivo Público para la entrega de los originales (y de las copias mecanografiadas) se cierra dentro de breves días. Pero ni sé lo que escribo. ¿Cómo cuidar el estilo y la gramática en estos momentos, cuando el mundo amenaza venirse sobre mí?

No, no me refiero a la bomba atómica o a la hidrogena, a la guerra fría, a los graves problemas de Berlín, Laos, del Congo o de Cuba, o al de la posibilidad de establecer plataformas en la Luna para fusilar desde allí a la Tierra. Si eso ocurriera, acabaríamos todos al mismo tiempo, y mal de muchos, consuelo de los pobres. Lo único que desearía es saber la hora exacta para meterme con Dondoca en la cama y morir junto a ella.

Me refiero a lo acontecido aquí, en Periperi, estos días pasados, tras el año nuevo, con la entrada festiva del 1961, saludada por mí con esperanzas de gloria y pecunia puestas en este trabajo mío, y de tranquila alegría, dado el buen acuerdo y la paz reinantes en el hogar del Beco das Tres Borboletas, donde, por la tarde, Dondoca acogía al Meritísimo, y, por la noche, a este su seguro servidor.

Sí. Él lo descubrió todo. Se acabó la vida dulce y gratuita. Reina la mayor confusión en estas tres almas azotadas por el mismo temporal de pasión y celos, por el vendaval de las recriminaciones y de los deseos de venganza. Ya se armó la gorda: palabrotas, gritos, insultos, acusaciones, censuras, disculpas, gritos pidiendo perdón, relaciones antes cordiales sacudidas ahora por un huracán de pasiones desenfrenadas, corte de la asignación mensual y de los regalos, lágrimas, miradas suplicantes y miradas cargadas de odio mortal, promesas de venganza y hasta una paliza soberana.

Como historiador celoso de mi condición de tal, he de imponer método al relato, pero no sé si lo conseguiré, pues tengo el corazón despedazado y un infernal dolor de cabeza. Dolor de cabeza que debería tener el doctor Siqueira y no yo, pues al fin y al cabo crece frondoso en su testuz y no en la mía, lo que debería servirme de consuelo. Mas, sin embargo, no sirve de consuelo. ¿Cómo consolarme si pesa sobre mí la amenaza de no verla más, de no oír su risa incitante y cristalina, su voz de desmayado son, pidiéndome que le cuente otra historia del señor comandante?

Ocurrió todo de repente, aunque la desconfianza flotaba en el aire y en los ojos del jurista. Anteriormente referí las singulares alteraciones ocurridas en la actitud del magistrado en relación al comportamiento con Dondoca y conmigo. La pobre paloma herida encontró un día al gran hombre olfateándole las sábanas para ver si sorprendía en ellas olor extraño, sudor de otro hombre. Su trato conmigo se volvió hosco y desabrido, su mirar era ahora acusador y severo, sin que lo ablandaran mis multiplicados elogios, como acontecía tiempo atrás, cuando incluso, en pago, él alababa mi literatura. A pesar de que alcancé los límites de la coba y el cepilleo más

absolutos, en un esfuerzo considerable, llegando a elogiar un horrendo pijama a rayas estrenado por el Meritísimo aquellos días, regalo del «Zepelín», ni así logré desviar la tromba. La inquietud nos dominaba, a mí y a Dondoca, tomamos precauciones extremas, hasta el punto de usar determinadas sábanas y fundas de almohada por la tarde y cambiarlas por la noche. Por mi parte, evité acompañar al doctor Siqueira en las visitas vespertinas a nuestra bienamada. Antes llegaba yo con él, o muy poco después, me tomaba un cafetito, echaba una parrafada y me retiraba discretamente. Al fin y al cabo, él corría con los gastos y había que reconocerle ciertos derechos: no iba a pasarme allí la tarde entera, fastidiando. Sin hablar de mis investigaciones históricas, de la redacción de mis trabajos. Dejé, pues, de aparecer por allí, colocándome en la sombra, apareciendo sólo por la noche, para charlar un rato y realizar la prudente comprobación diaria: el noble cultivador de las ciencias jurídicas seguía bajo la inflexible batuta de su digna esposa, doña Ernestina, apodada «Zepelín» por la canalla.

De nada me sirvió. Hace cuatro días, en una noche cálida, exactamente cuando acababa apenas de echarme en la cama y empezaba a regalarme con una pera, de la media docena de las que de una visita a Bahía había traído el juez; cuando Dondoca, en una broma muy de su gusto y muy divertida, se sentaba a caballo sobre mi pecho y doblaba el busto para besarme ora en los ojos, ora en las orejas o para arrancarme de la boca un pedazo de fruta; exactamente cuando en uno de estos retozos y jugueteos yo le había pasado los brazos por la espalda derribándola sobre mí, apareció en la puerta del cuarto el eminente doctor Alberto Siqueira, con el sombrero calado y gafas oscuras, riéndose con unas carcajadas de Drácula y diciendo con voz fúnebre:

—¡Era verdad, pues!

Lo parecía al menos. Porque, pensando que quizá me daría tiempo, me disponía ya a discutir el asunto, pues tratándose de aclarar la verdad soy un verdadero campeón. En la redacción de estas memorias del comandante, he aprendido que es arriesgada empresa salir por ahí diciendo de algo que es verdad, calle afuera, sólo porque existen pruebas concretas o se tienen testigos, siempre sobreestimados, que dicen haber observado los hechos. Aún el otro día, doña Caçula y doña Pequena, esposa y cuñada respectivamente de Tinoco Pedreira, alardeaban de haber visto con aquellos sus ojos que la tierra ha de comer, uno de esos platillos volantes por los cielos periperianos. Armaron un barullo increíble, hasta se acercaron por acá algunos reporteros de la prensa de Bahía para entrevistarlas, y los retratos de las dos viejas apuntando al cielo con el dedo, llegaron a aparecer en los periódicos. Luego se comprobó que no hubo ningún platillo ni ningún disco plateado, como decían ellas, velocísimo y con dos colas de fuego. La marea arrastró a la playa una cometa de papel impermeable que, bajo el sol, parecía plateado, con dos rodetes colocados. Cometa perdida, rota la caña y arrancado el cabo, traída por el viento y transformada, a los ojos de aquellas carcamales vueltos hacia el sol, en disco volador marciano o soviético según la tendencia de los periódicos.

No era, sin embargo, tiempo propicio a tales consideraciones. En el primer momento, lo confieso, no me di cuenta de toda la gravedad de aquella aparición, hasta tal punto me impresionaron las gafas negras y el sombrero de ala caída sobre la frente. Gafas y sombrero para ocultar a algún noctámbulo habitante de Periperi la verdadera identidad del juez, vean ustedes la premeditación del Meritísimo. Fue el grito de Dondoca, saltando de mi pecho hacia el otro lado del lecho, lo que me despertó enteramente para el drama. Me tragué el trozo de pera y no encontré palabras.

Allí, a la entrada del cuarto, con la mano izquierda en el tirador de la puerta, aún abierta, y la derecha apuntando hacia la cama, el dedo en ristre, la voz arrebatada y trémula, era el eminente jurista la imagen perfecta de la virtud ofendida, de la confianza burlada, de la amistad traicionada, en fin: la perfecta imagen del cornudo clásico, del inmortal Otelo. No me fue posible dejar de admirarlo.

No podía continuar en la cama, tumbado, mirando boquiabierto al Meritísimo cornudo. Me levanté, me puse las zapatillas, y oí de repente un grito como salido del alma, de un corazón partido, destrozado:

—¡Sáquese mis zapatillas, sinvergüenza!

Me las quité. Quedé con los pies descalzos en las frías baldosas, y esa pequeñez de hombre tan eminente me costó un resfriado que aún hoy me trae a mal traer. La escena de la que fui testigo y personaje estaba dispuesta así: en la entrada del cuarto, trágico y acusador, el juez jubilado; del otro lado, próxima a la ventana, con las manos intentando ocultar su desnudez en una prueba tal vez un poco tardía de pudicia y recato, sollozaba Dondoca; entre los dos, el lecho, el cuerpo del delito, aún caliente, y yo, con cara de idiota, mirándome el ombligo. Creo que podríamos haber permanecido allí, en esta situación, inmóviles, horas y días, si Dondoca no hubiera levantado sus hermosos ojos hacia el juez diciendo con voz tierna:

—Betinho... mi terrón de azúcar...

Palabras de indescifrable efecto: pensé que iba a darle una apoplejía al Meritísimo y dejarlo allí fulminado —¡imagínense el escándalo!— o bien que iba a sacar un revólver y pegarnos dos tiros, uno a Dondoca y otro a mí. Se puso rojo, luego pálido, se estremeció su cuerpo como si lo azotaran, intentó dar un paso hacia Dondoca, no pudo, intentó hablar, apenas emitió un sonido gutural, algo entre sollozo y eructo. Clavó en la cándida mulata sus ojos de animal herido y moribundo, me lanzó una mirada amenazadora, cargada de odio, y consiguió articular:

—¡Perro! ¡Poetastro!

Incliné la cabeza, preferí no responder.

—¡Serpiente!

Esta vez era a Dondoca, pero ella no se calló como había hecho yo.

—Bebezinho querido... perdona a tu bichito...

—¡Jamás! —y bajándose el ala del sombrero escupió en mi dirección, nos volvió la espalda y se fue. Desde la puerta de la calle nos tiró la llave de la casa. Nos

quedamos allí, los dos, desnudos y atónitos.

Dondoca estaba inconsolable. Se había habituado a aquella vida gratis y regalada. Casa, vestidos, bombones, todo lo tenía. También me había acostumbrado yo a las zapatillas y a la manceba del juez. Aquella noche no pegamos ojo, y no ocupados en lo que están pensando ustedes, sino considerando la desgracia caída sobre nuestras cabezas. ¿Qué iba a ser de Dondoca? ¿Tendría que volver a la mísera barraca de sus padres, a aguantar los soplamocos de Pedro Torresno y a ayudar a su madre a planchar y a almidonar la ropa? ¿Cómo hacerlo, después de haberse pasado todo este tiempo de uñas pintadas, envuelta en sedas y perfumes, con bien poco trabajo y muchos mimos? Me era imposible sostenerla, darle la vida que le garantizaba la cuenta bancaria del juez. Mis pocos haberes apenas me llegan para los gastos esenciales y me obligan a vivir en este suburbio con mis padres. Si lograba el premio del Archivo Público —me siento animado por el hecho de que se halla en la dirección del Archivo el ínclito doctor Luis Henrique, cuya opinión sobre mi anterior trabajo «repertorio de útiles informaciones» ya es conocida— le podría ofrecer un regalo, un corte para un vestido, un par de zapatos, un anillo quizás. Eso si de repente no aparece un doctor cualquiera y se me alza con los laureles y con el cheque. Y desde luego, esos veinte mil cruzeiros no bastan para mantenerla más allá de unos días.

Dondoca, debatiéndose entre el amor y el confort, no pegó ojo en toda la noche. Lloró en mis brazos, acabó por dormirse sobre mi pecho.

Al día siguiente se agravó la situación. Pedro Torresno fue, como de costumbre, a sablear al juez —unas monedas para el aguardiente— pero lo pusieron de patitas en la calle sin dejarle acercarse al gabinete donde el magistrado, en el silencio y la meditación, escribe sus estudios jurídicos. Allí recibía al padre de Dondoca, pues, en general, doña Ernestina le respeta las horas de elucubración. Pedro Torresno llegó confiado a saludar al señor juez y a saber nuevas de la salud de la excelentísima señora. Y un doctor Siqueira de cara hosca le comunicó que le quedaba terminantemente prohibida la entrada en aquella casa, y, en cuanto a su hija, le comunicó que era una zorra de la peor especie, que había abusado de la confianza en ella depositada... Y que viniera a pedirme el dinero a mí, pues si alguien tenía la obligación de mantenerle a la hija y pagarle el aguardiente ese alguien era yo.

—¡Pero si no tiene dónde caerse muerto...! —replicó Pedro Torresno, haciendo un perfecto balance de mi situación financiera.

No se impresionó el Meritísimo con este argumento, y le dio con la puerta en las narices al indignado progenitor. El borracho se fue directamente a casa de Dondoca, y, herido en su honor y en su aguardiente, le atizó una paliza de esas de criar callo, rompiéndole en las costillas a la pobre inocente el rabo de la escoba nueva. Un perjuicio más en tan delicado momento.

Cuando aparecí por la tarde, tras comprobar de lejos la presencia del juez en su gabinete de trabajo intentando curarse el dolor de la cornamenta con el estudio de las penas previstas en los casos de seducción, estaba Dondoca bañada en llanto, con las

costillas y los brazos rojos de los trastazos. Quedé conmovido hasta las lágrimas, cuidé de aquel adorado cuerpo cubriéndolo de besos y caricias, buscándole consuelo. Pero el problema seguía en pie: ¿cómo pagar las cuentas? Se acercaba el fin de mes, vencía el alquiler, la asignación semanal y los lujos.

Ahora, sin embargo, las cosas parecen ir cara a una solución. Pasados los días, la afligida madre de Dondoca logró una audiencia del juez. Le habló del arrepentimiento de su hija, víctima de los halagos viles de un miserable poetastro que le mandaba versos y que había entrado en casa llevado por la mano del propio magistrado:

—Fue usted mismo quien se lo metió en casa...

Cosa que no era verdad, pero eso no lo sabía el Meritísimo. Dondoca, solitaria en sus noches, había sido víctima y no culpable. Yo la había tomado casi a la fuerza, pero ella sólo pensaba en su adorado Alberto, en el ingrato «Bebeto», como repetía día y noche. Tendría el doctor que ver los sufrimientos de la pobre, llorando el día entero, negándose a comer, con peligro de su salud, enflaqueciendo, y todo eso porque ya no iba el doctor a visitarla... Tenía que ir, aunque sólo fuera por caridad, para impedir que la desgraciada hiciera una locura, pues no hablaba de otra cosa. Ella, la madre, dormía allá, en su casa, para evitar lo peor. La hija hablaba de echarse gasolina en las sayas y pegarse fuego para morir envuelta en llamaradas.

La ilustre lumbrera de la jurisprudencia patria se conmovió con este relato, y quedó también preocupado. Si la idiota hacía una burrada, si intentaba suicidarse, no podría evitarse el escándalo, las murmuraciones, la intervención de la policía. La cosa acabaría llegando a oídos de doña Ernestina, y ni siquiera se atrevía a pensar en la reacción del «Zepelín»... «Sólo por caridad», dijo, y volvió al Beco das Tres Borboletas.

Se firmaron las paces, pero con mi sacrificio. Me permitió una última entrevista con Dondoca, pero no a solas: en la cocina estaba Pedro Torresno, armado con el resto de la escoba para garantizar la integridad de la moral y de la propiedad privada del juez.

Dondoca, cayéndosele las lágrimas por las mejillas, me contó que «Bebeto» le perdonaba por esta vez, con la condición de que no volviera jamás a hablar conmigo. ¿Qué podía hacer ella, la pobre infeliz? Lo peor era la decisión según la cual la madre y el padre pasarían a vivir con ella, aposentados en el cuarto del fondo, perros de guarda velando por la integridad moral de la muchacha, por la completa felicidad del magistrado.

—Deja pasar unos días y ya veremos la manera...

«Deja pasar unos días...», muy fácil de decir. Pedro Torresno cuando me encontraba en la calle, me miraba atravesado y amenazador. La madre anunció a los vecinos su decisión de correrme a escobazos si me atrevía a poner los pies en las cercanías. ¿Cómo volver a verla?

Y así estoy, sin mujer, las noches largas de pasar. Nunca tanto deseé y quise a

nadie como a esa dorada mulata de labios golosos. Mi tiempo nunca ha sido tan libre. Dispongo hasta de las horas dedicadas a la charla del juez, pues el Meritísimo redujo a un simple gesto con la cabeza sus relaciones con este su cordial admirador. Mientras tanto, el trabajo avanza lento y difícil, me atasco en las frases, los acontecimientos se embarullan en mi cabeza, no consigo volver mi atención al comandante y a su madura bienamada, la solterona Clotilde.

Madura, bien madura, hay una veraneante en la playa cuyos ojos me persiguen. Viuda, vino por primera vez a pasar aquí los meses de verano con unas sobrinas. No me puede ver sin sentirse inquieta, busca conversación, me da entrada, sólo le falta agarrarme. Pero quien tuvo en sus brazos los pequeños senos recios de Dondoca, sus moldeados muslos, quien tocó su vientre de llamarada, ¿cómo va a poder sentir, aunque sólo sea por explicable curiosidad, el menor deseo de acercarse a esa ruina que reclama una urgente intervención de la cirugía plástica, que alguien ponga en su pellejo unas imprescindibles medias suelas?

¿Cómo seguir investigando la verdad sobre el comandante y sus aventuras si, en este momento, lo único que deseo descubrir, sacar en limpio, poner completamente en claro, es cómo el Meritísimo llegó a enterarse de mis andanzas nocturnas por el Beco das Tres Borboletas? Desconfío. Pienso que habrá sido una misiva anónima. Uno de esos comadrees suburbanos a que tan dados son algunos tipos, un Telémaco Dorea, por ejemplo, un Otoniel Mendonça, envidioso de mis éxitos en el mundo de la investigación histórica, y de mi lugar en el lecho de Dondoca. La raza de Chico Pacheco no se ha extinguido en Periperi. ¡Ah! Si descubriera la verdad no invitaría al canalla a un duelo, como hizo el comandante. Le partiría la cara en la primera esquina.

—Allá va el comandante, arrastrando a su baqueana... —dijo el abogado paraense doctor Firmino Morais, con aires de literato y vasto prestigio social. Volvía de un viaje a Río, donde había defendido ante el Supremo un recurso de una firma exportadora de caucho. El paseo le había rendido una fortuna.

Era grande el corro del salón, y en su centro se hallaba el senador. Junto a él un sacerdote, el reverendo Clímaco, y una señora ya mayor, de blancos cabellos, ondulados y porte amable, que en su juventud debió de ser una belleza, y que aun ahora sabía envejecer con dignidad y clase. Los nietos, de vez en cuando, venían a recostarse en su regazo, a recibir una caricia, una palabra, un beso. Los recién casados formaban parte del grupo, y con ellos dos estudiantes de Fortaleza, y una mulata, sentada al lado de la simpática anciana que, a veces, le sonreía admirando su agreste belleza. Había además otras mujeres y otros hombres allí reunidos, sentados en los cómodos butacones, satisfechos de codearse con personalidades ilustres como el senador, el gran abogado, el reverendo, y aquella anciana cuya familia, hijos y yernos, era conocida en todo el país. Miraban al comandante que paseaba por cubierta con Clotilde.

—Balzaquiana, querrá decir... —corrigió un estudiante con la natural suficiencia de la edad.

—La mujer que nos describe Balzac en sus novelas... —completó el senador mostrando sus conocimientos de literatura (clásica, desde luego).

—No, no: quiero decir baqueana. Una cosa son las balzaquianas y otra, muy distinta, las baqueanas. Clotilde María da Assunção Fogueira es una baqueana...

—Un bello nombre, noble quizá... —dijo la recién casada.

—Su padre era representante comercial. Se hizo muy rico. Su hermano amplió la firma. Están muy bien.

La señora de cabello blanco alzó la mano en la que la elegancia de sus dedos valorizaba un soberbio anillo; hizo un ademán hacia el abogado, su amplio rostro se abrió en una sonrisa:

—Dígame, doctor Morais, ¿qué diferencia hay entre una balzaquiana y una baqueana?

—Pero, doña Dominga, ¿no conoce usted la teoría de las baqueanas? Una teoría hermosa, basada en estudios de psicólogos y psiquiatras. Hay toda una biblioteca sobre el asunto. Creo que hasta Freud le dedicó un libro... —sonreía el abogado, satisfecho de su erudición.

—¿Baqueanas? —interrumpió el padre Clímaco cerrando el breviario—. ¿De Bach? —En su distante parroquia, en el interior de la Amazonia, la gramola y los discos eran el consuelo de su vida, y Bach su pasión terrena.

El navío surcaba aguas verdes y tranquilas, a lo largo de una línea de blancas playas. Pequeños veleros temerarios entraban mar adentro y los pasajeros observaban las velas, minúsculas en la distancia. El comandante señalaba con un dedo hacia un

barquichuelo lejano, entregaba sus prismáticos a Clotilde.

—No, padre Clímaco, no. Baqueana no viene de Bach. Y es grande la diferencia, fíjese usted, doña Dominga, entre balzaquianas y baqueanas. Pequeños detalles marcan las grandes diferencias —el abogado tenía fama en Belem de amar las paradojas. Había publicado tiempo atrás un volumen. *Pensamientos y máximas*, muy alabado por la prensa local por su «originalidad de sus conceptos y el castizo estilo, que recuerda a Herculano, Garret y Camilo», según un crítico de la ciudad. Su sortija, el rubí rodeado de brillantes, lanzaba destellos sobre la negra cubierta del breviario.

—Venga entonces esa teoría, doctor. No se haga el difícil —exigió doña Dominga, arrellanándose en la butaca para mejor gozar de las *boutades* del abogado, a quien conocía de anteriores viajes.

—La teoría es absolutamente científica, como les dije, y se refiere a las mujeres ya de cierta edad.

—De mi edad...

—Su belleza no tiene edad, señora. ¡Cuántas muchachas quisieran para sí la gracia de esta abuela...! Bien: la balzaquiana era, según Balzac, la mujer de treinta años. Hoy, con el progreso y el arte del maquillaje, a los treinta años una mujer es aún una jovencita. Fíjense, por ejemplo, en la esposa del doctor Helio, ese médico de Natal. Tiene treinta y cinco años, según me dijo; el marido. Y, sin embargo, parece una adolescente.

—Es muy bonita —apoyó el senador—. Y distinguida...

—Lástima de mujer: el marido es un vejestorio... —comentó uno de los estudiantes.

El reverendo interrumpió:

—Más caridad cristiana, hijo mío...

—Y acuérdesse de aquel mandamiento: «No desearás la mujer de tu prójimo» —completó el abogado.

—Es una señora honestísima —el senador miraba con gesto reprobatorio al estudiante abochornado—. El marido está muy enfermo. Los médicos de Río lo han desahuciado. Y él mismo, que es médico, lo sabe muy bien y no se hace ilusiones.

—Dejemos a la pobre señora en paz. Es digna de lástima. Vamos, a su teoría, doctor Morais, que me tiene muerta de curiosidad —intervino doña Dominga.

—Pues bien: hoy llamamos balzaquiana a una mujer de unos cuarenta años, ¿no? Cuando está en pleno... —parecía buscar la palabra exacta, ayudándose con la mano alzada—... en plena exigencia. La edad volcánica...

—¡Quién la pillara! —dijo el estudiante, evidentemente poco oportuno.

—¿A los cuarenta? —el senador consideraba la cuestión con el mismo grave aire de entendedor con que votaba en bloque todos los proyectos gubernamentales.

—Ahora bien, la balzaquiana tiene dos formas, dos medios, dos maneras de salir de su condición cuando le llega el tiempo. La primera es la manera «abuelita», esa que doña Dominga usa como ninguna, dando a su belleza la dignidad debida a los

cabellos blancos...

—Es un triste piropo...

—Las otras, la gran mayoría, pasan del estado de balzaquiana al estado de baqueana. Y así llegamos a la definición clásica de las baqueanas, establecida por un sabio vienes. La baqueana, doña Dominga, es la balzaquiana cuando está en las últimas. La balzaquiana cuando anda desesperada y ya no tiene remedio. O sea, cuando pasados los cuarenta, camino de los cincuenta, el continente no corresponde al contenido...

—¿Qué quiere decir? —quiso saber la mulata, muy parada y silenciosa en su butaca, los ojos clavados en el abogado.

—Cuando el exterior ya no corresponde a las necesidades interiores... cuando las arrugas comienzan a manifestarse indomables. Lo peor es que las baqueanas no se dan cuenta de su situación, y actúan como mozuelas o como balzaquianas. Por ejemplo, esa mocita... Clotilde. Conozco mucho a su familia; su hermano es amigo mío.

—Pero usted es injusto con ella —comentó doña Dominga—. Aún no está tan mal. Balzaquiana bien, pero no baqueana. Usted, doctor Morais, tan entendido en el asunto, se equivoca...

—Quien se equivoca, y gravemente, es usted, señora mía y muy querida amiga. Apenas se está informando de los rudimentos de una ciencia y ya quiere medirse con el profesor... Y es que aún no he desarrollado totalmente mi teoría de las baqueanas. Ninguna solterona, en ningún momento, pertenece a la clase de las balzaquianas. Pasa directamente de mocita a baqueana.

De cubierta llegaban voces de pasajeros que discutían una partida de *minigolf*. La recién casada, para escuchar mejor, apoyó la cabeza en el hombro del marido.

—¿Cómo es eso? —preguntó uno de los estudiantes—. He visto muchas balzaquianas solteras muy apetecibles... En la pensión del Catete, donde vive un amigo mío, hay una..., ¡para relamerse! Puede creerlo...

—Mire la diferencia, doña Dominga: es evidente. Las balzaquianas, casadas a veces y con amante...

—Basta, basta... —dijo el reverendo.

—... son alegres, están satisfechas de la vida. Sólo empiezan realmente a sufrir la gran inquietud cuando los hombres no posan ya en ellas sus ojos codiciosos.

—Debe de ser triste... —dijo en voz baja la mulatita.

—Es cuando cambian de clase, cuando descienden al círculo infernal de las baqueanas...

—No es muy cristiana su teoría, doctor... —sonrió el sacerdote.

—Es científica, padre...

—La mujer honesta guarda siempre la eterna belleza del alma —declamó el senador.

—Dejen seguir al doctor Morais... —doña Dominga impuso silencio en el corro.

Aquel senador era un imbécil.

—Eso es verdad, querido senador. Lo que pasa es que cuando la gente mira a una mujer no le mira el alma, le mira las piernas... Pero voy a continuar con la teoría de las baqueanas: las solteronas, desde el momento en que atraviesan la frontera de los veintiocho años y pierden la esperanza de casorio, pasan a formar inmediatamente en las filas de las baqueanas. Es —usted, padre, lo sabe bien— cuando empiezan a frecuentar las iglesias, a cuidar de los altares, a confesarse todos los días. Aquí el padre conoce el asunto mejor que yo. Son amargadas, roñicas, liosas, chismosas. Pertenecen a la categoría de las grandes baqueanas.

—¿Qué es eso de categoría?

—Hay categorías y subcategorías. Los sabios que han estudiado el asunto dividen a las baqueanas en dos categorías fundamentales: las grandes baqueanas, solteronas, ácidas, resentidas, enemigas de toda la humanidad. Y las sensitivas baqueanas, categoría formada por las baqueanas casadas o viudas. El sufrimiento para las sensitivas baqueanas procede del conocimiento...

—¿Conocimiento? ¿Y de qué? —deseó saber la mulatita.

—Conocimiento de causa, señorita Moema. El sufrimiento de las sensitivas, doña Dominga, procede del conocimiento y se traduce en añoranza.

—¿Es una indirecta? Puedo asegurarle que nada de eso tiene que ver conmigo.

—¡Por amor de Dios!, usted es de otra clase, la clase de las abuelas hermosas y realistas —y le besó la mano aún hermosa—. Para las grandes baqueanas, las solteronas, el sufrimiento procede del desconocimiento y se traduce en voluntad de probar.

—¡Debe de ser horrible! —murmuró la mulata, tomando, como si quisiera protegerse de la hipótesis terrorífica, las manos de doña Dominga.

—¿Probar? ¿Qué? —el estudiante no daba una.

—Basta, basta... —dijo el reverendo.

—Probar el gusto del pecado...

—Las sensitivas baqueanas son, en general, comprensivas para con los errores ajenos, los «malos pasos», la bohemia. Les gusta proteger amores, arreglar noviazgos, casamientos. Pero no hay que fiarse de ellas, porque si se les presenta la ocasión... Las grandes baqueanas odian a las mujeres bonitas, a los enamorados, a las recién casadas como aquí a la señora doña María Amelia. Una señora en estado, es, para ellas, una inmoralidad.

—¡Qué horror! —sonrió la recién casada acercándose a su esposo, cogiéndole la mano.

—Clotilde es una gran baqueana. Pero otra característica de las baqueanas, especialmente en la categoría de las solteronas, es conservar la esperanza. Y, algunas veces, muy raras, ocurre que una gran baqueana pasa a la categoría de sensitiva baqueana, y se casa. Es lo que está intentando hacer Clotilde, llamada por sus alumnas de piano Tildita Soponcios.

—El comandante es un solterón, según me dijo —habló el padre Clímaco—. Sería el encuentro de dos almas solitarias que se dan el brazo en el otoño de sus vidas...

—Es usted un poeta, padre. ¿Nunca escribió versos?

—Pobres composiciones en honor de la Virgen y de su Hijo...

—¿Ve cómo lo he adivinado? Pues Clotilde María da Assunção Fogueira es un caso típico de gran baqueana de corazón herido. Se trata de una subcategoría, doña Dominga. Subcategoría de las más interesantes. Está compuesta por las grandes baqueanas, que estuvieron a punto de casarse, que fueron novias algún tiempo, que estuvieron a punto de romper con el pecaminoso estado de la soltería.

—¡Qué herejía, Dios mío! —el reverendo se llevó las manos a la cabeza.

Rió contenta la mulatita, sonreía doña Dominga, el senador hizo un gesto parlamentario que tanto podía ser de aprobación como de reprobación.

—... y un día el novio desaparece: se acabó el noviazgo. Así le pasó a Clotilde. Fue un asunto muy comentado en Belem. Yo tenía entonces veinte años. Ella debe de tener dos más que yo. Tengo los cuarenta y tres cumplidos.

—No lo parece... —no pudo contenerse la mulatita.

—¿Qué pasó?

—Cuéntenoslo, doctor.

—La familia Fogueira estaba constituida por el padre y tres hijos, un chico y dos chicas. Clotilde era la mayor. El muchacho es ahora muy rico, empezó a trabajar con el padre y, cuando éste murió, amplió mucho los negocios. La hermana pequeña se casó con un ingeniero. Vive en Río. Clotilde, guapita e instruida, fue muy cortejada. Aprendió piano con una polaca, esposa de un inglés exportador de caucho. Tenía aptitudes para la música. Los padres estaban encantados con la hija pianista. Si hubiera querido, en aquella época, hasta pudo casarse bien. No era fea, y le sobraban cualidades.

—¿Y por qué no se casó?

—Escogió demasiado. Su defecto eran las pretensiones: esperaba al príncipe azul. Cuando se dio cuenta, su hermana pequeña ya se había casado y esperaba un hijo. Entonces apareció por Belem un médico, elegantote él. Venía de Sao Luis. Montó consultorio, se puso a esperar clientela, y mientras esperaba arrastró del ala a Clotilde. La conquistó con música. Él era entendido. Ella ya no era tan exigente...

—Y hoy mucho menos... El comandante es ya un carcamal...

—Pues no lo encuentro tan desaprovechable. Es hombre de buena presencia...

—Andaba entonces por los veintiuno, veintidós años, y, en aquel tiempo, cuando una mujer se casaba a los quince y dieciséis, era ya una «vieja». Pasaron un mes o dos coqueteando, pero a cortejo corto noviazgo largo. Él quizás entendiera de música, pero lo que es de medicina... una nulidad. Tenía una clientela miserable que no le daba para vivir. Comía y cenaba en casa de la novia. Vivía en una pensión. El noviazgo se fue arrastrando cuatro o cinco años.

—Noviazgo prolongado nunca acaba...

—Un día, al fin, los amigos del médico, políticos de Maranhao, le buscaron un empleo en Río, de médico de la Prefectura o algo semejante.

—Y él se fue y no volvió más...

—Calma, senador. Déjeme contar la historia. El casamiento se preparó con prisas. Él quería tomar posesión del puesto ya casado. Casamiento pomposo, como corresponde a una familia conocida. Los novios tenían que salir para Río días después de la ceremonia. Atiendan ahora a un detalle importante: el mismo día del casamiento salía de Belem uno de estos *Ita*, hacia el sur.

Volvieron a mirar por el ventanal. Vasco y Clotilde paseaban lentamente, el comandante con su pipa, ella con el perrito, él sin duda contándole una emocionante historia, pues la baqueana escuchaba atenta. Esperaban verlos desaparecer por el lado de proa.

—La boda debería hacerse en casa de la novia. Tanto la ceremonia civil como la religiosa, según era costumbre en aquel tiempo: la gente importante se casaba en casa. Prepararon unas bodas de Camacho, comida y bebida en abundancia. El médico comió en casa de sus futuros suegros y dijo que se iba a cambiar de ropa y enviar las maletas al hotel donde pasarían la noche de boda. El acto civil estaba programado para las cinco. Luego, inmediatamente, sería el religioso. A las cuatro ya estaba la casa repleta de invitados. A las cuatro y media llegó el cura, viejo amigo de la familia. Al cabo de diez minutos el juez y el escribano.

—¿Y el novio?

—Calma. El novio se retrasaba. A las cinco y diez apareció la novia en la sala con su elegante vestido de casamiento, y él aún no había aparecido. Los invitados rodeaban a Clotilde, elogiándole el velo y la guirnalda. El retraso del novio alcanzó el límite de lo tolerable: media hora. Mandaron un aviso a la pensión donde vivía, y la patrona les informó de que el doctor se había marchado con las maletas, diciendo que iba a casarse. El enviado volvió a las seis menos diez. A las seis el juez amenazó con marcharse. Los invitados, incómodos e incomodados, hacían mil hipótesis. A las seis y diez...

—Estoy nerviosísima...

—... el hermano de la novia salió a buscar por la Policía y el Dispensario Municipal. Volvió casi a las siete, sin noticias, pero a las seis y media ya se había marchado el juez, furioso. Cuando se marchó, y el escribano tras él, Clotilde tuvo el primer patatús, anunciador de la gran baqueana. A partir de las siete empezó la desbandada de los invitados. Se iban, curiosos y desolados. No llegaron a servir la comida ni la bebida. A las ocho y media desertó el sacerdote, que había intentado hasta entonces consolar inútilmente a la novia y a la familia. A las nueve, el hermano de la novia que había salido una hora antes a seguir investigando, volvió con la noticia increíble: el miserable se había marchado, en dirección a Río, en el *Ita*. Estaba en la lista de pasajeros, y llegó a toda prisa cuando ya habían retirado la pasarela, a

las cinco en punto.

—Hay que ver...

—Fue así como Clotilde María da Assunção Fogueira se transformó en Tilde Soponcios e ingresó directamente en la subcategoría de las grandes baqueanas de Corazón Herido...

—¿Nunca más tuvo novio?

—Nunca más, señorita Moema. Primero porque, herida en su orgullo, pasó mucho tiempo sin frecuentar fiestas y paseos. Encerrada en casa, tocando el piano. Luego, cuando quiso, no encontró quien la quisiera... Vive con su hermano, pasa temporadas en Río con su hermana, da clases de piano, cuida de su pequinés —las grandes baqueanas siempre tienen un perro o un gato—, agarra sus soponcios, pero, como pueden comprobar aún conserva esperanzas. Es una baqueana típica.

—Triste historia... —dijo doña Dominga—. Realmente, me da pena.

—Ese médico no era precisamente un carácter cristalino —comentó el reverendo.

—En Natal la cosa no hubiera acabado así. Por lo menos de una buena paliza no lo libraba nadie —sentenció el senador.

—¿Y al novio qué le pasó? —quiso saber la mulata.

—Se casó con la hija de un ricacho importante, de Río. Siguió en la Prefectura, pero entró en la ronda de los pudientes a base del dinero de su suegro y de la belleza de la esposa. Todas las tardes se le puede ver, a la puerta del Jockey Club. Tiene caballos de carrera... Su esposa es hoy una sensitiva baqueana. De las más sensitivas, pues por lo visto tiene un pasado considerable. Según me contaron, entre las yeguas de la escudería del marido, ella es la más famosa...

—¡Oh! —exclamó el cura, mientras doña Dominga se reía a carcajadas.

—«A las yeguas del Faraón te comparo, oh mi amiga...» —declamó el abogado—. Esto es de la Biblia...

El padre Clímaco volvió a abrir apresuradamente el breviario:

—Pues yo le digo, doctor, que los caminos de Dios son, a veces sorprendentes. Tal vez el Señor la reservara para el comandante.

—Sólo que la entrega resulta un poco tarde, padre. La fruta ya empieza a estar un poquito pasada: demasiado madura, la verdad... —dejó de hablar un momento, movió la cabeza dubitativamente—: No, nada de eso. Fruta un poco pasada es imagen que se debe aplicar sólo a las sensitivas baqueanas. Las grandes baqueanas son fruto malogrado, que no ha llegado a madurar.

—Fruto malogrado. ¡Qué triste es eso...! —dijo la mulatita.

El grupo se disolvió. Era ya hora de prepararse para la cena. Seguían paseando el comandante y Clotilde, y se reían los dos, indiferentes a las miradas curiosas, a las luces del crepúsculo que empezaba a encenderse sobre el mar. El senador y el abogado eran los únicos que continuaban sentados, acompañando con mirada codiciosa los contoneos de la mulata al alejarse. Aquélla, pensaba el abogado, era un peligro suelto, capaz de volver loco a cualquiera, de hacerle abandonar a la familia, a

la esposa y a los hijos, colgar la profesión, la respetabilidad, el deber.

El senador no pensaba en nada. Sus ojos se oscurecían en un deseo taciturno.

**DONDE SE NARRAN PEQUEÑOS ACONTECIMIENTOS, APARENTEMENTE SIN IMPORTANCIA,
PERO QUE CONTRIBUYEN, TODOS ELLOS, A LOS DRAMÁTICOS SUCESOS FINALES**

El comisario se rascó la cabeza, un tanto irritado:

—No sé si habrá un afinador de pianos en Natal... Es posible que ni pianos haya...

Geir Matos se echó a reír:

—Está usted ofendiendo a toda la población de un Estado del Brasil, menospreciando la cultura de una capital. Si le oyera el senador...

—Pero ¿ha visto usted un caso semejante, Geir? Afinar el piano... El pianista nunca lo creyó necesario. Hace tres años que está con nosotros, tocando todo el día en el condenado instrumento, y siempre le pareció excelente. Ahora aparece ese comandante de ultramarinos, especialista en bacalao y latas de conserva, y nos exige un afinador. Y furioso además, porque no se lo busqué en Recife. ¡Menudo sermón me ha echado...!

—¿Y por qué no buscó un afinador en Recife? Órdenes son órdenes... Mejor será que lo busque en Natal.

—Órdenes son órdenes, conforme. Pero ¿también son órdenes las de un comandante de opereta, que se dedica a pelar la pava por cubierta con una vieja, en un coqueteo ridículo? Además, el pianista dice que no es necesario afinarlo...

—Mire, viejo; el comandante será lo que usted quiera, pero fue el único que encontramos disponible en Bahía. Una cosa es segura: el loro ese es profesora de piano, y sabe de qué va, y en cuanto al polquista que llevamos, cualquier marinero toca mejor que él. Estoy seguro de que ese caradura no había visto en su vida un piano, ni siquiera una gramola cuando vino al barco. Se pone a tocar y es una verdadera pesadilla. Y es lo de siempre, ya se sabe: médico y pianista de a bordo, siempre de catástrofe. Porque lo que es el matasanos, si no fuera por el practicante, ni un lavaje es capaz de recetar.

—Desde luego, es verdad. Con este comandante acabó de pudrirse esta mierda de navío. Así, ni el Lloyd...

—Pero el comandante tiene una dignidad de mil diablos coronados. Eso no lo podrá negar... Su condecoración, los prismáticos siempre en mano... Es usted un mala uva, viejo. Haga como yo: diviértase, tómelo a broma. Lo estoy pasando en grande y aún me he de divertir más... —rió gozando anticipadamente.

—¿Qué es lo que está tramando?

—No se meta en camisa de once varas. Y busque un afinador, créame; el mejor que haya en Natal.

Este diálogo, en el puente de mando, era consecuencia de la severa admonición del comandante al comisario a propósito del piano. ¿No le había ordenado cuando atracó el barco en Recife, que buscara un afinador capaz de poner en condiciones el piano de a bordo? Bajó a tierra confiando, esperando que iban a cumplir sus órdenes. Y la señorita Clotilde, una pianista famosa, profesora diplomada, experta en Chopin y

en arias de ópera, en piezas difíciles, le dijo que el piano seguía igual: una lata vieja. Para aporrear unas sambas, musiquillas de baile, iba tirando. Los jóvenes no se preocupan de si está desafinado o no, lo único que les interesa es dar vueltas por el salón, agarrados, arrastrar los pies. Pero ¿y los verdaderos pianistas como Clotilde? ¿No tienen derechos, no les permite y garantiza la Costera el uso de un piano?

—Ese loro, comandante, exige demasiado. En el viaje pasado tuvimos un pianista de Sao Paulo que hasta dio un concierto a bordo. Y no se quejó...

El comandante explotó.

—Señor comisario, hágame el favor de tratar a los pasajeros con respeto. No use expresiones groseras. La señorita Clotilde no es un loro. En cuanto a ese pianista de Sao Paulo, sería un chapucero... Búsqueme en Natal un afinador. Sin falta. Ya lo sabe.

Un loro, un vejestorio... ¡Qué falta de respeto! ¡Qué grosería...! Una niña no era, desde luego, pero tampoco era una vieja. Le había dicho que tenía treinta y siete cumplidos, algunos menos de los que él le había calculado. Le había echado cuarenta y cinco; una diferencia de quince años entre los dos, pues él ya pasaba de los sesenta, no era tan grande. Cuando ella, en una charla vaga, se refirió a sus treinta y siete primaveras, él se vio obligado a rejuvenecerse, y bajó la cifra a cincuenta y cinco. Pero eso eran detalles sin importancia, pensaba, era el encuentro de dos vidas solitarias, ansiosas de comprensión y de cariño, de dos almas gemelas dispuestas a darse las manos y marchar juntas, cicatrizadas las heridas del pasado, en una permanente fiesta de amor. El comandante estaba enamorado, y el amor le hacía sentirse fuerte y dispuesto a todo. No iba, precisamente ahora, a admitir desidia en el cumplimiento de sus órdenes.

Transcurría el viaje sin incidentes, a no ser una violenta discusión la víspera de la llegada a Natal. Una discusión política en la que participaron pasajeros y oficiales de a bordo. Se inició durante la comida, en la mesa presidida por el segundo piloto. Adeptos a la Alianza Liberal por un lado y partidarios del Gobierno por otro, exaltando todas las cualidades y ventajas de Getulio Vargas y de Julio Prestes, sus posibilidades en las elecciones o en la insurrección. El segundo piloto se reveló getulista fanático, era del Sur, juraba por Flores da Cunha, hablaba de las tropas de Río Grande entrando en Río de Janeiro a caballo, espada en mano —pues la espada es el arma clásica de los hombres de la pampa brasileña—, cortando cabezas de políticos venales y corrompidos.

A la mesa del comandante, donde Clotilde había pasado a ocupar el lugar vacante por el desembarque del diputado Othon en Recife, llegaban los ecos del debate. El senador se removía inquieto como si las espadas gauchas, mandadas por el general José Francisco, como anunciaba el segundo piloto, le amenazaran ya el pescuezo. La discusión se extendió a otras mesas. Doña Dominga, madre de ministro y diputado federal, replicó desde la mesa del comandante, oponiendo a las lanzas y espadas de la caballería de Rio Grande do Sur, los rifles y las carabinas de las gentes del Nordeste.

—Con dos o tres bandas de cangaceiros acabamos con toda esa gentuza. Basta un Lampiao para su general José Francisco... No se necesita ni un oficial con bandas y charreteras. Y además, todos esos alemanes e italianos del sur, basura todos, están necesitando una lección... —Su voz clara y enérgica dominaba a sus adversarios, los reducía a silencio. Era una voz acostumbrada a ordenar. Hasta su hijo, el ministro, se inclinaba ante su voluntad cuando ella, saliendo de su calma habitual, elevaba el tono de su voz y tomaba sus decisiones.

—Somos tan brasileños como el mejor... —replicó el segundo piloto.

Los estudiantes en general estaban a favor de la Alianza, repetían tópicos de los discursos getulistas, hablaban de renovación del país, de un cambio de mentalidad, de reformas necesarias.

El senador, poco deseoso de liarse en polémicas, sonreía, pálido, afectando un aire de superioridad. Se inclinó hacia el comandante, que se mantenía neutral, preocupado en servir a Clotilde, y le preguntó en voz baja:

—¿Desde cuándo la Costera, empresa subvencionada por el Gobierno, da cargos a agitadores políticos?

—No lo sé, senador. Como ya he tenido el honor de informarle, no pertenezco a la Costera. Estoy aquí por hacerle un favor llevándole el navío hasta Belem...

—Es verdad. Lo había olvidado... De todos modos, no me parece conveniente que un oficial de a bordo se ponga a echar discursos políticos en el comedor, incitando a los pasajeros, amenazando el orden público. Al fin y al cabo, soy senador de la República y pertenezco al Gobierno, y aquel joven está predicando la revolución, el cierre del Senado y de la Cámara, el asesinato de las autoridades...

—Realmente, tiene usted razón, senador...

La discusión prosiguió luego, tras la cena, en el salón donde los jóvenes pretendían bailar, para despedir a los que iban a quedarse en Natal al día siguiente. En las butacas del rincón, un grupo clamaba contra el presidente de la República, contra la situación del país, el coste de la vida, las elecciones siempre falseadas, exponiendo la necesidad de una renovación a fondo. El senador se retiró indignado.

El más exaltado era el segundo piloto. «Iban a ver aquellos sinvergüenzas. Como se atrevieran a robarles las próximas elecciones e impidieran con la pluma el triunfo del candidato de la Alianza Liberal, no tardarían en verse los resultados. El pueblo no estaba dispuesto a seguir soportando la tiranía, a sostener vagabundos en el Parlamento. Sonarían los clarines de guerra en Rio Grande do Sur, convocando a los brasileños. Lanzas y espadas...»

Un camarero interrumpió su brillante perorata:

—El comandante le ruega que vaya a verle. Le espera ahí fuera...

—Voy inmediatamente...

Atravesó a paso de carga Santa Caterina y Paraná; Isidoro y Miguel Costa ya habían ocupado Sao Paulo, y entró el segundo piloto al lado de Flores da Cunha y José Francisco en Río de Janeiro. Atendió de mala gana la llamada del comandante.

(«¿Qué diablos querrá ese animalón?») Precisamente ahora, cuando la mulatita no le quitaba ojo de encima...

—Mi joven amigo, no tengo nada contra sus ideas... Cada uno piensa como quiere. Yo, se lo confieso, no me meto en política. Ya me metí en mis tiempos, aquí y en el extranjero. Aquí, cuando gobernaba en Bahía el ilustre José Marcelino, de quien tuve el honor de ser amigo. En Portugal, con ocasión del asesinato del rey don Carlos, cuando, alzándome contra el crimen, me puse a disposición de la realeza. Pero después de eso, nunca más quise saber de política. Usted tiene, desde luego, sus razones, no seré yo quien se las niegue...

—Este Gobierno está llevando el país hacia el abismo...

—No lo discuto... puede ser... No se ofenda, sin embargo, si le digo que no me parece bien que un oficial de a bordo exalte los ánimos de los pasajeros. No le estoy reprendiendo, desde luego, puede estar seguro. Lejos de mí tal idea. Pero fíjese: el senador vino a presentar una reclamación. Quiere dirigir un oficio a la compañía... Creo, mi joven amigo, que debería usted evitar estas conversaciones.

—Ese senador es de los peores... Conozco casos escandalosos en los que está metido. Lo del puerto de Natal bastaría para meterlo en la cárcel de por vida. ¡Y lo de la muchacha que empleó en el Senado! Hasta Mario Rodríguez hizo un artículo sobre el caso, hace unos años. ¿No lo leyó?

—Mire. Es un pasajero y está en el navío. Esto es lo único que nos importa ahora. Le ruego que no vuelva a participar en discusiones de este tipo.

—Soy un ciudadano brasileño y conozco mis derechos... Hablo con quien quiero y donde quiero.

Vasco Moscoso de Aragón clavó la mirada ante él, en el mar. Afirmó sus pies en la cubierta del navío:

—Y yo soy el comandante. Le estoy dando una orden. Téngalo presente. Buenas noches.

Y dejó plantado al estupefacto segundo piloto, «el tipejo tiene redaños», sin saber qué hacer. Primero pensó en volver al salón, pero la irritación del senador, la amenaza de una carta a la compañía, le hicieron reflexionar. Se dirigió al puente, a despacharse a su gusto.

Vasco entró en el salón, donde Clotilde lo buscaba temerosa. Se acercó a ella y le dijo:

—Espérame un momento. Vuelvo en seguida.

No había visto al senador. Se dirigió a la sala de juego. El parlamentario, de ceño fruncido, taciturno, leía una revista.

—Senador, venga a hacemos compañía al salón. La gente lamenta su ausencia.

—No estoy dispuesto a oír insultos y amenazas. Soy un senador de la República.

—Puede venir tranquilo. He tomado ya las disposiciones necesarias.

—Aun así. Usted no me conoce. Soy brusco de genio, exploto en seguida. Si continúo oyendo barbaridades como las que anda diciendo ese muchacho, soy capaz

de perder la cabeza y plantarle la mano en el rostro...

—No tiene por qué pensar más en eso. Yo mando en este buque, y la tripulación es disciplinada. En la India me llamaban Mano de Hierro.

Bailó hasta la medianoche con Clotilde. Le contó minuciosamente el incidente. Luego —una cosa va tirando — de la otra—, le contó su participación en las luchas entre monárquicos y republicanos, allá en Portugal, llevado por sus nobles sentimientos de gratitud hacia el rey don Carlos I. Había hecho durante años la ruta entre Portugal y las Indias. Allá los marineros le llamaban Mano de Hierro y Corazón de Oro, pues era blando como la brisa, amigo de sus tripulantes, uno más entre ellos, pero, si alguien se atrevía a desobedecerle, se volvía en un instante violento como el huracán, implacable mano de hierro.

**DE NOVIAZGO Y JURAMENTOS DE AMOR ETERNO, O DE CÓMO EL COMANDANTE ANCLÓ,
BAJO LA LUZ DE LA LUNA, EN EL CORAZÓN DE LA GRAN BAQUEANA**

La primera palabra sobre noviazgo y casamiento fue pronunciada en Natal, con bastante temor, por el comandante. Iban los dos, él y Clotilde, por la playa de Area Preta, y era tanta la belleza del escenario y la gracia de la ciudad, que no podían dejar de percibir las y comentarlas, con adjetivos y exclamaciones. El *Ita* estaría poco tiempo atracado en el puerto. En seguida saldría para Fortaleza. Deseaban verlo todo, con prisa juvenil, la gran baqueana soltando grititos ante las curvas de la playa, el caserío blanco, la Fortaleza de los Tres Reyes Magos, el río de plata bajo el sol.

—Seguro que ha visto tantas cosas hermosas por esos mundos adelante, que hasta debe de estar cansado, ¿verdad? —habló Clotilde, cuando se pararon a admirar el paisaje de cocoteros y arena.

—Vi muchas cosas, sí. Todo el mundo. Pero poco se ve cuando uno está solo. Ni ganas se tienen de mirar...

—Pobre quien está solo...

—Dígame una cosa: ¿no ha pensado nunca que quizá un día...?

—¿Qué?

—Si encontrara un hombre con experiencia de la vida y solo... Un corazón amante... ¿No aceptaría ligar su vida a la de él, tener una casa, ser feliz?

—Tengo miedo. Creo que nunca seré feliz...

Bajó la cabeza. Se perdió en sus recuerdos. El comandante intentaba encontrar la palabra justa. Era difícil. Nunca se había declarado a ninguna mujer. Su única experiencia en el asunto era el vals bailado con Madalena Pontes Mendes, y no llegó a abrir la boca siquiera. ¿Cómo hacerlo ahora?

—Yo, si encontrara una mujer capaz de entender a un viejo...

—¿Un viejo? No diga eso...

—Pues hasta era capaz de...

—¡Comandante! ¡Comandante!

Venía el senador con otros dos, gritando hacia ellos.

—¡Antipático! —exclamó Clotilde.

—¿Eh?

—Ese senador... Ya desembarcó. ¿Qué más quiere ahora?

El senador sólo deseaba mostrarse amable con el comandante, cuya autoridad y conocimientos náuticos le habían impresionado. Le presentó a sus amigos, un diputado del Estado y un coronel del interior, dos prestigiosos políticos del país, correligionarios suyos.

—Y aquí el comandante Vasco Moscoso de Aragón, hombre de muchos viajes y aventuras. Anduvo por ahí... por todo el mundo... ¡Qué sé yo...! Un héroe...

Los dos políticos se mostraron de acuerdo, sonreían y admiraban al héroe presentado por Su Excelencia el senador.

—Vengan conmigo, quiero que vean una cosa notable, aquí en Natal. Algo que

sólo existe aquí, una obra extraordinaria. Tiene que verla, comandante. Le aseguro que en todas sus andanzas, nunca vio cosa igual.

Los llevó a visitar una Escuela de Artes del Hogar, muy bien instalada, en la que las chicas ricas del Estado se preparaban para el matrimonio, adornándose con todas las prendas necesarias. Fueron de mala gana, el comandante maldiciendo la simpatía del senador, que había interrumpido su charla con Clotilde, cuando ya estaba a punto de abordar el asunto, cuando ya había encontrado las palabras decisivas. Clotilde, con expresión romántica, el aire absorto y ausente, seguía con la vista a las nubes vagabundas.

Volvieron con prisa al barco. En la Escuela de Hogar perdieron más tiempo del que pensaban. La directora no perdonaba detalle, lo enseñaba todo, lo explicaba todo, orgullosa de su establecimiento, de las alumnas, de las instalaciones, de la enseñanza.

—Ahora dígame, comandante: ¿vio algo semejante en algún país de los que usted conoce? ¿Algo que pudiera comparársele? —no esperaba respuesta, y añadía—: No hay nada igual en el mundo. Ni siquiera los suizos —¡los suizos, sí, señor!— tienen nada semejante. Ellos mismos lo reconocen. De Suiza nos llegaron cartas pidiendo información sobre nuestra escuela. ¡De Suiza, sí, señor!

—¡Obra notable, notabilísima! —convino el comandante, desanimado, perdida aquella oportunidad espléndida, cuando Clotilde estaba conmovida ante la belleza de la playa, el momento propicio.

Pero por la noche, tras la cena y el rápido paso por el salón, donde ella probó el piano afinado por un experto artesano de Natal, Clotilde le preguntó si no deseaba dar una vuelta por cubierta.

—Es noche de luna llena... —y sonrió con su risa áspera.

El corazón de Vasco perdió el ritmo. Era la ansiada oportunidad. Subieron a la cubierta superior, desierta a aquellas horas.

La luna llena estaba hecha de sangre y oro y se dilataba en el mar.

—Mire —dijo ella dirigiéndose a la borda.

Salía la luna en medio de las aguas donde había dormido y reposado, iba a comenzar su revista de enamorados, por calles y plazas, por los muelles de Bahía, en los puertos perdidos, en las cubiertas de los barcos. La luz de la luna, densa y calma, se derramaba sobre las aguas verdes del nordeste, y los vientos de Terral de Pernambuco, de Aracatí de Ceará, llegaban del sur y del norte para saludar a la luna con blandas caricias de brisa. En medio de la luz pálida navegaba el *Ita*, en aquella noche mágica, cuando el comandante, colocado tras Clotilde, le tomó las manos y habló con voz temblorosa de amor y miedo:

—¡Clotilde! ¡Ah, Clotilde, malvada...!

—¿Malvada yo? —y se estremeció, y su voz era apenas un murmullo—. ¿Por qué dice eso, comandante?

—¿No ve? ¿No comprende? ¿No siente?

—No creo en los hombres...

—Tampoco yo creía en las mujeres... Pero ahora sí creo; y muero de amor...

—No le creo, y tengo miedo...

Pero no retiraba sus manos de las de Vasco. Se apoyo en él y sintió su aliento. Sin que nadie sepa cómo sucedió, misterio del mar en noche de luna llena, apoyó, su cabeza en el amplio hombro del comandante, ornado de charreteras y anclas. Él le pasó el brazo por la cintura. Ella se estremeció y suspiró. La oprimió entonces dulcemente contra sí, sus bocas se encontraron, y fue un prolongado beso con larga sed de amor, beso de corazones adolescentes con hambre antigua por saciar.

—¡Oh! —suspiró ella, cuando aún en sus brazos pudo respirar—. ¿Qué es lo que he hecho, Dios mío? ¿Qué vergüenza...! ¿Qué va a pasar ahora...?

—Que nos vamos a casar, si usted me acepta...

Ella le contó entonces su lastimosa experiencia, el porqué de su melancólica soltería. Había amado a un hombre, le había dado su corazón virginal, inocente, había depositado en él su confianza plena. Era un médico, muy rico, muy famoso, llegado de Río a Belem. Con clientela enorme, no daba abasto. El mejor partido de Belem, y loco por ella. Gran conocedor de la música, incluso tocaba un poco el piano; ejecutaban partituras a cuatro manos, hermanadas sus almas en la música. Clotilde iba distribuyendo suspiros entre su relato. Fueron novios, se juraron amor eterno, fijaron el día de la boda. Ella tenía entonces diecisiete años, tímida e ingenua muchacha de provincias. Entregó su corazón al médico, confiando en su dignidad y en su amor...

¿Qué le habría pasado?, se preguntaba alarmado, Vasco. Seguro que en una de aquellas noches de piano a cuatro manos, cuando la familia estaba ausente por casualidad, él abusó de su ingenuidad de niña y huyó luego... dejándola con su decepción y su vergüenza. Pero nada tenía que temer. No por eso iba él a dejar de respetarla. Muy al contrario: crecería su ardiente amor, y se reforzaría su voluntad de ofrecerle su mano de esposo...

Confiando en su dignidad y su amor... pero los hombres son falsos, al menos casi todos... ¿Imagina lo que ocurrió? En vísperas del casamiento... No le gustaba hablar de aquello, era abrir una herida aún no cicatrizada. Todavía sentía el corazón dolorido: descubrió un día que él había lanzado al arroyo a una muchachita de Río, una modistilla. La deshonoró. La infeliz tuvo un hijo, y él le mandaba dinero todos los meses. Al saber del noviazgo y del casamiento, la infeliz le escribió una carta, a ella, a Clotilde, contándole todo lo ocurrido y colocando en sus manos el destino del hijito. ¿Qué podía hacer? Con el corazón desgarrado, rompió con el médico, le exigió que volviera a Río y que se casara con la madre de su hijo. Hoy es un médico célebre de la capital, rico e importante, todas las tardes está en el Jockey Club. La modistilla se transformó en una gran dama... Y ella juró no casarse jamás, no volver a abrir su corazón a ningún hombre... Nunca más volvió a mirar un rostro masculino. Pero ahora...

Se emocionaba el comandante ante tanta nobleza de alma, tanto desprendimiento.

No era digno de ella, ni siquiera de besarle la orla del vestido. Pero como el amor eleva al ser humano, él se elevaba hasta sus ojos, su rostro, su boca insaciable de besos, bajo la luna.

Y le contó él también las razones de su solitario vivir, de no haberse casado nunca. Ella se llamaba Dorothy; el comandante llevaba su nombre y un corazón tatuados en el brazo.

—¿Tatuados? ¿Quiere decir que no desaparece?

—Jamás. Fue un tatuaje hecho por un chino, maestro en el oficio, en Singapur.

—Es decir que no la olvidó, que aún anda tras de ella...

—Murió... —en un minuto de trágico silencio. Dorothy se recortó a la luz de la luna, su cuerpo esbelto, su fiebre de amor—. Murió antes del casamiento, en vísperas. Acababa de obtener el divorcio; el marido, al fin, había aceptado dejarla libre...

—¡Ah! Era casada...

Sí, estaba casada cuando él la conoció y se enamoraron a bordo del *Benedict*, un gran navío que hacía la ruta Europa-Australia. Fue una pasión casi tan fulminante y profunda como ésta que sentía ahora por Clotilde, a bordo del *Ita*. Ella iba con el marido, pero ¿de qué valen leyes y convenciones ante el amor? Él abandonó el navío, ella el marido, desembarcaron en un escondido puerto de Asia, a esperar la decisión del esposo...

—¡Qué desvergonzada! ¡Una casada!

No, no debía ser injusta, no debía juzgarla mal. Porque no hubo nada entre ellos, nada llegó a ocurrir... Dorothy le contó todo al marido, y sólo huyó porque aquel egoísta no quería concederle el divorcio. No pasaron de castos besos. Ella se quedó en casa de una santa misionera, la hermana Carol, mientras esperaban. Sólo tras el divorcio y el nuevo casamiento se entregarían uno al otro. La propia Dorothy se lo exigió así. Obtuvo, finalmente, el divorcio; estaban preparando los papeles para el casamiento, cuando las fiebres, aquellas terribles fiebres de Asia, a las que él era inmune, acabaron con ella en tres días. Y con ella murió su carrera. Quedó como loco, juró no volver a poner los pies en un navío, y si ahora estaba al mando del *Ita*, hasta Belem, era porque la ley le obligaba, no podía faltar al deber solemnemente prometido cuando recibió, tras su brillante examen, el diploma de comandante. Por eso no se había casado. Por eso había cerrado su corazón para siempre. Pero en este viaje...

Ella le pidió tiempo para reflexionar. Antes de llegar a Belem respondería. Aún estaba confusa y amedrentada. Además, tenía que obtener el consentimiento de su hermano. Y de *Jazmín*, añadió sonriendo...

El navío bogaba entre las aguas iluminadas por la luna, cielo y mar bañados de plata y oro. En la cubierta, juntos en la borda, el comandante y Clotilde cambiaban juramentos de amor. Se reían sin motivo, suspiraban, decían palabras insensatas, inconsecuentes, se robaban besos, se estrechaban las manos. Hasta que oyeron ruido en la escalera de cubierta y buscaron el arrimo de las sombras del lanchón de

salvamento. En la cubierta superior apareció otra pareja. Primero vieron la silueta del doctor Firmino Morais, el abogado de Para. Miró a su alrededor, acabó de subir, hizo una señal, llamando a alguien. Surgió entonces, con las manos tendidas hacia él, la mulatita Moema, y allí mismo, a la vista de ellos, se abrazaron y besaron con una furia de enloquecidos.

—Descarada... —murmuró Clotilde—. ¡Pero si él es casado...!

—Así es el amor —le respondió el comandante—. No respeta convenciones. El amor es como la tempestad.

La cogió de la mano y salieron por el otro lado. Fueron a unirse a los pasajeros del salón. Clotilde le pidió que guardara en secreto el compromiso que habían contraído bajo la luz de la luna. Quería casarse sin invitados, sin comunicárselo a nadie, sin noticias, sin fiesta, sólo ella y Vasco, su hermano y su cuñada. Y si habían de hacerlo, tendría que ser lo más pronto posible. No aceptaba un noviazgo largo...

—Sólo el tiempo de arreglar los papeles...

Quería volver a Periperi con ella, con la esposa encontrada en el mar. Aquella por quien había estado esperando tanto tiempo, en los puentes de los navíos, en los iluminados paquebotes, en transatlánticos, en negros cargueros, en los distantes rumbos solitarios. En un rayo de luna había llegado ella para acabar su larga espera, para romper para siempre con su soledad.

CAPÍTULO ATOLONDRADO Y FELIZ, CON DERECHO A VISITAR LAS MÁQUINAS Y LAS BODEGAS Y A LANZAR UN S.O.S.

Feliz el comandante. Feliz la gran baqueana. Riéndose los dos por los rincones del navío, cambiando miradas tiernas y sonrisas tímidas, apretándose las manos a escondidas, murmurándose palabras melosas, renaciendo uno y otro en robados besos y en proyectos.

Ella era romántica y había sufrido mucho. El sufrimiento la había vuelto exigente y desconfiada. Su espíritu romántico adoraba el misterio. Por todo eso, ni siquiera su nombre completo quiso decirle al comandante. Para él era sólo Clotilde. Ni detalles sobre la familia, fuera de la vaga noticia de un hermano casado y con hijos en Belem, y de la hermana con cinco hijos y el marido ingeniero en Río. Le prohibió que interrogara sobre ella a los pasajeros paraenses. Quería colocar su amor a prueba.

—Te presentaré a mi hermano en el muelle, en Belem. Irá a esperarme...

—Pero Clo...

Hacía más de veinte años había conocido a una Clo, rubia y blanca, ya ni siquiera recordaba si en Islandia, entre icebergs y fiordos, o en un lupanar de Bahía, en la pensión de Carol o de Sabina. Había algo de común entre aquella Clo de hielo y de geiser y la virginal Clotilde; tal vez los senos opulentos, tal vez algo infantil en el habla y en los gestos. Cuando llamaba Clo a Clotilde, no podía evitar el recuerdo de aquellas noches del pasado, de las pálidas carnes inolvidables.

—... recuerda que no puedo salir contigo, mi amor. Tengo que quedarme para firmar el papeleo del buque. Es el último puerto, acaba el viaje; estaré a bordo, como un prisionero...

Ella adoraba el misterio:

—En el momento de desembarcar te entregaré un papel con mi nombre completo y mi dirección. Ya lo tengo escrito. Aquí está... —indicó hacia el escote. El papel estaba guardado al calor de su seno, aquel papel que era la llave que iba a darle una familia, un nuevo hogar al comandante—. Quedaré esperándote en casa, vendrás a comer con mi hermano y mi cuñada. Mandaré hacer sopa de cangrejos. Así tendré tiempo de hablar con mi hermano...

—¿Pero por qué tanto misterio? ¿Por qué ese secreto?

—Estoy probándote...

Paciencia. Ella lo quería así. En realidad, no tenía importancia, no era con su apellido ni con sus parientes con quienes se iba a casar. Ella tenía razón. Pero, sin embargo, no podía dejar de pensar por qué tanto secreto. Sin duda Clo pertenecía a una familia ilustre, de la élite paraense, riquísima, con títulos de nobleza como Madalena Pontes Mendes. Cuando empezó el viaje —entonces apenas había reparado en ella— oyó cómo un pasajero comentaba la excelente situación financiera del hermano de Clo. Debían de ser millonarios, pensaba el comandante, dueños de extensiones vastas como países, con selvas enteras, plantaciones de caucho, islas en el Amazonas, indios, panteras y serpientes de veinte metros. Quién sabe si todo aquel

misterio era miedo a que su hermano se opusiera a la boda de una heredera tan rica con un simple comandante de navío, capitán de altura jubilado. Podían creer que era un aventurero, un hábil estafador que quería apoderarse de la fortuna de la novia.

Pero, si era tan rica, ¿por qué daba clases de piano? Para matar el tiempo quizá, y por amor a la música. En la primera oportunidad le comunicó que no se reducían sus bienes a los haberes de su jubilación. Tenía casa propia y excelente, en Periperi, una de las playas más elegantes de Salvador; tenía papel de Estado en cantidad, con rentas más que necesarias para garantizarle —también a ella— una vida holgada y comfortable. Clo le tendió las manos:

—Aunque fueras pobre como Job.

En Fortaleza, en aquel tiempo, no atracaban los navíos. No había puerto. Era un espectáculo el desembarco de los pasajeros, saltando de la escalera a las lanchas que los llevaban a la ciudad. Grititos de señoras, risas, indecisiones y los remeros, de pecho musculoso y piel de bronce, sosteniendo las embarcaciones junto a la pasarela. El abogado paraense, en la proa del barco, equilibrado en las piernas abiertas en compás, hizo una demostración de fuerza: tomó a Moema, la mulata, parada en el último peldaño de la escalera y, sosteniéndola por la cintura, la elevó en el aire y posó su cuerpo trémulo a su lado. Durante un minuto estuvieron los dos de pie, firmes en la proa que alzaban y bajaban las olas, bellos y fuertes, azotados por el viento. A tanto no podía llegar el comandante. Y no es que le faltasen fuerzas o disposición, sino que la risueña baqueana era demasiado corpulenta. Y, además, no quedaban bien aquellos alardes en el comandante del navío.

Antes, cuando se encontraba en el puente de mando, llegó doña Dominga a despedirse, a agradecerle sus atenciones:

—Ha sido usted un comandante perfecto. Da gusto viajar con usted —y le tendió su hermosa mano, donde lanzaba destellos una sortija. Luego saludó al primer oficial y a los subalternos, añadiendo—: Tienen ustedes suerte de llevar tan buen capitán, de estar a las órdenes de un hombre tan capaz como el comandante Vasco.

—Un día le harán justicia... —respondió el primer oficial, con frase un poco retorcida de sentido, a causa sin duda del nerviosismo de las maniobras.

Vino también a despedirse el atlético bancario. Se había pasado el resto del viaje escribiendo cartas a su novia pernambucana. Llenó el buzón en Natal.

—Es una señorita muy distinguida... —elogió el comandante al abrazar al apasionado muchacho.

En el trayecto desde el navío a tierra se rieron y bromearon. Los remos salpicaban de agua a los pasajeros, y la gran baqueana, para evitar las gotas, se apretaba contra el comandante. Dieron una vuelta por la ciudad, luego fueron a la playa de Ircema. Allí Clotilde compró encajes «para una camisa de dormir», según le explicó, escondiendo ruborosa su rostro en el chal. Vasco, en súbita explosión de deseo —veía a otra Clo, los senos saltándole de la camisa de encaje—, la besó desatinadamente ante los pescadores y las puntilleras. Al volver hacia el centro, Clotilde quiso entrar a rezar en

una iglesia. Con la contrita cabeza inclinada se puso a orar la gran baqueana. El comandante aprovechó la ocasión para escabullirse. Cuando, terminadas sus preces, lo buscó Clotilde con la vista y no encontró ni siquiera su rastro, sintió que se le paraba el corazón. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, mientras, en creciente inquietud, lo buscaba alrededor con la mirada. Finalmente lo vio. Venía apresurado. Su voz brotó, áspera:

—¿Adónde fuiste? ¿Qué es eso de dejarme así, plantada?

Pero él la cogió del brazo, le hizo dar una vuelta en la nave desierta, la llevó hasta la claridad de una vidriera y sacó del bolsillo una cajita con dos alianzas recién compradas. Sellaron así su noviazgo, en aquel silencio de la iglesia. Pero sólo pudo besarla cuando estuvieron fuera. En el templo ella no lo consintió, acusándolo de ateo y de hereje. El comandante no podía ser más feliz.

El penúltimo día de viaje —la llegada a Belem estaba marcada para el día siguiente, a las tres de la tarde, y allí dormiría el *Ita*, para iniciar la travesía de vuelta al caer la tarde del día siguiente— un capricho de la gran baqueana causó rebullicio y confusión a bordo. Clotilde anunció su deseo de ver el navío por dentro, bajar a las máquinas, a las bodegas, conocer las entrañas del barco. ¿No habían sido los navíos el hogar de Vasco durante cuarenta años? Era un deseo romántico y comprensible, natural en una novia, deseosa de enterarse hasta el máximo de todo lo referente a la vida de su futuro marido. Así se lo confesó y, con un beso, él prometió complacerla.

Era evidente: estaba el comandante perturbado por la pasión hasta el punto de olvidar las dificultades de la empresa. Y no debido a los carteles que rezaban «Prohibida la entrada» en casi todas las puertas. Eso, naturalmente, no tenía nada que ver con el comandante y sus invitados. Pero ¿cómo no se le había ocurrido a él, viejo marinero, pensar en las peligrosas escaleras, en la sumaria vestimenta de los fogoneros? Así, veinticuatro horas antes de la escala final, tomó a su bienamada de la mano y se dirigió hacia el vientre del navío. Abrió una pequeña puerta prohibida, era el abismo sin fondo, y aquella escalera de hierro, estrecha y vertical, directamente sobre el abismo. Clo soltó un gritito, «¡Ay!», pero ya el comandante iniciaba el descenso y le tendía la mano.

Todavía es un misterio —misterio que demuestra una vez más la existencia de dioses amorosos— cómo pudieron llegar abajo sin despeñarse.

El jefe de máquinas se quedó boquiabierto e inició unas breves explicaciones. Hubo un alboroto en las calderas: fogoneros y carboneadores, prácticamente desnudos, no sabían qué hacer al ver a aquella dama súbitamente ante ellos. El segundo maquinista se llevó las manos a la cabeza. Clotilde, en el colmo de la excitación, quiso echar una palada de carbón a la enorme boca roja de la hornalla. Estaba jadeante en aquel infierno. El comandante la ayudó, diciéndole que recordaba sus tiempos de grumete, cuando bajaba a veces a echar una mano a los fogoneros.

Fueron luego a las bodegas, cargadas de mercaderías. El comisario, llamado a toda prisa, bajó con una cara de mil diablos. Imagínense si por la cabeza delirante de

aquel loco capitán de altura pasara la idea de programar una excursión de los pasajeros por el interior del navío... Con él todo era posible... Pero el comandante se limitó a saludarlo, no le prestó la menor atención. El comisario se dirigió al puente de mando y dijo al primer oficial:

—Tu comandante anda con su vieja por los fondos del navío. Ya estuvo en la sala de máquinas y en la de calderas. No me hago responsable de nada...

—¿Desde cuándo el comandante no tiene derecho a mostrar el navío a un pasajero? Y especialmente si es su novia... Déjalo que vaya por donde quiera.

—Pero van a caerse por una escalera. Se romperán la cabeza. Pueden matarse...

—Será el segundo comandante que enterramos en este viaje. Todo un record...

Apenas había terminado el diálogo, aparecieron Vasco y Clotilde en el puente. El primer oficial y el comisario no pudieron contener una sonrisa. Ella, sucia de carbón, la cara y los brazos negros. Él, con su uniforme blanco en un estado lamentable.

—Estoy enseñándole el navío a la señorita Clotilde. Voy a llevarla a la sala de radio.

—¿No quiere enseñarle los instrumentos de mando?

—Después, tal vez.

El comisario bajaba las escaleras restregándose las manos.

Vasco se dirigió a la sala del telegrafista. Éste se hallaba tendido, descansando, y se puso en pie al ver al comandante.

—¿Y de aquí sale el S.O.S. cuando el barco está en peligro?

—De aquí mismo, señora.

¿Y si ella le pidiera que lanzara un S.O.S.?, pensó Vasco. Pero la idea no le asustó. Hasta le pareció divertida. Sería una alegre broma.

De paso le mostró su camarote, el hogar del comandante. Ella miró, metiendo la cabeza por la puerta, pero sin entrar. Encima de la mesa, una fotografía: una hermosa señora de cabellos plateados, con una sonrisa en los labios, y dos muchachos a su lado, uno de quince años aproximadamente, el otro algo mayor.

—¿Quién es? —quiso saber Clotilde, desconfiada.

—La mujer y los hijos del comandante muerto...

Cuando bajaban la escalera, ella le dijo:

—Lo que a mí me gustaría es casarme con un comandante...

—¿Es que no lo soy yo?

—Sí, ya sé... Pero casarme con él y vivir a bordo. Ir con él en el barco por todas partes, correr todo el mundo, de ciudad en ciudad.

—Está prohibido llevar a la mujer a bordo. ¿No has pensado en el peligro? Días y días en el mar, en un carguero, con una tripulación de hombres rudos —¿no viste a los fogoneros?— y la mujer del comandante a bordo... ¿Te das cuenta? Es imposible...

—Hicieron una película con una historia así: un comandante que llevaba en el barco a su mujer. Era muy buena, pero yo no la vi...

Sonrió el comandante. Un día, cuando estuvieran viviendo en la casa de las verdes ventanas, sobre el mar, en Periperi, en las noches hogareñas y tranquilas, ella haciendo calceta, él fumándose su pipa junto al hogar, le contaría lo que le ocurrió cuando, en las costas de Turquía, una apasionada e insensata mahometana se escondió en su camarote, y él la descubrió cuando ya iba el barco en alta mar. Muchas historias le iba a contar. S.O.S. amenazadores, terribles peligros en puertos de opio y contrabando. Tenía una vida excitante para entregarle, para depositarla en su seno, para compartirla con ella para siempre. Al día siguiente, le presentaría a la familia, comería en su casa, haría la petición de mano oficial.

DEL COMPLETO Y ADIVINATORIO CONOCIMIENTO DE LA CIENCIA MARINERA

La mañana de aquel día final del viaje, cuando las aguas turbias del Amazonas ya penetraban en el mar, y en la distancia se oía el rumor de las aguas del río al chocar con la marea, el comandante Vasco Moscoso de Aragón, por primera vez en su larga y agitada vida, cometió un hurto; aunque luego, sin embargo, siguió actuando con la mayor corrección, manteniendo íntegras todas sus promesas, dominando su incontenible curiosidad.

El robo aconteció en el salón, aún desierto en aquella hora matinal, cuando el comandante iniciaba su última inspección por el navío. Se había aficionado a la vida en aquel *Ita*. Le gustaba el barco. No había acumulado el viaje incidentes dignos de mención, no hubo amenaza de naufragio, ni motín de la tripulación, ni graves problemas de navegación que resolver, brújula enloquecida, sextante febril; ni siquiera se descubrieron revolucionarios a bordo, como había amenazado el diputado paraibano. Pero había mantenido la disciplina, supo conducir el navío, había encontrado en él a la mujer de su vida. Volvería con ella a Periperi, a seguir su vida con los amigos, la cresta erguida como nunca. ¿Quién podría ahora dudar de su título y de sus hazañas? Fue en este momento cuando la idea del robo cruzó por su mente. Amaba a aquel *Ita*, quería tener, entre sus instrumentos náuticos, en la gran mesa de la sala, en su casa, un recuerdo de aquel viaje, su último viaje al mando de un navío. Cuando regresara, lo haría como pasajero, como pasajero de honor, ciertamente, tratado con la consideración debida a un capitán de altura, a un hombre que acababa de prestar un gran servicio a la Compañía, pero ya no estarían a su cargo el destino del navío, de la tripulación, de los pasajeros. Quería un recuerdo simple, cualquier nimiedad, algo que le recordara los días felices a bordo. Uno de aquellos ceniceros, por ejemplo, con el escudo de la Costera y la fotografía del *Ita* grabada en la cerámica. Uno de aquéllos había sido el premio el día de la lotería, otros se encontraban sobre las mesas, al servicio de los fumadores. Vasco se volvió, miró a su alrededor: no había nadie. El cenicero desapareció en el bolsillo derecho de su chaquetón de marino. Y como para acostumbrarse basta comenzar, otro cenicero fue a parar al bolsillo izquierdo. No fue un súbito ataque de cleptomanía, y sí el recuerdo de aquel bueno y leal Zequinha Curvelo. ¿Qué mejor presente podía llevarle? ¿Qué mejor prueba de amistad?

Efectuado el robo, con tanta presteza y eficacia, no sintió remordimientos el comandante. La Compañía Nacional de Navegación Costera era rica, nada significaban en su presupuesto dos ceniceros más o menos. Y no los hubiera robado si los hubiera a la venta en el navío. Se lo había preguntado al comisario, y éste le respondió que el último que quedaba era el que habían dado como premio de la «víspera». Realmente, algún remordimiento le había causado la pieza de porcelana, oferta un poco forzada del falso doctor Stenio. Pero tampoco se trataba de un robo. Y con ella había dado una satisfacción a Clotilde. Ella misma le había dicho aún la víspera por la noche, cuando fueron a mirar la luna y el mar en despedida, que se

había convencido de su amor en el mismo momento en que él le trajo el sofá de porcelana con la romántica pareja de enamorados.

Iba inmerso en estos pensamientos por la toldilla, cuando tropezó con el abogado paraense doctor Firmino Morais. Estaba el jurisperito inclinado en la borda, la mirada perdida en profundas meditaciones. Se volvió al rumor de los pasos del comandante, se saludaron y empezaron a charlar. Parecía preocupado e inquieto el amable pasajero. Se agarraba al comandante como si necesitara una presencia que le impidiera pensar, que no le dejara estar a solas con sus problemas y con sus angustias. Lo acompañó en su paseo:

—Entonces, comandante, hoy estaremos en Belem del Gran Para...

—A las tres de la tarde, doctor Morais —consultó el reloj, eran las siete de la mañana—: Dentro de ocho horas...

—Fue un buen viaje; agradable.

—Pacífico. El más pacífico que he mandado yo.

—¿Pacífico? —se interrogó el abogado—. ¿Que fue pacífico dice?

—Naturalmente. No hubo temporales, ni huracán...

—Tal vez haya otros temporales, otros huracanes, en las almas de los pasajeros, comandante.

¿Sería una indirecta a sus amores con Clotilde? ¿Tal vez una burla maliciosa, con intención de insinuar posibles intimidades sexuales, relaciones impúdicas, en la cubierta, por la noche, como las de él, el doctor Firmino, con la mulatita?

—Por lo que a mí se refiere, doctor, me porté siempre con extrema corrección. Y si algún sentimiento me dominó, fue decente y puro, con la más honrada de las intenciones.

¿Sería una insinuación del comandante a sus juguetes con Moema, a sus paseos por cubierta a la luz de la luna, a las charlas a solas en la toldilla, al abandono de los demás pasajeros en las calles de Fortaleza? No podía esperar el abogado que pasaran inadvertidas, sin comentarios malévolos, su intimidad con la muchacha, aquel prohibido idilio. ¿Qué ocurriría ahora cuando llegaran a Belem? Le era imposible dejar de verla, había penetrado hondamente en su sangre aquella virgen loca e impúdica, no había en su mente otro pensamiento, no tenía ojos para otro paisaje, nada deseaba en el mundo más que tenerla como mujer, al menos una vez. Aunque tuviese luego que matarla y matarse para no soportar la vergüenza y los remordimientos, los llantos de la esposa, el espanto de la hija, ya mozuela. ¿Por qué ese comandante no agarraba el timón de su navío y no cambiaba de ruta, penetrando en el océano, partiendo sin rumbo hacia un viaje sin fin? Sintió, tan desesperado estaba, la necesidad de sentirse malvado, como si eso fuera una venganza de su horrible dilema. Seguro que Tilde Soponcios, la gran baqueana de Corazón Herido (todo había comenzado con Moema precisamente mientras desplegaba su teoría predilecta), nada había dicho al enamorado comandante de aquel ridículo asunto de su casamiento. Se lo iba a contar él, y quizás así sintiese un alivio su corazón

angustiado.

—¿Y qué sentimientos sino de honra puede abrigar su pecho, comandante? Se va a casar, supongo. Y se va a casar muy bien, entrará a formar parte de una familia digna de la mayor consideración. Soy amigo del hermano de Clotilde. Él es...

Lo interrumpió bruscamente el comandante:

—Por favor, no siga —le gustaría conocer aquellos detalles tan celosamente guardados por Clo. Pero había por medio una promesa, y su promesa era sagrada—. No deseo oír una sola palabra sobre la familia de Clo, de Clotilde. Ni sobre ella...

—¿Pero por qué? Le iba a contar cosas que no hacen más que enaltecerla...

—Se lo agradezco. Me he hecho un juramento, y no deseo quebrantarlo.

Y para evitar cualquier otra indiscreción del abogado, pretextó ocupaciones, lo dejó solo en las puertas de su desgraciado desespero.

Comenzaba a animarse la cubierta. Clotilde apareció conduciendo a *Jazmín*. El calor ecuatorial resistía a la brisa del mar. El comandante se acercó a la baqueana con la conciencia de quien se ha comportado a la altura de su glorioso pasado.

Aquel fue un día nervioso. Nerviosos los pasajeros, preparando las maletas, consultando los relojes con el ansia de la llegada. Aquellas últimas horas eran las más lentas de pasar. Nerviosa, Clotilde, pensando en cómo iba a explicarle a su hermano el noviazgo, cómo mostrarle la alianza ahora en su dedo. Nervioso el comandante, sin saber cómo enfrentarse a aquella importante familia paraense, a aquellos nobles «dignos de la mayor consideración», como acababa de decirle el abogado. Las horas se estancaban. Aumentaba el calor.

En la mesa, durante la comida, a petición de los otros pasajeros, el doctor Firmino Morais brindó brevemente por el comandante, agradeciéndole el éxito del viaje y las atenciones a todos dispensadas. Vasco respondió conmovido, deseando a los pasajeros, muchachas y muchachos, señoras y señores, mucha felicidad. Chocó su copa con la de Clotilde... Se levantó entonces la bella mulatita, se acercó al comandante y le dio un beso en la mejilla.

Ahora estaba próximo el puerto. Se veía en la distancia el caserío de Belem. Vasco estrechó la mano de Clo y subió al puente de mando.

Con el catalejo examinó la ciudad, las casas de azulejos portugueses, la pintoresca agitación del mercado de Ver-O-Peso, el embarcadero de la Port-of-Pará, donde iba a atracar el *Ita*. Los oficiales de a bordo estaban todos en el puente, hasta el comisario. El primer oficial daba órdenes. El navío se aproximaba. Vasco iba mirando las banderas de los cargueros y paquebotes allí anclados: por lo visto el *Ita* iba a anclar al lado de un carguero inglés; un poco más allá estaba un pequeño navío del Brasileiro, un yate llegado de la Guinea Francesa, numerosos barquichuelos menores. Desde el barco inglés los saludaban con la mano grupos de marineros rubios. El comandante pensó que había terminado su misión, luego las máquinas redujeron el ritmo, casi dejaron de trabajar. El navío llegaba a su destino. Faltaba sólo firmar los papeles, bajar las escaleras y podría abrazar a Clotilde, recibir de sus manos aquel papel con

su nombre completo y dirección, perfumado al contacto con su seno virginal y apasionado. El representante de la Compañía, parado en el muelle, llevaba ya en la mano los documentos por firmar. Entre toda aquella gente que esperaba a los pasajeros, ¿quién sería el hermano de Clotilde? Vasco lo buscaba, intentando adivinarlo entre la multitud que gritaba y hacía gestos de saludo hacia el barco. Los cargadores ofrecían sus servicios, mostraban sus números al pecho. Todo había ido bien, todo acababa bien, pensó el comandante. Fue en este momento, en que una sonrisa de perfecta satisfacción se abría en sus labios, cuando resonó en sus oídos la voz del primer oficial, rodeado por todos los oficiales de a bordo, incluido el comisario:

—Comandante...

—¿Qué hay?

—Ahora, comandante, llegamos al fin de nuestro viaje.

—Afortunadamente, todo fue bien.

—Afortunadamente. Ahora sólo quedan las últimas órdenes, las tuyas, comandante. —Se puso solemnemente en posición de firmes, alzó la voz—: ¿Con cuántas amarras, comandante, amarramos el navío al muelle?

—¿Cómo?

—¿Con cuántas amarras, comandante, vamos a amarrar el navío al muelle de Belem? —repitió aún más solemne y grave.

—Ya le dije, mi querido amigo, que no deseo inmiscuirme en nada, que no deseo dar ninguna orden. Vine aquí para atender una necesidad, pero el navío está en buenas manos.

—Disculpe, comandante, pero el señor, viejo marinero, conoce las leyes del mar. No recuerda ahora probablemente que éste es el último puerto del viaje, y que, en el último puerto, sólo el comandante y nadie más, debe ordenar las últimas maniobras, indicar el número de amarras que deben sujetar el barco al muelle.

—¡El último puerto! Pues es verdad... no me acordaba... Las amarras...

En Salvador, antes de salir el navío, le parecía haber notado un cambio de miradas entre el primer oficial y aquel Américo Antunes, representante de la Costera de Bahía, que, sin embargo, tanto le había jurado y prometido...

—Comandante, estamos esperando, nosotros y los pasajeros. Las máquinas ya están casi paradas. ¿Con cuántas amarras vamos a amarrar el navío?

Lo miró Vasco con sus ojos puros.

—¿Con cuántas amarras? —Y el adivinatorio don de los poetas iluminó su frente. No había error posible—. ¿Con cuántas?

Hizo una pausa y exclamó con voz de comandante acostumbrado a mandar:

—¡Con todas!

Se miraron sorprendidos los oficiales de a bordo, por un momento estupefactos. No era aquélla la respuesta que esperaban. Para decir verdad, no esperaban ninguna respuesta, y sí el desconcierto, la confusión, el desenmascaramiento. Pero, tras el

breve instante de perplejidad, el primer oficial sonrió —ahora la burla iba a ser completa—, se llevó el altavoz a la boca y gritó a la tripulación la orden espantosa:

—Orden del comandante: ¡amarrar el navío con todas las amarras!

Comprendieron los oficiales, conteniendo las carcajadas. El comisario bajó corriendo la escalera: era preciso evitar la inquietud de los pasajeros, explicarles.

Comenzaron las carreras desordenadas de la tripulación, se inició el espectáculo que iba a reunir a toda la gente del muelle, atrayendo hasta el *Ita* a oficiales y marineros de todos los otros barcos, hasta de los pesqueros.

Ante el comandante, el primer oficial volvió a preguntar:

—¿Cuántas anclas, comandante?

—¡Todas!

La voz del oficial resonó en el amplificador:

—¡Orden del comandante: todas las anclas!

—¿Cuántas cadenas, comandante?

—¡Todas!

—Orden del comandante: ¡todas las cadenas! —transmitió el primer oficial.

Era completa la baraúnda en el navío: anclas que bajaban con ruido infernal. El comisario, en la primera clase, iba de pasajero en pasajero explicando.

—¿Cuántos cables, comandante?

—¡Todos!

—Orden del comandante: ¡todos los cables!

Los marineros arrastraban las maromas, las tiraban al muelle, las amarraban en los grandes pilones de hierro y a los bolardos. Todos los elementos de amarre, sin faltar uno, los cables de fibra balanceándose en el aire.

—¿Cuántos *strings*, comandante?

—¡Todos!

—Orden del comandante: ¡todos los *strings*!

Fueron tendidos los cables de acero, los cabezales de madera sujetando el barco al muelle definitivamente, como si no estuviera preso allí con raíces tan profundas, como si las anclas, las cadenas, las amarras, no lo aseguraran de sobra contra las peores tempestades y los más brutales tifones. Tempestades y tifones no previstos por ningún servicio meteorológico, ni por el ojo experto de los más viejos marineros. La previsión era tiempo hermoso y tranquilo, con brisa fresca.

Una risa homérica se elevaba de los muelles, así como de la primera clase del navío. El primer oficial prosiguió:

—¿El anclote también, comandante?

—¡También! —Oía crecer las risas, comprendió la trampa en que había caído, pero estaba ya lanzado y no podía detenerse.

Llegaban hasta el puente las risas y el griterío, una carcajada universal.

—¿Ligado por amarra o por cable de acero?

—Los dos.

—Orden del comandante: ¡arriar el anclote y ligarlo con cable de acero!

Se inclinó ante él el primer oficial:

—¡Muchas gracias, comandante! La maniobra está terminada.

Bajó la cabeza Vasco Moscoso de Aragón, su caída cresta. Era el hazmerreír de todos. La risa se extendía por los muelles, llegaba a la ciudad. La gente llegaba a la carrera a contemplar el espectáculo del *Ita* amarrado al muelle de Belem como si hubiera llegado el día del Juicio Final y el mundo fuera a acabarse entre tifones y tempestades.

Con la cresta caída salió el comandante de entre los oficiales de a bordo, que ya no podían tampoco contener las carcajadas. Se dirigió a su camarote, donde ya tenía preparado el equipaje con las prisas de alcanzar a Clotilde. Cogió las maletas. ¿A quién podría enviar un telegrama diciendo que vendieran la casa de Periperi y compraran una en Itaparica? No tenía amigos en Bahía, se habían acabado los tiempos de la pandilla inolvidable y a Zequinha Curvelo no podía pedirle tal cosa. Ni aparecer jamás ante sus ojos. Las carcajadas se unían formando una sola carcajada descomunal y entraban cabina adentro.

Bajó a la cubierta de primera, de cresta mustia; acababan de poner la escalera. Llegó a tiempo de oír cómo el comisario le explicaba a Clotilde, riéndose a más no poder:

—... pues es como le digo...

Ella llevaba en la mano un papel. Sus ojos se encontraron, ella lo miró con desprecio, hizo añicos el nombre y la dirección, el papel aún caliente de su seno. Los pasajeros señalaban a Vasco con el dedo, se reían, lo miraban de reojo. Clotilde le volvió la espalda y se dirigió pasarela abajo en busca de sus parientes. Pero al pisar el primer escalón se paró, le lanzó al rostro otra mirada de desdén, sacó del dedo la alianza y se la tiró a los pies. Rodó el anillo por cubierta, cayó con un ruido metálico. La vista de Vasco se turbó. Se agarró a la amurada. Vacilante, fue andando hacia la pasarela. Entonces sintió que alguien lo cogía del brazo, ayudándole.

—¿Se encuentra mal, comandante?

Era Moema, la mulata, y entre toda la multitud que se agolpaba en el muelle, en la cubierta, sólo ella no reía y le decía:

—No haga caso...

Ni le dio las gracias, perdida la voz, perdida la alegría de vivir, de cresta caída. Se acercaba a la escalera cuando de nuevo le interrumpieron. Era el representante de la Compañía Costera con los papeles por firmar. Garrapateó su nombre. Prevalecía su sentido del deber.

—Tiene cuarto reservado en el Gran Hotel. El navío saldrá mañana, a las diecisiete horas. Tiene una cabina de primera reservada —se esforzó en contener la risa.

No respondió. Comenzó a bajar la escalera junto con los últimos pasajeros. En tierra desconocida, marineros y oficiales de los barcos atracados, gente de la Aduana,

de los almacenes y de los tinglados del puerto y muchos, muchísimos, llegados de la ciudad, admiraban al *Ita* amarrado al muelle con todas las amarras. Así habría de quedar hasta el día siguiente a la hora de la partida. Toda la ciudad tendría tiempo de venir a apreciar el inaudito espectáculo.

Señalado por unos y por otros, acompañado por la risa inacabable, Vasco se acercó a un cargador.

—¿Puede decirme dónde encontraré una pensión barata?

—La de doña Amparo, pero está un poco lejos...

—¿Me puede indicar el camino?

—Si quiere le llevo la maleta... Usted me paga lo que quiera.

Desde lo alto del puente de mando el primer oficial y los pilotos vieron desaparecer en la esquina de una calle al comandante, encorvado, el paso vacilante, como un náufrago perdido, convertido de repente en un anciano. Las carcajadas resonaban aún en los muelles.

DONDE LA VERDAD ES EXTRAÍDA DEL FONDO DEL POZO POR LOS FURIOSOS VIENTOS DESATADOS

Hacia las cinco de la tarde llegó Vasco a la pensión de doña Amparo, cordial mestiza desdentada. Obtuvo un cuarto con una hamaca y la simpatía de doña Amparo, a quien Vasco le recordaba un amigo servicial de Acre. Le preguntó si estaba enfermo. El calor era asfixiante. Vasco se sentó en la hamaca y se quedó pensativo. ¿Enfermo? No: estaba vacío. Ni siquiera conseguía poner orden en sus ideas, en los problemas por resolver referentes a su vuelta a Bahía, a la venta de la casa de Periperi, a la compra de otra en la isla de Itaparica. En la calle había un silencio pesado de bochorno, pero él seguía oyendo aquellas carcajadas; jamás dejaría de oírlas, resonaban en su pecho. Y un dolor agudo y eterno. Ahora sí iba en serio, comandante Georges Dias Nadreau, jamás volvería a erguir la cresta. Agobiado por la tristeza, era el hazmerreír de la ciudad.

Cuando doña Amparo lo llamó para la cena, lo encontró en la misma posición, tumbado en la hamaca. Ni la chaqueta se había quitado.

No, no quería cenar. Doña Amparo era mujer de amplia experiencia de la vida, proclamada por huéspedes y vecinos. No le parecía enfermedad del cuerpo lo que él tenía. Diagnosticó con acierto y seguridad. Aquello era un disgusto y de los grandes. Muerte de hijo único tal vez. Pero también, probablemente, abandono del hogar por la mujer. Seguro que se había casado con una moza, una muchacha joven. Y al llegar ahora a casa se encontró con la noticia: ella se había largado llevándose los muebles y la alegría de aquel pobre hombre. Doña Amparo conocía varios casos semejantes.

¿No quería por lo menos echar un trago para coger bríos y luchar contra el calor? Para calor y mujer huida, nada mejor que un vasito de aguardiente. ¿Un trago? Aceptó con leve movimiento de cabeza. Ella le trajo la botella: un trago no bastaba para su necesidad.

Vasco había sido en sus tiempos un famoso bebedor. Últimamente, sin embargo, se limitaba a un coñac caliente, minuciosamente preparado en su casa de Periperi. Pero esta vez empinó el codo como hacía de mozo, bebió sin pausa, sin medida y sin vacilación. Conservaba aún un resto de aquella resistencia antigua, pudo mantenerse en pie e ir a la sala en busca de más aguardiente. Los huéspedes, caucheros del interior, lo miraron curiosos. Doña Amparo les explicó cuando él, empuñando otra botella, salió al pasillo:

—Pobre hombre... Un caso lamentable. Un hombre así, de edad, con uniforme y todo, y la mujer, una zorra, se le largó con un cabo, un tipejo de nada, miserable. El pobre ha quedado así... Éste es el mundo, engañoso y triste...

Vasco se quedó dormido con un sueño profundo y sin sueños, sueño de calor y de aguardiente. Apenas pudo quitarse los zapatos y la chaqueta de uniforme. No llegó a hacerlo con la camisa y los pantalones. El último trago lo tomó ya medio dormido.

Fue él así el único de los habitantes de la ciudad de Belem del Gran Para que no sintió en el corazón, aquella noche, el terror supremo, el frío de la muerte, la

sensación de un fin inapelable. Porque cuando doña Amparo y los otros huéspedes salieron puertas afuera, muertos de terror, clamando a Dios, ni siquiera se acordaron de su existencia. Raros fueron los que, en aquel momento fatal, se acordaron de padre y madre, de esposa e hijos.

Porque en aquella noche, inesperado y fulminante, sin previsión alguna, derrotando a los sabios del Servicio Meteorológico, contrariando las previsiones del tiempo, asombrando a los rudos y viejos marineros, se desencadenó sobre el puerto y la ciudad de Belem un temporal jamás visto, un huracán sin ejemplo, la mayor tempestad de todos los tiempos en la historia de aquellos mares del Ecuador.

Llegaron los vientos furiosos, desatados. Venían con rabia, rugiendo de odio, apresurados e inclementes. De todos los cuadrantes del mundo llegaba un tifón de venganza, dispuesto a destruirlo todo para salvar el sueño.

Vino el ardiente simún, con fuego del desierto, levantando las arenas como una espantosa muralla. Los monzones llegados del Índico, por donde tantas veces había navegado el comandante, vinieron en cerrado grupo y arrancaron las casas de raíz, revoleándolas como la hojarasca de los árboles. El viento negro, con una canción de muerte, el harmata, que llegaba desde el África en remolinos volcando barcos, arrojándolos contra el muelle, rompiendo mástiles y chimeneas. Los alisios, hundiendo vapores y veleros. El mistral sorprendió a un yate llegado de la Guayana Francesa y en un salto macabro le dio un volteo, le rasgó las velas, le arrancó el timón y lo lanzó contra Marajó, donde las tortugas, espantadas, invadían las aldeas. Un frío de muerte cayó sobre la ciudad, llegó de las estepas de Siberia en las alas de los grandes vientos del invierno glacial. Llegaban de lejos, traían inedia hora de retraso, pero cuando llegaron fue el fin del mundo. Los vientos del Nordeste, el terral y el aracati, se ocuparon del barco inglés y del navío del Lloyd Brasileiro, arrancándolos de sus amarras insuficientes, batiéndolos entre sí con un rumor de cascotes rotos. El aracati lanzó mar adentro al del Lloyd, sin mástiles, sin cubiertas, sin toldilla. El terral, nacionalista apasionado, se entretuvo en destrozar el carguero inglés, pasando su lengua, afilada como un cuchillo, por la garganta de los rubios marineros, su lengua de muerte nordestina. El terral hundió un carguero cerca del muelle, en un torbellino, para que allí quedase plantado como recuerdo y advertencia.

Con los vientos llegaron las lluvias, reunidas allí mismo, muy cerca, en la línea del Ecuador donde dormían en las florestas húmedas trayendo todas las aguas estancadas de la malaria, del tifus, de la viruela negra. Vinieron y transformaron la ciudad en millares de ríos, riachuelos, ramblas y torrenteras. El Amazonas comenzó a desbordarse, a comer tierra con sus dientes ávidos de agua, a fabricar islas y cadáveres. El choque de las aguas del río con las corrientes marítimas alzó un clamor pavoroso que se oía hasta en las costas de África, en Dakar, en los poblados perdidos donde trémulos salvajes reconocieron el grito de guerra de Xangó.

El pueblo abandonaba las casas, el turbión rugía, la luz eléctrica fue barrida por el resplandor de los relámpagos, y eran tantos los rayos, sucediéndose uno tras otro, que

pudo verse todo, las casas que se hundían, los automóviles arrastrados por las aguas, los veleros partiendo río adentro a la deriva hasta encallar en las repentinas islas recién descubiertas, en la tierra arrancada de los ribazos. Iba el pueblo por la calle en desespero, se vieron libres ladrones y asesinos, se arrodillaban hombres y mujeres a rezar inventadas oraciones, un cura intentó organizar a toda prisa una procesión, se llenaron las iglesias. Era el tumulto del juicio final.

Y los navíos, antes atracados en los muelles, suspendidos en las manos de los vientos de todos los cuadrantes, arrancados de sus amarras, quedaron bajo el azote de la tempestad, sometidos al vaivén de las olas. Y las lluvias cayendo, los pobres llorando, los ricos en un rechinar de dientes.

Todo duró apenas dos horas. Si hubiera durado una hora más, la ciudad de Belem de Para, con sus azulejos portugueses y su gracia antigua, habría desaparecido del mapa.

Desaparecería la ciudad de Belem, engullida por el diluvio, llevada por el tifón, pero continuaría el *Ita* en su muelle, sujeto por todas aquellas amarras ordenadas por el comandante Vasco Moscoso de Aragón, capitán de altura, único entre todos los viejos marineros capaz de prever la tempestad y defender contra ella a su navío. Allí, firme en el muelle, inmóvil e inamovible, con sus amarras todas amarrando.

Tan inesperada y brusca como llegó, se fue, de repente, la tempestad. El aire quedó puro y leve, y entonces la verdad relució en el firmamento.

Pasado el miedo, los pobres empezaron a contar sus muertos y desaparecidos, los ricos a valorar los perjuicios. Los muertos eran pocos, los desaparecidos, varios; los daños ascendían a millones y millones. Habría peligro de fiebres en la ciudad, ahora sin desagües ni cloacas. Los muelles de Port-of-Pará eran un montón de escombros. Pero impávido, en medio de tanta destrucción, el *Ita* erguía su proa altiva, salvado por su comandante.

Cuando, ya avanzada la mañana, llegaron el representante de la Costera de Navegación, los oficiales de a bordo y el pueblo todo a la pensión de doña Amparo, cuyo descubrimiento tan difícil les había sido. Vasco aún dormía, inocente de todo, ignorante de la catástrofe. El pueblo, que el día anterior había reído y llorado, gritaba vivas en la mañana soleada y tranquila. Doña Amparo, rehecha ya del terror de la noche, llamó a la puerta de la habitación de Vasco. El comandante se despertó, pero al oír los ecos del vocerío, pensó que aquella gente era tan malvada que llegaban hasta allí a descubrirlo e insultarlo, ensañándose con su desgracia.

Tanto llamaron a la puerta, tanto gritaron su nombre, que acabó por abrir y enfrentarse con ellos: sin afeitado, los pies embutidos en sus calcetines, los calzones arrugados, la lengua aún pastosa de aguardiente. Vio, al frente de todos, al primer oficial; el pueblo, tras él, se apretujaba en el pasillo.

En aquel momento ya el telégrafo nacional y el cable submarino transmitían al país entero y a los cinco continentes la noticia del inmenso cataclismo y del genio singular del comandante Vasco Moscoso de Aragón, único que supo prever la

tempestad y salvar su navío. Telegramas publicados a toda plana en los periódicos de Bahía, leídos durante varios días seguidos por Zequinha Curvelo. Incluso los que narraban el homenaje tributado al invencible capitán de altura por la Compañía Costera: emocionante fiesta a bordo del *Ita* por él salvado y en el cual regresaba a Salvador. Le fue entregado un pergamino recordando el hecho, y una medalla conmemorativa, de oro de ley. Desde el puente de mando miraba al mar: con la cresta erguida, aunque modesto, sonreía.

Aquí llego al fin de mi trabajo, de esta pesquisa en tan controvertida historia. ¿Qué más puedo añadir? ¿Noticias de la llegada del comandante al muelle de Bahía, con la banda de música esperándolo, representantes del gobernador, el comandante de Marina y Américo Antunes en delirante euforia? ¿Contar de sus retratos en los periódicos, del discurso que tuvo que pronunciar para la radio, aún a bordo? ¿De su triunfal desembarco en Periperi, en el tren de las dos, bajo cohetes y vivas, llevado en hombros por los amigos hasta la casa de ventanas verdes sobre el mar? Los adversarios de la víspera eran ahora sus más encendidos admiradores, menos Chico Pacheco, que prefirió mudar de residencia: no cabían allí, al mismo tiempo, él con su proceso y el comandante con su gloria. ¿Cómo explicar la emoción de Zequinha Curvelo al recibir el cenicero con la foto del *Ita* grabada en la cerámica? ¿Cómo hablar de las preguntas que le hizo atropelladas? ¿De las exigencias para que lo contase todo, detalle por detalle sin olvidar ninguno? ¿De la charla por la noche, en la gran sala del telescopio, cuando recordó a Clotilde? Fue un momento de lirismo.

—Tan bonita... Y con tanto muchacho a bordo, fue a fijarse en mí, enamorada, locamente enamorada... Tenía sólo veinte años. Yo le llamaba Clo; bajo la luz de la luna, en la cubierta, tenía el pelo liso y el rostro cobrizo, mulatita del Amazonas... Me pidió un día que bailara con ella. Imagínense. Apareció en el muelle para decirme adiós en el momento de la partida.

Como ven, ya otra vez resulta difícil distinguir la verdad, desnudarla de sus velos de fantasía. ¿Quién fue en definitiva la que amó al comandante? ¿A quién se declaró bajo la luna en la cubierta? ¿A Clotilde, la gran baqueana, madura y con soponcios, o a la agreste e impúdica Moema, cuya mano amparó su brazo en la hora difícil, la mulatita con urgencias de llegar a su dramático destino? Por lo que a mí respecta, no sé qué decir. Desisto de llegar a saberlo.

Una cosa me parece cierta, sin embargo, y digna de quedar registrada: si el destino se puso al lado del comandante y lo favoreció, no debe ser olvidada en esta ayuda la ruptura de su noviazgo con Clotilde. Imagínense a la gran baqueana en Periperi, convirtiendo en un infierno la vida del suburbio, tocando al piano arias de ópera y sonatas, haciendo de la gloriosa vejez del capitán de altura un mísero día a día de pequeñas discusiones, peleas, limitaciones, soponcios, patatuses y mal humor. No habría vivido él, honrado y feliz, los ochenta y dos años que vivió si se hubiera concretado el noviazgo y casamiento, la desgraciada idea de traérsela a remolque.

Así, nada más tengo que contar. Mi tarea ha rematado. Voy a enviar este trabajo, que me costó esfuerzo y sufrimiento, al Jurado nombrado por el director del Archivo Público. Si logro el premio le compraré un vestido a Dondoca y un florero. Hace falta un adorno en la salita clara de la casa del Beco das Tres Borboletas.

No se asusten y permítanme que les relate los últimos acontecimientos en ese frente de mi batalla por la vida. El Meritísimo se avino al fin, y ahora vivimos los tres en perfecta paz y entendimiento. Ocurrió que doña Ernestina, digna y gorda esposa

del ilustre jurisperito, descubrió (una carta anónima, seguro) aquella nocturna paseata del doctor Siqueira hasta la casa de Dondoca. No lo salvaron las gatas negras ni el sombrero calado. El «Zepelín» entró en furias, parecía la tempestad de Belem. No le quedó al juez jubilado más solución que mentir. Había ido a aquella casa de sospechosa moral: es verdad. Pero lo hizo para cumplir un deber y para ayudar a un amigo: el deber era evitar un escándalo en Periperi; el amigo necesitado de ayuda era este modesto historiador provinciano. ¿No sabía ella, Ernestina, que el padre de esa muchacha, digna de lástima realmente, el tal Pedro Torresno, había jurado acabar con ella y con el amante si los sorprendía fornicando? Al tener noticia de estas amenazas, e inquieto por la vida y reputación del muchacho, había ido hasta allí, forzando su natural rectitud de principios, para ponerlo sobre aviso. Noble actitud, en la que no había nada de que avergonzarse.

Pero el «Zepelín» exigió pruebas, y se vio obligado el Meritísimo a arrastrarse a mis pies, a pedirme disculpas, a suplicarme que volviera a compartir con él el lecho de los mimos de Dondoca, asumiendo yo, mientras tanto, ante la agitada matrona, esposa suya, la responsabilidad entera de la mulata. Acepté por hacerle un favor, como me cuidé de precisar sin dejar que se transparentara mi alegría, el gozo que irrumpía por mi pecho. Pues ya me encontraba casi dispuesto a caer en brazos de la sensitiva baqueana, aquella madurísima viuda y veraneante de quien dejé perfil trazado en páginas anteriores. Tan necesitado andaba. Pero al fin fue en los brazos de Dondoca donde pude saciar mi hambre.

Desde entonces todo transcurre en la mejor armonía, en el mejor de los mundos: somos tres almas hermanas: el Meritísimo, Dondoca y yo, charlando y riendo, viviendo satisfechos, con la satisfacción que nos permiten los políticos, siempre amenazándonos con cohetes y bombas de hidrógeno. Un día, por descuido, va a estallar una bomba y pagaremos nosotros las costas del proceso.

Y volviendo al comandante y a sus aventuras, objeto único, repito, de estas pálidas letras, confieso que llego al fin de mi historia inmerso en dudas y confusión.

Díganme, al fin y al cabo, los señores, con sus luces y su experiencia: ¿dónde está la verdad, la absoluta verdad? ¿Cuál es la moraleja que se ha de extraer de esta historia, a veces libertina y poco ejemplar? ¿Está la verdad en eso que sucede todos los días, en los acontecimientos cotidianos, en la mezquindad y chatez de la vida de la inmensa mayoría de los hombres, o reside la verdad en el sueño que nos es dado para huir de nuestra triste condición? ¿Cómo se elevó el hombre en su caminata por el mundo: a través del día a día de miserias y vulgaridades, o por el libre sueño sin fronteras ni limitaciones? ¿Quién llevó a Vasco de Gama y a Colón al puente de sus carabelas? ¿Quién dirige las manos de los sabios que mueven las palancas de ese juego de los *sputniks*, creando nuevas estrellas y una nueva luna en el cielo de este suburbio del universo? ¿Dónde está la verdad? Díganmelo, por favor: ¿en la pequeña realidad de cada uno o en el inmenso sueño del hombre? ¿Quién la conduce por el mundo afuera, iluminando el camino del hombre? ¿El Meritísimo juez o el

paupérrimo poeta? ¿Chico Pacheco, con su integridad, o el comandante Vasco Moscoso de Aragón, capitán de altura?

Río, enero de 1961.



JORGE AMADO (Itabuna, 10 de agosto de 1912 - Salvador de Bahía, 6 de agosto de 2001) fue un escritor brasileño.

Nació en la Hacienda de Auricídia, en el municipio de Itabuna, al sur del estado de Bahía. Su padre era dueño de la hacienda. Cuando tenía un año su familia se estableció en la población de Ilhéus, en el litoral de Bahía, donde Jorge pasó su infancia. Hizo los estudios secundarios en la ciudad de Salvador, capital del estado. En este periodo comenzó a trabajar en periódicos y a participar de la vida literaria y fue uno de los fundadores de la llamada Academia de los Rebeldes.

Jorge publicó su primera novela, llamada *El País del Carnaval*, en 1931, a los 18 años. Se casó con Matilde García Rosa dos años después, y con ella tuvo una hija, Lila, que nació en 1933, año en que publicó su segunda novela, *Cacao*.

Se graduó en la Facultad Nacional de Derecho en Río de Janeiro en 1935. Militante comunista, fue obligado a exiliarse en Argentina y Uruguay entre los años de 1941 y 1942, período en que hizo un viaje por América Latina. Al regresar a Brasil se separó de Matilde García Rosa.

En 1945 fue electo miembro de la Asamblea Nacional Constituyente por el Partido Comunista Brasileño (PCB), siendo el diputado más votado del estado de São Paulo. Como diputado fue autor de la ley que asegura la libertad de culto religioso. En este mismo año se casa con la también escritora Zélia Gattai.

En 1947, año en que nació João Jorge, su primer hijo con Zélia, el partido fue

declarado ilegal y sus miembros fueron perseguidos y apresados. Jorge tuvo que exiliarse en Francia, donde se quedó hasta 1950. Su primera hija, Lila, murió en 1949. Desde 1950 hasta 1952 Amado residió en Checoslovaquia, donde nació su hija Paloma.

Al volver a Brasil en 1955 Jorge Amado se distanció de la militancia política, pero sin dejar el Partido Comunista. Se dedicó desde entonces integralmente a la literatura. Fue electo el 6 de abril de 1961 a la Academia Brasileña de Letras. Recibió el título de Doctor Honoris Causa por diversas universidades. También recibió el título de Obá de Xangô en la religión Candomblé.

Su obra ha sido adaptada al cine, al teatro y a la televisión, y también ha sido tema de varios trabajos de escuelas de samba en el Carnaval brasileño. Sus libros están traducidos a 49 idiomas y publicados en 55 países. Existen también publicaciones en Braille y cintas de audio grabadas para ciegos.

En 1987 se inauguró en el Largo do Pelourinho, en la ciudad de Salvador de Bahía, la Fundación Casa de Jorge Amado, que abriga y preserva su acervo para investigadores. La fundación también ayuda el desarrollo de actividades culturales en el estado de Bahía.

Jorge Amado murió en la ciudad de Salvador el 6 de agosto de 2001. Fue cremado y sus cenizas fueron enterradas en el jardín de su casa el día 10 de agosto, cuando cumpliría 89 años.